



## Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*  
<https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

Datos de la revista:

Año IV, Vol. XXII, Núm. 4 (julio-agosto de 1945).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0Internacional).  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: [cialc-sibiunam@dgb.unam.mx](mailto:cialc-sibiunam@dgb.unam.mx)

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

*CUADERNOS*

**AMERICANOS**

MEXICO

**4**

# **CUADERNOS**

# **AMERICANOS**

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)  
PUBLICACION BIMESTRAL

Av. Rep. de Guatemala No 42  
Apartado Postal 965  
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE:  
JESUS SILVA HERZOG

SECRETARIO:  
JUAN LARREA

AÑO IV

**4**

JULIO-AGOSTO

1945

INDICE

Pág. V





## TEPEPAM: (sobre el cerro)

A dieciséis kilómetros de la ruidosa capital de la República y camino a Xochimilco, se asienta esta aldea desde la cual los ojos pueden estar de fiesta contemplando hermosos panoramas.

Sus callejas que serpenteando ascienden hasta desembocar en el atrio donde se levanta airoso el monasterio, cuyas musgosas torres reciben el beso de las neblinas, se embalsaman con el perfume de las níveas flores de Yoloxóchitl y la variedad de frutos.

Haga usted una excursión a este lugar del Distrito Federal y obtendrá un momento delicioso y emocional.

**FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO**

Siempre a sus órdenes



## INVITACION

*A los hombres de empresa del país:*

- \* Si desea usted colocar su capital con rendimientos seguros.
- \* Si necesita dinero a largo plazo para intensificar su producción industrial.
- \* Si su empresa requiere una reorganización, transformación o fusión.
- \* Si tiene algún proyecto para la creación de empresas, bien sea que no cuente con dinero o le falte capital.
- \* Si desea aprovechar determinado recurso natural por medio de concesión federal.
- \* Si pretende lanzar al mercado acciones, bonos, obligaciones u otra clase de valores véanos o escríbanos: tendremos gusto en escuchar su problema y buscarle una solución adecuada.

# NACIONAL FINANCIERA, S. A.

VENUSTIANO CARRANZA N° 45  
MEXICO, D. F.

Tel. Ericsson: 18-11-60.  
Servicio por nombre: 01.

Tel. Mexicana: J-49-07.



La Giralda...

es tradicional.

Gestos únicos, de razas múltiples, que engrandecieron a un país; heroísmos que perpetuados por la tradición son hoy emblema de toda una raza.

BRITISH CLUB es herencia de refinamiento, tradición perpetuada en una marca

BRITISH CLUB está hecho con tabacos de gusto peculiar europeo.

Es un Producto  
de  
"EL AGUILA"

British  
Club



EL CIGARRO CON TRADICION

# T I E R R A F I R M E

Augusto Guzmán: TUPAK KATARI

B. Sanin Cano: LETRAS COLOMBIANAS

Julio Jiménez Rueda: LETRAS MEXICANAS  
EN EL SIGLO XIX

Mariano Picón Salas: DE LA CONQUISTA  
A LA INDEPENDENCIA

Arturo Ramos: LAS POBLACIONES  
DEL BRASIL

Alfonso Crespo: SANTA CRUZ

Medardo Yitier: DEL ENSAYO AMERICANO

GILBERTO FREYRE  
INTERPRETACION DEL BRASIL

Difícilmente podría pensarse que un tema encontrara mejor intérprete. Un libro sobre Brasil, escrito por Gilberto Freyre, es un acontecimiento de trascendencia continental. Los grandes problemas de la república brasileña (las raíces europeas de la historia del país, las plantaciones y la frontera, las condiciones étnicas y sociales, la política exterior, etc.), forman capítulos de la obra y en su conjunto, presentan una visión global y vibrante de Brasil.

LEOPOLDO BENITES VINUEZA  
ARGONAUTAS DE LA SELVA

Una aventura histórica tan extraordinaria y fascinante como la más fantástica novela de caballerías: tal fué el descubrimiento del país de las Amazonas por el Capitán Francisco Orellana. ARGONAUTAS DE LA SELVA es el relato vivo, tremendo, de aquella gesta singular arrancada a la historia de la Conquista.

LUIS E. VALCARCEL  
RUTA CULTURAL DEL PERU

El autor de "Tempestad de los Andes" ahonda en este libro temas fundamentales para el conocimiento del Perú: el "problema" del indio, los cambios generales y particulares que se están produciendo en la heterogénea población de aquella zona de Sudamérica, la creciente complejidad de las estructuras político-económicas; todo ello con la emoción de un hombre de este tiempo que siente y vive la realidad de su patria.

EL PRECIO DE CADA VOLUMEN ES DE \$6.00 o DLS. 1.25



## FONDO DE CULTURA ECONOMICA

PANUCO 63.

MEXICO, D. F.

# CUADERNOS AMERICANOS

No. 4

Julio-Agosto de 1945

Vol. XXII

## INDICE

Págs.

### NUESTRO TIEMPO

MARIANO RUIZ-FUNES. Elegía de la Paz .	7
CARMEN R. L. DE GÁNDARA. Refugiados	34
MIGUEL O. DE MENDIZÁBAL. Los problemas in- dígenas y su más urgente tratamiento .	46
<i>Alemania en la cruja</i> , por JOSÉ MEDINA ECHAVARRÍA	67

### AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JUAN D. GARCÍA BACCÁ. La filosofía de Hus- serl y el poema HÉRODIADA de Mallarmé .	77
ROGER CAILLOIS. Lo lúdico y lo sagrado	100
GERMÁN ARCINIEGAS. América, obra del pue- blo	112
<i>Sobre la teoría funcional del capitalismo</i> , por VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE .	127
<i>Los clásicos del pensamiento cubano</i> , por JOSÉ GAOS .	131

### PRESENCIA DEL PASADO

ALBERTO RUZ LHUILLIER. Arqueología Maya: trayectoria y meta .	139
--	-----

	<i>Págs.</i>
RAMÓN IGLESIA. Invitación al estudio de Fr. Jerónimo de Mendieta	156
RAFAEL ALTAMIRA Y CREVEA. Supuesta aportación española a la cultura romana	173
<i>Martí en la Universidad de Columbia</i> , por RAÚL ROA.	194

## DIMENSION IMAGINARIA

OTTO D'SOLA. El hijo de la sangre	201
ALFONSO REYES. En torno a Homero	205
NEWTON FREITAS. Anita Garibaldi	218
JOSÉ RUBÉN ROMERO. Fichas y fechas de un pobre diablo	244
<i>Nota sobre Manuel Bandeira</i> , por OTTO-MARÍA CARPÉAUX.	259
<i>La Rebelión de los Pintores</i> , por JUAN DE LA ENCINA.	267

# ACADEMIA HISPANO MEXICANA



SECUNDARIA, PREPARA-  
TORIA Y COMERCIO  
*Medio Internado - Externos*

PASEO DE LA REFORMA 80  
TELS. 13-03-52 L-51-95

KINDER - PRIMARIA  
*Medio Internado - Externos*

REFORMA 835 (LOMAS)  
TEL. 15-82-97

MEXICO, D. F.



## Los más recientes libros mexicanos distribuidos por U. D. E.

UNA FILOSOFIA DE LOS IDEALES, Edgar Sheffield Brightman .....	\$ 6.00
DIETETICA INFANTIL (2 tomos), Dr. José Espinasa Masagué .....	12.00
TEORIA DE LA ACCION, Prof. José Alberto dos Reis....	4.00
LA UNIDAD FUNCIONAL (2 tomos), Dr. Augusto Pi Sun- ner .....	12.00
EL PENSAMIENTO Y LA VIDA, Jaume Serra Hunter....	3.00
EL MUNDO DE LOS MICROBIOS, Dr. John Drew.....	3.00
LA CIVILIZACION IBERICA (2 tomos), J. P. Oliveira Martins .....	6.00
SOCORROS DE URGENCIA (2 tomos), Dr. H. Philippe ...	6.00
CONQUISTA DE AMERICA DEL SUR, F. A. Kirkpatrick	3.50
HOMBRES Y RAZAS, Bartolomé Malfatti .....	3.50
VELAZQUEZ, Juan de la Encina (empastado en tela)....	25.00
TRATADOS DE ORFEBRERIA Y DE ESCULTURA, Ben- venuto Cellini .....	2.00
NANA, Emilio Zola .....	20.00
LA BESTIA HUMANA, Emilio Zola .....	18.00
APOSTOLES O FARISEOS (La Misión del Médico) Dr. Adrián Bourcart .....	5.00
DERECHO E INSTITUCIONES DE LA GRAN BRETAÑA, Maurice W. Thomas .....	5.00
LECCIONES DE MI VIDA, Lord Vansittart .....	8.00
GANADO BOVINO, Arnulfo Landaverde .....	5.00
LA SEMILLA BAJO LA NIEVE, Ignazio Silone .....	10.00
PREPONDERANCIA INGLESA, Pierre Muret y Philippe Sagnac .....	18.00
PARIS, Etta Shiber .....	8.00
ANTHOLOGIE DE LA LITTERATURE FRANCAISE, Paul Rivet y E. Hassin .....	7.00
HACIA LA VICTORIA, Winston Churchill .....	9.00
ORGANIZACION Y FINANCIAMIENTO DE EMPRESAS, Antonio Manero .....	15.00
SPRANGER O LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU, J. Roura Parella .....	10.00
LA FILOSOFIA DE LOS VALORES, Dr. Alfred Stern ...	8.00
CHINA, Owen y Eleanor Lattimore .....	5.00
LOS MUERTOS VELAN, Gerald Kersh .....	4.50
POLITICA EXTERIOR BRITANICA, Sir Edward Grigg ..	6.00
INGLATERRA HACIA LA SEGURIDAD SOCIAL, Karl de Schweinitz .....	9.00
CURSO DE FISICA, W. Watson, 3a. edición .....	35.00

—————

**UNION DISTRIBUIDORA DE EDICIONES, S. DE R. L.**

Av. Hidalgo 11.      Apartado 2915.      Eric. 12-27-13.      Mex. J-56-88.



*La Editorial Nuevo Mundo presenta con orgullo una edición limitada de una obra excepcional, acerca de un problema que ha sido debatido durante cuatro siglos y se halla en la base de todas las civilizaciones indoamericanas*

## LA FABRICACION DEL PAPEL ENTRE LOS AZTECAS Y LOS MAYAS

POR

VICTOR WOLFGANG VON HAGEN

Con una Introducción por DARD HUNTER y un Prólogo del  
DR. ALFONSO CASO

El libro de von Hagen es la primera monografía completa sobre el tema de la fabricación del papel en el que se hicieron los famosos códices mayas y aztecas. Víctor Wolfgang von Hagen —uno de los más sólidos prestigios en el campo de la etnología americana— dedicó 13 años íntegros de su vida a un prolongado y arduo trabajo de investigación cuyo fruto es la presente obra, donde el más riguroso criterio científico, que hace de ella la aportación definitiva al estudio de la materia, se hermana con una amenidad de exposición, un cúmulo de datos complementarios llenos de interés y un estilo tan vivo y atrayente, que la ponen al alcance de todos los profanos.

La destrucción por los conquistadores de las valiosas bibliotecas de los indios, multiplicó las dificultades a que hubo de enfrentarse von Hagen y dió pábulo a interpretaciones erróneas, que han gozado de incuestionable autoridad durante muchos años. Von Hagen, utilizando todos los medios a su alcance, deshace y refuta todos los errores, devolviendo los hechos a sus verdaderos cauces históricos. Al mismo tiempo, y a lo largo de su trabajo, pinta un cuadro completo de las civilizaciones indoamericanas y de sus relaciones con las de otros continentes.

El libro, primorosamente editado en 4o. mayor, impreso en papel de importación especial y encuadernado en tela, lleva 84 ilustraciones en papel couché. Cada ejemplar se acompaña de dos hojas originales de papel, fabricado hoy en día por algunas comunidades de indios mexicanos, con materiales y métodos idénticos a los estudiados en la obra. La edición consta de 750 ejemplares numerados.

*\$50.00 en todas las librerías  
o por correo reembolso de la*

EDITORIAL NUEVO MUNDO

*Calle de López 43, México, D. F.*

# COMPañIA FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

CAPITAL SOCIAL: \$ 50.000,000.00

FABRICANTES DE TODA CLASE DE MATERIALES  
DE FIERRO Y ACERO:

Fierro Comercial y Fierro Corrugado, de todas medidas,  
para construcción; Aceros para Muelles; para Herra-  
mientas; Octagonal para Minas y Hornos, etc.

Placas, Viguetas "I" y "H", Canales "U".

Rieles de Diversas Secciones y Pesos.

Alambres y Alambrón.

Tornillos Máquina,

Coche y Arado;

Estoperoles

Pijas

Tuercas y Remaches

Arandelas

y

Clavos y Tornillos para Vía, etc., etc.



*Domicilio Social*  
y  
*Oficina General de Ventas:*  
BALDERAS N° 68.  
Apartado 1336.  
MEXICO, D. F.

FABRICAS  
en  
MONTERREY, N. L.  
Apartado 206.



Lo único igual a "Coca-Cola" es  
*Coca-Cola*



REG. N° 459B "A" D. S. P. PROP. N° B-16 S. S.

Embotellada bajo contrato con "Coca-Cola de México", por:  
INDUSTRIA EMBOTELLADORA DE MEXICO, S. A.  
Calle del Cedro 387

Tel. Mex. Q-0604 Q-21-47 Eric. 16-18-08 16-28-33  
MEXICO, D. F.

Propiedad Intelectual y Artística Reservada

Copyright 1945, The Coca-Cola Company

**L**a cerveza renueva las energías gastadas, porque nutre, al mismo tiempo que refresca.

La cerveza contiene 90% de agua, de la más pura que es dable obtener y 10% de alimento líquido, cereales también, como el pan. Al beberla usted, toma cierta cantidad de cebada, malta y lúpulo, donde existe latente la vitalidad de los campos oxigenados, que fertiliza el sol....



*Asociación Nacional de  
Fabricantes de Cerveza*

---

# ORGULLOSAMENTE MEXICANO!



## ★ Mexolub

Entre las preferencias del público mexicano en materia de música el Mariachi ocupa un lugar de honor. Simboliza una modalidad en la interpretación musical y es el

mejor intérprete de la Canción Veracruzana.

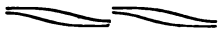
MEXOLUB disfruta de un lugar de honor ante el automovilismo mexicano. Simboliza un esfuerzo nacional en el progreso industrial de nuestra Patria, y ha fincado su sólido prestigio en el servicio de protección invariable que rinde en los motores de combustión interna.

¿Problemas de lubricación? Deje que Mexolub le dé su respuesta en el camino!!

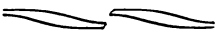
### PETROLEOS MEXICANOS



\* VEINTE MILLONES DE LITROS VENDIDOS; NI UNA SOLA QUEJA



RESERVADO PARA LA  
UNION NACIONAL  
DE PRODUCTORES  
DE AZUCAR



# ARTE LITERATURA HISTORIA



## LA OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS

La obra de SANTIAGO PRAMPOLINI ha sido considerada ya por el público como la OBRA MAS PORTENTOSA DE TODOS LOS TIEMPOS... Lo es por la gigantesca labor intelectual realizada por su autor y por el enorme esfuerzo editorial que supone su publicación.

La HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA rebasa los límites de cuantas obras haya podido conocer el lector hasta ahora. Es la primera ¡Y LA UNICA! que presenta al público de lengua española el más extenso y documentado estudio de todas las culturas. En sus trece volúmenes se recoge la HISTORIA, el ARTE y la LITERATURA de cada época.

La obra monumental de SANTIAGO PRAMPOLINI constituye, por sí sola, una verdadera biblioteca. En la que han intervenido bajo la sabia e ilustre dirección de JOSE PIJOAN, las figuras más preclaras de la intelectualidad Hispano Americana. Usted no puede privarse de ella, para deleite de su propio espíritu, ni puede privar tampoco al resto de sus familiares.

Envíenos ¡HOY MISMO! el cupón que aparece en este anuncio y recibirá un Lujoso FOLLETO DESCRIPTIVO

**EXPOSICION PERMANENTE DE LA OBRA EDITORIAL GONZALEZ PORTO**

AV. INDEPENDENCIA 8. - APDO. 140 Hs. MEXICO, D. F.



**EDITORIAL GONZALEZ PORTO**  
AVENIDA INDEPENDENCIA 8.  
APDO. 140 Hs. MEXICO, D. F.

*Tengo verdadero interés en recibir, sin compromiso alguno, el folleto descriptivo de la HISTORIA UNIVERSAL DE LA LITERATURA y amplios informes sobre facilidades de pago.*

Nombre y apellidos .....

Profesión y ocupación .....

Dirección .....





## INSTITUCION NACIONAL DE SEGUROS DE DAÑOS

Seguro del Viajero.  
 Accidentes de Trabajo.  
 Riesgos Profesionales.  
 Incendio y Explosión.  
 Automóviles.  
 Transportes Terrestres.  
 Transportes Marítimos.  
 Guerra a flote.

Cascos de Embarcaciones.  
 Explosión de Calderas.  
 Rotura de Cristales.  
 Terremotos.  
 Robo en domicilio.  
 Accidentes Personales.  
 Agrícola contra riesgos de  
 granizo.  
 Interrupción Fílmica.

### CONSEJO DE ADMINISTRACION

#### PRESIDENTE:

**Sr. Alfonso Cerrillo**

Asociación Hipotecaria Mexicana, S. A.

#### VOCALES PROPIETARIOS:

**Sr. Lic. Luis G. Garrido**  
 Seguros de México, S. A.

**Sr. Don Efraín Buenrostro**  
 Petróleos Mexicanos.

**Sr. Ing. Marte R. Gómez**  
 Secretario de Agricultura.

**Sr. Ing. Gustavo P. Serrano**  
 Secretario de la Economía  
 Nacional.

**Sr. Ing. Juan de Dios Bátis**  
 Banco Nacional Hipotecario  
 Urbano y de Obras Públicas, S. A.

**Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame**  
 Compañía Exportadora e  
 Importadora Mexicana, S. A.

#### VOCALES SUPLENTE:

**Sr. Enrique Sarro**  
 Nacional Financiera, S. A.

**Sr. Lic. Carlos G. Guzmán**  
 Secretaría Particular de la  
 Presidencia

**Sr. Lic. Manuel Sánchez Cuen**  
 Petróleos Mexicanos.

**Sr. Don Ramón Cevallos**  
 Almacenes Nacionales de  
 Depósito, S. A.

**Sr. Ing. Rubén Morales**  
 Banco Nacional de Crédito  
 Ejidal, S. A.

#### COMISARIOS PROPIETARIOS:

**Sr. Lic. Antonio Carrillo Flores**  
 Dirección Gral. de Crédito, Sra.  
 de Hacienda y Créd. Público.

**Sr. Dr. Héctor Pérez Martínez**  
 Sub-Secretario de Gober-  
 nación.

#### COMISARIOS SUPLENTE:

**Sr. Rodrigo Gómez**  
 Banco de México, S. A.

**Sr. Lic. Enrique Monterrubio**  
 Oficial Mayor de la Secretaría  
 de la Economía Nacional.

#### SECRETARIO:

**Sr. Lic. Gustavo R. Velasco.**

#### GERENTE:

**Sr. Lic. Juan Gallardo Moreno.**





CALIDAD  
**PEPSI-COLA**  
MARCA REGISTRADA  
CANTIDAD

EN TODAS LAS OCASIONES  
**PEPSI-COLA**  
ES MEJOR!

PRIDALA SIEMPRE!

PROP. D.S.P. N° 9948

**PEPSI-COLA COMPANY DE MEXICO, SA.**

PEPSI-COLA

## LA PAZ DE AMERICA

No debiera olvidarse la lección de los años anteriores a la guerra. Es manifiesto que los esfuerzos realizados por algunos países europeos para atraerse los contingentes turísticos de nuestra América, no sólo mediante una hábil propaganda sino, sobre todo, merced al ofrecimiento de marco y lira turísticos, encerraban intenciones nada favorables a nuestros ideales democráticos. Aquellos marcos y aquellas liras, comprados aparentemente a bajo precio por nuestras monedas americanas, contribuyeron a financiar las empresas bélicas que tanta sangre, lágrimas y dinero están costando al mundo.

Las perspectivas que presenta en la actualidad la liquidación del conflicto no son nada tranquilizadoras. Nadie sabe lo que el porvenir nos reserva pero todos temen que los años venideros exijan nuevos sacrificios y sinsabores a los países que aman la paz porque siguen creyendo, a pesar de todo, en el destino pacífico del hombre sobre la tierra.

¿Cuáles son los cauces por los que, en estas condiciones, debiera derramarse nuestro turismo? ¿Regará sus millones a tontas y a locas en el viejo continente, con el peligro de que sirvan para madurar nuevos amarguisimos frutos, o derivará sus caudales hacia los países pacíficos de nuestro hemisferio que tanto necesitan unos de otros y todos los latinos de la maquinaria yanqui para contribuir con su trabajo honrado a la prosperidad, primero, del continente y, luego, del planeta?

El turismo es industria específica de paz pues que arranca de la paz y a la paz se dirige. Bien entendida, no puede orientarse sino al robustecimiento de las posiciones y voluntades antibélicas. Si sus actividades sirvieran para que nuestra América se conociera a sí misma y se creara, contribuyendo al esplendor pacífico de su destino; si los dólares norteamericanos valieran para que los países ricos en atractivos naturales pero pobres en divisas adquirieran el equipo que necesita su desarrollo y el desarrollo de su capacidad adquisitiva, necesitada a su vez por la industria norteamericana, y el desarrollo y fortalecimiento consiguiente del bloque que sostiene la paz del mundo, bien pudiera decirse que nuestro turismo, al mismo tiempo que cumple con su cometido de proporcionar agrado y descanso saludables, obedece a las exigencias de toda actividad humana que es contribuir a la realización de un destino humano más elevado y vivible que el que nos ha proporcionado hasta el presente la tan cacareada civilización que nos legaron los siglos.

Y si miramos un poco más al porvenir y un poco menos a ese pasado que tantas ruinas y calamidades nos cuesta ¿acaso no presenta América mayores atractivos que los que pueden ofrecernos las demás partes del mundo?

F. L. S.

*Para informes sobre cuanto se refiere al turismo nacional y extranjero dirigirse a:*

ASOCIACION



MEXICANA

DE TURISMO  
AVENIDA JUAREZ 76  
MEXICO, D. F.

CORTESIA

DE

CERVECERIA TECATE,  
S. DE R. L.

---

CIA. MEXICANA DE MALTA,  
S. A.

---

ACEITES VEGETALES DE  
TECATE,  
S. A.

---

ALBERTO V. ALDRETE E HIJOS,  
S. DE R. L.

---

Tecate,  
Baja California, México

# VIDRIO PLANO, S. A.

FABRICANTES Y EXPORTADORES DE

Vidrios transparentes para ventanas,  
aparadores, vitrinas,  
cubiertas de mesa, etc.

Vidrios cilindrados para cancelos.

Silicato de Sodio.

Apartado Postal No. 372

Monterrey, N. L. México

## EDICIONES

# CUADERNOS AMERICANOS

LA COLECCION DE LIBROS EN CASTELLANO QUE  
MEJOR CORRESPONDE A LA PRESENTE HORA,  
HORA DEL NUEVO MUNDO

- 1.—GANARÁS LA LUZ, *Poesía, Biografía y Destino*, por León Felipe.
- 2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, *su Vida y su Obra*, por Antonio Castro Leal.
- 3 y 4.—RENDICIÓN DE ESPÍRITU (*Introducción a un Mundo Nuevo*), por Juan Larrea.
- 5.—LOS ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet.
- 6.—VIAJE POR SURAMÉRICA, Por Waldo Frank.
- 7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez.
- 8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor.
- 9.—MARTÍ, ESCRITOR, por Andrés Iduarte.

***CUADERNOS***  
**AMERICANOS**

AÑO IV

VOL. XXII

**4**

JULIO - AGOSTO  
1945

MÉXICO, 1º DE JULIO DE 1945

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN  
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.  
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

## JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA, ex Rector de la Universidad de Barcelona;  
Alfonso CASO, ex Rector de la Universidad Nacional de México;  
Daniel COSIO VILLEGAS, Director General, del Fondo de Cultura  
Económica;

Mario DE LA CUEVA, ex Rector de la Universidad Nacional de Mé-  
xico;

Eugenio IMAZ, escritor;

Juan LARREA, ex Secretario del Archivo Histórico Nacional de  
Madrid;

Manuel MARQUEZ, ex Decano de la Universidad de Madrid, Académico;

Manuel MARTINEZ BAEZ, ex Presidente de la Academia de Medicina  
de México;

Agustín MILLARES, Catedrático de la Universidad de Madrid, Aca-  
démico;

Alfonso REYES, Presidente del Colegio de México, Académico.

Jesús SILVA HERZOG, ex Director de la Escuela Nacional de Eco-  
nomía de México.

---

Director-Gerente  
JESUS SILVA HERZOG

Secretario  
JUAN LARREA

---

Se prohíbe reproducir los artículos de esta Revista  
sin indicar su procedencia.

## S U M A R I O

### N U E S T R O T I E M P O

- Mariano Ruiz-Funes* Elegía de la Paz.  
*Carmen R. L. de Gándara* Refugiados.  
*Miguel O. de Mendizábal* Los problemas indígenas y su más urgente tratamiento.

*Nota*, por José Medina Echavarría.

### A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

- Juan D. García Bacca* La filosofía de Husserl y el poema HÉRODIADÉ de Mallarmé.  
*Roger Caillois* Lo lúdico y lo sagrado.  
*Germán Arciniegas* América, obra del pueblo.

*Notas*, por Víctor Raúl Haya de la Torre y José Gaos.

### P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Alberto Ruz Lhuillier* Arqueología Maya: trayectoria y meta.  
*Ramón Iglesia* Invitación al estudio de Fr. Jerónimo Mendieta.  
*Rafael Altamira y Crevea* Supuesta aportación española a la cultura romana.

*Nota*, por Raúl Roa.

### D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Otto D'Sola* El hijo de la sangre.  
*Alfonso Reyes* En torno a Homero.  
*Newton Freitas* Anita Garibaldi.  
*José Rubén Romero* Fechas y fichas de un pobre diablo.

*Notas*, por Otto-María Carpeaux, y Juan de la Encina.

## INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
RUBENS. Consecuencias de la guerra. Oleo.	16
MIGUEL ANGEL. La Aurora. Florencia	17
TINTORETTO. La toma de Constantinopla. Venecia	24
Resurrección, 1945. Fotografía	25
Gobernador de San Juan Bautista Chamula. Chiapas	66
Tamborilero de San Juan Bautista Chamula. Chiapas	67
El juego del Rey, Portada de un tratado de Ajedrez, Ulm, 1664.	108
El torneo en que el Rey Enrique II de Francia fué herido de muerte. Grabado de la época	109
JAINA, Campeche. Figurilla moldeada del primer período maya.	144
EDZNÁ, Camp.—Pirámide del templo mayor antes y después de las exploraciones	”
” ” —Crujía de la fachada del Templo Mayor antes de las exploraciones	”
” ” —Crujía de la fachada del Templo Mayor parcialmente reconstruida	”
” ” —Esquina surceste del Templo Mayor antes de las exploraciones y luego de reconstruida	”
” ” —Bóveda construida con piedras cortadas	”
” ” —Bóveda construida con lajas saledizas de forma irregular	”
” ” —Estela 18.	”
” ” —Estela 19.	”
CHAMPOTÓN, Camp. Cabeza de barro, parte de un incensario.	145
Figurilla moldeada del segundo imperio maya.	145
JAINA, Camp. Vaso grabado de barro gris	145
Portada y dibujo del manuscrito <i>Historia Eclesiástica Indiana</i> .	160
Alegoría de la orden franciscana en la Nueva España.	161
Representación de un sacrificio humano con escenas de la vida indígena	168
Evangelización de niños indígenas por un fraile franciscano.	169
Séneca. Bronce. (Museo de Nápoles)	176
El acueducto romano de Segovia	177
Homero. Mármol. (Museo de Nápoles)	208
TURNER. Ulises huyendo de Polifemo. Oleo. (Londres. National Gallery).	209

---

Fotograbados de

FOTOGRAFADORES Y ROTOGRAFADORES UNIDOS, S. DE R. L.  
Bucareli 24. - México, D. F.



# *Nuestro Tiempo*



# ELEGIA DE LA PAZ

Por *Mariano RUIZ-FUNES*

## 1. MEDITACION JUNTO AL ISER

LA GUERRA de 1914-1918 fatigó al mundo. Con ella surgieron las obligadas convulsiones que habían de abrumarlo luego. Nadie ha pensado que la guerra sea uno de esos actos gratuitos, que se engendran en el inconsciente y se exteriorizan sin dejar huellas en la conciencia. Toda guerra es un producto de lo irracional liberado, pero este irracional desencadena otros, y el mundo se encuentra con una porción de problemas metalógicos, ante los cuales la inteligencia tiene que confesar su impotencia o su fracaso. Por estas razones, y sin que haya en ello paradoja alguna, el más difícil, y grave en consecuencias, de los actos de guerra es la paz. La guerra de 1914-1918 fué, como ha dicho Willkie, una guerra sin victoria. Se ganó la guerra, pero no se supo ganar la paz. Cuando en una de estas bellas mañanas mexicanas oímos decir a un *speaker* de radio "la guerra en Europa ha terminado", sentimos de pronto una emocionada alegría, que luego se anegó en preocupaciones profundas.

Por eso, al hablar de la paz nos expresamos, queriéndolo o no, con un acento elegíaco. Hay un imperativo que sofoca todos nuestros sentimientos: "Importa ganar la paz". Ahora, como en 1918, el mundo está cansado de la guerra.

El Iser es un río franco-belga, que en la guerra anterior fué la línea divisoria entre la Bélgica libre y la Bélgica invadida. Nace en tierras de Francia y viene a morir en el Mar del Norte. En los campos de Flandes, fecundados por él, han vivido varias generaciones de hombres que trabajaron y que amaron. Tal vez estos campos fla-

mencos sean los lugares más tranquilos del mundo y los que de un modo más terminante excluyan toda expresión del espíritu de aventura. Atravesándolos en el verano de 1939, cuando ya se había desenlazado la guerra de España, los evocábamos inundados y devastados veinte años antes, para contemplarlos ahora exuberantes en su fecundidad, en su placidez, en su vida abundante y cómoda. Entonces pudimos comprender el ansia de paz de aquellos hombres que un día, ya comenzada la catástrofe actual, comentaban con su humorismo de flamencos dionisiacos la doble hazaña de dos aviadores ingleses. Habían caído con su aparato en una de las playas del Mar del Norte. Uno de ellos fué aprehendido por las autoridades belgas para ser internado hasta el final de la contienda. El otro logró ganar la próxima costa francesa y continuar la lucha. Un plebiscito aclamó al primero. ¡Continuar la guerra, qué estupidez! Sobre aquellas tierras de pan y de paz se abatió también un día la catástrofe bélica y las asoló implacable. Unos meses después de aquel referendum pacifista pasaban por ellas las alas rojas de la guerra, de que habló su gran poeta.

Europa no quería la guerra y por eso la tuvo. Sólo un país la quería y es justo que soporte en su destino tan bárbaro y dramático afán. La guerra es siempre un flagelo y con ella surge necesariamente la revolución. Un jurista del fenecido imperio del Kaiser consideraba en los días de Weimar que la revolución era una desgracia, y preocupado de brindarle un fundamento filosófico concluía que como crisis de una enfermedad colectiva no era posible incluirla en la Filosofía del Derecho, sino en la Historia, considerada desde el punto de vista contingente de su éxito, y en la Moral, si se contemplaban sus motivos y sus fines. Herrfahrel tenía razón. Toda guerra, en cuanto desajuste y convulsión que desencadena revueltas esporádicas o revoluciones orgánicas, es un fenómeno ético, si se atiende a algo más que sus expresiones cotidianas. El valor moral de la presente se olvidó sin duda, concentrando toda la atención en la fuerza de las armas. Hay errores que pueden pagarse caros. Willkie, que en mi opinión ha sido una de las mayores pérdidas de las

democracias, sostuvo en su conocido libro *Un mundo* que una guerra ganada sin un propósito es una guerra en que no se consigue la victoria, y agregó este concepto admirable: "Lo que tenemos que ganar ahora, mientras luchamos, son los principios".

## 2. GUERRA DE IDEOLOGIAS

ERA en los primeros días de la guerra. Aún vivía Mr. Chamberlain, y no sólo vivía sino que iba al Senado, como Catilina. El Senado era la Cámara de los Lores. El gobierno inglés había adoptado medidas de nacionalización con casi todas las actividades económicas del país y emprendido una ofensiva poderosa contra las rentas. Un lord preguntó al hombre de Munich si tales medidas asumían un valor emergente y transitorio, porque de subsistir una vez terminada la contienda, implantarían el socialismo en el Reino Unido de la Gran Bretaña. Chamberlain, con una rotundidad y una energía que hubieran sido necesarias en Munich, se apresuró a calmar al honorable y estremecido Lord.

Otro día, ya muy avanzada la guerra, este otro conservador simpático, humano y triunfal que arrojó su sombrero de media copa por los aires delante de los reyes de Inglaterra para conmemorar la victoria como un niño regocijado, dijo en la Cámara de los Comunes que ésta no era una guerra de ideologías, y adujo dos impresionantes ejemplos que otorgaban a la lógica unas verdaderas vacaciones. La guerra era contra la Italia fascista porque había agredido a los aliados y no era contra la España franquista porque no los había agredido.

Volvemos a recordar a Willkie y nos preguntamos: ¿ésta ha sido una guerra con o sin principios? ¿se limitaba a repeler una agresión de Alemania y de Italia? ¿defendían Inglaterra y Rusia su vida como naciones contra el implacable agresor alemán? ¿comprendía Estados Unidos que la lucha amenazaba también a América y por eso ayudó a los europeos mediante la aplicación de la ley de préstamos y arrendamientos? ¿se limitó posteriormente a

repeler la insólita ofensa del Japón? Si respondemos afirmativamente a estas preguntas nos encontraremos forzados a dar solución a un problema sencillo. Ihering, para citar, entre otros, a un jurista eminente, liberal y alemán, ha hablado de un "estado de necesidad político", mucho antes de que se intentaran cubrir, con una aplicación deformada de esta doctrina, los desafueros germánicos de la guerra anterior. En la disyuntiva entre el derecho a conservar la paz y el deber de garantizar la vida de la nación, el Estado sacrifica el derecho y salva la vida. Entonces, una vez que la vida ha sido puesta a cubierto con la victoria, la guerra ha terminado. Tal es la doctrina correcta, que puede aplicarse a una guerra defensiva. ¿Fueron la guerra de 1914 y la de 1939 dos guerras estrictamente defensivas? De la primera llegó a decir el presidente Wilson que era la última que se sostendría en el mundo en salvaguardia de la libertad. De ésta se ha dicho que no era una acción contra Italia y Alemania, sino contra el fascismo y el nacional-socialismo. Esas doctrinas míticas y alógicas impusieron la contienda; y el autor de una guerra, como sostuvo Mignet, comentado las sostenidas por los revolucionarios de Francia, "no es el que la declara sino el que la hace necesaria". De nuevo el estado de necesidad político, aludido antes, vuelve a recuperar su fuero. Sin la guerra el mundo hubiera sido un feudo de Hitler, con la ayuda más o menos eficaz de Mussolini.

Pero toda guerra, aunque sea sólo militar y defensiva, no termina de modo aséptico e incruento con la decisión de las armas de uno cualquiera de los beligerantes. Tiene sus consecuencias. La Dotación Carnegie para la Paz Internacional ha enumerado en uno de sus informes, con clara visión profética, las de la que oficialmente se ha desenlazado en Europa. He aquí la lista aproximada: hambre, enfermedades, desorden civil, colapso económico, desarraigo, falsas enseñanzas, inseguridad social. Los diagnósticos son más fáciles que los remedios. ¿Serán las soluciones de estos problemas el control económico y el control político? Parecen las únicas conocidas, aunque no se pueda asegurar que sean además eficaces. ¡Nadie

sujeta con puño fuerte, hasta pararlos de golpe, a los jinetes apocalípticos que cabalgan por la tierra europea!

Los vencedores tienen que ejercer la autoridad que les confiere la victoria. No la practicarán eficazmente si no se ponen de acuerdo sobre el *porqué* han luchado y el *para qué* de la guerra y de la paz. Cuando Lenin decía una de sus frases más variamente controvertidas tenía razón. Preguntaba: "Libertad ¿para qué?". Entre los intérpretes hay quien asegura que desdeñaba la libertad y aspiraba a eliminarla. El escolio lógico es otro. ¿Qué funciones sociales e individuales, qué fines ha de realizar la libertad? ¿El servicio de la tiranía y el privilegio, generosamente otorgado por nosotros, nos preguntamos los liberales? Recordamos en seguida las altas palabras pronunciadas en la Convención por la figura lejana y elegante de Saint-Just: "En las circunstancias en que se encuentra la República, la Constitución no puede ser establecida; se convertiría en la garantía de los atentados contra la libertad, porque le faltaría la violencia necesaria para reprimirlos". Lo mismo ocurre con la guerra y con la paz. La guerra, en este caso, para acabar con el nazismo y el fascismo, y la paz, para que no resurjan y mucho menos para que se conserven, fortalecidos por cierta coquetería internacional, en algunos países neutrales.

La victoria confiere unos deberes, que no son otra cosa que los fines de la paz. Como señala el informe aludido antes, los peligros de la acción política que la paz lleva consigo, como un imperativo indeclinable, son, entre otros, que los vencedores se nieguen a ejercer la indiscutible autoridad que su triunfo militar les confiere, que no estén dispuestos a ceder sus derechos singulares y nacionales en beneficio de una organización mundial y que disputen entre sí.

Un período intermedio entre el final de la lucha bélica y la declaración oficial de la paz, ha de ser necesariamente destinado a averiguar los deseos de los pueblos sojuzgados, a crear y robustecer su opinión pública, que nunca ha surgido heroicamente bajo las torturas de la esclavitud, y a que, una vez en condiciones de manifes-

tarse, designe aquellos gobiernos nacionales que sean su legítima y auténtica expresión.

Toda guerra es, además, una ruptura con el pasado, por mucho que hayan de lamentarlo los hombres de la City y los de Wall Street. Por no serlo la anterior, desembocó en ésta. En un discurso pronunciado el 24 del pasado mes de mayo lo ha percibido, con su innegable lucidez política, el general De Gaulle. En ese discurso ha hablado de los fines de la paz, al proclamar: "tenemos que hacer la paz, es decir, realizar con las demás naciones el *hecho que justifique* por qué nos batimos, por qué sufrimos tanto"; y de la definitiva liquidación de un pretérito que cancela la guerra, al declarar que la reconstrucción de Francia "no significa volver al estado de cosas que existía *antes de la guerra*".

La guerra, en efecto, ha supuesto enormes pérdidas materiales pero como subraya con acierto insuperable el informe citado antes de la Dotación Carnegie para la Paz, "mucho peor que estas pérdidas materiales es el caos moral e intelectual producido por el *carácter ideológico* del presente conflicto y por los nuevos métodos de propaganda, la penetración de *quintas columnas* y el terrorismo". Y agrega, describiendo las entonces posibles (1942) y hoy reales consecuencias de la guerra: "Principios de civilización que se mantuvieron durante siglos han sido atacados de un modo brutal; quince naciones han perdido su independencia; sus líderes han sido asesinados; sus intelectuales degradados; sus pueblos aplastados por el sometimiento a un orden nuevo e inmoral, contra el cual se rebelan sus mentes y sus corazones". Sobre la obra de los países agresores para asegurarse la conquista del futuro, el Informe no es menos explícito: "Millones de jóvenes han sido adoctrinados durante la pasada década en credos contrarios a los principios morales que la civilización había edificado; ellos y muchos millones más, que están en las prisiones y campamentos de concentración, saldrán destrozados mental, espiritual y físicamente".

Tal es el dramático problema que se presenta a la atención de los vencedores. Es lógico que ante él invada la angustia a todos los hombres conscientes de este tiempo



y juntos se libren a la empresa heroica de ganar la paz. La tarea es ímproba. "Vencer su tiempo —ha dicho Nietzsche— es ponerse fuera del tiempo". ¿Sabrán los vencedores desoir las voces de su egoísmo y colocarse en una posición intemporal?

### 3. PAZ EN LA GUERRA

FUÉ ésta una guerra en la que no se pensó nunca en la dinámica de la paz, es decir, en la paz en movimiento y en obra. Y sin embargo, en ninguna se tuvo en ocasiones una mayor tolerancia con el enemigo arrepentido. Es una de las formas que suele adoptar la servidumbre de la libertad.

Desde el episodio de Darlan hubo por algunos aliados una disposición afectiva a aceptar, sin valorarlo, el arrepentimiento, e incluso a valerse de él como una arma de guerra. Esta conducta ha favorecido las convulsiones de la paz.

Nada más justo que el magnífico verso que Corneille pone en los labios próceres de Rodrigo Díaz de Vivar: "A vaincre sans péril on triomphe sans gloire". Cuando caía lo mejor de las juventudes de los países aliados, en heroico e impresionante sacrificio, se trató a veces, por los viejos expertos de la política, de unir a la gloria indiscutible de su triunfo, ciertas pequeñas victorias sin peligro. Se olvidaron, con esta conducta, imperativos morales cuyo quebrantamiento compromete la tranquilidad del porvenir y desata los excesos de la sanción.

La causa básica de esta guerra ha sido un sistema político de doble expresión geográfica, que a base de un nacionalismo intransigente pretendía mantener la hegemonía de ciertas posiciones definitivamente canceladas por la historia: la internacional capitalista de los armamentos y de los pingües negocios de guerra, alma del fascismo; las empresas de construcción bélica; los junkers o señores feudales de la tierra; la casta militar, y los incommovibles cuadros burocráticos alemanes, musa y acción del nacional-socialismo. Como ejemplo debe recordarse que la gran

industria italiana favoreció el fascismo, impulsó la guerra, dictó una paz vergonzosa e hizo caer a Mussolini. Así lo ha propagado Falange Española, favorita también del capitalismo. Las multitudes fascistas que durante veinte años desfilaron por la Piazza Venecia aclamando a Mussolini como *Duce*, se congregaron también en ella el día de su caída, llamándole *Buffone*. Algunos aliados enviaban a estos sectores poderosos del enemigo común tiernos efluvios de inconsciente simpatía. Por eso, a veces y con relación a determinadas individualidades, se valoraba un arrepentimiento, que era solidaridad en las ideas o en la empresa, y no pesar contrito de haber hecho el mal o deseo expresamente manifestado de dejar de hacerlo. No se revelaba, en efecto, ninguna de las formas activas de este arrepentimiento: el impedir el delito o desafuero comenzado, el reparar el daño producido, el adoptar espontáneamente medios eficaces para suprimir o atenuar las consecuencias del mal causado. Se limitaba el arrepentimiento a la cesación de la actividad criminal, sin que indicio alguno permitiera apreciar su carácter espontáneo y la índole noble de los motivos que lo habían determinado. El agresor dejaba de agredir. Las naciones que no se decidieron nunca por la agresión directa, confesaban de pronto una cálida simpatía hacia los enemigos que antes habían denostado, y estos enemigos les abrían los brazos con un ademán más utilitario que generoso. Todo esto ha sembrado gérmenes de rencor no sólo contra las naciones agresoras, sino contra las arrepentidas, que darán cosechas de sangre. Ha engendrado frecuentes conflictos que son siempre una semilla de crímenes. Razón tiene Taft cuando afirma que el delito es un fenómeno de conflicto individual o social. La espontaneidad en las decisiones generosas por parte del enemigo es siempre un índice de menor enemistad. Su cambio de postura ante circunstancias desfavorables constituye la expresión de un fraude irritante.

Hay en esta guerra dos clases de culpables, que a la hora de la paz o en los ligeros claros de pacifismo que aparecieron entre las densas sombras de la larga tempestad bélica, trataron de explotar la benevolencia de los alia-

dos. Se trata de los inductores y de los traidores. Ni unos ni otros merecen cuartel.

Los inductores fueron los que se aprovecharon para desencadenar, favorecer o mantener la guerra de su condición de autoridad; los que permaneciendo en una sombra cómoda explotaron la inferioridad ajena, mental o física; los que, en posesión de un pensamiento criminal, no tuvieron el valor de ejecutarlo y buscaron la mano débil o torpe que lo realizara; los que encontraron mandatarios sumisos, servidores obedientes o débiles instrumentos de un consejo insidiosamente sugerido o presas fáciles de una coacción inteligente, mientras ellos se protegían con el anónimo, y los que actuando como agentes provocadores, obtuvieron un beneficio con hechos que en su apariencia real eran la obra de terceros. Como ejemplo bastará recordar a Himmler, al que se imputan diez millones de asesinatos, de los cuales no ha cometido *ni uno solo* con sus manos.

Hay que pensar también en los traidores, que no fueron sólo los que tomaron las armas contra su nación, o se unieron a sus enemigos prestándoles ayuda o socorro, o se encontraron en las filas del adversario, de acuerdo con la justa definición de la Constitución norteamericana. El concepto va más lejos: traidores en esta guerra son cuantos no fueron beligerantes o no se sometieron a la conducta infame de la pasividad por una coacción invencible.

Entre ellos está toda esa fauna que ha sobrevivido a la paz variando de forma. Nos referimos al tropel inagotable de los caballos de Troya.

#### 4. LOS CABALLOS DE TROYA

**K**IERKEGAARD dijo que la angustia es un desmayo femenino en el cual cae la libertad. Los hombres libres o los esclavos no la sufren. No son esclavos los que se encontraron reducidos por la fuerza a esta condición, sino los que reclaman por su temperamento o por su carácter el uso inmoderado de las cadenas.

Italia y Alemania han sido vencidas. Su problema está previsto en los acuerdos internacionales. Pero lo excep-

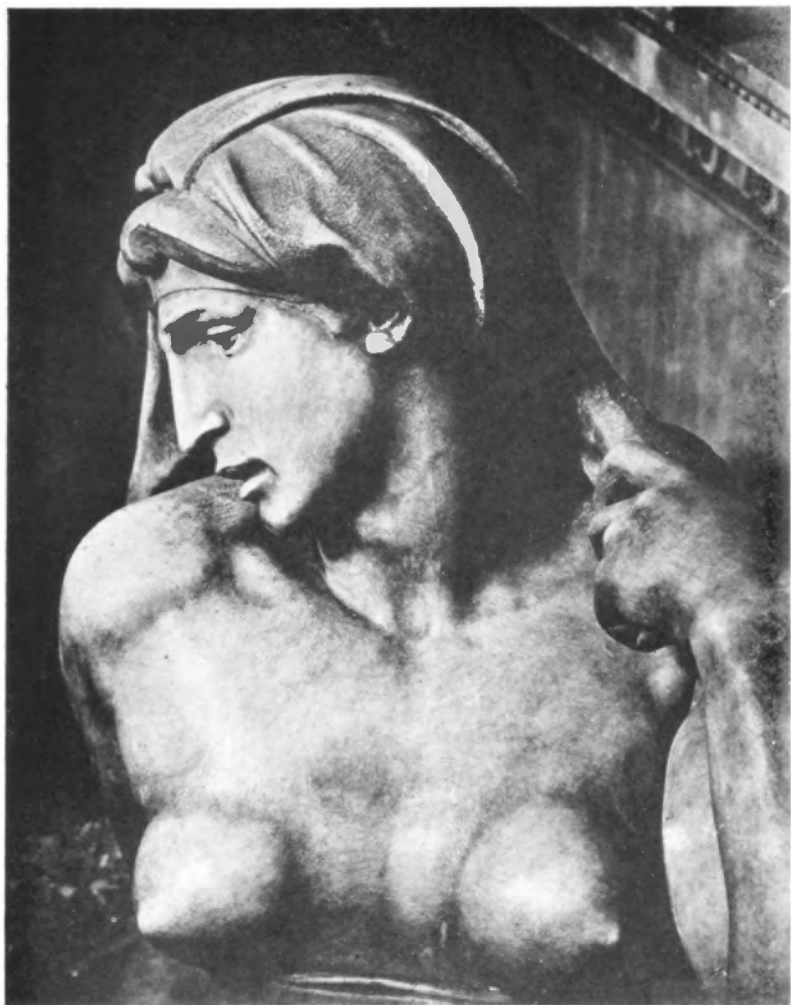
cional de esta guerra, de las situaciones contra las que ha luchado y de los conflictos que se ha visto obligada a desenlazar, hacen inútiles estas prescripciones, a pesar de que contaban con un asenso universal. Italia se ha convertido, de enemiga, en aliada. Ya examinaremos este cambio de posición más adelante. Alemania es la única enemiga abatida y su ocaso merece también un comentario especial. Los caballos de Troya están siendo aniquilados en Italia y subsisten en Alemania. Han encontrado, por lo demás, pasto abundante y nutritivo en países que se acogieron a la no beligerancia o a la neutralidad, convirtiéndose, además, en asilo de prominentes o desdeñables delincuentes de guerra.

Suiza con simpatías fascistas bajo la égida del presidente Motta, ha conservado, por lo menos para atracción del turismo, su prestigio legendario de patria de Guillermo Tell. Suecia fué una democracia neutral, a pesar de la coacción geográfica que la órbita alemana proyectaba sobre ella. Turquía adoptó una postura tardía de beligerante.

Nuestros datos sobre Portugal son muy escasos, a pesar de nuestra condición de español y de la comunidad ibérica. El dolor del pequeño país nos lo han enseñado sus grandes escritores. De su régimen sólo sabemos lo que vimos en Elvas una mañana de primavera, próxima al comienzo de la guerra de España. Contemplamos en la carretera unos presos a pie y esposados, que seguía a caballo una pareja de la fuerza pública. Vimos en una plaza una prisión desde cuyas rejas pedían limosna al público unos reclusos cubiertos de harapos, que arrojaban unas cestas para recogerla. En lo alto de la ciudad un antiguo castillo estaba convertido en penitenciaría para delincuentes políticos. El cónsul honorario de España nos obsequió con champagne, como aperitivo, en la terraza de un café, rodeados de mendigos, mientras desfilaba una fuerza militar desalentada y desaseada. Ese cónsul se dedicó más tarde a impedir el paso de la frontera a los republicanos españoles que huían de la crueldad entronizada en Badajoz por el general Yagüe. A su acción diplomática debieron una muerte cruel muchos de mis compatriotas.



RUBENS.—Consecuencias de la guerra.



MIGUEL ANGEL.—La Aurora.

Por lo demás, el régimen imperante en el país es una dictadura a cargo de un profesor universitario estrechamente vinculado a una empresa religiosa, intelectual y mercantil, cuyos tentáculos se extienden por todo el universo. En su obra política no ha utilizado más sanciones penales que la confiscación, la multa, la prisión, el destierro y el extrañamiento. Se ha abstenido de suprimir físicamente a sus enemigos. Su preocupación ha sido la defensa del dogma católico. Se cuenta que a los delegados de un congreso internacional de Entomología les advirtió que intervinieran eficazmente en sus sesiones a fin de que no se tomaran acuerdos que pudieran dañar ese dogma. Portugal ha girado siempre en la órbita inglesa. Durante esta guerra ha sido asilo de todos los aventureros y espías del universo, algo así como la Suiza de la guerra pasada, que describió con duros rasgos Lenormand en su drama *El cobarde*.

De los neutrales europeos queda España. Abordo el tema con vergüenza y con dolor. La guerra española tuvo varios líderes al servicio de Italia y de Alemania: el general Sanjurjo, muerto en un accidente; el general Mola, asesinado por la Gestapo, según afirman los monárquicos, y José Antonio Primo de Rivera, fusilado por la República como inductor de la rebelión militar. Franco, que no ha hecho en toda su vida más que ascender, ascendió también a jefe del movimiento por la vacante de sus directores. Me enfrento con su figura insignificante con la impasibilidad de un criminólogo que estudia un caso vulgar. Fácil es percibir, contemplando a Franco, su distrofia adiposo-genital, síntoma descubierto por Babinski en 1900 y descrito por Frölich al siguiente año. Se trata de una hipofunción de la hipófisis con tendencia a los estados apáticos, que fácilmente puede degenerar en melancolía y en equivocaciones sexuales. El hombre es pequeño y cruel. A pesar de que su sonrisa resplandece, según ha proclamado en un soneto Manuel Machado, el hecho cierto es que la única sonrisa abierta de su vida se la ofreció a Hitler, en la entrevista que tuvo con él al terminar la guerra española. Ha aprendido a hacer justicia en la legión extranjera y quiere pasar a la historia. Fué

discípulo de Pétain. Sabe francés y ha leído algunos de los manuales de historia que se encuentran de texto en los liceos de Francia; pero ignora, que hay varias formas de hacer historia, desde la de Mommsen sobre Roma hasta la de Pitaval sobre los crímenes célebres. El está más cerca de Pitaval que de Mommsen. Es sagaz y ambicioso y no tiene ideas. Todo esto explica su conducta en la guerra y su peligro como caballo de Troya. Lo mismo puede defender el nacional-socialismo que el fascismo, el falangismo que la democracia orgánica. Sus facultades de adaptación no ignoran el fenómeno de homocromía descrito por los naturalistas. Tomará siempre el color que le convenga. Un día saldrá diciendo que España es una nación proletaria y se servirá de este argumento como, con más talento que él, hizo en Italia Corradini, según el fino comentario de Borgese, para defender las conquistas más audaces de la justicia social; y otro recordará, para mantenerse en el poder, la extraña simbiosis del socialismo germano con el militarismo del Kaiser. "Todo menos dimitir". El y sus colaboradores y consejeros son lo suficientemente sagaces para no confundir la máscara con el rostro. Franco, el primer quisling cronológico, es el albacea testamentario del fascismo y del nacional-socialismo, a pesar de que no ha tenido una palabra de conmiseración por la muerte de Hitler y Mussolini, espejo en el que seguramente mira su destino de lacayo fracasado.

No es la fatalidad quien ha llenado España de criminales de guerra, sino la natural atracción del clima político que Franco ha dado al país, unido a la oferta directa de hospitalidad. Franco hace una política ambivalente porque es ambiguo física y psicológicamente. Una de las leyendas sobre la desaparición de Hitler, que circula por América y que puede ser una realidad o una novela policíaca, es la siguiente: nadie ha olvidado que coincidiendo con los claros triunfos aliados en Alemania, aterrizaron en Menorca unos aviones germanos. Ahora se insinúa que en uno de ellos iba el Führer y que fué internado en una orden religiosa de clausura y de silencio, donde toda huella de la personalidad mundana se esfuma al ingresar. *Si non é vero. . .* Allí están Laval y Degrelle y varios miles



menos connotados. Laval entregó a Franco cuantos republicanos reclamaba para el sacrificio de su inagotable crueldad. Este *gibier de bagne*, como le llamaba su futuro colaborador Maurras, se encuentra hoy en una prisión, cuidado por uno de los mejores hoteles de Barcelona. Degrelle es un amigo de Franco y un enemigo mío. Me hostilizó con el odio implacable de su periódico mientras fui en Bélgica embajador de la República. No correspondí nunca a su aversión. Un criminalista no odia a los delinquentes: los estudia. Franco facilitó a Degrelle documentos confidenciales que yo había enviado a mi gobierno durante mi gestión diplomática, y Degrelle los publicó. Esto no lo ha hecho nadie más que Franco. Si le conviene, entregará a Laval y a Degrelle. Es el jefe de un imperio que dice descender de las pretéritas tradiciones españolas. A pesar de su insignificancia se ve engrandecido por ciertas potencias democráticas que lo miman y simulan creer en su habilidad y en su genio diplomático. No contentas con crear a Mussolini quieren también crear a Franco. España no es eso, ¡no es eso! Este general español, traidor, taimado, cínico y farsante merece aquella maldición que en *Hernani* rechaza irritado Ruy Gómez de Silva, cuando el rey Carlos V le pide la cabeza del bandido: "fut un traître et vendit la tête de son hôte".

Venderá las cabezas de esos bandidos matricidas, huéspedes gratos, y consumará la traición, porque se trata de los suyos, de los coautores de sus crímenes y de sus colegas de ideología y de destrucción de sus patrias. Franco, que niega todos los postulados del decoro, de la continuidad, de la consecuencia y del agradecimiento, merece, salvando las distancias, aquel otro apóstrofe de doña Sol a Carlos V, en el mismo drama de Víctor Hugo: "Tu n'as pas le coeur d'un espagnol".

La historia, como a todos los quislings, lo anegará en el anónimo.

##### 5. LAS AGUILAS ROMANAS

DECÍA Mignet que "el despotismo agota sus medios con sus éxitos y devora por anticipado su propio porvenir".

El autor del reciente libro *Italia fuera de combate*, publicado en Madrid por uno de los falangistas que habitan en territorio español, debería haberle puesto como lema estas palabras admirables del historiador de la Revolución francesa. El libro es único. Se trata de una apología de Mussolini y de una historia de los últimos días de su régimen, hasta que el rey encargó del poder a Badoglio. Ninguna obra produce como ésta el efecto contrario al que se había propuesto lograr. Mussolini no sólo devoró su propio porvenir, sino el de su patria. Su política cruel de condottiero compendia sin duda el gran concepto de Sydney: "Vivir por la voluntad de un hombre se convierte en causa de miseria de todos los hombres". Su muerte ha estremecido a una cierta parte del mundo y ha sido un reactivo psicológico para que hagan una salida los quintacolumnistas emboscados. En la compasión se cultiva el egoísmo personal, decía Kierkegaard. Los tiranos que subsisten habrán entrevisto en la muerte de Mussolini su propia muerte, y sus secuaces el cruel final de sus ídolos. Todavía citando a Kierkegaard alta autoridad para un tema tan pequeño, podríamos recordar la sutil diferencia que marca entre el que compadece y el que padece, "por padecer él primero, de un modo más elevado". Los que padecieron primero por la injusticia han apreciado, con la serenidad que mañana deberá adoptar la historia, la justicia de la muerte de Mussolini. La historia dirá también que el ensañamiento espectacular que ha seguido a su ejecución constituye un detalle nimio si se le compara con lo que hizo el fascismo con sus víctimas. El moralista recordará que el talión está fuera de la ética, pero dentro de la lógica.

El fascismo corrompió a Italia y cayó más tarde. Esta es la versión oficial. La real es que el fascismo desintegró a Italia hasta el nihilismo y quedó luego enquistado en la sucesión política que vino a reemplazarle. Para suprimir ese quiste se están empleando procedimientos quirúrgicos. Es una enseñanza elemental de la terapéutica.

La Universidad de Génova hacía votos por el éxito de las águilas romanas en los momentos en que los aliados, posesionados de Sicilia, reclamaban de la Italia fascista

una paz incondicional. Cuando subsistía la penosa demanda, pero Badoglio había sustituido ya a Mussolini, la Universidad de Génova cantaba con encendido acento la libertad de la inteligencia. Este hecho indigna al joven falangista que escribió el libro aludido antes. Se olvida de Franco e ignora sin duda ese curioso "specimen" de la psicología que se llama el *trasvestitismo*, y que se debe al nexo entre un instinto desorbitado y la atracción y uso de los trajes del sexo opuesto. Se trata de una desviación inocente que carece de resonancias biológicas. Los hombres que se visten de mujeres siguen siendo hombres: los fascistas que se visten de liberales siguen siendo fascistas. Por lo demás, Mussolini ha privado de su grandeza a las águilas romanas, que evocaba en un raptó lírico la Universidad ligur, y las ha convertido en un animal carnívoros y cruel.

A Italia le ha quedado una voluntad de combate. "La voluntad —escribió Guyau— es un César irresponsable al que se puede condenar y ejecutar en efigie". Con ello se satisface un anhelo de persecución política, pero no se agotan el impulso ni la acción. Recuerda el filósofo francés que durante el Terror blanco se quemaban águilas vivas en lugar de hombres. En Italia se han sancionado los cuerpos de los heterodoxos, pero no su voluntad, águila soberana de libre vuelo.

Un jurista eminente, Pietro Calamandrei, testigo de la batalla de Florencia contra los nazis, ha exaltado con inusitada belleza estas jornadas gloriosas, respuesta del pueblo italiano a la opresión fascista, y ha escrito: "Y que no se nos acuse por haber demorado demasiado tiempo esta respuesta; toda Europa se ha demorado y tuvo apenas el tiempo de despertarse en vísperas de su fin". Anhelamos que Italia demuestre en su convalecencia la verdad de los versos del Petrarca: "Che l'antico valore nelli italiani cor non é ancor morto".

## 6. LOS DIOSES EN LA VALHALLA

EL problema de Alemania es distinto. No aspiramos a tomar partido en la apasionada polémica entre Lord Vansittart y el profesor Laski. No se trata de elegir entre la aniquilación o la reconstrucción de Alemania. Se trata de encontrar —¡empresa inmensa!— una Alemania nueva y desintoxicada, sin junkers, sin ejército, sin policía, sin burócratas, sin nazis y sin técnicos complacientes y criminales. Es necesario curar a Alemania del virus guerrero y suprimir en las generaciones futuras todo el veneno letal insidiosamente deslizado por métodos pedagógicos, que infecta a las actuales. Aspiramos a una Alemania con heterodoxos y con descontentos, donde no sean el himno nacional ciertos corales de Lutero y donde se olvide la memoria de aquel loco sádico que se llamó el general Ludendorff y que pedía la eliminación de esos descontentos, como factor de disolución social.

¿Será posible hacer una nueva Alemania? Para ello habrá que suprimir los “demonios nacionales” y que acabar con los posesos. Habrá que dotar al hombre alemán de una cierta riqueza de pensamientos diversos, para que su mente no se vea peligrosamente invadida por el único pensamiento de la guerra total, que, como enseñó Ludendorff a todos los millones de muertos germanos que han caído en dos guerras y a los millones de los que han sobrevivido, es “la única pasión, el único goce, el vicio y el deporte, *la obsesión*”. Será necesario también destruir la obediencia alemana. Conviene no olvidar el alto pensamiento de Stuart Mill: “las grandes virtudes no proceden de una doctrina *no moral* que sólo concede valor a la obediencia”.

Alemania hizo a Hitler y apoyó a Hitler. Sería excepcionalmente grave que en el supuesto de que haya muerto, continuara ligada a él y a cuanto representaba con una adhesión póstuma. El mérito de *su* Führer consistió en crear para la mentalidad infantil alemana el mayor número de mitos, lo suficientemente fuertes para que perturbaran su pensamiento lógico. Con razón ha dicho re-

cientemente Laski que el legado de Hitler puede ser el germen de una nueva enfermedad nacional.

Las infinitas y cobardes crueldades con que casi todos los hombres de Alemania han estremecido nuestra época, son la consecuencia de un pensamiento premoral, locamente impulsado por unos mitos. Uno de los criminales de guerra cuya responsabilidad como autor intelectual de tales crímenes está claramente manifiesta, es ese *snob* báltico que se llama Alfredo Rosenberg. Sus palabras fueron grabadas en el umbral de la conciencia de todos los delinquentes nazis: "El Estado totalitario se muestra contrario a la solidaridad humana, al perdón y a la piedad, que son el fruto de un cristianismo corrompido". ¡Con qué obstinación y con qué abundancia se han aplicado estos principios! La quinta columna, resucitada al día siguiente de la paz de las armas en Europa, afirma ahora, al oído de las gentes que simpatizan con ella, que las informaciones gráficas sobre los horrores de los campos de concentración son compuestas y falsas. Cada hombre, cualquiera que sean sus ideas políticas, que se halle en posesión de un mínimum de ideas morales, viene observando, con una decepción amarga, que se tarda mucho en hacer justicia a los criminales alemanes, y es protagonista de un patético drama interior, de una lucha, de una agonía, en la que se debaten sus viejos conceptos de la justicia, con afanes de venganza, de una venganza implacable, que todavía, por fortuna, puede sofocar.

En todo caso hay que olvidar los acuerdos de La Haya para aplicarlos a la invasión. Importa conservar durante el orden; reconstruir la vida pública con lentitud y por los poderes de ocupación; no observar sus leyes; reintegrarles tarde, despacio y por fracciones la dirección de su propio destino; comprobar su nueva capacidad de dominio político antes de que este dominio le sea atribuido, y suprimir de la terminología y del pensamiento de los ocupantes, durante mucho tiempo, aquel concepto de la restitución de la soberanía del Estado, que es un principio jurídico de toda paz.

El profesor Laski continúa, como es lógico, noblemente preocupado por el problema. En un trabajo re-

ciente declara que Hitler o sus secuaces, o ambos, han echado los cimientos para la fabricación del mito de que el Führer, el monstruo de hoy, se convierta dentro de una generación en el héroe y salvador que murió por su país. Tratándose de la mentalidad alemana actual esto es inevitable. No se trata de un problema político, sino psicológico. Cuando el profesor Laski cree solucionarlo pidiendo que los aliados traten a Alemania en forma debida, no nos dice cuál es en concreto esta solución. Parece condensarla después de una bella frase, al reconocer que queda en Alemania un rescoldo o residuo que puede ser llama y acción, "si la victoria se convierte en un fin y no en un principio". Su antagonista, Lord Vansittart, ha afirmado rotundamente que el causante de la guerra fué el militarismo alemán. Simbólicamente el problema consiste en dejar en paz a los dioses en la Valhalla y en convertir a las Valkirias al trabajo cotidiano de alimentar a los hombres, aun cuando los dioses mueran de sed privados de la hidromiel.

Las normas internacionales sobre la guerra prohíben que se impongan penas a una población. En este caso el trabajo forzado u obligatorio para los alemanes, con el fin de reconstruir cuanto destruyeron, no pasa de ser un deber ineludible para los aliados y constituye jurídicamente una reparación del daño causado.

## 7. LAS LLAVES DEL REINO

**E**L nacional-socialismo sentía a la vez odio y desdén por el depositario en la tierra de las llaves del reino de los cielos, y por sus súbditos católicos. Los nazis más prominentes se están suicidando. Su suicidio es el triunfo de una conciencia pagana. No tienen remordimientos por sus pecados; no piensan en el rescate ni en las penas eternas. Cortan una vida de crímenes, tan pronto como el fracaso o la derrota les impide continuarla. "Cuando no pueden matar, se matan. Son unos delincuentes puros.

Odiaban la Iglesia Católica, su suprema autoridad y sus ministros. Si la operación de Polonia que inició la



TINTORETTO. La toma de Constantinopla.



Resurrección, 1945.



guerra hubiera tenido éxito, mediante la consumación del despojo y un nuevo apaciguamiento de las democracias, los nazis contaban realizar su proyecto de aniquilar la enseñanza católica, sustraer de la nación de ella a las juventudes, perseguir a los ministros del culto y poner en secuestro los bienes de las iglesias. Los católicos alemanes eran el grupo religioso que seguía en influencia y en riqueza a los judíos. Ocupaban el segundo lugar entre las víctimas de la codicia y de la hegemonía política del nazismo.

Sería fácil recopilar una antología del pensamiento anticatólico de Hitler y de sus apóstoles. El Führer había proclamado la posibilidad de declararse cristiano o alemán, pero negó que se pudiera ser ambas cosas a un tiempo. En una de sus frenéticas alocuciones preguntaba a su pueblo sumiso: "¿Creéis que esos sacerdotes que no tienen ya creencia alguna y que ejercen sencillamente una función, no reemplazarán su Cristo por la cruz gammada?". El mismo trató de hacerlo, creando una iglesia nazi, que bajo el pontificado de Rosenberg comenzaría a actuar al día siguiente de la victoria. No se olvide que Rosenberg, el más inteligente de los enemigos nazis del catolicismo, había calificado, con desdén, de femeninas las virtudes cristianas. Goebbels, el supremo artífice de la propaganda, proclamó que ciertas fiestas religiosas se transformarían en conmemoraciones nacional-socialistas, y afirmó que sentía la tentación de creer en un dios germánico más que en un dios cristiano. Sus charlas radiadas con ocasión de los procesos de Coblenza no pueden reproducirse. Estos procesos, que acusaban de atentados al pudor a profesores de distintas escuelas católicas, eran perfectamente falsos y hábilmente preparados, y dejaron indiferentes a sus correligionarios europeos. Parecían darle la razón a Lüdendorff, que sostenía acerba y tenazmente que el catolicismo sólo era el egoísmo. Sin embargo, la encíclica "Mit brennender Sorge" (con intenso dolor), declaraba que en el horizonte de Alemania en lugar del arco iris de la paz aparecía la tempestad de las funestas luchas religiosas.

La protesta de los católicos alemanes contra las persecuciones del nazismo fué siempre tímida. Antes del

triumfo del partido, el vicario de Mainz, en nombre de su obispo, proclamó en 1930 estos tres principios: a) no se puede ser católico y nazi; b) los nazis no pueden tomar parte en las ceremonias religiosas; c) no pueden administrarse los sacramentos a los católicos que mantienen los principios del partido nazi.

Diremos en un inciso que la misma tesis sostuvo durante la guerra, como episodio de una resistencia que le enaltece, el jefe de la iglesia católica belga, el cardenal Van Roey. El mismo cardenal advirtió a sus feligreses que no podían votar a Degrelle, el líder del *rex-appel*, en las elecciones para diputado de la circunscripción de Bruselas en 1937. Sin embargo, durante la guerra española tuvo complacencias con Franco y sus huestes episcopales que constituyen un episodio penoso.

Volviendo a Alemania, y ya en plena explosión bélica, la Gestapo confisca conventos, expulsa religiosos y se apodera de bienes eclesiásticos. El obispo de Münster, Von Galen, denuncia y anatematiza estos hechos en 1941, y se muestra escéptico en cuanto a las razones invocadas de utilidad del Estado. También protesta de los destierros de sacerdotes. Todo ello tropieza con la dificultad del concordato alemán. El actual pontífice y el delincuente de guerra Von Papen, fundador por cierto de una sociedad de propaganda religiosa y política, que fundía en sus emblemas el águila y la cruz cristiana, son los negociadores de ese concordato, de 20 de julio de 1933. En su artículo 16 se declara obligatoria la prestación por los obispos, al asumir sus funciones, del siguiente juramento: "Ante Dios y sobre los Santos Evangelios juro y prometo como conviene a un obispo, fidelidad al Reich y al Estado. . . Juro y prometo respetar y hacer respetar, por mi clero, al gobierno establecido, según las leyes constitucionales del Estado. Preocupándome, como es mi deber, del bien y del interés del Estado alemán, trataré, en el ejercicio del santo ministerio que me es confiado, de impedir cualquier perjuicio que pueda amenazarlo". Este juramento se presta cuando el nazismo, después de las matanzas de junio, ha adquirido la plenitud de su fuerza. La fórmula que alude al gobierno establecido con arreglo

a las leyes constitucionales del Estado, no puede envolver una reserva ni insinuar una crítica política, porque Hitler llegó al poder constitucionalmente. El juramento explica también la pasividad del clero católico, en general, y ante episodios tan dolorosos y crueles como la persecución de los judíos. Entonces calló, como casi siempre. Un católico tan eminente como Sturzo pudo señalar con razón que "si los católicos alemanes hubiesen tomado francamente la defensa de los judíos en los comienzos de la persecución nazi en 1933, habrían cumplido su deber de cristianos y creado al mismo tiempo un frente de resistencia con positiva utilidad".

No es sólo en Alemania donde, como dice Borgese, se ha desafiado a la ética cristiana por los mismos católicos. El escritor italiano atribuye dos armas al catolicismo: una que está compuesta por la gracia y las obras, por la predestinación y la voluntad libre, que son las llaves del reino de los cielos; y otra que no es más que la herencia política romana. La última es la que se conmovió unilateralmente con los bombardeos de Italia y Alemania, la que hizo insinuaciones de paz cuando triunfaban las armas persecutorias de Wotan, la que envió la bendición apostólica a Franco ahito de sangre, la que se conmovió ante la ejecución de Mussolini y no ha dicho nada sobre los campos nazis de concentración. Esa protesta ha llegado después de la victoria sobre Alemania y referida sólo a los católicos, como si en relación con el inmenso dolor de los hombres, aniquilados en esos lugares de tormento y de crimen, hubiera que administrar la piedad de acuerdo con las creencias individuales.

No podemos creer cierto el pensamiento de Nietzsche: "En el fondo no ha habido más que un solo cristiano, y murió en la cruz", ni tampoco que el catolicismo sufra hoy una de esas crisis de psitacismo efectivo tan frecuentes en las religiones, como señala Blondel, en las que se salvan los dogmas y perece la moral. La guerra ha demostrado lo contrario. Sturzo, Mauriac, Maritain, Seigneur, Mounier, Bidault son católicos, capaces de restituir a una fuerza espiritual, a la que están ligadas en esta hora dramática las angustias, las preocupaciones y las esperanzas de tan-

tas víctimas de la guerra, el inmortal prestigio de su fe. El mundo nuevo necesita un catolicismo humanista, en el que no haya nuevos "Munichs de la Iglesia", como dijo Borgese, es decir, nuevos tratados de Letrán, nuevos concordatos nazis, nuevas bendiciones apostólicas para los opresores y los quislings, sino generosos y caritativos ademanes que orienten a la persona humana por las duras sendas del destino que nos ha deparado esta hora patética.

#### 8. DE VERSALLES A SAN FRANCISCO

LA Conferencia de San Francisco no iba a ser la de Versalles y se ha necesitado una gran dosis de buen sentido, para que una circunstancia imprevista no la convierta en el Congreso de la Paz.

Sobre la Conferencia de San Francisco ha gravitado un fenómeno de precocidad histórica. Cuando se la proyectó se tenía el pensamiento de celebrarla antes de terminar la guerra en Europa. El final de la lucha se precipitó, apenas en los albores de la Conferencia. Esta tenía ya su competencia y no podía ampliarla de oficio. La Conferencia de San Francisco fué estrictamente convocada para la organización genérica de la paz y de sus mecanismos jurídicos de defensa, lo que no tiene que ver nada con la paz concreta de los aliados, ni con la guerra, al fin y al cabo conflicto entre partes cuya solución incumbe sólo a los beligerantes. Afectaba, como ha dicho con una precisión insuperable el presidente Truman, *a la paz mundial*, futuro abstracto, totalmente ajeno a la *paz de ahora*.

Un comentarista ha concretado felizmente lo que *no es* la Conferencia de San Francisco. No es una conferencia de la paz, sino para la defensa de la paz. Carece de competencia para tratar de problemas económicos, sociales y políticos de esta guerra, de cuestiones de fronteras, colonias y mandatos, de reparaciones, de gobiernos de ocupación y del enjuiciamiento de los criminales de guerra. Todo esto corresponde al Versalles del porvenir, pero no le incumbe al San Francisco del presente. En el discurso radiado por el presidente Truman en el acto inaugural de

la Conferencia, dijo ya el jefe del Estado norteamericano: "No es el propósito de esta Conferencia redactar un tratado de paz, en el viejo sentido del vocablo", y agregó: "No es nuestra tarea resolver problemas concretos sobre territorios, fronteras, ciudadanías, reparaciones".

En cambio, la Conferencia de San Francisco tiene su competencia perfectamente definida. Los Estados representados en ella asumen la exclusiva misión de crear las instituciones acordadas, en principio, en el Plan de Dumbarton Oaks, que son una asamblea general, un consejo de seguridad, un tribunal internacional de justicia y un secretariado. La Agrupación de Naciones Unidas tendrá como fin el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales, mediante la adopción de medidas colectivas, con la colaboración de todos los Estados, a base de una norma de igualdad soberana. Se creará un consejo de seguridad de once miembros, con puestos permanentes para China, Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y *en su oportunidad* Francia. Ayudará al consejo un comité de estado mayor militar. Tendrá facultades el consejo para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales, para tomar medidas diplomáticas y económicas, como la interrupción total o parcial de las comunicaciones de toda clase y la ruptura de relaciones. En último término, podrá acudir a la actividad de fuerzas aéreas, navales o terrestres consistente en demostraciones, bloqueo u otras operaciones. Según Liepmann, Roosevelt, que era su propio secretario de Estado, pensaba en San Francisco traducir en normas concretas los acuerdos de Dumbarton Oaks, pero reservaba los problemas de política exterior para ser tratados por los jefes de Estado de las potencias que han asumido en esta guerra los mayores esfuerzos y sacrificios.

La Conferencia de San Francisco, antes de encontrarse con el final inesperado de la guerra, superó sus objetivos, a los que ahora parece volver convencida de que todo intento por intervenir en la paz actual, dada la índole y representación de sus protagonistas, volvería a desnaturalizarla peligrosamente.

La Conferencia de San Francisco nada tiene que ver con Roosevelt ni con Truman, jefes de una democracia, que pueden asumir la difícil tarea de mediadores entre los protagonistas bélicos que se doblen de antagonistas políticos.

El informe de la Dotación Carnegie señala como obras de la paz dos principales: la reconstrucción, y la organización de instituciones internacionales. La primera incumbe a los vencedores y a los vencidos. Exclusivamente para dar cima a la segunda ha sido convocada la Conferencia de San Francisco.

#### 9. REPUBLICAS DE SANGRE Y DE SOMBRA

COMO sólo ha terminado la guerra en Europa, hemos escrito este trabajo pensando en la paz europea y en sus consecuencias. Se trata de una abstracción, naturalmente imprecisa. Briand ya dijo: "No existe una paz para América, una paz para Europa y otra para Asia, sino una sola paz para el mundo entero".

La de ahora, circunscrita al continente en que la guerra ha sido más áspera, más mortífera y más convulsiva, no puede olvidar que esta lucha, sin par en la historia, ha sido una ruina económica y una catástrofe moral. Las ilusiones de prosperidad que puede haber ofrecido a determinados países son transitorias y se desvanecerán. Las ilusiones políticas de los que le asignaron el sencillo papel de una operación de policía para aniquilar al fascismo y al nazismo y retornar a un pasado apacible, sufrirán el choque brutal de la desesperanza.

Los métodos tradicionalmente empleados para poner fin a las guerras de otro tiempo, probarán ahora su inutilidad. Esta no puede terminar ni con un armisticio, ni con un tratado, ni con una conferencia, sino con un largo período de tutela de los vencidos, antes de que la palabra paz pueda pronunciarse como sinónima de normalidad política. Exigirá una disciplina y una estrategia común de los aliados, y si se rompe —y esto lo están percibiendo claramente los nuevos afanes bélicos de la quinta co-

lumna resucitada—, desembocará en una nueva catástrofe. La guerra no ha terminado con esa quinta columna porque no arrancó sus raíces, olvidando el gran verso del Dante: “Rade volte risorgi per li rami l’umana probità”.

En una novela de Bourget, que tuvo en el armisticio una cierta boga, *Le danseur mondain*, señalaba éste con la exageración y la carga de prejuicios que es habitual en sus narraciones, la desclasificación a que conducía a los hombres el accidente heroico de la guerra, incapacitándolos para el retorno a las tareas sistemáticas de la normalidad. De ese “accidente heroico” y de las desilusiones del regreso, de la desesperación, de la aventura y de los contactos con el peligro, nacieron el fascismo y el nacional-socialismo. Las consecuencias de una paz que diera la sensación de una normalidad precipitada, volverían a engendrar esas anomalías sociales.

La paz no puede llegar precipitadamente. Entre ella y la guerra debe haber, como reiteradamente se ha señalado, un largo período de preparación. Sería casi una promesa de catástrofe precipitar las decisiones en este punto. Uno de los informes de la Dotación Carnegie ha señalado este riesgo y ha reclamado con razón una estrategia común para la paz, tan necesaria como la estrategia común que se ha empleado durante la guerra y parte importante de ella misma. No hay un corte radical entre la guerra y la paz en general; y especialmente entre una guerra como la que ha asolado Europa y la paz que demanda su convalecencia de la lucha y su estado revolucionario. Lo peor de ese estado es una situación moral que compromete gravemente el futuro y que se refiere a la acción combinada de la política y de la ciencia. El propio informe de Carnegie ha destacado con razón que, a menos que los pueblos libres, los pueblos que logran liberarse, no puedan concentrar su inteligencia y la obra de sus científicos en propósitos sociales, no tardará en surgir otro Hitler, que los uncirá de nuevo a un esfuerzo brutal, que explote su desintegración, con la mira de unificar un mundo en ruinas, por los métodos de la conquista, al servicio de la tiranía.

No deben olvidarse, por otra parte, las víctimas de la guerra, esparcidas por todo el mundo, ni la lucha cotidiana, oculta y heroica, sostenida por los sometidos y ocupados, al margen de la contienda oficial de los ejércitos.

Como señala elevadamente Shotwell, ningún pueblo puede permanecer indiferente a los sufrimientos de las víctimas inocentes, sin perder algo de su propia vida espiritual. Y agrega: "Limitarnos a inútiles condolencias, sin intentar que se haga justicia en alguna forma, es una clase de hipocresía que reduce la fibra moral de los que tratan de satisfacer sus conciencias con simples exhortaciones emocionales".

La otra guerra destruyó varias generaciones. Se pudo comprobar que sus frentes habían vaciado el futuro. Ahora, como entonces, se ha llegado a la paz, a costa de inmensos sacrificios anónimos. Junto a la guerra abierta ha habido una guerra encubierta. Una lucha sin garantías, sin leyes, sin el amparo de los acuerdos de las conferencias de La Haya, esclava del escueto dilema de matar o morir.

En un bello trabajo, un escritor francés, Jean-Paul Sartre, combatiente de los *maquis* y profesor de psicología, ha hablado de los hombres que luchaban solos, para vencer y para salvarse, para salvarse ellos mismos y para salvar a los demás. Estos héroes crearon en muchos países nuevas repúblicas surgidas de la sangre y de la sombra. Como afirma Mauriac, han caminado durante años "con la muerte al lado, en una lucha llena de emboscadas. . . han nacido, se han formado, se han revelado en lo más negro de esa noche, en lo más espeso de ese légamo". Mauriac advierte que traen el secreto de la salvación de Francia. Nosotros creemos que aportan el de la salvación del mundo. El gran escritor católico piensa que tal vez lo hayan recibido de Dios, en ese diálogo "que todo hombre, creyente o no, entabla en la negrura y en el frío de una celda". En ellos, el dolor fué, según el concepto admirable del filósofo italiano, el comienzo de la acción.

Según Platón, Epimeteo pregunta a Zeus si debe dar a un solo hombre el don de elegir entre el bien y el mal. Zeus responde que sea repartido entre todos por igual. A muchos no ha llegado el don de los dioses. La lección de



Esta guerra es un lucha entre la habilidad y el heroísmo. Entre los *maquis* franceses cayó un estudiante de la en otros tiempos eminente Universidad de Salamanca, que afirmó morir por una España mejor, en la tierra francesa. Otro estudiante belga se llevó a la tumba, ahorcado por las autoridades alemanas de ocupación, el secreto de la muerte del "más odioso de los lacayos del nazismo", según la calificación de sus compatriotas.

Contemplando conmovidos estos ejemplos de vidas adolescentes segadas en flor, queremos creer que su sacrificio tenía un fin, y nuestra amargura elegíaca piensa que no era vana la demanda que formuló Anatole France, en tiempos mucho más felices, cuando pedía a los hombres del porvenir una fe, una esperanza y una caridad nuevas.

## REFUGIADOS

Por *Carmen R. L. DE GÁNDARA*

UN SIRVIENTE de frac abrió lentamente la puerta del hall. La pechera blanca brilló un instante en la penumbra.

En el cuarto inmenso había pocos muebles; eran muebles grandes, pesados, caros. Las paredes eran de una materia indescifrable, labrada y opaca. No había en el cuarto ni una línea pura ni un color claro.

La invitada argentina atravesó sin prisa, buscando con los ojos al dueño de casa, los varios metros que la separaban de la pequeña reunión de hombres y mujeres, vestidos de rigurosa etiqueta, cuya conversación en voz baja tocaba apenas el silencio del aire.

Contra el respaldo de una profunda butaca de raso negro, bajo el dibujo inmóvil de una hoja de invernáculo pacientemente lustrada, distinguió el rostro pálido y afilado que conocía vagamente.

El señor Ferral se puso de pie y, con visible cansancio, dió unos pasos hacia ella; la muchacha le tendió la mano sonriendo. La conversación se fué rehaciendo poco a poco. La invitada argentina escuchaba, mirando.

Al fondo, detrás del sillón donde estaba sumergido el señor de la casa—¿señor?, ¿casa?, pensó rápidamente la muchacha— en el centro de la pared opaca y labrada, hábilmente iluminado de soslayo, resplandecía, como venciendo con holgada facilidad el simulacro que la rodeaba, un retrato de mujer.

Contra un pedazo de puro cielo claro, vestida de terciopelo, pacífica, prudente y minuciosamente aristocrática, la mujer retratada sonreía. La invitada argentina sabía que el señor Ferral poseía una fabulosa colección de cuadros de la cual, por un negociado privilegio de su

gobierno, se le había permitido, a pesar de guerra y dictadura, traer a Buenos Aires unas cuantas piezas predilectas.

El señor Ferral era uno de esos pocos multimillonarios internacionales cuya fortuna está en todas partes y en ninguna; pertenecía a esa región legendaria y precisa; era un ciudadano de ese mundo. La guerra lo había traído a Buenos Aires. Muchos años atrás, después de una tormentosa vida política en su país había ingresado, terminada la guerra del 14, gracias a su inteligencia aguda y flexible de abogado ambicioso, en el territorio helado y clandestino de las grandes finanzas. Estaba ahora, debido al involuntario destierro, instalado en ese piso fastuoso—amueblado Dios sabe por quien—en Buenos Aires. Frente a su casa se extendían los jardines de Palermo detrás de una doble fila inocente y recta de jóvenes jacarandás.

Había en la reunión un novelista. También un extranjero, también refugiado. A poco de entrar la invitada argentina el novelista retomó la palabra. Mientras el novelista contaba la historia complicada y pintoresca de un príncipe hindú que acababa de llegar al país y que todos los presentes habían visto esa tarde en el cocktail de la embajada inglesa, la argentina miró disimuladamente, con seriedad, a su alrededor.

Detrás del dueño de casa, en un caballete alumbrado por un foco de luz, había otro retrato. Esta vez era el retrato de una vieja: una vieja de carne blanca y blanda, de pelo crespo, muerto, teñido, cubierta de alhajas y de encajes. Daba esa carne floja y pintada una tal sensación de realidad, era tan viviente y opulento el cuerpo lujoso de la vieja que la muchacha pensó: ¿Rubens? El cuadro genial era, por genial, un horror, casi una blasfemia. La argentina, sin solución de continuidad, como si siguiera una misma línea, miró al dueño de casa sentado en primer plano, próximo a ella.

Cada palabra del señor Ferral era un suplicio para quien le escuchaba. Había tenido años antes cáncer a la garganta y se había quedado casi sin voz. Hablaba al través de una laringe de plata. Esta se debía a la ilustre destreza de un cirujano alemán que lo había operado en Friburgo.

(Recobrada, aunque parcialmente, el habla perdida, el señor Ferral había regalado al doctor Koenig un bosquejo, atribuido con suficiente verosimilitud a Botticelli, en el que ya se anunciaba la milagrosa precisión con que las tres gracias entrelazarían, contra los negros troncos, las seis manos nacaradas. El doctor Koenig había mirado con minuciosa torpeza la gracia exacta de los dedos perfectos y había dicho con su incurable acento del norte: "La longueur des métacarpes est très jolie". Cada vez que Ferral contaba este cuento reía con inagotable, mediterráneo placer). La voz, pues, y decían que había sido un día orador brillante, salía al través del aparato ortopédico transformada en espectro, en rastro informe, en cadáver; era una voz en descomposición. Cada palabra le costaba un esfuerzo físico visible. Su rostro exangüe, envejecido, inteligente, era también el espectro de un rostro normal, de un rostro vivo.

El señor Ferral escuchaba al novelista, al compatriota refugiado y consagrado gran novelista por la élite de su país, con refinada paciencia. No porque él tuviera muchas ganas de hablar—hablar debía ser para él una continua y sutil tortura—sino porque todo, absolutamente todo parecía aumentar, casi intolerablemente, su infinito cansancio, su cansancio europeo.

El novelista contaba en ese momento que entre él y Valle Inclán y Ricardo Baroja—"hermano de Pío y que escribe naturalmente mucho mejor que Pío" habían escrito en un café, a altas horas de la noche, la carta con que la madre del chico—el príncipe hindú de esa tarde—, que bailaba en ese café, "La Camelia", contestaba la propuesta matrimonial del maharajá.

El señor Ferral le escuchaba desde muy, muy lejos. Como si todo, todo, lo supiera ya. Exactamente desde la misma distancia concreta e inmedible desde la cual la vieja cubierta de puntillas y esmeraldas, inmovilizada por Rubens, contemplaba la reunión heterogénea y espectral.

Cuando la conversación, decayendo momentáneamente, se lo permitió, la argentina preguntó al señor Ferral de quién era el retrato de la mujer quieta vestida de rojo, contra el pedazo chico de cielo azul. Le parecía que ese retrato

era el único sitio respirable del cuarto. Entonces el dueño de casa se puso de pie casi con agilidad.

Con su voz, esa voz, ese resto macabro de voz que pasaba al través de una laringe de plata, dijo, tomando a la muchacha del brazo afectuosamente y llevándola hacia el cuadro:

“Es Vittoria Colonna. Se lo hizo pintar Miguel Angel. Mandó llamar a Sebastián del Piombo de Venecia, para vengarse de Rafael, después del incidente aquel de la Sixtina, y le encargó este retrato. Imagínese usted con qué loco empeño fué pintado por del Piombo y dirigido por Miguel Angel. Mírelo usted”.

Muy lentamente, como si cada gesto le costara un esfuerzo, se acercó a un pequeño sofá que estaba frente al cuadro y se sentó. Ella se sentó a su lado. El señor Ferral prosiguió:

“Aprecie usted el equilibrio de esa actitud y el espesor y la suavidad de ese terciopelo y admírese si le digo que yo tenía metros y metros de ese mismo terciopelo —el mismo— era el tono exacto, la misma calidad. Lo encontré en Venecia”. El señor Ferral se interrumpió. Una nostalgia concreta y exasperante parecía haberle enmudecido.

La argentina miró con ojos nuevos, con ojos limpios y abiertos, que parecían continuamente descubrir lo que veían, la prodigiosa armonía realizada. Tocó con los ojos la dulce densidad del terciopelo; pesó el equilibrio de la actitud admirable. Calculó, con asombro, la transparente hondura del cielo azul. Y, bruscamente, brutal y categóricamente pensó, como se piensa una cifra o un nombre o una cosa, pensó rotundamente que lo que ella veía no era lo que estaba viendo el señor Ferral. Ella estaba mirando, deslumbrada, un instante de tiempo vivo, estaba sintiendo, al través del misterio de esa armonía, un pedazo palpitante de vida detenida. ¿Qué estaba viendo, qué veía el señor Ferral? ¿En qué se estaba complaciendo, detrás del humo de su cigarro farmacéutico, la mirada tasadora y cansada del señor Ferral?

“Allí a la derecha, arriba, hay un moño que no me gusta”, dijo la argentina. Lo dijo como lo decía todo,

impulsivamente, irremediadamente. El señor Ferral volvió apenas, condescendentemente, la cabeza escuálida.

“¿Moño? Ah, lazo. Sin ese lazo se rompería la arquitectura, caería la estructura de todo el cuadro”.

“¿Sí? Tal vez”. La muchacha iba sintiendo cada vez con más fuerza la distancia que la separaba del viejo señor. Dijo:

“Voy a decir una impertinencia, señor Ferral. Parece que hago eso con frecuencia”.

“Diga, diga usted”.

“Es una lástima, qué lástima, que estos cuadros estén aquí escondidos. No los ha visto sino un pequeño grupo de personas. ¿Y los otros?”.

El señor Ferral dejó pasar unos segundos como para rehacer el riel convencional y oponer a la espontaneidad inadmisibles la verja necesaria, y luego, con su voz quebrada y áspera, contestó:

“No hay otros. A nadie le interesa aquí esto. Ni les importa ni se enterarían, ni vale la pena acordarse de ellos”. La argentina calló. Pensó en los otros. Se acordó de esos muchachos que había visto tantas veces en el Salón o en el Museo, de ojos ávidos y ropas raídas. El señor Ferral prosiguió:

“Una ciudad cuyos museos no ofrecen un panorama inteligente, aunque no fuera completo, de la gran pintura, no es una ciudad. Para nadie existe aquí esto. No saben nada de nada”.

“No hay otros”, había dicho el señor de la laringe de plata. La muchacha pensó: “Hay momentos así, perfectos. Este hombre ha dicho las tres palabras que tenía que decir”.

Detrás, a unos metros, en el centro del pequeño grupo, el novelista seguía con la palabra; mientras no volviera el señor Ferral estaba al amparo de interrupciones posibles. Hablaba de la guerra.

“Es una partida de ajedrez. En una partida de ajedrez hay que apostar al mejor jugador y el mejor jugador aquí, es Inglaterra. Inglaterra es el único país capaz de gobernar el mundo, por una sencillísima razón: Inglaterra ha podado, les ha cortado la punta a todas las ideas peligrosas.

Por eso puede manejar impunemente las palabras más cargadas de dinamita. Cuando Inglaterra dice "libertad", se queda uno tranquilo; se trata de una libertad sin punta; cuando dice "justicia", que no se inquiete nadie (como no tenga la piel obscura); cuando dice "democracia", pueden seguir durmiendo en paz las minorías gobernantes; cuando dice "Cristianismo", pues, ya sabemos todos que desde la Reforma se ha ido evaporando hasta la última gota del fermento revolucionario, catastrófico, que la palabra encierra, y que sólo se trata de un bálsamo tibio y bien dosificado—y tal vez necesario—aún para conciencias civilizadas. Inglaterra ha hervido todas las ideas peligrosas, destructoras, y es por eso el único país capaz, el único país digno de gobernar al mundo. Es un país de señores. Y ¿qué es un señor sino un hombre que se ha quedado sabiamente, gracias a un proceso lógico y lento, con una parte, la parte digerible y agradable de todas las cosas?".

El señor Ferral escuchaba al novelista con impaciencia cortés. El señor Ferral era un hombre de cifras. Era un hombre práctico. Veía el mundo, esa cosa tan pequeña y tan simplificable, desde esa región astronómica y matemática de dividendos monstruosos, en la cual y de la cual vivía. Tosió, como preparando sus cuerdas vocales, eso que le habían puesto en lugar de cuerdas vocales, para un nuevo esfuerzo verbal. Se llevó la mano escuálida al cuello almidonado y brillante. El novelista calló, respetuoso y fastidiado. La voz de señor Ferral dijo: "Cualquiera puede gobernar el mundo. Inglaterra no lo ha hecho mal, cierto es; pero lo mismo podría hacerlo cualquiera de esos grupos de hombres habituados al manejo de las cifras, de Bélgica, de Holanda o de los Estados Unidos. Es una cuestión de "métier".

La voz, la voz espectral, ahogada, se quebró; mejor dicho, ese aliento hecho voz, esa voluntad patética de voz, se hizo otra vez lo que era: hueco, vacío. Hubo unos minutos de silencio angustiado. Haciendo un nuevo esfuerzo, visiblemente doloroso, dijo, emitiendo esta vez sonidos entrecortados, pero, al mismo tiempo, con rabirosa, tensa energía: "Es más fácil gobernar a Europa que

gobernar a Bélgica. Y gobernar a Europa es gobernar al mundo. Lo que tiene que venir ahora, si no queremos volver a la edad de las cavernas, es una hegemonía absoluta, una unidad económica absoluta, dirigida con mano de hierro desde un solo punto, por unos cuantos hombres aptos, cuyos nombres se ignoren. Todo lo demás es literatura”.

Dijo la palabra “literatura” con exasperación. La invitada argentina sentía, cada vez con más fuerza, un malestar hondo e impreciso. Miró el rostro cadavérico y tenaz del multimillonario enfermo. ¿Qué era ese profundo malestar que sentía? Como para escapar de él levantó los ojos hacia el pequeño trozo de cielo limpio, bajo el cual sonreía Vittoria Colonna. Ese pedazo de cielo estaba vivo; era una ventana abierta hacia la vida. Era la única ventana abierta del cuarto.

El novelista hizo un gesto elegante con la mano derecha, de acatamiento reticente. Esperó unos instantes. Viendo que al señor Ferral le era materialmente imposible continuar, dijo:

“Esta vez la cuestión se complica un poco por la presencia ineludible de la cosa rusa”.

El señor Ferral no pudo resistir la tentación de volver a hablar.

“No se complica. La complican los ineptos. No se trata sino de separar lo social de lo político. Lo social es una cuestión de cifras, de distribución. No hay más que un problema: el económico. Y lo económico no se puede resolver sino mediante una dictadura férrea, mundial”.

La voz, una vez más, lo traicionó. Se le rompió y cayó en el silencio hecho quejido agrio.

El novelista sintió esta vez que había llegado su oportunidad. Ahora sí estaría durante un buen rato libre de nuevas interrupciones. Dejó, lujosamente, pasar unos segundos; no tenía apuro.

“Para colocar el peligro ruso en su sitio real, hay que remontarse hasta Pedro el Grande. El hecho ruso es siempre el mismo: un inmenso pueblo bárbaro, asiático, que produce de vez en cuando hombres geniales, geniales, es decir extemporáneos, que intentan occidentalizarlo, in-



corporar el país a Europa para llegar a dominarla. Europa es la obsesión de todo el resto del mundo. Esto, entre paréntesis, se ve tan claro aquí, donde se importa de Europa hasta el nacionalismo. Y es particularmente cierto si hablamos de Rusia. Rusia sufre de un gigantesco complejo de inferioridad que su infinita riqueza material no hace sino acentuar. El mesianismo ruso ha sido siempre uno de los peligros de Europa y el Mesianismo no es, al fin y al cabo, sino una de las formas, tal vez la más molesta, del complejo de inferioridad”.

El novelista tomó lentamente un trago de whisky. No tenía apuro. El señor Ferral no ofrecía por el momento síntomas inquietantes. La argentina sentía precisarse en ella un desasosiego íntimo. Empezó a querer concretar en ella misma la razón de aquel desasosiego. Se dijo: “Ese cansancio, ese descreimiento, esa esterilización de todo. . .” Pero no tenía tiempo de concretar nada. Quería seguir escuchando. Ya pensaría, después. Cuando el novelista retomaba el hilo de su discurso una frase de Trotzky, el judío amargado y mesiánico, le cruzó veloz, la memoria: “Cette vieille canaille d’Europe”. Y miró otra vez la vieja lujosa de Rubens.

“Lenin fué uno de los exponentes de ese complejo de inferioridad hecho mesianismo. Quería conquistar a Europa. Tenía los ojos puestos en Europa. Se enteró muy pronto—porque era listísimo—que la nueva forma de conquista no es, no puede ser ya, la expedición militar. Eso es ya como viajar en diligencia. La nacionalidad es un producto del siglo XIX. Pasó. El país que quiera dominar hoy, tiene que hablar en términos universales. Lenin debió pensar mucho en la Iglesia Católica. Catolicidad, sí, claro, pero catolicidad de este mundo, catolicidad de la comida. No otra cosa quería Marx. Pero Lenin, por fortuna nuestra, murió antes de llegar la hora. A Dios o la historia gracias, el hombre que gobierna a Rusia cuando ha sonado la hora es Stalin. ¿Y Stalin quién es? Un seminarista de Georgia, un ruso de tierra adentro, un zar, un Pedro el Grande, un fundador de dinastía sin dinastía, que ha encontrado la manera, tomando desde luego los tópicos del mesiánico Lenin, de someter su pueblo a la

más brutal de las tiranías y de hacerlo —qué gracia tiene— en nombre de la Revolución proletaria. Pero Stalin no pretende, porque es un bárbaro práctico y sano, occidentalizar a Rusia. Es un mujik astuto para quienes Lenin y Trotzky no son, o no eran, sino locos peligrosos. Si Lenin resucitara sería fusilado. Y Trotzky no murió de pulmonía. . . Rusia ha vuelto con él a la razón, a ser lo que es, lo que debe ser, lo que era bajo Pedro el Grande”.

En lo que le quedaba, si algo le quedaba, al señor Ferral de cuerdas vocales, debía haberse producido un cambio favorable. Moviósse apenas en el sillón de raso negro. Las miradas, dóciles, se volvieron hacia él. Habló al fin.

“Sí. Aunque estamos viviendo una de las épocas más imbéciles de la historia, hay un hecho, un solo hecho de color promisorio en esta locura planetaria que hace hoy del mundo un espectáculo casi intolerable. Es este”. Un quejido, un gemido metálico le salió de la garganta. Llevó otra vez la mano esquelética al cuello almidonado.

“Stalin no puede admitir que se pronuncie una sola de las tres sílabas de la palabra “libertad”. Si, como usted lo ha dicho, Inglaterra ha hervido la palabra, Stalin la ha asesinado. Ese es el hecho salvador. Entonces tendríamos que admitir que la alianza con Rusia es providencial para el capitalismo, porque viene a traerle, a regalarle inesperadamente, lo que a este le faltaba, alcanzada su madurez, para funcionar correctamente: la supresión de la libertad”.

En ese momento un sirviente puso sobre la mesa baja de laca roja—de un gusto nada dudoso—una bandeja resplandeciente de platas, cristales y hielos. Cuando el sirviente estaba ya cerca de la puerta, la invitada argentina dijo:

“Evidentemente, señor Ferral, Stalin no puede admitir que se pronuncie la palabra “libertad”. . . Pero la cosa no es tan simple. Porque el hecho es que él o lo que él de un modo u otro representa, ha lanzado al mundo una idea o una ilusión o un viento que está dibujando en el aire, ante los ojos de todos los pueblos, una forma nueva de vida que, mientras esté en el aire, tendrá para ellos el color de la felicidad. No creo que importe mucho lo que él diga o haga ya. Es tarde. Esa ilusión está ya en la imaginación

del criado que acaba de salir del cuarto. Hay que mirar las cosas de frente. Justa o injustamente "comunismo" es hoy sinónimo de esperanza para millones de seres humanos a quienes no se les ha dejado otra alternativa. La vida sigue por donde puede. Pasa por la puerta que le han dejado abierta, o que han cerrado mal. Y la vida, señor Ferral, es protagonista de todos los cuentos".

El señor Ferral hizo un gesto casi violento con la mano. Como si las palabras "viento", "vida", "ilusión", le molestaran físicamente como errores imperdonables, por imprevistos, como si fueran moscas que hubieran pasado al través de un tejido metálico, caro y perfecto. Debió pensar en ese momento algo parecido a aquello que la argentina le había oído decir una vez: "Todos los americanos, que para el caso es lo mismo, los del Norte y los del Sur, son niños que todavía no han ido a la escuela". En voz más alta, en una voz que aspiraba a levantarse, dijo, como quien dice cosas tan obvias que sólo por cortesía pueden pronunciarse. "Nosotros —allá— hemos visto demasiadas cosas, señorita, demasiada "vida" —como usted dice— para dejarnos perturbar por conceptos vagos. Creo que la razón nos ha sido dada para que llamemos a los fantasmas, fantasmas. Es el único modo de matarles. La "vida", ese "viento" a que usted alude, se ha dejado siempre dirigir con absoluta docilidad por hombres que tenían suficiente inteligencia para no creer en fantasmas. Ustedes tienen mucho que andar todavía, mucho. Vivir, señorita", pronunció estas últimas palabras con amable y fatigada superioridad, "es ir dejando de creer. . ."

El novelista había escuchado el diálogo con una sonrisa activa de novelista, como si fuera separando ágilmente con la inteligencia lo que servía de lo que no servía de la escena presenciada. Sus ojos estaban midiendo visiblemente, mientras sonreían, los aspectos más fotogénicos del espectáculo. Cuando el silencio que sucedió a la última afirmación del señor Ferral hubo durado bastante, con una inclinación cómplice de la cabeza, dijo:

"O es ir separando las cosas aplicables, vivibles, de las otras. El rasgo característico de la infancia es colocar en un mismo plano fantasía y realidad. Vivir —como lo ha

dicho muy bien Ferral— es ir filtrando de la totalidad de nuestra experiencia la materia útil, ir separando las cosas de sus sombras. Está muy bien, señorita, y ha sido un placer estético oírsele decir, que recordemos de vez en cuando las formas de esas sombras, de esas nubes que usted llama “ilusión” o “vida”, pero no confundamos los planos; no seamos niños. Esas sombras no sirven sino para alimentar a los artistas—que de algo tienen que vivir— y el hablar de ellas para entretener a las multitudes al través de discursos y periódicos. Es el “circenses” indispensable al pueblo de hoy, como al de siempre. En cuanto al “panem”, ya se lo daremos. Son las dos cosas, como eran y como serán siempre, de que vive el pueblo—casi diría— el hombre. . . Ya lo sabe Stalin y lo aplica. Le imitaremos, espero.

La argentina estuvo a punto de volver a hablar. Pero en ese preciso instante se extendió ante ella, concreta, exacta, la distancia que la separaba de esos dos hombres. Las palabras que tenía en los labios eran impronunciables, ahí. Tuvo vergüenza. Calló. Quien hubiera sabido mirar su cara altiva, seria e indefensa, habría visto en ese momento en ella la expresión de un orgullo involuntario. Levantó la cabeza y miró, para escapar a la tensión que le pareció excesiva y peruil de su emoción, el techo horrible y, por horrible, divertido, del cuarto. Mientras observaba las molduras retorcidas, “pan y circo, pan y circo”, se iba diciendo, a pesar de ella. Estaba fastidiada con ella misma. Para concluir su largo desasosiego, como quien cumple en secreto con la verdad, se dijo para sí las palabras escandalosas que le habían quemado los labios; las pronunció mentalmente despacio, sonriendo apenas: “Pan, y toda palabra que sale de la boca de Dios”. Luego, tranquilamente, volvió la mirada hacia el señor Ferral.

Habían transcurrido mientras tanto, como si alguien los fuera contando, separados, fríos, dos o tres minutos de silencio. Cuando el novelista, encendiendo un cigarrillo, se disponía de nuevo a tomar la palabra, el dueño de casa hizo un gesto casi de imploración con la mano huesosa. Parecía sentirse mal.

“Nos hemos demorado demasiado, Ferral”, dijo, de las señoras, la que tenía mayor amistad con él. Todos se pusieron de pie. El señor Ferral admitió, no pronunciando sílaba, la afirmación formulada, y se llevó, a guisa de explicación, a la garganta exhausta, los dedos temblorosos y pálidos. Su rostro tenía una expresión de sufrimiento indisimulable.

Se oyeron unas cuantas frases convencionales, parecidas, amables. El sirviente, inclinado, abrió lentamente la puerta del vestíbulo. La pechera blanca brilló un instante en la sombra.

Cuando los invitados llegaron abajo y hubieron traspuesto la puerta de calle, se detuvieron un rato, conversando, sonriendo, bajo los árboles húmedos. El aire de la noche alta, amplio y limpio, tenía —quizás sólo para la mujer argentina— un gusto escondido a madrugada.

# LOS PROBLEMAS INDIGENAS Y SU MAS URGENTE TRATAMIENTO

Por *Miguel O. de MENDIZABAL*

**D**ESDE hace algunos años, en la mayoría de los congresos interamericanos se concede una atención especial a los problemas económicos, sociales y culturales, relacionados con los grupos indígenas, más o menos numerosos y puros, que constituyen un sector importante de la población americana. Las últimas conferencias internacionales conectadas con la guerra y la postguerra, han puesto también gran énfasis en declarar incompatibles con la paz, el progreso y el bienestar de los pueblos del mundo, la existencia de estos grupos, en su situación actual de débiles económicos y culturales, bajo la explotación de minorías, conquistadoras o colonizadoras, más desarrolladas técnicamente.

El problema reviste dos aspectos totalmente diferentes: el de los estados multinacionales, como la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas o Inglaterra, en los que sus diversos componentes étnicos pueden aspirar a una autonomía más o menos completa; y los de las naciones que, por las características de su evolución histórica, han creado, dentro de su territorio nacional, un verdadero régimen de castas, de hecho o de derecho, en el cual los grupos nativos forman el estrato inferior.

Esta situación, que el liberalismo no pudo, naturalmente, resolver y que ha sido frecuentemente agravada por la acción del capitalismo, tiene sin embargo, posibilidades de ser resuelta, como lo ha hecho ya, en escala gigantesca, la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas, por medio de su sabia política de "pequeñas nacionalidades", por las rigurosas sanciones contra todo intento de discriminación racial y por la igualdad efectiva de dere-

chos y de obligaciones económicas, sociales y culturales para todos los pueblos que habitan su inmenso territorio.

La etapa de reorganización mundial que vivimos hoy, es favorable, como ninguna otra de la historia de la humanidad, para intentar la solución de este magno problema, en escala mundial. Claro está que esta solución, aunque esté inspirada por un mismo *desideratum*, presentará modalidades nacionales y aun regionales, que deberán ser dictadas, previos detenidos estudios y la formulación de planes correctamente escalonados.

Desde hace varios años, México se ha enfrentado ya al estudio y a la resolución de su problema indígena, en la medida que lo han permitido sus recursos económicos, científicos y aun humanos. Un esquema de las condiciones de vida de los indígenas que habitan nuestro territorio y de las medidas más urgentes que deben tomarse para mejorar su triste situación, dará una idea de la magnitud de sus problemas y del esfuerzo enérgico y perseverante que deberemos realizar para conseguirlo.

LA Dominación Española estableció en México un riguroso régimen social, en el que tanto los elementos étnicos básicos de su demografía —español, indio y negro— como los diversos productos del mestizaje, que fueron convencionalmente agrupados en 16 categorías denominadas “castas”, tenían asignados por las leyes derechos y obligaciones específicas. Los registros parroquiales de nacimientos, matrimonios y defunciones, consignaban dichas categorías, que, a través de la cédula personal regían en todas las actuaciones administrativas, jurídicas, e incluso en las obenciones por servicios religiosos. Por razones prácticas, en las concentraciones estadísticas, además de los troncos étnicos, solían hacerse figurar las castas agrupadas en sólo dos categorías: *mestizos*, los que tuvieran un mayor porcentaje de sangre española e india, y *mulatos*, los que tuvieran en mayor proporción sangre española y negra.

La Independencia de México instituyó la igualdad ante la ley de todos los elementos étnicos constitutivos de la nación; *desideratum* social que nuestro desarrollo histó-

rico ha venido elevando a realidad, por medio de hechos positivos de gran trascendencia, como la ascensión a las más altas posiciones políticas de indios, mestizos y mulatos, hasta lograr convertir la estratificación étnica colonial de *castas*, en una estratificación económica de *clases*.

Por esta razón, las clasificaciones basadas en la "raza" o "casta", dejaron de tener utilidad en el orden administrativo, jurídico y político, y sólo conservaron oficialmente su interés cultural. En nuestro primer censo general de 1895, se suprimió el concepto de raza y se captó, en cambio, el dato de idiomas indígenas; sistema que se aplicó también a los censos de 1900 y 1910. En el censo de 1921, que se realizó en condiciones desfavorables, pues el país estaba aún conmovido por la Revolución de 1910-1920, se tomó de nueva cuenta el concepto "raza", conjuntamente con el de "idioma"; pero el estudio del boletaje respectivo, realizado para la organización del censo de 1930, llevó a los técnicos del Departamento de la Estadística Nacional, a la convicción de que dicho dato, independientemente de su carácter anticientífico, si se captaba empíricamente por necesidades de orden práctico, dejando al arbitrio del empadronado o al criterio de los empadronadores, reclutados en todo el país entre individuos de las más diversas culturas y capacidades, se obtendrían por razones obvias, resultados completamente falsos, en conjunto. Se suprimió, en consecuencia, dicho dato; pero se captó el de las lenguas en dos renglones —"monolingües" y "bilingües"— que tienen un valor positivo de índices culturales.

Como aun no se han publicado totalmente los resultados del censo general de 1940, utilizaremos los de 1930, que arrojó una población total de 16.552,722 individuos, de los cuales 2.591,184, es decir, el 16.65%, hablaban lenguas indígenas: 1.185,162 monolingües, 1.064,234 bilingües —español y una lengua indígena, 1,690 más de una lengua indígena— y 340,068 menores de 5 años, que se excluyen de las concentraciones lingüísticas. Las lenguas captadas fueron 54, pertenecientes a los sub-grupos *Hokano-Subtiaba*, *Yuto-Azteca* y a los grupos *Otomangue* y *Zoque-Maya*, así como a algunas lenguas aun no clasi-



ficadas. La importancia cuantitativa de las diversas lenguas es muy diversa, pues mientras el *mexicano* o *nahuatl* era hablado por 670,595 personas, el *maya* por 279,093, el *otomí*, por 218,811; el *zapoteca* por 216,825 y el *mixteca* por 170,114; el *cucapas* lo hablaban únicamente 14 personas, el *kiliguis*, 80; el *huaypais*, 31; el *kunkas* o *seri* 160 y el *lacandón* 200. Debemos de hacer referencia al grupo *kikapoo*, emigrado de los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo pasado, que contaba en 1930 con 495 individuos.

Los Estados de la República en que se hablan las lenguas indígenas en proporción mayor del 50%, son Oaxaca y Yucatán; del 20 al 50% Veracruz, Hidalgo, México, Puebla, Tabasco, Campeche, Chiapas y Quintana Roo. En los Estados de San Luis Potosí, Querétaro, Michoacán, Guerrero, Nayarit, Sinaloa, Sonora y Chihuahua, se habla en una proporción del 1 a 20% sobre la población total; pero en esta última categoría los grupos indígenas ocupan determinadas regiones de dichos Estados, sobre cuya población tienen porcentaje mucho más elevado. En los Estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, Jalisco, Guanajuato, Distrito Federal, Tlaxcala y los territorios Norte y Sur de la Baja California han desaparecido casi totalmente las lenguas indígenas, al grado de tener un porcentaje de 1% ó menos, con relación a la Entidad, que en algunos casos se hallan concentradas en unos cuantos pueblos y en otros dispersa entre la población de habla española. La población indígena actual que habla lenguas aborígenes, llegaba a más de 3.5 millones de individuos y su proporción con los 22.000,000 de la población total no ha variado sensiblemente; pero en lo que respecta a la relación entre monolingües y bilingües, se ha alterado, aunque en pequeña escala, en favor de éstos, como resultado lógico de la escuela rural, de las nuevas vías de comunicación y del libre juego de los factores económicos. Debemos de hacer notar el hecho de que el bilingüismo se presenta en porcentaje mucho más elevado en el hombre que en la mujer, debido, sin duda alguna, a la necesidad que tienen los indígenas

en salir a comerciar o a trabajar a jornal fuera de su medio cultural.

El hecho de que se haya suprimido en censos y estadísticas el concepto anticientífico de "raza", no implica, naturalmente, un desinterés mexicano por el conocimiento cualitativo y cuantitativo de la composición étnica de nuestra población: en el Censo de 1940, se captaron, además de los datos de monolingüismo y bilingüismo, una serie de conceptos sobre las condiciones de vida (si el empadronado consume o no consume pan de trigo; si duerme en el suelo, en "tapexco", en hamaca, en catre o cama; si anda descalzo, usa guaraches o zapatos; si viste indumentaria indígena o no indígena), datos que, combinados entre sí y con los consignados en el censo de edificios de 1939, previo al de población, referentes a los diversos tipos de habitación y a las características de urbanización de los poblados, son elementos valiosísimos para establecer los niveles *económico-culturales* de nuestra población. Además, por medio de la investigación directa procuramos obtener el más profundo entendimiento posible del indígena y sus problemas: nuestros antropólogos físicos fijan las características somáticas y su distribución en el país, nuestros arqueólogos e historiadores estudian el proceso de la evolución cultural; nuestros etnólogos investigan la situación actual de los diversos grupos para seleccionar los elementos culturales positivos o negativos, que deberán estimularse o combatirse; nuestros filólogos estudian sus lenguas, tanto para fijar sus estructuras y determinar su filiación con los grandes grupos lingüísticos americanos, cuanto para formar vocabularios y gramáticas con fines principalmente pedagógicos.

En vista de las investigaciones realizadas, podemos afirmar, que, como resultado del proceso de colonización de la Dominación Española y del desarrollo de la economía nacional, numerosos grupos indígenas han sido confinados a las regiones de difícil acceso, donde debido al aislamiento, han podido conservar con mayor o menor pureza sus lenguas, sus costumbres, su indumentaria y demás manifestaciones de las culturas vernáculas, por lo cual presenta en la actualidad problemas específicos de carácter

económico, educativo y social, que procuraremos esbozar en sus lineamientos generales.

La igualdad ante la ley otorgada a los indígenas como resultado de la Independencia, no los benefició inmediatamente, porque los obligó a participar, como individuos, en una lucha para la cual no estaban preparados. Sin embargo, el indio se refugió tras de su comunidad tradicional, indestructible cuando tiene como base la propiedad colectiva de la tierra. Desgraciadamente las Leyes de Desamortización, queriendo dar un carácter general a la medida adoptada para lograr la circulación y el fraccionamiento de las propiedades de la Iglesia, las hizo extensivas a todas las propiedades de comunidad, aun a las tierras comunales de los pueblos indígenas.

La Constitución de 1857 cometió el error de no rectificar estas leyes, que las Entidades federativas reglamentaron y ejecutaron de acuerdo con los intereses de sus clases dirigentes. La división en propiedad individual de los fundos legales, de los ejidos, de los propios y de las tierras de repartimiento, se llevó a cabo con ritmo diferente, incluso en las diversas regiones de una misma entidad; el indígena, ya sin autoridades locales legalmente capacitadas para su defensa y dirección, al poco tiempo de haber recibido su propiedad individual, sin capacidad administrativa, sin preparación técnica como no fuera para los rutinarios cultivos consuntivos, sin capital para trabajarla, fué fácil víctima de los hacendados vecinos y de los mestizos ansiosos de tierras, bajo la complaciente e interesada protección de las autoridades políticas y judiciales.

Esta imprevisión legislativa permitió que las grandes haciendas acapararan la mayoría de las tierras, que no habían sido ya "mercedadas" o "compuestas" en la época colonial, de preferencia en las extensas planicies adecuadas a los grandes cultivos y cercanas a las rutas del tráfico, condenando al peonaje o a la emigración a sus antiguos propietarios, legal o ilegalmente despojados. Las compañías deslindadoras, basadas en la chicana jurídica de falta de titulación correcta, o con cualquier otro pretexto, completaron, persiguiéndolos hasta las más abruptas montañas en muchas regiones de México, el despojo de las tierras de los

indígenas y aun de los campesinos mestizos. Solamente quedaron propiedades comunales indivisas o parcelas individuales en poder de indígenas, en las regiones que, por falta de vías de comunicación y su lejanía de los mercados, no presentaban aliciente para las otras clases sociales.

En la actualidad, el problema central del indígena es el aislamiento; el aislamiento geográfico que es causa de la desvinculación económica, del distanciamiento social y del estancamiento cultural. Muchos de los descendientes de los indígenas que, despojados de sus tierras, se vieron proletarizados violenta y dolorosamente en las haciendas, en la construcción de vías férreas, en la minería y en el trabajo asalariado de las ciudades, en donde se vieron obligados por el medio a hacer dejación de sus lenguas y, en mayor o menor proporción, de sus demás características culturales, y aun estimulados al mestizaje, son ahora artesanos, obreros altamente calificados de la industria, maestros, profesionistas, diputados y ministros, porque la lucha por la existencia los puso en contacto con la vida nacional. De esto se deduce que el primer deber del Estado mexicano para los grupos indígenas que habitan su territorio, es comunicarlos; comunicarlos físicamente para que puedan tener comunicación económica, comunicación social, comunicación cultural, tomándolos en cuenta en su programa nacional de vías de comunicación y en los programas regionales de las Entidades Federativas, para las redes alimentadoras del tráfico.

La economía indígena descansa fundamentalmente en el cultivo, en sus parcelas particulares o en desmontes de bosques comunales, con frecuencia mucho más valiosos que los productos agrícolas que se obtendrán de ellos. Por regla general las tierras que han continuado en manos de indígenas son de baja calidad, cuando están en regiones bien comunicadas y, por el contrario, son buenas y aun excelentes en las regiones muy alejadas de las vías de comunicación y de los centros de consumo, de las que no se puede obtener el debido aprovechamiento, como no sea en cultivos destinados al consumo local, pues su producción, por lo común de maíz y frijol, es de poco valor y de

mucho volumen o peso, lo cual dificulta su transporte a los centros comerciales lejanos. El indígena que produce más de lo que consume, tiene que andar muchas veces leguas y leguas para llevar sus mercancías a cuestras al mercado regional, en donde será obligado a pagar gravosas alcabalas, y tendrá que vender sus productos a los bajos precios rurales, a los acaparadores o a sus agentes.

El mercado regional en el que se realizan dichas operaciones, es el órgano de una explotación perfectamente sistematizada y fuertemente arraigada por la tradición, en ocasiones centenaria, no solamente del indígena en lo individual, sino de sus comunidades o pueblos que no tienen mercado propio, pues las localidades productoras y aun el municipio al que pertenecen, no sacan ningún provecho ni de la venta de sus productos agrícolas, pecuarios, o industriales, ni de sus consumos. El pueblo donde se celebra el "tianguis" o plaza, generalmente la antigua cabecera distrital o departamental, asiento del comercio fijo y lugar de visita semanal del ambulante; en manos de mestizos, de criollos y de extranjeros, es el que obtiene el ingreso fiscal —patentes mercantiles, impuestos por bebidas alcohólicas, alcabalas, derecho de piso, derechos de matanza o degüello, multas, etc.— que los campesinos de los poblados de numerosos municipios, generalmente los que constituían las antiguas jurisdicciones, soportan como tributo de su trabajo agrícola, de los esquilmos de sus animales, de sus industrias domésticas y de la satisfacción de sus necesidades. Por esta causa muchos municipios preponderantemente indígenas de los Estados de Hidalgo, México, Guerrero, Puebla, Oaxaca, Chiapas y Yucatán, tienen ingresos completamente insuficientes para sus modestísimas necesidades y se ven obligados a imponer a sus habitantes el tradicional, pero anticonstitucional, "tequio" o faena, es decir, trabajo gratuito y obligatorio, para la compostura de carreteras, telégrafos, teléfonos, reparación de los edificios de la comunidad, construcción de escuelas, etc., que en muchas localidades llegan hasta 60 días anuales, que de acuerdo con el salario mínimo, representan una contribución de \$60.00 pesos anuales, cantidad que pro-

porcionalmente a sus ingresos, importa un gravamen que no paga ninguna de las demás clases sociales de México.

Dentro de las condiciones apuntadas, el indígena no tiene muchas posibilidades de mejoramiento, por la vía agrícola, a menos que se resuelva previamente el problema de las comunicaciones y que el Estado les proporcione buenas tierras en cantidad suficiente, el apoyo económico y técnico de las instituciones oficiales —Bancos de Crédito Agrícola, Ejidal, etc— que se han creado especialmente para estimular la producción de los pequeños propietarios y de las comunidades rurales; pero que hasta hoy, raras veces han atendido eficazmente las necesidades de los grupos indígenas, aislados o lejanos.

Por el contrario, la economía indígena tiene un campo propicio que, aprovechado inteligentemente, puede compensar, en parte, los variados factores desfavorables para su bienestar y progreso; sus industrias domésticas. Dichas industrias, particularmente las textiles y las alfareras, son en la actualidad un recurso, generalmente complementario, pero que suele ser único, para el sostenimiento económico de numerosísimas familias indígenas; por muchos años aún, su producción conservará su mercado propio, sin que la gran industria, excepto en los tejidos de algodón, pueda lograr sobre ellas una rápida supremacía.

Además de su importancia como complemento de los ingresos familiares de origen agrícola, pecuario o de trabajo asalariado, la actividad manufacturera en los medios indígenas tiene una doble importancia: en primer término, permite ingresos semanarios de gran regularidad que garantizan una mejor distribución de los recursos económicos y, por consiguiente, una alimentación más uniforme en todas las épocas del año; en segundo lugar, dichas industrias llenan ya, o pueden llenar en el futuro, los numerosos días sin ocupación en las labores agrícolas, con la circunstancia, muy importante por cierto, de que en ellas suelen participar todos los miembros de la familia, mediante una adecuada división del trabajo por sexos y edades.

Entre las manufacturas domésticas indígenas ocupan un lugar prominente las que tienen un interés artístico o

simplemente folklórico, pues su campo de acción, si son bien orientadas, puede ser amplísimo, particularmente en las actuales condiciones internacionales y durante muchos años después de finalizar la terrible conflagración mundial dentro de la que vivimos. Claro está que para obtener éxito en el fomento de estas actividades especiales, se requiere una inteligente dirección técnica, una adecuada organización de los dispersos productores, una activa y honrada administración y, principalmente disponer de los recursos económicos suficientes para realizar, en gran escala, una labor que efectivamente eleve el standard de la vida indígena.

Dignas de atención particular deben ser, también, las industrias rurales propiamente dichas; la avicultura, la apicultura, y especialmente la cría y engorda de cerdos, alcancías de maíz, que en muchas regiones son el único recurso para movilizar los excedentes de las cosechas. La falta de extensiones suficientes para la cría de ganado mayor, dado el bajo coeficiente de agostadero de nuestros pastos, no hace recomendable, en lo general, este tipo de producción; pero el incremento de la ganadería ovi-caprina, en especial la lanar, mejorando por el cruzamiento las degeneradas razas llamadas "criollas", aparte de ser una segura fuente de riqueza, permitiría el abastecimiento de las industrias textiles locales.

Otro de los grandes problemas indígenas, es el problema cultural, en el verdadero sentido de la palabra, es decir, el de un cuadro de costumbres tradicionales, hábitos mentales y normas de conducta, producto de la amalgama de las culturas indígenas, con la cultura occidental del Viejo Mundo, que si tuvo trascendencias benéficas en el orden moral, consolidó la mentalidad mágica de los americanos con el cemento místico del catolicismo español. Esta amalgama tiene, naturalmente, aspectos positivos; pero en el orden práctico ha resultado siempre perjudicial para los indígenas, de una manera especial tratándose de la salubridad.

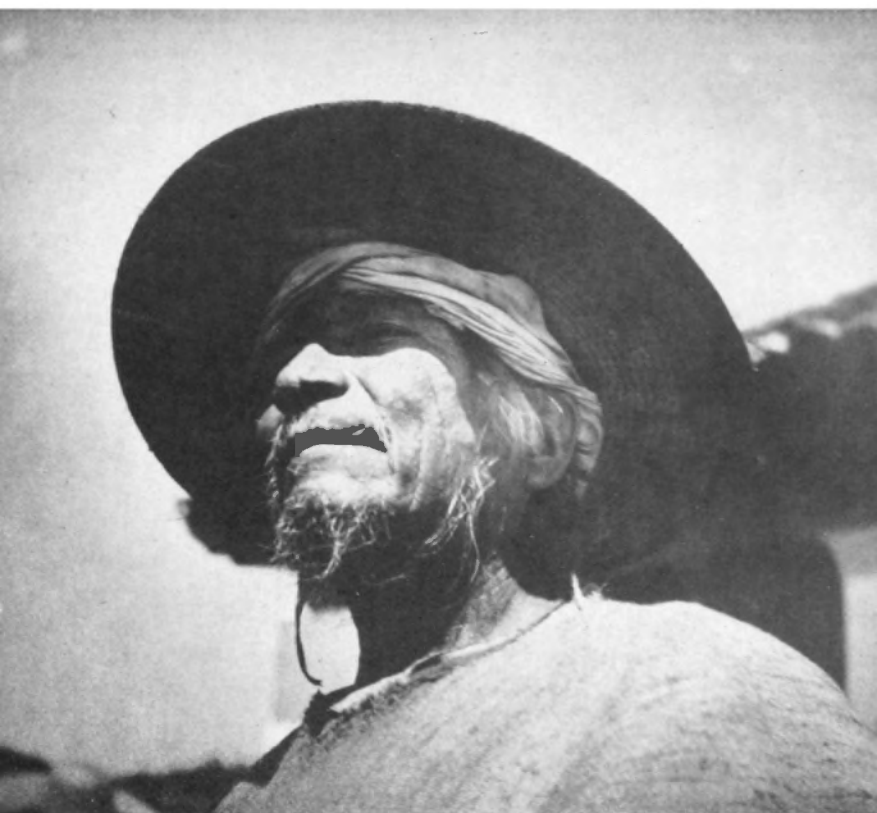
La intervención estatal con la tendencia concreta a modificar, con medidas específicas, esta situación cultural, resulta peligrosa y difícil, cuando no imposible; de-

be dejarse esta gran responsabilidad a la vida misma, al intercambio comercial, al estímulo de la sociabilidad, a las intervenciones tecnológicas, a la asistencia médica y social.

Por lo que hace a la instrucción pública, es decir, a la enseñanza de la lectura, la escritura y las superficiales nociones que corresponden a los primeros grados de la enseñanza rural, hasta hace algunos años eran una verdadera utopía, e incluso un inútil esfuerzo, ¿Con qué objeto el Estado arrancaba a un niño indígena del trabajo en la parcela, en el pastoreo o en la industria familiar, para obligarlo a aprender a leer y a escribir, si sabía que después de lograrlo, trabajosamente, no tendría, durante toda su vida, ni libros o periódicos que leer, ni a quien escribir, puesto que todos los individuos de su región eran analfabetos, ni siquiera que firmar, pues en su medio cultural difícilmente se presentaban situaciones contractuales? En estas condiciones, era sencillamente absurda una enseñanza que no iba a llenar, en su calidad de medio, ninguna finalidad práctica, ni actual.

Pero de veinte años a esta parte, las condiciones del campo mexicano han variado totalmente. La Reforma Agraria, independientemente de su importancia económica, ha producido en el campesino, indígena o mestizo, beneficios indirectos de una trascendencia social incalculable: el primero en mi concepto, es que el indígena, que desde la Constitución de 1857 se vió obligado a luchar solo contra el poder de los hacendados, de los pequeños propietarios, de los comerciantes y de las autoridades judiciales y administrativas, está ahora protegido por el Comité Administrativo de su ejido o de la Cooperativa de Crédito Agrícola, y consecuentemente, por toda su comunidad; la Reforma Agraria ha tenido la virtud de reconstruir y vivificar la verdadera célula social mexicana: la comunidad local. El segundo es que el indígena, en la actualidad, desea vehementemente saber leer y necesita con urgencia saber escribir para participar en la vida administrativa y política de su comunidad, de su municipio, de su Entidad y aun de la Nación; ya no quiere firmar con sus huellas digitales los documentos de crédito, ni las solicitudes agrarias, ni las protestas; siente ya un complejo de inferiori-





Gobernador de San Juan Bautista Chamula, Chiapas.



Tamborilero de Chamula, Chiapas.

dad por su ignorancia, y quiere, si no para él, para sus hijos, capacidad para estampar su firma y escribir un acta de la asamblea ejidal. Ya llegan los periódicos de pared y las propagandas políticas que, a pesar de sus frecuentes mezquindades, le van abriendo poco a poco los ojos hacia el panorama nacional.

Ahora sí tiene sentido la instrucción pública. Ha habido en los últimos tiempos acaloradas discusiones sobre si deben impartirse los primeros grados de la enseñanza en las lenguas indígenas, en apoyo de lo cual tendríamos brillantes ejemplos antiguos y modernos —el éxito extraordinario obtenido en el siglo XVI por los franciscanos en el Colegio de Santiago Tlaltelolco, el primer gran Instituto educativo indigenista y los sistemas educativos implantados por la U.R.S.S., en sus pequeñas nacionalidades— o en español: que se le enseñe como se crea más conveniente; pero que la enseñanza alcance hasta los más apartados rincones de nuestro mundo vernáculo. Ya los indígenas han andado más de la mitad del camino; antiguamente había necesidad de fundar las escuelas con una escolta de rurales; ahora vienen ellos desde cientos de kilómetros a esperar pacientemente semanas y meses, hasta que regresan a su pueblo con el profesor. El que quiere aprender, lleva ya ganada la mitad de la lucha para conseguirlo.

He dejado para lo último el problema más grave, tal vez, el de la salubridad pública, porque es una consecuencia de la localización geográfica, del aislamiento, de la pobreza y de perniciosos hábitos culturales. México es un país de alta mortalidad (23.8 por cada 1,000 habitantes en 1939), que sólo debido a su abundante natalidad (43.1 por cada 1000 habitantes en 1939), presenta un crecimiento normal en su población. El promedio de la vida del hombre es entre nosotros muy corto y la mortalidad infantil excesiva. Hay enfermedades, como el paludismo que son propias del medio geográfico; pero éste es susceptible de modificarse por medio de obras de saneamiento, por desgracia demasiado costosas para ser realizadas con la rapidez que deseáramos, en una escala nacional, dentro de nuestras actuales posibilidades; pero la mayor parte de las defunciones que ocurren en nuestro país, son producidas

por enfermedades infecto-contagiosas que todos los países cultos de la tierra han reducido casi a la nada. De una manera general, suponemos que el mayor número es consecuencia de enfermedades del aparato digestivo, sin que podamos afirmarlo de una manera científica, por una razón verdaderamente trágica: el 87 por ciento de la población campesina mexicana que vive en los municipios de menos de 10,000 habitantes, muere sin certificado médico de defunción; en consecuencia, el secretario del Ayuntamiento, en función del Registro Civil, con los informes de los deudos y de acuerdo con su opinión empírica, asienta la causa de la muerte en el certificado.

El abandono, por ahora inevitable, de nuestra población campesina frente a las enfermedades y a la muerte, es consecuencia, en parte, del número insuficiente de médicos y de su mala distribución; pero son factores de primera importancia, la dispersión de los poblados rurales en territorios muy extensos, las malas comunicaciones en las zonas montañosas y la pobreza de nuestras clases rurales indígenas y mestizas. En la ciudad de México, donde según el censo de 1930, teníamos un médico por cada 679 habitantes y se cuenta con numerosas instituciones hospitalarias de la Asistencia Pública y privada, cuyos servicios se han aumentado considerablemente en los últimos años, al grado de alcanzar un promedio de cuatro asistencias médicas anuales por habitante; así como en las ciudades de importancia, podemos decir que la situación, si no es satisfactoria aún, va en vías de serlo en un futuro próximo. Pero ¿cómo resolver rápidamente el problema médico y asistencial en el Estado de Querétaro, por ejemplo, en donde a cada médico correspondía un promedio de 52,000 pobrísimos habitantes, distribuidos en 3,179 kilómetros cuadrados; o en Quintana Roo, donde para cada médico correspondía, en promedio, un territorio forestal de 7,860 kilómetros cuadrados? Para resolver esta situación, el Estado creó en el año de 1935, la Secretaría de Asistencia Social, que tuvo necesariamente que iniciar su acción por la construcción o acondicionamiento de edificios en los medios urbanos para los diversos servicios y la construcción, equipo y sostenimiento de los nuevos hos-

pitales en los diversos lugares de la República, con la tendencia a complementar los servicios que hasta entonces habían sido de la exclusiva responsabilidad de los Estados de la Federación Mexicana. El Departamento de Salubridad, hoy formando una Secretaría de Estado juntamente con la Asistencia Pública, por su parte, ha colaborado también a esta finalidad; en el año de 1940, además de sus centros exclusivamente profilácticos, tenía ya establecidas 212 "unidades coordinadas de higiene", constituidas por un médico, una enfermera y un agente sanitario, que además de prestar los servicios profilácticos correspondientes, proporcionan atención médica. Claro está que ésto no representa sino el principio de una nueva política asistencial, todavía completamente insuficiente.

Con el mismo propósito, el Departamento de Salubridad ha organizado un nuevo tipo de instituciones, llamado "servicio coordinado ejidal", en el que se busca la colaboración de los ejidos de una región determinada. Por ejemplo, los Servicios Coordinados de la Laguna, que atienden a una población de 200,000 individuos, están sostenidos por una cuota de 24 pesos anuales, que paga cada uno de los 34,000 ejidatarios de la zona algodonera y por la aportación de 600,000 pesos de parte del Gobierno Federal, con cuyos elementos económicos y con la ayuda de magníficas comunicaciones se llenan a satisfacción las necesidades de una atención médica, general y especial de la población ejidal. Dichos servicios se han establecido en condiciones idénticas en regiones agrícolas importantes, como Río Yaqui, Guasave, Novolato, Los Mochis, etc.; pero si el Gobierno Federal pretendiera organizar este sistema en una escala nacional, sin tomar en cuenta las dificultades de comunicación que se presentarían en otras regiones, se necesitaría presupuestar una cantidad anual de \$200.000,000, que tendrían que ser erogados principalmente de los fondos públicos, por la imposibilidad en que están la mayoría de los campesinos del país para contribuir en la misma proporción que los de La Laguna.

Es absolutamente necesario que el Estado continúe la labor de distribuir centros de asistencia médica y social, de una manera particular en las comarcas indígenas más

necesitadas de ayuda, en forma de "centros hospitalarios", con un servicio acondicionado a las circunstancias locales para la conducción de los enfermos graves; pero creo, asimismo, que este grave problema requiere, por una parte, la elevación del número de profesionistas que anualmente se gradúan y, por otra, la capacitación de la población rural, indígena y mestiza para que contribuya al sostenimiento de estos servicios.

Hemos trazado este descarnado bosquejo de la situación de las zonas indígenas, porque el Gobierno Mexicano estima que los problemas económicos, sociales y culturales creados por nuestro desarrollo histórico, y que los regímenes revolucionarios tuvieron que afrontar con decisión, no se resuelven ignorándolos ni ocultándolos.

Desde el año de 1935, el Gobierno Federal, tomando en cuenta que la mayoría de los grupos indígenas presentaban una situación de débiles económicos y retrasados culturales, por las razones que dejamos someramente expuestas, creó el Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, y posteriormente convocó al Congreso Indigenista Interamericano, para discutir ampliamente los problemas similares de las diversas regiones de nuestro continente, del que surgió el Instituto Indigenista Interamericano, que tiene como finalidad principal promover, a través de los gobiernos de las diversas naciones, la realización de las medidas que se aceptaron en dicho Congreso para el mejoramiento de las condiciones de vida de los indígenas americanos.

El Departamento Autónomo de Asuntos Indígenas, tiene entre sus múltiples atenciones específicas, como la dirección de los Institutos de Educación Indígena, la organización de las cooperativas de compra y venta en común, etc., las funciones de procuraduría, que desempeñan en las diversas zonas indígenas procuradores de larga experiencia, que estudian sus problemas particulares, para que el Departamento gestione ante el C. Presidente de la República o las Secretarías y Departamentos de Estado, la solución más acertada.

Las Secretarías y Departamentos de Estado tienen, como es obvio, un programa nacional en todos los asuntos

que no competan privativamente a los Estados, en los que dan preferencia a las obras públicas o al establecimiento de servicios, en función de su importancia o de su urgencia, que frecuentemente benefician, de una manera particular, regiones indígenas, como en el caso del Valle del Mezquital, que ha sido objeto, desde la fundación de dicho Departamento, de un tratamiento excepcionalmente intensivo, para cuya prosecución acaba de asignar el C. Presidente de la República, la cantidad de ocho millones de pesos; la organización de las cooperativas de producción y venta en común de los sombreros de palma, favorecerán a numerosos campesinos mixtecos y popolocas que viven principalmente de esta actividad, en el norte del Estado de Oaxaca y sur del de Puebla, o el sistema del Yaqui, del cual recibieron 40,000 hectáreas de magníficas tierras irrigadas los indígenas yaquis, además de implementos, de maquinaria agrícola, dirección técnica, crédito suficiente y por último, la organización de un "coordinado ejidal", con hospitales, clínicas y demás servicios médicos y sociales.

Pero la resolución de los grandes problemas implica un proceso que con dificultad se puede alterar. Las comunicaciones por ejemplo, demandaron primeramente la atención de las vías férreas que habían sufrido los daños consecuentes de diez años de lucha armada y la reparación o renovación total del material rodante; el programa de carreteras se tuvo que iniciar con las grandes troncales y se continuó con los ramales para la comunicación de las ciudades principales, para terminar con las ramificaciones regionales, que serán las que favorecen ya y favorecerán más en el futuro, a las zonas habitadas por indígenas.

En lo que concierne al problema agrario, es decir, en las restituciones, dotaciones y ampliaciones que ordenan nuestras leyes respectivas, se tuvo que dar preferencia a las solicitudes de los pueblos de mayor importancia numérica, independientemente de que fueran indígenas o mestizos, y por razones prácticas y aún económicas se procedió, del centro, esto es, de las capitales de las Entidades, residencia de las oficinas locales agrarias, a la periferia. En los últimos años, por conveniencias técnicas,

se han realizado las dotaciones por "regiones ejidales"; pero como es natural, los poblados indígenas, que muchas veces tienen una localización marginal y por ello son los que presentan el problema agrario con menos agudeza, aunque suelen tenerlo de carácter agrícola, demandan una atención particular. De los 18,000 ejidos, en números redondos, que han recibido 35.000,000 de hectáreas, favoreciendo a 3.000,000 de campesinos, muchos son total o preponderantemente indígenas.

Lo propio podemos decir de las obras de irrigación o de desecación que se ejecutaron en épocas pasadas, como, por ejemplo, el sistema de riego número 3, que disfrutaban en proporción muy considerable los otomíes de la región de Tula, Actopan o las magníficas tierras drenadas de la ciénega de Zacapu, que se han entregado en proporción considerable a los indígenas tarascos. En los nuevos grandes sistemas de riego, se han aprovechado las favorables condiciones geográficas regionales, que no siempre coinciden, claro está, con las zonas indígenas, por lo cual han sido colonizados con elementos no indígenas de la población; pero entre los numerosos pequeños sistemas de riego, en ejecución o en proyecto, muchos sí los favorecen de una manera especial de 1.000,000 de hectáreas ya irrigados o que pronto se irrigarán en dichas zonas, se darán, naturalmente, a los indígenas la participación que les corresponda. Deseamos y esperamos que en un futuro próximo, se proyecten y ejecuten sistemas especialmente destinados a las zonas indígenas.

Para la concesión de créditos se requiere previamente la organización de sociedades de crédito ejidal, de las que existen en la actualidad alrededor, de 6,000, o de crédito agrícola, destinadas a los pequeños propietarios, de las cuales funcionan hoy 1,000 aproximadamente.

Los capitales destinados a este tipo de crédito, que pasan en la actualidad de \$100.000,000, en su mayor parte aportados por el Gobierno Federal, que pueden llegar a \$200.000,000 en operación, por medio de los redescuentos, pignoraciones y el manejo por los bancos oficiales de fondos de la banca privada, han estimulado la producción en los ejidos y en las pequeñas propiedades particu-



lares. Por conveniencia de la economía nacional, el crédito ha sido amplio en las zonas cuyos cultivos son indispensables para el aprovisionamiento de la industria, como el algodón, la caña de azúcar o el henequén, cultivados por indígenas y mestizos, los primeros, y por indígenas mayas los últimos.

La educación se imparte en la actualidad en quince mil escuelas rurales y primarias, que han llegado ya a las más apartadas regiones del país, como Quintana Roo, cuyos poblados indígenas tienen escuela desde el año de 1929. Anualmente se funda un promedio de 1,000 nuevas escuelas, cuya localización favorece, bien a moción de los directores de educación, bien a solicitud de los propios interesados, comarcas indígenas o mestizas. Dichas fundaciones requieren naturalmente, la previa construcción o el acondicionamiento de locales. Debemos advertir que las comunidades indígenas frecuentemente construyen primeramente sus escuelas, después solicitan el maestro.

Problema muy importante para la Secretaría de Educación es el de la enseñanza en las regiones indígenas o preponderantemente indígenas, que requieren, para rendir el debido fruto, el conocimiento por parte del maestro del idioma de sus alumnos, por lo cual se procura entre los indígenas más aprovechados, inculcarles la afición por la carrera del magisterio, que pueden seguir, como becados, en las escuelas normales rurales.

El problema de la salud pública es, por su esencia, un problema nacional, que ha obligado a la coordinación de los esfuerzos del Gobierno Federal, de los de los Estados y municipios, así como de la beneficencia pública y privada, que está dando ya muy alentadores resultados. Además, el seguro social, iniciado este año en el Distrito Federal, pero que de acuerdo con el Decreto respectivo se extenderá, en años futuros, a toda la República, será un recurso muy poderoso para acelerar la solución de este problema.

Las funciones de salubridad y de asistencia médica y social, son en extremo complejas, muy dispendiosas y, por consecuencia, su mejoramiento tiene que ser progresivo y lento, pues requiere, incluso, la preparación del personal

técnico para llenar las necesidades, siempre en aumento, por el crecimiento de la población. Para hacer frente a este imperativo, la Universidad Nacional Autónoma, el Instituto Politécnico Nacional y las Universidades e Institutos de los Estados, han aumentado considerablemente la producción de médicos, biólogos, químicos, farmacéuticos, odontólogos y enfermeras. Como un ejemplo, pondremos el aumento, en 30 años, del número de médicos.

AÑO	NUM. DE MEDICOS	NUMERO DE HABITANTES	HABIT. POR MEDICO
1910	2,566	15.160,369	5,908
1930	4,767	16.552,722	3,451
1940	6,664	19.331,580	2,901

En los últimos años, subvencionados por el Estado, anualmente van a los pequeños poblados rurales y a las zonas indígenas, los estudiantes de medicina que han terminado sus estudios, a hacer su práctica, requisito indispensable para el examen profesional, lo cual ha tenido como resultado que en muchos de ellos se despierte el interés por el benemérito servicio rural y vuelvan a los lugares donde realizaron su práctica a ejercer su profesión. Debemos, en consecuencia, esperar, que tanto por la acción oficial como por la iniciativa privada, la falta de médicos en los medios rurales se habrá subsanado dentro de pocos años.

Como resultado de este breve esquema de los problemas que ofrecen en la actualidad la mayoría de nuestros grupos indígenas; y en la seguridad de que, de una manera general, coincidirán con los de los países americanos, hacemos, no en el orden de su importancia intrínseca, sino en el de la precedencia que les corresponde como factores en la solución de un problema total —la elevación del nivel biológico, económico y cultural de la población indígena de América— las siguientes recomendaciones para el tratamiento continental, de tan ingente problema.

I.—Que los gobiernos de las diversas naciones americanas, de acuerdo con su organización política, administrativa y económica, presten una atención especial a la

construcción de los caminos necesarios en las regiones habitadas por grupos indígenas, conectándolos con su red nacional de caminos y favoreciendo el establecimiento de comunicaciones fáciles y baratas.

II.—Que se dote a los poblados indígenas de tierras de buena calidad y extensión suficiente para su capacitación económica, evitándose así que se vean obligados a la destrucción de los bosques.

III.—Que se ejecuten obras de irrigación en las zonas indígenas más urgentemente necesitadas, así como que se realicen las obras de drenaje, en aquellos lugares donde las aguas estancadas sean origen de paludismo endémico. Que en el caso de que las obras de irrigación o de drenaje, no sean posibles o resulten anti-económicas, se proceda a la colonización, con el grupo indígena interesado, en lugares propicios.

IV.—Que se canalice el crédito agrícola hacia las zonas pobladas por indígenas y que se les proporcionen a los campesinos los recursos económicos y la dirección técnica necesaria para el mejoramiento de sus cultivos, de sus ganados y de sus industrias, organizando debidamente los sistemas de compra y venta en común, para librar a los indígenas de la explotación de comerciantes mestizos, criollos y extranjeros.

V.—Que las secretarías de educación pública o los organismos encargados de esta función en los diversos países, funden escuelas de un tipo adecuado, en las regiones habitadas por indígenas, que carezcan de ellas, eligiendo, en la medida de lo posible, maestros que conozcan la lengua indígena correspondiente, para facilitar su enseñanza y su acción social en la comunidad.

VI.—Que los organismos encargados de la salubridad pública, emprendan campañas en favor del aprovisionamiento de agua potable, en las zonas indígenas que lo necesiten.

VII.—Que las Instituciones encargadas de la asistencia médica y social presten una atención especial a la fundación de "unidades hospitalarias" en las zonas indígenas, así como a la organización de servicios para la conducción

de enfermos graves, por el sistema que resulte más a propósito.

VIII.—Que en todas las obras que se realicen y en todos los servicios que se establezcan en las zonas indígenas, se procure la colaboración personal de los indígenas, con objeto de conseguir su educación en las nuevas técnicas de trabajo.

## ALEMANIA EN LA CRUJIA

*¿Qué hacer con Alemania?*

**L**A PREGUNTA aflora a todos los labios. Por dos veces en el transcurso de una generación Alemania ha tenido que morder el polvo de la derrota y aunque esta última vez parece, por sus dimensiones, definitiva, nadie puede asegurar, que no ensaye de nuevo su desmesurado intento de dominación. Tratarlo de impedir corresponde a los hombres de Estado que tienen en su mano los destinos del mundo. Pero no cabe ni es lícito poner trabas a que los demás mortales se preocupen por la posible repetición de su drama y que muestren su angustia en consejos, propuestas y admoniciones. Humanos sentimientos de venganza se mezclan aquí de modo fatal a las voces de meditaciones más serenas. ¿Qué hacer con Alemania? Artículos, panfletos y libros numerosos, escritos en diversos idiomas, adoptan en estos días por título la anterior y dificultosa pregunta; con ellos se moldea una opinión que ha de pesar en alguna forma, para bien o para mal, en la acción de los gobernantes directamente responsables. Tendiéndose entre dos extremos muy distantes, incita por una parte a una victoria púnica y vengativa, mientras que por la otra aconseja, saturada de sentimentalismo, una benigna paz de olvido y perdón. De un lado Vansittart y el "vansittartismo", de otro la ñoñería puritana del pacifismo incondicional. A las veces se ha ido en las propuestas a tales extremos que se ha podido sospechar con justeza la acción tras ellas de la propia maniobra nazi. Como aquel consejo de esterilización general tudésca, que empequeñecería con proceder tan radical la inspiración originaria. Las medidas concretas que se proponen han de examinarse a la luz de estas tensiones en la opinión, o mejor dicho, a la de su resolución equidistante. La conveniencia o inconveniencia de una desmembración alemana, la licitud y efectos de su desmantelamiento como potencia industrial, el tratamiento de los criminales de guerra y su mayor o menor latitud, las restituciones y compensaciones debidas a los países sojuzgados, la alteración o no de las fronteras existentes al comienzo de la guerra y otras, son cuestiones cuya solución depende de la actitud y de los principios gene-

rales que se adopten. Sólo cabe decir que una paz sin castigo malograría el futuro tanto como otra en que se frustrara a la larga la reincorporación de Alemania a la comunidad creadora y civilizada de las naciones. Pero nada de esto nos interesa aquí de modo directo. Si un aspecto particular que concentre y resume en su esencia toda la discusión anterior. Pues se trata, precisamente, de si el pueblo alemán es o no capaz de realizar por sí mismo y de modo voluntario aquella incorporación, de si es posible, dicho en otra forma, una reeducación alemana, su formación para la convivencia pacífica y para el olvido de sus ambiciones desahoradas y extemporáneas. Tal es el tema que para los alejados de la acción inmediata y fuera de los círculos de los intereses de poder, más peso tienen en estos momentos. Algunos podrían pensar que es meramente académico, mas en semejante caso habría que renunciar a toda esperanza. De nuevo se reiteran ahora, con pretensiones de ir más a fondo, las actitudes polares indicadas. O que el pueblo alemán se encuentra dañado por un pecado constitutivo, por un mal radical refractario a toda cura o que, plenamente inocente, no ha sido siempre sino la primera víctima de la conspiración de sus minorías gobernantes. Ambas cosas, extrañas, injustas e indefendibles. La tesis de la perversión congénita de ese pueblo sólo puede ser defendida con sentido aceptando la doctrina racial que rechazamos en los falsos apóstoles del nazismo. Claro es que la erudición apasionada puede acumular datos bastantes para que parezca tener carácter continuo un proceso milenarista de recalcitrantes disposiciones bárbaras. Pero todos sabemos qué fáciles y qué sospechosos son tales apañamientos eruditos. Ahora bien, la tesis contraria de la virginal inocencia y de la separación tajante entre el pueblo y el aparato político, apenas es un poco más justa. De suerte, que en lo que afecta al nacimiento y desarrollo del nazismo, hechas una larga serie de concesiones y decantadas todas las justas excusas que se ofrecen y que son bien conocidas, siempre queda el peso de una evidente propensión favorable, dispuesta a inflamarse hasta la pasión cuando las circunstancias son propicias. Predisposición despertada y alimentada sin duda por dimensiones considerables de la inmediata herencia cultural. Si esto no fuera así y de no haber en esa herencia otros elementos importantes de signo contrario, no tendría el menor sentido plantearse la cuestión de la reeducación alemana para la democracia y la civilización. Ciertamente que a partir de aquí, en este breve comentario, hay que aceptar un supuesto que a algunos habrá de parecerles en estos días cosa bastante osada. Se da por supuesto,

en efecto, que sabemos en qué consiste no sólo la educación para la democracia, sino lo que ésta es propiamente. Pero no veo otra solución sino que el lector abra por sí mismo semejante paréntesis.

### *Reeducación alemana*

AQUELLOS que, desde la perspectiva de vencedores responsables, se han planteado el problema de la reeducación alemana, difieren en cuanto a los procedimientos que aconseja como inmediatamente aplicables. La clave del enigma está en la extensión y formas de la tutela educativa forzosamente inicial. Hay quien se inclina a pensar que el organismo de vigilancia y orientación que se cree, ha de mantenerse en actividad todo el tiempo necesario para asegurar el éxito de los fines perseguidos. Otros, con mejor conocimiento de lo que es delicado problema de contacto cultural más que pedagógico, señalan todos los peligros de lo que no sea un proceso espontáneo, y aconsejan, por tanto, que el comisariado democrático sólo actúe el tiempo suficiente para ayudar en la depuración administrativa del actual tinglado y a la selección autónoma de los futuros educadores. Uno de los exponentes más autorizados y profundos de la filosofía pedagógica democrática, Robert Ulich, resumía no hace mucho el estado de la cuestión de manera excelente. La alta comisaría para la educación que monten las naciones vencedoras, lleva consigo un grave dilema: sin ella hay el peligro de la supervivencia subterránea de la actividad nazi, pero asimismo su tarea puede despertar actitudes hostiles y dar resultados contraproducentes. No hay otro remedio que abandonar a los alemanes a sí mismos lo antes posible, confiándoles la tarea de su propia conversión. Mas como la experiencia pasada enseña los peligros que hay en ello, el contrapeso ha de encontrarse en una continuada vigilancia, no inmediatamente educativa sino política, que esté dispuesta a intervenir a los primeros síntomas. Como en otras ocasiones se trata de distinguir lo que exige el llamado período de transición de lo que demanda el de estabilización subsiguiente.

Explicar algunos de los problemas de esa fase inmediata, justificaría algún espacio, pues en igual trance que Alemania, se encuentran otros países, liberados o no. La palabra educación tiende a evocar sus aspectos formales, dentro de los cuales no se encuentran algunas de las cuestiones más espinosas. Un análisis que atienda a los grupos de edad, muestra pronto algunas de ellas. Fuera de los

habituales no suscita ningún problema el grupo de hasta los siete o diez años. Pero, en cambio, el grupo de la adolescencia presenta un cuadro pavoroso. Los informes sobre Italia, únicos hasta ahora más conocidos, pueden tener valor representativo. Pues sobre este grupo de edad en los países totalitarios, aparte de las propias experiencias bélicas, estuvo pesando la acción muy eficaz de los movimientos juveniles fomentados por el Estado y que utilizaron, como se sabe, cosechando en su provecho, tendencias típicas de tan difícil período. Y todavía quedan los adultos, fuera de la acción de la educación formal y que sin embargo, se encuentran conformados por las experiencias singulares de su encierro totalitario. Todavía no se sabe de un modo serio —las fuentes y los estudios iniciados son aún secreto político militar— el alcance conformador que supone vivir en un mundo aislado por completo y sometido al bombardeo cotidiano de las múltiples maneras de la insinuación propagandista. Todo hace pensar que el daño es más grave de lo que supone una consideración ligera e inexperta.

Mas retornando a la cuestión de fondo, interesa averiguar qué lecciones del pasado abonan o desmienten la creencia de que Alemania sea capaz de reeducarse por sí misma. Esa experiencia no está lejana, y algunos de los hombres que la vivieron o fueron protagonistas de ella, pueden decirnos algunas cosas.

### *La experiencia de Weimar*

ENTRE los autores alemanes que, en el destierro, han escrito sobre estos asuntos con algún conocimiento de causa, Werner Richter \* es sin duda un hombre calificado, pues colaboró de cerca en la obra del famoso arabista C. H. Becker, uno de los inspiradores de la reforma educativa alemana, que se inicia en 1918.

Podemos esperar de quien fué partícipe una defensa de la obra de sincera fe democrática que se intenta en los agitados días de la república Weimariana, y cabe aceptarla porque en modo alguno mitiga lo que fueron fallas y equivocaciones. Sin su reconocimiento no valdría la pena meditar cara al futuro. Ante los fracasados de un momento político se suele tener una actitud de plena disculpa o la contraria de incriminación acerba. Lo piadoso es dejarlos en su obstinada negación de fracaso, que —justo o injusto— es siempre defi-

\* WERNER RICHTER. *Reeducating Germany*. University of Chicago Press. 1945.



nitivo. Mas si alguno tiene valor para ser lúcido en el análisis de las circunstancias que vivió, lo que ofrezca a los demás como resultado es lo único que puede salvarle, ante el mañana, de su frustración completa.

De la varia lección que de la malograda experiencia weimariana es capaz de extraer Richter en su libro rico de ideas, sólo me interesa destacar en este momento aquellas reflexiones que tienen una validez general por aplicarse a la situación total de una época. Dichas de antemano son estas: por un lado, el fracaso de toda política educativa que no tenga en cuenta la conexión necesaria, tan olvidada en ideologías abstractas de carácter pedagógico, a menudo puramente líricas, entre la educación y la estructura social real del medio en que se ofrece; y, por otro lado, como consecuencia, la evidente crisis de ciertos ideales educativos válidos hasta hace poco sin disputa.

La falla mayor de la reforma educativa de la primera república alemana, consistió en no enterarse a tiempo de cuáles eran sus peores enemigos, o sea las tendencias reales que operaban en la estructura de la sociedad. Esa equivocación se dió en todos los grados de la enseñanza y sus soportes personales le fueron por eso en general infieles.

Lo ocurrido con la primera enseñanza presenta un caso sociológico aparentemente desconcertante. La república trató de eliminar las rigideces cuarteleras de la escuela y de dar al magisterio satisfacciones por las que venía suspirando de tiempo atrás. Fué así el maestro un hombre mimado que pagó tal cariño con notoria ingratitud. Se rebeló pronto contra los que habían perseguido su ascenso social y su liberación personal y vino a engrosar en grandes números las filas del nacional socialismo. Apenas hay duda sobre esto porque la estadística, aun desfigurada, canta. Se trata de algo solo aparentemente desconcertante, pues en realidad la investigación sociológica tiene explicaciones satisfactorias. Pero el tema es muy delicado para despacharlo a la ligera.

No puede hablarse, en cambio, de una defección de los profesores de enseñanza secundaria. La mayoría se mantuvo hostil desde el principio con una perseverancia digna de mejor causa; unos con franqueza, en forma encubierta y solapada los más. Las razones se encuentran en la situación tradicional de este cuerpo de enseñanza y en su poca simpatía por las alteraciones republicanas del sistema. Tenían por eso que fracasar. Se ve ahora con toda claridad "que una reforma de los *curricula* sin una reforma decisiva del personal"

había de ser necesariamente "empresa muy dudosa". Las innovaciones introducidas se quedaron por otra parte a medio camino. Se decía hace tiempo que la herencia de la escuela humanística, muy alejada ya en su rutina de la gran inspiración original, no funcionaba muy bien en medio de una sociedad radicalmente transformada, industrial y de masas. Pero aceptado, con liberales intenciones, un criterio de pluralismo cultural y de diversidad educativa, ahí quedó intocada la escuela humanística junto a otras tres de muy diverso carácter, contribuyendo a mantener en una hora democrática sentimientos de distancia social. Y por lo que se refiere a la invención republicana de la *Deutsche Oberschule*, escuela que pretendía alimentarse de modo exclusivo de la cultura alemana, se reconoce hoy a la luz de lo ocurrido, que no fué precisamente un acierto.

La realidad universitaria constituye un tema que invitaría, de ser posible, a discurrir por lo largo, pues no hay otro más aleccionador. El prestigio de la universidad alemana sigue intacto ante el exterior hasta el momento de la sublevación hitleriana. Mas ya hacía algún tiempo que había dejado de corresponder a esa imagen. Perteneczo a una generación española sobre la que pesa el sino de no haber visto nada maduro. Y así, cuando conocimos la universidad famosa la encontramos muy lejos de ser la misma de que nos hablaron nuestros maestros; sólo los tontainas papanatas o los arribistas rasta-cueros y simuladores podían no percibirlo o no decirlo. En mi contacto tardío (1930-31) con esa universidad, la descomposición era evidente. En las ensoñadoras colinas de Marburgo, apenas si se saludaba ya con el sombrero y los gestos sustitutos eran símbolos de posibles situaciones nada favorables a la continuidad de la tradición académica. La presencia de la desocupación profesional era una pesadilla de todas las horas. En esa atmósfera densa era, pues, inútil intentar aquella silenciosa dedicación casi sagrada de otros tiempos, que preparaba al descenso por el tobogán de la profundidad. La situación se ha generalizado luego; mas volvamos, por el momento, a lo que nos importa.

La situación confusa de la universidad durante la república de Weimar se debía principalmente a dos cosas: a su divorcio del estado y de los principios políticos que pretendía encarnar, y a una crisis interna que venía arrastrando en su propio desarrollo. Las relaciones de la universidad con la política y sus instituciones, constituyen un problema que es sólo sencillo para los estados totalitarios. Pero no por ser difícil deja de ser centralísimo para una democracia. En ella

sus principios coinciden plenamente con los de la universidad misma, como centro de libre investigación y de libre cátedra; pero la posibilidad de perversión de estos últimos con fines políticos, plantea de nuevo en este punto la cuestión esencial de toda democracia y de todo liberalismo. ¿Hasta dónde la tolerancia? El fracaso de la república alemana en resolver este problema tuvo consecuencias catastróficas. Numerosos profesores universitarios, "nostálgicos de los buenos tiempos imperiales" y amparados por su autonomía tradicional, realizaron una obra disolvente que habían de pagar los nazis sin ninguna gratitud haciéndoles marchar al paso de ganso. Y todavía ocurrió algo peor con los estudiantes, los cuales, acogidos en el Estado como corporación oficial, constituyeron uno de los instrumentos más poderosos que tuvo en sus manos la fuerza subversiva. Las democracias liberales se enfrentan también aquí con una cuestión espinosa, porque los movimientos juveniles, por ilusiones que se hagan sus miembros acerca de su independencia, son siempre fáciles de manejar por interesados exteriores.

Por otra parte, la universidad alemana en su propio desarrollo interior había llegado, como dije, a un punto crítico. Sus rendimientos y sus valores son de primer orden y están a la vista de todos, pero desde el punto de vista de la conveniencia de un cuerpo social saludable su ideal demasiado severo y parcial comenzaba a mostrar efectos negativos. La concentración casi exclusiva en el valor de la investigación rigurosa, ponía un nivel excesivamente alto al que sólo muy pocos pueden llegar con holgura; los demás ni pueden ni es socialmente necesario. Y no lo es, porque en su intento y en sus resultados insatisfactorios se esconden causas numerosas de frustración. Una universidad no debe producir sabios fracasados ni intelectuales vulgares de grandes pretensiones. No puedo menos de transcribir un párrafo de Richter: "el nihilismo cultural de la década nazi, con su descontento por la vida espiritual, se desarrolló en proporción directa al número de los intelectuales de segundo y tercer rango. La mediocridad intelectual en gran escala ha preparado siempre el camino al desdén por el espíritu; y a este respecto no hay duda alguna que el sistema universitario alemán fomentaba sin quererlo semejante tipo de actividad intelectual de bajo grado". Ese estado anímico de frustración y descontento íntimo agravó la coyuntura de la desocupación profesional, que en otros países pudo atenuarse en parte por una mayor capacidad de adaptación. Y con ello hemos llegado al tercer factor que en la política universitaria echó por

tierra las buenas intenciones de los reformadores republicanos. La terrible experiencia de los efectos de la desocupación profesional aconsejan en lo sucesivo y en todas partes, una continua vigilancia. La producción de titulados no puede ser enteramente libre sino que debe regularse según las necesidades sociales y las posibilidades de su satisfacción. Esta es una idea que riñe evidentemente con las tradiciones liberales en materia de enseñanza, pero que, como en otras cosas, se impone su aceptación siempre que se mantengan las garantías del control democrático en la manera de llevarla a cabo.

Con respecto a la crisis del ideal humanista, según el esquema clásico hasta ahora vigente, no es posible decir más que lo apuntado. Como en otros varios aspectos del momento presente de nuestra civilización, se sabe con certeza lo que ya no es posible, pero se está lejos de la unanimidad todavía en la indicación de lo que va a sustituirlo.

*José MEDINA ECHAVARRIA.*

# *Aventura del Pensamiento*



# LA FILOSOFIA DE "HUSSERL" Y EL POEMA "HERODIADE" DE MALLARME

Por Juan David GARCIA BACCA

I. "Todas las vivencias, una vez purificadas trascendentalmente, son irrealidades, sin incardinación alguna al mundo real".

"Alle transzendentale gereinigten Erlebnisse Irrealitäten sind, gesetzt ausser aller Einordnung in die wirkliche Welt". (HUSSERL, "Ideen zu einer reinen Phaenomenologie und phaenomenologischen Philosophie, pg. 4).

II. "Póngase fuera de acción esa posición general, incluida esencialmente en la actitud natural".

"Die zum Wesen der natuerlichen Einstellung gehoerige Generalthesis setzen wir ausser Action" (HUSSERL, ibid, pg. 56).

III. "El ser inmanente es, sin duda alguna, ser absoluto en el sentido de que, en principio, no necesita de cosa alguna para existir".

"Das immanente Sein ist zweifellos in dem Sinne absolutes Sein dass es prinzipiell 'nulla re indiget ad existendum'" (HUSSERL, ibid. pg. 92).

IV. "Triste fleur qui croit seule et n'a pas d'autre émoi  
Que son ombre dans l'eau vue avec atonie".

"Triste Flor que en soledad crece, sin otra emoción que ver con apatía en el agua su propia sombra" (MALLARMÉ, Hérodiade, Scène).

V. "Gloire du long désir, Idées".

"Gloria del prolongado desear, Ideas". (MALLARMÉ, Prose pour des Esseintes).

N.  
C....

**J**UNTO a las flores que tienen nombres simples, como la rosa y el clavel, hay otras más favorecidas del lenguaje que han recibido frases no sólo de elogio sino de denominación: así la *siempreviva*, la *madreselva*.

Si, para las maliciosas consideraciones que a continuación me propongo hacer, se me permitiera cambiar el nombre de la *sensitiva*, le dedicaría la frase ambigua: *mírame y no me toques*. Y flor tan delicada, digna de formar el ramillete de flores propias de una filosofía de *mírame y no me toques*, no debería ofrendarse más que a esa Santa que los franceses llaman *Sainte Nitouche*, Santa *Mírame y no me toques*.

Hay una filosofía, la fenomenológica trascendental, que está hecha bajo el patrocinio de la Santa *Mírame y no me toques*, con una especie sospechosa de sensibilidad extremada y llevada al extremo de que todo contacto con el mundo natural, con las ciencias en plan natural, con los mismos hombres en plan inmediato, consigo mismo en el trato cotidiano provoca una reacción de retraimiento, de recogimiento interior, que produce a su vez ese maravilloso efecto de que todas las *vivencias* (*Erlebnisse*) lleguen al estado de *irrealidades*, *sin incardinación alguna al mundo real*. (Texto I).

Y dando vueltas a mi erudición literaria, no muy abundante por cierto, y por desgracia para mi filosofía, he creído hallar en un poema de Mallarmé, en su *Herodiades*, la expresión más delicada, a la vez que la crítica más certera de este tipo de filosofar, que si tiene, sin duda, predecesores tales y tan grandes como un San Agustín, y más próximamente un Descartes, no parece haber llegado a su exacerbación y formulación, tan apurada filosóficamente, como lo es en literatura la obra de Mallarmé, sino en la *filosofía fenomenológica trascendental* de Husserl.

Tal *sensitivismo trascendental*, que así voy a denominar a la filosofía husserliana, no se merece menos que un comentario o transcripción poética pura, del más puro de los poetas contemporáneos: *Esteban Mallarmé*.

I. *Intención secreta de la fenomenología trascendental*.

“...*Pour qui, dévorée*

*D'angoisses, gardez-vous la splendeur ignorée*

*Et le mystère vain de votre être?”*,

pregunta la *Nodriza*, la que nutrió el ser real, de carne y huesos, de *Herodiades*; y *Herodiades* responde:



“*Pour moi*”.

¿Para quién guardan los fenomenólogos, presas de esa angustia filosófica que es la necesidad de un *comienzo absoluto*, el esplendor ignorado y el vano misterio de su ser?

Porque, no cuento de nunca acabar sino de siempre principiar, confiesa Husserl en sus *Méditations cartésiennes* (pág. 2) que para comenzar bien y de una vez para siempre, —ojalá—, *hay que hacer voto de pobreza en materia de conocimiento*:

“*j'ai donc par là même fait le voeu de pauvreté en matière de connaissance*”.

¿Para quién, pues, guardan su ser, —puesto en pobreza de conocimientos, y con voto encima, para si se falta pecar y no tan sólo cometer un desliz—, los fenomenólogos? *Para sí*. Y no para mí en cuanto fulano de tal, nacido en tal ciudad y en tal tiempo, con tal cuerpo y tal alma, y demás detalles del registro civil, sino para un Yo trascendental, puro.

Y ¿qué gana tal Yo con estar en sí y para sí de tan extremada manera? Saber con un saber inmediato que de nada ni de nadie, de cosa alguna concreta, *re*, necesita para existir. (Texto III). Pero ¿será verdad tanta belleza? ¿Valdrá la pena de poner todo en paréntesis, o como decimos en castellano *poner en entredicho*, por el solo gusto, monótono tal vez y congojoso, altanero y estéril, de notar que no necesitamos para existir de cosa alguna concreta? En fin: dejemos las preguntas y pasemos a la exposición del *sentido* que este *sensitivismo trascendental* da a la filosofía.

“*Notre but . . . est de donner aux sciences un fondement absolu*”. (*Médit. cartés*, pág. 7).

La *finalidad* de la fenomenología consiste en proporcionar a las ciencias un fundamento absoluto. Empero tal finalidad no pasa de ser, por de pronto, una *idea*: “gloria y prez del más prolongado y pretencioso de los deseos”,

“*Gloire du long désir, Idées*”, como decía Mallarmé, Porque, en efecto, eso de proporcionar a las ciencias y a toda clase de conocimiento un *fundamento absoluto*

es lo sumo que se puede desear, llevando bien lejos los deseos. Que el geómetra en cuanto tal se da por satisfecho cuando consigue poner un fundamento a su ciencia, y al llegar a ponerlo se encuentra con que los axiomas iniciales de que dependen y de los que proceden todos los axiomas se le quedan en *posiciones libres*, en axiomas o postulados que puede tomar en formas diversas, —decir, por ejemplo, que va a construir una geometría en que no haya más que una paralela o poner que hay más que una o ninguna; que el orden de sumandos no altera la suma o bien que la altera. . .—; y en todas estas posiciones resulta que el llamado *fundamento*, los axiomas, son libres posiciones, sin nada de absoluto, necesario, único, apodíctico. Se puede construir una geometría coherente según el plan de Euclides, suponiendo que no hay sino una paralela, y otra igualmente coherente poniendo entre los axiomas iniciales que no hay ninguna, —Riemann—. . .; y en todos estos casos los teoremas correspondientes fluyen y se derivan con inflexibilidad lógica. Por el mero hecho de poner unos u otros axiomas desencadenamos una tempestad de teoremas, no ya cual aprendices de brujo, sino con plena conciencia de que el primer paso, el llamado y tenido por fundamental, está en *nuestras manos*; empero, una vez hecha la elección de los axiomas, la tempestad de teoremas que la lógica desencadena, ya no está en nuestro poder detenerla.

El fundamento de la geometría no es fundamento *absoluto*, sino *hipotético*, y la necesidad de los teoremas no puede ser por tanto absoluta sino hipotética también.

E igual sucede con la aritmética. Cuando uno llega a los llamados principios, como las leyes formales de Hankel: orden de sumandos no altera la suma (propiedad conmutativa), orden de factores no altera el producto (propiedad conmutativa de la multiplicación), agrupación de sumandos o factores en grupos arbitrarios no altera el valor total de suma o producto (ley asociativa). . .—, creería hallarse ante principios necesarios y absolutos que, so pena de contradicción, no se pueden cambiar. Y con todo entonces precisamente se descubre que son independientes entre sí, que puede tomarlos en forma afirmativa

o negativa y que, con todo, la tempestad de teoremas aritméticos que se desencadene será en cada caso necesaria con necesidad hipotética. Y una vez más; la ciencia aritmética no tiene un fundamento absoluto, sino libre; lo único necesario es esa necesidad hipotética de las consecuencias una vez puestos los axiomas al arbitrio del que va a construir la geometría.

Así que ninguna de las ciencias, escarmentando en estas dos ciertísimas a primera vista, posee fundamentos absolutos, firmes con necesidad absoluta, sino fundamentos libremente determinables y necesidad hipotética para los teoremas, pareciéndose este proceso a los mil y mil vulgares de todos los días en que, cual en el caso de dar vuelta a la llave de la electricidad, surge sin remedio la luz, pero el acto de darle vuelta a la llave está en nuestro poder. Desencadenamos *al arbitrio* ciertas tempestades reales, pero, una vez desencadenadas, lo que sigue ya no está en nuestro poder.

La diferencia más importante consiste en que en la ciencia la tempestad de teoremas no hay Dios que la detenga, so pena de contradicción, y en las tempestades físicas o humildes fenómenos que libremente desencadenamos hay remedios en nuestra mano o en las de la naturaleza para que se detengan.

El ideal, por tanto, de un conocimiento absoluto no se halla realizado en ninguna ciencia especial; ni siquiera en la lógica a la que sucede lo mismo: que los axiomas iniciales son libres, sólo que, una vez elegidos, los teoremas lógicos se seguirán con necesidad hipotética inflexible.

No digamos que la ciencia física no nos presenta tampoco el modelo de una ciencia absolutamente necesaria; las leyes físicas valen sólo *de hecho*, son datos de este universo, cuando abstractamente hablando, desde el punto de vista de la ciencia matemática o geométrica serían posibles otros mundos que realizaran otras leyes.

*La idea de una fundamentación necesaria* de los conocimientos no pasa de ser "*gloria de un aventurado y pretencioso deseo*".

Y ¿de dónde nos ha podido venir semejante descomunal deseo? Dejemos esa cuestión: "¿de dónde?", y asente-

mos en el libro de nuestros haberes todo *hecho básico*: "*sous forme d'hypothèse et à titre de généralité fluide et indéterminée nous possédons cette idée*": "*l'idée d'une philosophie*". (Médit, cartés., pg. 7). La *idea*, pues de Filosofía en cuanto tal encierra, como propia, esa pretensión, deseo, proyecto de dar a todas las cosas un fundamento absoluto. "*Guardémosla*", dice Husserl, en el lugar citado, "*como hipótesis provisoria, a título de ensayo, cual guía de nuestras meditaciones y poco a poco iremos viendo en qué medida es posible y realizable*".

Comparadas todas las ciencias, que son los más apurados tipos de conocimiento a que llegamos los hombres, con este *Ideal* constitutivo de la Filosofía, quédanse tan atrás que ninguna de ellas puede servirnos ni de *modelo* para saber cómo convertir el ideal en realidad, ni menos de *campo de cosecha* donde obtener conocimientos con valor absoluto.

Quédanos, por de pronto, "*la gloria*" de abrigar tal deseo. Y ¡quién sabe si tendrá razón P. Valéry al decir: "*les destins ont arrêté que, parmi les choses indispensables à la race des hommes, figurent quelques désirs insensés*" (Eupalinos), el Destino ha determinado que, entre las cosas indispensables a la raza de los hombres, figuren algunos deseos insensatos y descomunales como la *Idea* de una fundamentación absoluta de todo, ¡*la Idea misma de Filosofía!*

La fenomenología cree haber hallado el *destino* o finalidad de semejante plan descomunal: "*révélation du sens final de la science par l'effort de la "vivre" comme phénomène noématique*".

El sentido final, el destino, de la *Idea* de Filosofía o de Fundamentación absoluta de la ciencia, se cifra en "*vivirla*" como *fenómeno noemático*.

Pero ¿quién será capaz de *vivir* exigencia y plan tan descomunal?

—*El Yo trascendental.*

Porque ahora resulta que *Yo* es un plural. No sólo luchan en el seno de cada hombre Esaú y Jacob, dos gemelos, sino muchos más; y de ellos uno solo está predestinado para filósofo y es "*varón de grandes deseos*".

*“Moi ce n'est plus l'homme qui se saisit dans l'intuition naturelle de soi en tant qu'homme naturel, ni encore l'homme qui, limité par abstraction aux données pures de l'expérience interne et purement psychologique, saisit son propre mens sive animus sive intellectus, ni même l'âme elle-même prise séparément”.* (Médit. cartés. pg. 21-22). El “YO” de la fenomenología no es, nos dice Husserl, el hombre que se ve y nota a sí mismo en la intuición natural, —el que ve, oye, trabaja, anda, habla. . . y nota por dentro todas esas acciones, comportamientos, sensaciones agradables o desagradables, que se ve cosa entre las cosas, zarandeado por ellas, molestado o favorecido por el ambiente del mundo físico o social—, ni tal YO lo es tampoco el yo delimitado y confinado por abstracción u otro método a los datos puros de la conciencia, viviendo la vida psicológica interna con pulcra separación de lo externo; tal YO no es ni siquiera el alma sola, la mente, el entendimiento en cuanto distinto de los sentidos y del cuerpo en general. Que cuerpo, vida sensitiva, entendimiento, voluntad, alma en conjunto, hombre cotidiano, hombre psicológico. . . todos ellos, en muchas casi-personas y una realidad al parecer, tienen un defecto común: están, como pulpos, agarrados en acto a lo real a una u otra cosa, son miriápodos, o más humildemente dicho ciempiés, que por miles y miles de pies o extremidades están apoyándose en mil y mil cosas; y así la vista está viendo cosas visibles concretas, y el entendimiento en su natural actuación está dado a las ideas concretas, —aritméticas, geométricas, físicas. . .—, que estén en cada momento ocupando su atención e intención mental; y la voluntad está entregada a la búsqueda, aposeñamiento y almacenamiento de bienes concretos: salud, dicha, deleites, virtudes, vida eterna. . . Y así todo el hombre *natural* en estado *natural* ha vendido no sólo su alma sino todo su ser a las cosas.

II. *El hombre natural se caracteriza por estar con todo su ser apoyado y dado a cosas concretas: internas o externas.*

Que todas las cosas, —las lucientes, las audibles, las gustables, las sensibles o sentibles, las gozables en intimidad. . .—, todas dicen cortésmente al hombre:

"*A mes lèvres tes doigts et leurs bagues*" (Mallarmé, *Hérodiade*); hacen como si quisieran besarnos reverentemente las manos y anillos, empero este acto de acatamiento de las cosas, —en el que se nos dan a ver, a oler, a gustar, a tocar, a sentir—, se parece y no poco a aquella actitud tan bien condensada en el refrán: "*manos se besan que se querrian ver cortadas*", o en aquel otro "*hay cariños que matan*".

Y ¿qué es lo que está ladinamente, deliciosamente matando tal actitud de seductor trato con las cosas en su pluralidad y ostentosa variedad?:

"*refroidit mon sang vers sa source*" (Mallarmé, *op. cit.*), está enfriando la vida trascendental, la sangre del Yo, encaminándola no hacia el corazón, hacia su natural e íntima fuente, sino hacia afuera, hacia las cosas en sí mismas.

Sentir tal estado natural como un crimen, y gritarle a la Naturaleza, interior y exterior, como Herodiades a la Nodriza, —que es la naturaleza nodriza primera de todo—,

"*Arrête dans ton crime,*

detente en tu crimen, es una primera reacción específicamente fenomenológica, de Santa "*Mírame y no me toques*".

Pero las cosas no terminan aquí.

"*El hombre en estado natural*", —y aquí en *Hombre* tra todo: entendimiento, voluntad, vida sensitiva, vida sentimental. . .—, "*está formando un cierto compuesto o concreto con las cosas*", y no solamente hace de ellas su apoyo, su báculo, el término de su comportamiento. Y esto es mucho más grave que lo primero.

En efecto: nuestra vida sensible *tiene que* estar informando un cuerpo con tantos y tales elementos químicos, de tales o cuales dimensiones. . .; y este *hecho* no lo puede cambiar; *la vida sensible forma un compuesto real con ciertas cosas muy determinadas*, y si se le quitan se muere.

La vida psíquica inferior, sentidos, tiene que estar unida y tiene que servirse de ciertos órganos bien determinados; y si el órgano se destruye no hay ya modo ni de ver ni de oír ni de gustar ni de tocar ni de gozar. "*La vida psíquica inferior forma un compuesto real con ciertos y bien determinados órganos corporales*", y si se destruyen o alteran piérdese la vida psíquica.

Pero hay una vida que, si bien es cierto anda continuamente ocupada con objetos especiales, que sin ellos se creería no puede vivir, con todo posee una facultad extraordinaria y desconcertante: la de "*pisar en falso y no caerse*". La vida intelectual no deja de vivir aunque piense cosas falsas, aunque pise en falso; y tiene tal equilibrio interno que, aun *dudando*, vive en sí, no se muere por la falsedad, ni se desvanece con la inseguridad de la duda. Más aún: puede proponerse dudar de todo, no asentir a nada, guardarse las ganas de afirmar y de negar, poner todo en "*entredicho*", oír las más grandes verdades "*como quien oye llover*". Acción que en Husserl recibe el nombre, resonante en matemáticas alusiones, de "*meter en paréntesis*", *Einklammern*. O con otras metáforas del mismo Husserl: "poner fuera de acción", "salirse del juego".

"*Poner una cosa en entredicho*" no es destruirla; es simplemente prohibir que en ella se realicen ciertos actos y que sea lugar de determinadas exhibiciones. "*Poner algo fuera de acción*", es desconectarlo, como se desconecta un enchufe para que no pase la corriente, sin que con ello se destruya la corriente eléctrica. "*Salirse del juego*" incluye nada más no tomar parte en él, no compartir sus vicisitudes. Pues bien: el hombre natural, en lo que de natural tiene, está metido sin remedio en el juego de las cosas y del mundo real, tienen acción sobre él los sucesos, las verdades, —pues las afirma—, la falsedad —pues la niega—, los valores, —pues tiene que practicarlos y convertirlos en bienes estables—, está enchufado con el calor y el frío, con el ambiente, con la física y con la química, no sólo no tiene su ser en entredicho para las cosas, reales o no, sino que en dichos, en "*dimes y diretes*" se le va la vida del entendimiento y de la volun-

tad, en "*dime quién eres*" y te lo "*repetiré en definición*" en "*dime para qué vales*" y "*te lo diré en bienes estables y cotizables*".

Pues bien, es un dato, una bendición, un privilegio de la vida interior el "*poderse salir del juego*" de las verdades, de los valores, de las actitudes hacia los objetos. . . ; *ponerlos todos en entredicho*, ni afirmarlos ni negarlos, dudar de todos si se quiere, sospechar de ellos, *dejarlos sin agarre o acción* sobre tal vida, por muy evidentes, sublimes, valiosos que sean. . . Y, con todo, "*no morirse*". Y así puedo dudar si tengo o no tengo cuerpo, si sueño o estoy despierto, si hay mundo sensible o no lo hay, si hay verdades o no. . . , y en esta misma duda "*existo*"; puedo equivocarme, no dar pie con bolo, y en este mismo engaño "*existo*", "*si fallor, sum*" de San Agustín. Pero como notó sutilmente Husserl, no es menester llevar las cosas con tanto rigor para llegar a percibir que hay en mí un Yo de realidad tan estable y segura que, por más que no existiera cosa alguna, continuara él firme y asentado. No es preciso ponerse a dudar de todo, con duda metódica cartesiana, para caer en cuenta de que al pisar el entendimiento en falso no le sucede como a la vida sensible al perder un ojo o tener un ojo falso o artificial: que no ve; el entendimiento nota entonces "*que existe*", que está equivocándose, que pisa en falso, aspectos bien reales y determinados. Y cuando el Yo trascendental, que así se llama ese Señor de sí, está recordando una cosa que efectivamente no le pasó, no porque la memoria pretenda hacerle pasar por cosa sucedida a él lo que efectivamente no le pasó, deja de trabajar como memoria, con un matiz bien diverso que cuando se pone a imaginar o a desear. . . Al hacer un voto al *chápiro verde*, ente imaginario de nuestros clásicos, el gesto interior es independiente de que exista o no tal chápiro, y el intento de definir un círculo cuadrado no es menos *intento intelectual* que el de definir la circunferencia; y desear lo imposible no es acto que lo pueda hacer el entendimiento, ni imaginar que los ojos ven hacia dentro es acto que la voluntad pueda hacer aunque lo quiera. . . Y con todo en estos y mil otros casos el acto posee una *estructura*



*interna*, una constitución *noética*, —así se la llama en fenomenología—, que no se resiente de que el objeto exista o no.

Eso de que el entendimiento esté hecho para la verdad, de que la voluntad esté hecha para el bien, de que las potencias reales estén hechas para lo real... es una patraña. La vista parece hecha para ver lo real; mas si estuviera esencialmente hecha para verlo no sufriera jamás alucinaciones, que, en su matiz de acto y de intento, son lo mismo que un acto de ver lo que llamamos real.

Y si el entendimiento estuviera hecho esencialmente, en su realidad de verdad, para conocer solamente lo verdadero, se quedara a oscuras y no obrara cuando ante lo falso se encontrara, como le sucede a la electricidad que si sólo va por un alambre electricidad positiva y no hay en otro negativa, ya podemos aproximarlos, que no saltará a la chispa.

Las equivocaciones o errores nos han enseñado una cosa que jamás pudiera la verdad: que "*somos ser absoluto en algún sentido*", ya que no necesitamos de cosa alguna concreta, "re", para existir y para poner actos bien reales y con su matiz propio. (Texto III).

Quien pisa en firme y quien tuviera que pisar siempre en firme no llegaría jamás a saber si son las cosas y su firmeza las que lo sostienen o si posee él en sí centro de gravedad, consistencia interior; pero si, al pisar en falso, uno descubre que no se cae, si, al pensar en falso, todavía piensa y, al desear lo imposible, aún desea, y, al imaginar lo estrafalario, pone un acto de imaginación, y al querer el mal, no se le seca la voluntad sino que quiere con un acto que es tan de voluntad como cuando quiere el bien, todo ello es inequívoca señal y *testimonio infalible* de que hay en nosotros un Yo con una provisión de actos tales que de nada necesitan para existir y ser tales. *Tal universo interior es el mundo fenomenológico.*

Y naturalmente: quien al pisar en falso notó que no se caía, cuando pise en firme, según el criterio corriente, no atribuirá ya al suelo la firmeza y seguridad de su paso, esa sensación de equilibrio que antes atribuía generosamente a las cosas; y quien al pisar en falso inte-

lectualmente, al entender una cosa que resultó falsa, nota que con todo la pensó y que el entendimiento obró exactamente como si fuera verdadera, ya no creerá que la sensación de firmeza que notaba cuando pensaba lo verdadero, provenga de lo verdadero. Las cosas le parecerán ya negativamente seguras, quiero decir: ni seguras ni inseguras, casi como universo flotante, puesto que la seguridad que antes parecían poseer resultó que no provenía de ellas sino del Yo que en ellas se apoyaba "en firme".

Si hubiera un pájaro tan sutil que, al arbitrio de su querencia, pudiese una vez condensar todo su ser tanto que resultara perdigón y otras esponjarlo y dilatarlo tanto que ocupara un volumen con densidad menor que la del aire, en el primer caso sin cambio alguno en la densidad real del aire, caería sin remedio, y en el segundo, sin cambio alguno real en la densidad del mismo aire, ascendiera hacia lo alto. Y pájaro que notara esas sus misteriosas posibilidades de alterar "su" densidad no atribuiría ya al aire y a su densidad real el caer o el ascender, ni por tanto atribuiría al aire el que en su estado común y corriente pudiera volar o ser sustentado por el aire, sino que tendría que reconocer que el aire ni sostiene ni no sostiene; es sólo negativamente seguro o inseguro, mejor dicho, no es ni una cosa ni otra.

Al pájaro común y corriente debe parecerle que el aire posee esa consistencia y densidad suficiente para sustentarlo y apoyar su vuelo. Y es que, el pobre, no puede practicar una abstención fenomenológica, no puede cambiarse de estado.

Puédelo en ciertos aspectos reales el Hombre; y la duda, los deseos imposibles, las imaginaciones fingidas, las memorias desmemoriadas, en general, todos los actos fallidos, muestran algo muy más importante que los actos perfectos y cumplidos: que la seguridad y firmeza de la verdad, de los valores, de lo real en general no proviene de lo real ni de la verdad o del bien, sino del estado interior. Cuando el entendimiento se pone, —estado que llama la fenomenología "tesis"—, en estado trascendente o natural pierde conciencia de su consistencia interior,

pierde peso intrínseco, y cae pesadamente hacia las cosas, se apoya en ellas y parecele que son ellas las firmes y consistentes y que de tal firmeza y seguridad cóscicas le proviene la de sus actos.

Estado natural o cotidiano del hombre se caracteriza por una condensación o petrificación de la vida interior tal que se distribuye de otra manera el peso interior, quedando el centro de gravedad fuera del ser, y entonces cae pesadamente sobre las cosas, se afirma en ellas, las afirma y le parecen, infeliz, que son ellas las firmes y estables, las auténticas "res", cosas *ratificadas*. Sucédenos entonces como a muñeco a quien subieron a la cabeza el plomo que en los pies tenía, que cae al menor descuido y queda su cabeza solemne y firmemente asentada en el suelo. Cuando el entendimiento se entrega a la verdad, a la evidencia de las cosas, no se altera ciertamente nada del peso total de la sustancia humana, pero súbesele no el humo sino el plomo a la cabeza, la lógica, y cae, el muy infeliz que bien feliz se siente entonces, hacia las cosas, afirmalas, afirmase en ellas, y cree que son ellas las firmes y verdaderas. Y no sabe que es él quien, por cambiar el *estado* interior, no su ser, ha resultado más pesado que antes y por el mero hecho ha caído sobre ellas, se ha puesto en estado de *afirmación*.

Por muy extraño, pues, que parezca, y porque lo parece por eso insisto en ello, las cosas reales o ideales, —números, figuras, cosas físicas, sentimientos, actos psíquicos. . .—, no son ni seguras ni no seguras, ni afirmables ni negables, ni verdaderas ni falsas; el pájaro del Yo puede tomar diversos *estados* interiores y según el que se diere a sí mismo le parecerán una cosa u otra.

Por esto puede decir exactamente Husserl con una frase de valor estético y científico de vez: "*ce monde n'est pour nous qu'un simple phénomène élevant une prétention d'existence*", "este mundo, el mundo cotidiano, —sensible, inteligible, valorativo, sentimental—, no pasa de ser un fenómeno con pretensiones de existencia", con pretensiones de ser en sí firme, estable, seguro, definitivo y definible. Pero tales pretensiones no pasan de eso: de *pretensiones*. (Cf. *Méd. cartés.* pg. 16).

Quando nuestro Yo trascendental hace, por un acto de suprema espontaneidad interior, —ocasionada a veces por esa sorpresa de notar que, aun pisando en falso, no se cae—, cambiar el estado interno, la distribución del peso de ser, descubre que, sin alteración de las cosas, sube o baja en ellas a placer. Es decir: "*tous ces phénomènes ont perdu leur validité et subissent une modification de valeur; ils ne sont plus que de simples phénomènes*" (Médit. cartés pg. 17); la realidad, la firmeza del mundo, real o ideal—, se torna en simple apariencia; pierde su valor, aquel cotizabile en alza continua, en seguridad, en bonos y bienes raíces; y todas sus exigencias quedan en *pretensiones*.

Por la *abstención* fenomenológica, por la *reducción* fenomenológica, por el *sobreseimiento* de las exigencias de las cosas, cambiamos la distribución del peso de nuestro ser, dejamos de gravitar pesadamente sobre el mundo, y más sutiles que la más sutil de las aves subimos y bajamos por las cosas a voluntad. Descúbrenos entonces un como segundo mundo que parece de "*ficción*", sin peso específico propio, ya no campo de gravitación para nuestro ser, ni cárcel en que estar presos del ser y sus exigencias. Y con esta revelación disponemos ya como de dos mundos: *uno*, el natural, el cotidiano y usual en que las cosas nos parecen tener propia consistencia y nosotros, como una de tantas cosas, apoyarnos sobre ellas, afirmarlas, afirmarnos en las mismas, mendigar de su solidez nuestra consistencia; y *otro*, reducido fenomenológicamente, en que las mismas cosas aparecen con otros collares, ingravidas, neutrales en cuanto a consistencia o inconsistencia, y en que nosotros, el Yo trascendental, vive con una nueva manera de vida, centrado en sí, sin "*incardinación real en el mundo real*" (Texto I), y los actos de tal vida, sus *vivencias*, (Erlebnisse) son entonces *irreales*. Por esto dice Husserl que la abstención fenomenológica "*dégage une sphère nouvelle et infinie d'existence que peut atteindre une expérience nouvelle, l'expérience transcendente. Remarquons une chose: à chaque genre d'expérience réelle et aux modes généraux de sa spécification, —perception, retention, souvenir et autres—, correspond aussi une fiction pure, une quasi ex-*

*périence, (eine Erfahrung als ob), possédant des modes de spécification parallèles, —perception, retention, souvenir fictifs*— (Médit. cartés. pg. 23); lo cual viene a decir que por la abstención fenomenológica obtenemos un nuevo mundo, una esfera infinita en que experimentamos las cosas de nueva y original manera, de modo que a cada experiencia *real*, —percepción, retención, memoria...—, ligada y apoyada sobre las cosas, —percibidas, recordadas...—, notándolas a ellas en sí y consistentes y a nosotros apoyados en las mismas, corresponde otra experiencia no menos rica, igual más bien en número de objetos, sólo que esta vez notados como universo neutral para nosotros, en que no hemos comprometido nada de nuestra realidad de verdad, universo "*fingido*", es decir: formado por una acción casi poética, por una acción que nos pone fuera del juego de lo real y pone a lo real fuera del juego de nuestros actos, de nuestras interpretaciones prácticas y corrientes de todos los días.

El Yo trascendental no pide que le presten las cosas en su pretendida realidad de verdad, que esto no existe, como no tiene sentido hablar de la dureza del diamante si no se la compara con la dureza de otros objetos, sino que se le ofrezcan *neutralmente*, con neutralidad y frialdad parecida a la que ofrecen las cosas en los espejos: sin dureza, sin pretensiones de firmeza, sin comparaciones odiosas acerca de si más real, más dimensional, más duro...

Husserl ha dado a esta modificación el nombre de "*modificación por neutralidad (Neutralitätsmodifikation, Ideen z. ein. reinen Phaenomenol. pg. 222-238)*". Y su mejor traducción, no naturalmente técnica, es la de la frase castellana "*oír como quien oye llover*", ver sin mirar, oír sin atender, entender sin afirmar ni negar, querer sin comprometerse, sentir sin resentirse... Y así explicada la cosa, se ve sin más que el universo de objetos reales o ideales pueda desfilar ante el Yo en desfile neutral, sin exigir nada, sin comprometernos a nada, con pura presencia objetiva. Tal es el tipo de desfile que las cosas presentan en un espejo; la imagen del fuego ya no quema, la del agua no enfría, la de la piedra no golpea,

la del hombre no nos obliga ya a sociedad real alguna. . . Por esto Husserl, como Herodiades, dice a la *Nodriza*, al Mundo *real* con sus pretensiones de realidad de verdad:

*"Assez; tiens devant moi ce miroir. O miroir!*

*Eau froide par l'ennui dans ton cadre gelée!*

que no se presente con tales ínfulas de realidad; ya basta de esos gestos impíos y sacrílegos, —*cette main encore sacrilège*—, con que intenta tocar nuestra auténtica realidad de verdad,

*"car tu voulais, je crois, me toucher"*, —que de esas intenciones de la realidad: tocarnos, no se puede dudar—, y para que no caiga en la tentación, —y el Yo trascendental no nos deja caer en ella—, reprime en sí mismo las ganas de afirmar y negar, de colocarse en *natural* posición, en actitud cotidiana y de diario, y truécase en *espejo*, en estado sutil que no deja presentarse las cosas con pretensiones de realidad; y es que nuestra auténtica realidad de verdad llega a hastiarse y desgansarse de lo real; y entonces, *"helado dentro del marco de su ser por el bastío"*, conviértese en *"espejo"*, en agua fría, indiferente y neutral frente a la realidad de las cosas.

Y con este *"desdén triunfal"*, *"ce dédain triomphant. . ."*

le es al Yo trascendental perfectamente hacedero, y con perfecto sentido, recitar aquellos maravillosos versos de Mallarmé:

*"Oui, c'est pour moi que je fleuris déserte!*

*Vous le savez, jardins d'améthyste, enfouis*

*Sans fin dans de savants abîmes éblouis"*. (Hérodíade);

que, por la abstención fenomenológica, el Yo florece para sí mismo, flor en desierto de toda otra realidad; y los actos de percepción, recuerdo, previsión, imaginación, pensamiento, deseos. . . que antes empleaba para afincarse y gravitar en la realidad ajena, hanse ahora trocado en *"jardines interiores, enterrados en indefinidamente más profundos abismos, deslumbrados por la belleza de esas flores, que en soledad de tierra florecen"*.

Quien haya llegado a este estado de *pureza*, de voto de pobreza real, como lo llamó Husserl, *"ama el horror de ser virgen, y quiere vivir con el escalofrío de sus propios*

*cabellos, para así sentir, en la noche de lo real, retirado en su retrete interior, cual no violado reptil, y sentirlo en la propia carne, inútil, el centelleo frío de la pálida claridad de quien se muere, de quien se quema en la propia castidad, blanca noche de tímpanos, blanca noche de nieve cruel". (Hérodiade).*

*"J'aime l'horreur d'être vierge et je veux  
Vivre parmi l'effroi que me font mes cheveux  
Pour, le soir, retirée en ma couche, reptile  
Inviolé, sentir en la chair inutile  
Le froid scintillement de ta pâle clarté,  
Toi qui te meurs, toi qui brûles de chasteté  
Nuit blanche de glaçons et de neige cruelle!*

Ante este plan de trocarse en espejo que, sin compromisos reales, pueda obligar a toda realidad, aun a la propia, a presentarse como *realidad noemática*, como Mundo para mí, no como Mundo en sí, resulta que "*le monde lui-même est une idée infinie, se rapportant à des infinités d'expériences concordantes et que cette idée est corrélatrice d'une évidence empirique parfaite, d'une synthèse complète d'expériences possibles*" (Médit. cartés. pg. 53).

¿Por qué maravilla de transformación el mundo real, que tan confinado y bien definido parece a nuestros sentidos y ciencias, se trueca en Idea infinita, en *objeto de los más aventurados y grandiosos deseos*, que se cifran en llegar a una síntesis perfecta de todas, absolutamente de todas las experiencias posibles?

Ir trocando las apariencias brutales del mundo cotidiano en síntesis ascendentemente concordante hacia la Idea infinita es ir trocándolo en *realidad noemática*, en Mundo para mí, para mi Yo trascendental, "*espejo que reflejará en su dormida calma la virginal realidad del Hombre, la reparada virginidad del Hombre, cuyas miradas serán en adelante claras y frías como diamante*"; y todo el mundo natural, el cotidiano, el de diario, "*vivirá en idolatría de ese espejo*"; que, respecto del Mundo natural, como de las mujeres, vale aquel aforismo de Nietzsche: "*quítales algo y te seguirán hasta el fin del mundo*"; quítale al Mundo natural y a ti en cuanto miembro de él

su pretendida y consentida consistencia, y te seguirá hasta el Mundo fenomenológico.

Y no otra cosa dice Husserl: "*on peut dire que l'abstention est la méthode universelle et radicale par laquelle je me saisis comme moi pur, avec la vie de conscience pure qui m'est propre, vie dans et par laquelle le monde objectif tout entier existe pour moi, tel justement qu'il existe pour moi*" (*Méd. cartés.* pg. 18); la abstención o continencia fenomenológica, la virginidad radical por la que el Yo no se deja fecundar por la realidad, es el método universal y radical para sentirse uno a sí mismo, para captarse a sí mismo con vida de conciencia pura, vida propia de Mí, y en la que el mundo objetivo entero existe para mí y en la medida exacta en que para mí existe. Y así el mundo natural.

*"... tout, autour de moi, vit dans l'idolâtrie  
d'un miroir qui reflète en son calme dormant  
Hérodiade au clair regard de diamant"*, (Mallarmé).

El Yo trascendental es aquí Herodiades, la de mirada clara cual diamante, y fría como él. Pero, como el diamante también, de aristas cortantes y definidoras. Y tanto recorta y define que deja al Yo como "*mónada*", como solitario absoluto, que eso significa tanto la palabra griega *monás* como el término "*moi-monade*" que emplea Husserl. (Cf. *Méd. cartés.* pg. 57 sqq.). Y cuando, a fuerza o en fuerza de contenerse para no darse a la realidad, de sólo permitir a las cosas que me *miren pero que no me toquen*, se queda uno consigo mismo a solas, puede ya exclamar como Herodiades:

*"O charme dernier, oui!, je le sens, je suis seule"*,  
*"Por fin solo"*, a solas hasta de ese yo, de diario que tantas relaciones peligrosas ha contraído con los objetos reales, que anda amarrado, encandilado por los objetos, teñiéndose por uno de ellos, sometido a sus azares, contradanzas y contradanzas.

III. *¿Qué sacaría uno de quedarse solo, si a la vez tuviera que quedarse a solas?*

La *Nodriza*, nuestra madre de lo real, el Mundo real solícito de nosotros, cuando nos oye decir como Herodiades:



"*Oh encanto supremo; sí, por fin me siento solo*", advierte entre compasiva y asustada:

"*Madame, allez-vous mourir?*",

"Señora, ¿que vais a morir?"; que, en efecto, ese peligro parece amenazar a quien se queda solo y además a solas de toda realidad; *que está en trance de muerte*.

Y ¿cómo libera Husserl al Yo de los efectos de esa continencia extremada que impone la abstención fenomenológica por la que no tomamos posición ni nos apoyamos en realidad alguna, aunque sea la nuestra ordinaria? ¿Qué sacaríamos de notarnos solos y consistentes en nosotros mismos, liberados hasta de la contingencia de nuestra realidad sensible, si, acostumbrados ya a no comer, nos muriésemos de hambre?. Y aquí viene la sutil escapatoria de Husserl: cuando nos quedamos *solos y a solas de todo*, cual diamante, perfectamente cristalizados, recortados de todo y recortantes, nos quedan dentro unas *ganas* especialísimas, sale de nuestro ser monádico algo así como una corona solar de llamaradas, que en lenguaje filosófico se llama *intencionalidad*. Y Husserl dirá: "*le mot intentionnalité ne signifie rien d'autre que cette particularité foncière et générale qu'a la conscience d'être conscience 'de' quelque chose, de porter, en sa qualité de 'cogito', son 'cogitatum' en elle-même*" (*Médit. cartés.* pg. 28).

Conciencia es esencialmente, haya o no haya cosas, conciencia "*de*" algo, siéndole este apéndice tan esencial e imperdible como a un movimiento su dirección.

Aunque el pensar no tenga que pensar ni en cosas verdaderas ni en falsas, y, por tanto, su realidad sea tal y tanta que, aun pensando en falso, piense, con todo pensar tiene que ser pensar "*de*" alguna cosa; el pensar está hecho *para pensar algo*, y este "*para*" lo saca en alguna manera de sí, no hacia lo verdadero ni hacia lo falso, sino pura y simplemente hacia un estado de trascendencia indicada; y por más que el desear no tenga que ser desear *real*, que estar deseando lo posible, sino que tan real es el deseo de lo imposible o de lo que no consta nos sea o sea posible, con todo desear es sin remedio desear "*de*" algo, deseo *hacia* algo; y es claro, una vez más que

esta dirección implicada necesariamente en el desear lo encamina hacia fuera, no hacia un término concreto, posible o imposible, sino pura y simplemente hacia una trascendencia indicada. Y notemos que una es la manera o punta sutil que al pensar le sale por el acto de pensar y otra muy diferente la que le nace sin remedio al desear por el mero hecho de ser desear; de modo que las intencionalidades de pensar y desear, son *independientemente* de que se piense verdadero o falso, se desee posible o imposible, en sí mismas y por sí mismas diferentes. Estudiar esos tipos de intencionalidades, de direcciones interiores, de llamadas y prolongaciones de la conciencia, aun y estando sola y a solas de todos los objetos reales, es otro de los temas fundamentales de la fenomenología trascendental, tema parecido al que se propusiera una astronomía cuyo único objeto fuera el sol en medio de "*ese silencio de los espacios infinitos*" que aterrorizaba a Pascal.

La fenomenología estudia con particular cariño todas especies de *ganas* que nos quedan por dentro cuando nos hallamos solos y a solas; lo cual viene en definitiva a decir que nos podemos librar, cuando más, de los objetos y de la realidad cotidiana y contingente de ellos, mas no de sus ganas y de las ganas especiales que en nosotros despiertan o que en nosotros han dejado.

Por eso, y en paralelismo aleccionador, cuando Herodiades despide a la Nodriza, y le dice *Adiós*, se ve forzada a añadir:

*"Vous mentez, o fleur nue*

*De mes lèvres"*; que, también, cuando los fenomenólogos han despedido la realidad de todas las cosas, y se han quedado solos a solas como mónada muerta de ganas, de multiformes y polimorfos ganas o intencionalidades, tienen que confesar que "*la flor desnuda de sus labios está mintiendo*" al decirles *Adiós*. Y es que les está sucediendo como a Herodiades:

*"J'attends une chose inconnue"*, que se quedan esperando lo desconocido, un objeto indeterminado; pensando en lo indeterminado, deseando lo indeterminado, queriendo sin saber qué, pero queriendo *algo*.

Y les sucede, en alguna manera, lo que en otro orden y en más sublime grado decía San Juan de la Cruz: "y déjame muriendo un sé qué que quedan balbuciendo". La conciencia trascendental, una vez despedidas las cosas, se queda resonando largamente según tantos tipos de ecos cuantos tipos de cosas; las potencias del Yo *balbucen*, sin llegar a decir clara y distintamente, lo que en la vida ordinaria decían acerca de un objeto determinado, clavando en ellos las puntas de la correspondiente intencionalidad: *meta* de deseos, *objeto* de conocimiento, *término* y *fin* de la voluntad.

Por esto Heidegger, que es, —perdónese la frase—, la criada respondona de Husserl, la Nodriz de Mallarmé, hace notar que toda la fenomenología, toda la soledad monadológica del Yo trascendental se le evapora en *ganás*, se le deshace precisamente por la *intencionalidad*, y muestra que la *intencionalidad* proviene de que el Hombre es un ser que está "caído" en un Mundo de cosas como una de tantas. (*Sein und Zeit*, pg. 147, edic, 1941).

Por eso cuando Husserl, como Herodiades, notó que la Nodriz Heidegger quería poner en él sus manos, exclamó y desfogó sus iras en aquella conferencia de pública y oficial excomunión de la escuela fenomenológica:

"*Arrête dans ton crime*", "*cette main sacrilège*".

Pero en filosofía es preciso con frecuencia, casi siempre, cometer *parricidio*, que así tuvo que hacerlo Platón con el viejo venerable de Parménides.

Y como *epitafio* para el sistema de Husserl podríamos poner dos versos de Mallarmé, y un estribillo castellano:

"*Gloire du long désir, Idées*",

"*Tel qu'en Lui-même enfin l'éternité le change*";

que esto resume los méritos y los defectos del *sensitivismo* trascendental que hizo a Husserl tomar esa extraña actitud de retirarse, abstenerse, contenerse en todo lo real: *un descomunal deseo*, a saber: la *Idea* de una fundamentación absolutamente primera de todo el universo, fundamentación que sólo Dios puede hacer. Para tan soberano intento tuvo que cambiarse en Sí mismo, en Yo trascendental, lo cual sólo se consigue trasformándose en "*eterno*". Y por este glorioso y suicida intento entró en la

categoría de aquellos *detractores de la corruptibilidad* que merecerían, según la sentencia de Galileo, "*ser convertidos en estatuas*".

Tal vez por mirar hacia Platón haya caído sobre Husserl el castigo que sobre la mujer de Loth hizo venir Dios, según el Antiguo Testamento: quedar convertido en *estatua de sal*, y en este caso su *sensibilismo* trascendental fuera en rigor y propiedad *insensibilidad de estatua*; y la lectura de sus obras, en que vive Husserl en cuanto filósofo, nos deja la impresión de tratarnos con un *diamante*: frío, límpido, cristalino, cortante, humanamente neutral.

Y, como de seguro, Husserl comenzó viviendo a lo humano, no hallo más explicación del origen vital de su *tipo* de filosofar que aquella frase castellana: "*el que se murió de ganas*" de Necesidad, Eternidad, Inmutabilidad y Absolutismo.

Y leamos la frase final con que cierra sus *Méditations cartésiennes*:

"*L'oracle delphique 'cognosce te ipsum' a aquis un sens nouveau. La science positive est une science qui s'est perdu dans le monde. Il faut d'abord perdre le monde par l'abstention, pour le retrouver ensuite dans une prise de conscience universelle de soi-même. Noli foras ire, dit Saint Augustin, in te redi, in interiore homine habitat veritas*". (*Méditations cartésiennes* pg. 134).

"El oráculo délfico: conócete a ti mismo, ha adquirido un sentido nuevo. La ciencia positiva es una ciencia que anda perdida en el mundo. Es preciso, ante todo, perder el mundo mediante la abstención fenomenológica para volverlo a encontrar inmediatamente al tomar conciencia universal de sí mismo. "No te vayas afuera, dice San Agustín, vuelve a ti mismo, que en el hombre interior habita la verdad".

Sentencia final que me recuerda dos: una del Evangelio, "*quien pierda su alma la encontrará*", quien pierda el mundo natural, y a sí mismo en cuanto miembro de él, hallará ese mismo mundo y a sí mismo en forma de mundo interior. Y otra del mismo San Agustín: "*non intratur in veritatem nisi per charitatem*" (Opera. Migne P.

L., vol. VIII, contra Faustum; libr. 32, cap. 18), "No se entra en la verdad sino por la caridad".

Y tal vez sea la caridad o el Amor el que falte en la filosofía fenomenológica: *amor a Dios o amor al prójimo*, que sólo el tema final de las Meditaciones cartesianas: "*constituir trascendentalmente a los demás hombres como contenidos noemáticos de mi conciencia*" incluye, como primer paso, haber practicado respecto de ellos la abstención fenomenológica en todo su rigor, lo cual equivale a un plan consciente de asesinato, pues en el Mundo natural nos son dados como cada uno en sí, firme en su realidad, consistente en su individualidad.

Poco importa que por la abstención fenomenológica, paréntesis trascendentales, pongamos en entredicho la realidad de las demás cosas, —cuerpos, números, figuras, leyes lógicas—; pero poner en entredicho la realidad de nuestros semejantes, reducirla a "*thème directeur transcendental*" (*Méd. cartés.* pg. 75), tal vez mereciera de parte de San Agustín una reverente condenación: "*no entrarás en la verdad, porque tu método no pasa por la caridad*".

P. D. Capítulo de una obra "*Filosofía en metáforas y parábolas*" de próxima aparición.

# LO LUDICO Y LO SAGRADO

Por Roger CAILLOIS

*A la memoria de J. Huizinga, muerto en marzo de 1945 en un campo de concentración de la Holanda ocupada.*

ENTRE las obras de filosofía de la historia publicadas en lo que va de siglo, *Homo ludens*, de J. Huizinga,<sup>1</sup> es, sin disputa, una de las más jugosas. Una inteligencia aguda y poderosa, servida por dotes de expresión y de exposición poco comunes, reúne e interpreta en este libro los servicios prestados a la cultura por uno de los instintos elementales del hombre; aquel que, de todos, parece el menos apropiado para fundar nada duradero o valioso: el juego. A lo largo del volumen vamos viendo cómo el derecho, la ciencia, la poesía, el saber, la guerra, la filosofía, las artes se enriquecen con el espíritu lúdico, nacen de él a veces, y saben siempre sacarle provecho. Tal espíritu, en efecto, incita o ejerce, según los casos, las diferentes facultades o ambiciones cuyo esfuerzo acaba por producir la civilización. Punto de arranque es la siguiente definición, que resume un análisis magistral: 'el juego, en su aspecto formal, es una acción libre ejecutada 'como si' y sentida como situada fuera de la vida corriente, pero que, a pesar de todo puede absorber por completo al jugador, sin que haya en ella ningún interés material ni se obtenga en ella provecho alguno, que se ejecuta dentro de un determinado tiempo y de un determinado espacio, que se desarrolla en un orden sometido a reglas y que da origen a asociaciones que propenden a rodearse de misterio o a disfrazarse para destacarse del mundo habitual'.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Citaré de la traducción española de Eugenio Imaz, Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

<sup>2</sup> Huizinga, pp. 31-32.

En seguida el autor deja de lado las diferentes explicaciones biopsicológicas del juego: descarga de un exceso de energía vital, tendencia a la imitación, necesidad de distracción, disciplina para adquirir dominio de sí, deseo de competir con los demás para afirmar la propia superioridad, sublimación a fines inocentes de instintos a los que la sociedad niega una satisfacción directa, etc. . . Huizinga considera, con razón, que todas estas concepciones pecan de parcialidad, que ninguna da cuenta del fenómeno en su conjunto y que se excluyen cuando, según los casos, una u otra parecen hallarse justificadas. Y les reprocha algo todavía más singular: les acusa de adjudicar de antemano a la actividad lúdica un fin utilitario. Atribuyen al juego una función biológica o psicológica. Según ellas, el juego existiría porque es ventajoso para el hombre. El teórico de *Homo ludens* lo considera, por el contrario, como algo enteramente superfluo. Lo juzga actividad primaria, categoría fundamental que ha de aceptarse desde un principio, que no puede definirse sino por su contrario (la vida seria, ordinaria, cotidiana), y, en consecuencia, mejor para explicar que para ser explicado.

Y partiendo de este "dato inmediato", Huizinga, al correr de los distintos capítulos de su libro, se dedica a mostrar cómo "el estadio, la mesa de juego, el círculo mágico, el templo, la escena, la pantalla, el estrado judicial, son todos ellos, por la forma y la función, campos o lugares de juego; es decir, terreno consagrado, dominio santo, cercado, separado, en los que rigen determinadas reglas. Son mundos temporeros dentro del mundo habitual, que sirven para la ejecución de una acción que se consume en sí misma".<sup>3</sup>

Estas exposiciones son de un vigor, de una originalidad excepcionales. Casi siempre se aseguran nuestra adhesión. Cuando más, hubiésemos deseado ver mejor identificadas las distintas actitudes psíquicas que suponen las diferentes variedades de juegos: de destreza, de fuerza, de combinación, de azar, etc. . . Hubiésemos querido que se nos describieran por separado cada uno de los componentes del espíritu lúdico: la espera por la decisión de la suerte, el

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 27.

deseo de probar la propia excelencia, el gusto de la competencia o del riesgo, la parte de la libre improvisación, la manera como ésta encaja con el respeto a las reglas, etc. . . Porque un punto queda en debate: el juego, ¿es verdaderamente *uno*? ¿No sucede que un solo término abarca varias actividades que no tienen de común, en rigor, más que su nombre? Ya es bastante eso, piensa Huizinga, que expresamente concede gran importancia a esta prueba filológica de la profunda identidad de las conductas lúdicas. Con todo, cabe dudar que tal prueba sea suficiente; y el mismo autor lamenta que una sola palabra no reúna en todos los idiomas las distintas especies de juego. Pero lo contrario llamaría la atención. Salta a la vista que el estadio olímpico y el tapete verde implican, para sus devotos, disposiciones en las que llegaríamos indudablemente a descubrir puntos de contacto, pero que, en lo esencial, poco tienen que ver una con otra. El atleta, que no confía más que en sí mismo, y el jugador, que se abandona al azar, dejan ver con toda evidencia estados de ánimo tan poco semejantes como pueda haberlos. Tal sería, pues, el defecto de esta obra admirable: estudia mucho más las estructuras externas que las actitudes íntimas que dan a cada comportamiento su significación más precisa. De ahí que las formas y las reglas del juego sean objeto de un examen más atento que las necesidades que el juego mismo satisface.

Así nace, probablemente, la tesis más audaz de la obra, y que, para mí, es también la más frágil: la identificación de lo lúdico y lo sagrado.

**E**L problema es delicado, y de seguro más complejo de lo que podría aparecer a primera vista cuando un primer impulso, mal consejero, inclina a descartar sin más un acercamiento en apariencia paradójico, por la sola razón de que desagrada al sentido común. Ciertamente; el devoto y el jugador, el culto y el juego, el templo y el tablero de damas, parecen no tener nada en común. No cabe duda. Pero no le cuesta mucho al autor mostrarnos cuán fácilmente puede el juego ir acompañado de lo serio; sus



ejemplos son abundantes y persuasivos, lo mismo cuando nos habla del niño, del deportista o del actor. Dejemos al niño, para quien es claro que el juego es la cosa más seria del mundo, por más que distinga perfectamente el papel que en él desempeña su imaginación cuando hace de una silla un caballo o de una fila de botones todo un ejército en orden de batalla. Los adultos se dejan llevar con la misma facilidad; trátese de la escena o de la pista, todos ven que hay ahí un gasto de energía dentro de un espacio y de un tiempo determinados, y según convenciones más o menos arbitrarias. Sin embargo, lo serio no está ausente. Es, por el contrario, indispensable. Actores y espectadores se apasionan a cuál mejor.

Lo mismo sucede con la religión, concluye Huizinga. El santuario, el culto, la liturgia llenan una función análoga. Se delimita un espacio cerrado, se separa del mundo y de la vida. En este recinto, durante un tiempo dado, se ejecutan movimientos reglamentados, simbólicos, que representan o actualizan realidades misteriosas a lo largo de ceremonias en que, como en el juego, concurren a un tiempo virtudes opuestas como la exuberancia y la reglamentación, el éxtasis y la prudencia, el delirio entusiasta y la precisión minuciosa. Se nos transporta, en fin, fuera de la existencia ordinaria.<sup>4</sup>

El autor, siguiendo a Jensen,<sup>5</sup> insiste luego sobre el estado de ánimo de los primitivos con ocasión de fiestas en que aparecen "espíritus" y transitan por entre la multitud congregada. Entonces culmina el fervor religioso de estos pueblos. Pero los asistentes no sienten temor alguno ante tales "espíritus". Todos saben, hasta las mujeres, a quienes se castiga de muerte si sorprenden los preparativos de la ceremonia, que se trata de sus mismos compañeros, disfrazados y enmascarados, que representan ese papel. Igualmente, en los ritos de iniciación acontece que el joven guerrero simula un combate contra un mons-

<sup>4</sup> El autor se apoya principalmente en un trabajo del húngaro Karl Kerenyi, "Vom Wesen des Festes, Paideuma", *Mitteilungen zur Kulturkunde*, I, 2. Heft, dic. de 1938.

<sup>5</sup> A. W. JENSEN: *Beschneidung und Reifezeremonien bei Naturvölkern*, Stuttgart, 1933.

truo espantoso: no puede dejar de darse cuenta de que se está enfrentando a un ridículo maniquí, pintado, articulado y movido por comparsas.

Vemos que el juego y lo sagrado se hallan aquí como en connivencia; la emoción religiosa intensa se acompaña de una representación que se sabe facticia, de un espectáculo que se representa, *juega* a sabiendas, pero que, no obstante, de ningún modo es engaño o diversión.

Hay que convenir en esto, como hay que convenir también en que el orden ritual es pura convención: delimita en el mundo profano un terreno reservado sobre el que rige una estricta legislación, y ésta tiende únicamente a obtener resultados ideales que no tienen sentido ni valor sino en la medida en que la fe se los atribuya. Incluso imagino que, de haber tenido Huizinga, especialista en la Edad Media, mejor información acerca de las conclusiones alcanzadas por la etnografía, hubiera reunido argumentos más numerosos en apoyo de su ya substancial demostración. Así, muchos juegos y de los más comunes tienen un origen sagrado. Tales los juegos de cuerda de los esquimales, que deciden sobre la preeminencia mística de un principio estacional o de un elemento de la naturaleza, mar o continente, invierno o verano; las cometas y las cucañas que, en el Pacífico, están unidas a los mitos de conquista del cielo: los juegos de pelota de los maorís, de los que procede el fútbol, y en los que la pelota representa al sol.

Yo mismo, por otra parte, cuando he querido dar una imagen de la fugacidad de lo sagrado y del mecanismo de contagio de la mancha (*souillure*), no he encontrado mejor ejemplo que el de la cualidad del que "se queda" en el juego infantil de la roña.<sup>6</sup> Es por demás significativo que este juego y esta misma cualidad lleven en español precisamente el mismo nombre que designa la mancha.

También la mitología con el tema del enigma proporcionaría a Huizinga una ayuda apreciable. Habla mucho del enigma, pero como juego de agudeza y demostración de ingeniosidad o de saber, sin preocuparse demasiado por

<sup>6</sup> En el apéndice de la edición española de mi libro *El hombre y lo sagrado* (Fondo de Cultura Económica, México, 1942), p. 168.

su función ritual. Pero ésta es evidente en cantidad de casos. Por lo que toca a los desafíos, torneos o pruebas de enigmas, hubiese encontrado en una monografía de Jan de Vries<sup>7</sup> una documentación de primer orden. No citaré aquí más que un episodio cuya importancia ha destacado, entre otros, G. Dumenil.<sup>8</sup> En las crónicas escandinavas, cuando, en el reinado de Frey o Sigtrud (los textos no están de acuerdo), se substituye la matanza de los ancianos por migraciones de jóvenes del tipo del *ver sacrum* romano, tal decisión se toma a consecuencia de un desafío en torno a tareas difíciles o imposibles o enigmáticas en que sale victoriosa una muchacha aconsejada por la diosa Freya. La narración es tanto más importante cuanto que nos remite muy claramente a un acto de civilización. También a este propósito habría que recordar el célebre enigma que propone Sansón en un festín. En fin, no parece dudoso que entre los pueblos primitivos, igual que en las civilizaciones más complejas, los enigmas desempeñan su papel en los ritos de iniciación: el más famoso de todos, aquel que resolvió Edipo y le aseguró el trono de Tebas, parece aludir en todo caso a una prueba de iniciación real.

Aportación más importante — e inesperada — podría ser la del circo, de las bromas de los pavaos, y en particular del papel del contumaz, cuya actividad consiste en parodiar mal, y cuya falta de destreza o estupidez provocan catástrofes burlescas. En los mitos, con frecuencia se constata la intervención de un personaje de esa clase, el *trickster* de los eruditos de lengua inglesa. A él principalmente, a su conducta ridícula e imbécil, a la vez que trágica en sus consecuencias, suele adjudicarse el origen de la muerte, cuando no a la mujer. Y aun cabe preguntarse si no ha de interpretarse en un sentido análogo la presencia del *joker* en los juegos de cartas, que no pertenece a ninguno de los palos y que entra en las combinaciones de una manera libre y loca, por así decir, para embarullarlas y completarlas a un tiempo. ¿Hay ahí una

<sup>7</sup> "Die Märchen von klugen Rätsellösern", *Folklore Fellows Communications* No. 73, Helsinki, 1928.

<sup>8</sup> *Mythes et Dicux des Germains*, París, 1939, pp. 68-72.

truo espantoso: no puede dejar de darse cuenta de que se está enfrentando a un ridículo maniquí, pintado, articulado y movido por comparsas.

Vemos que el juego y lo sagrado se hallan aquí como en connivencia; la emoción religiosa intensa se acompaña de una representación que se sabe facticia, de un espectáculo que se representa, *juega* a sabiendas, pero que, no obstante, de ningún modo es engaño o diversión.

Hay que convenir en esto, como hay que convenir también en que el orden ritual es pura convención: delimita en el mundo profano un terreno reservado sobre el que rige una estricta legislación, y ésta tiende únicamente a obtener resultados ideales que no tienen sentido ni valor sino en la medida en que la fe se los atribuya. Incluso imagino que, de haber tenido Huizinga, especialista en la Edad Media, mejor información acerca de las conclusiones alcanzadas por la etnografía, hubiera reunido argumentos más numerosos en apoyo de su ya substancial demostración. Así, muchos juegos y de los más comunes tienen un origen sagrado. Tales los juegos de cuerda de los esquimales, que deciden sobre la preeminencia mística de un principio estacional o de un elemento de la naturaleza, mar o continente, invierno o verano; las cometas y las cucañas que, en el Pacífico, están unidas a los mitos de conquista del cielo: los juegos de pelota de los maorís, de los que procede el fútbol, y en los que la pelota representa al sol.

Yo mismo, por otra parte, cuando he querido dar una imagen de la fugacidad de lo sagrado y del mecanismo de contagio de la mancha (*souillure*), no he encontrado mejor ejemplo que el de la cualidad del que "se queda" en el juego infantil de la roña.<sup>6</sup> Es por demás significativo que este juego y esta misma cualidad lleven en español precisamente el mismo nombre que designa la mancha.

También la mitología con el tema del enigma proporcionaría a Huizinga una ayuda apreciable. Habla mucho del enigma, pero como juego de agudeza y demostración de ingeniosidad o de saber, sin preocuparse demasiado por

<sup>6</sup> En el apéndice de la edición española de mi libro *El hombre y lo sagrado* (Fondo de Cultura Económica, México, 1942), p. 168.

su función ritual. Pero ésta es evidente en cantidad de casos. Por lo que toca a los desafíos, torneos o pruebas de enigmas, hubiese encontrado en una monografía de Jan de Vries<sup>7</sup> una documentación de primer orden. No citaré aquí más que un episodio cuya importancia ha destacado, entre otros, G. Dumenil.<sup>8</sup> En las crónicas escandinavas, cuando, en el reinado de Frey o Sigtrud (los textos no están de acuerdo), se substituye la matanza de los ancianos por migraciones de jóvenes del tipo del *ver sacrum* romano, tal decisión se toma a consecuencia de un desafío en torno a tareas difíciles o imposibles o enigmáticas en que sale victoriosa una muchacha aconsejada por la diosa Freya. La narración es tanto más importante cuanto que nos remite muy claramente a un acto de civilización. También a este propósito habría que recordar el célebre enigma que propone Sansón en un festín. En fin, no parece dudoso que entre los pueblos primitivos, igual que en las civilizaciones más complejas, los enigmas desempeñan su papel en los ritos de iniciación: el más famoso de todos, aquel que resolvió Edipo y le aseguró el trono de Tebas, parece aludir en todo caso a una prueba de iniciación real.

Aportación más importante — e inesperada — podría ser la del circo, de las bromas de los pavaos, y en particular del papel del contumaz, cuya actividad consiste en parodiar mal, y cuya falta de destreza o estupidez provocan catástrofes burlescas. En los mitos, con frecuencia se constata la intervención de un personaje de esa clase, el *trickster* de los eruditos de lengua inglesa. A él principalmente, a su conducta ridícula e imbécil, a la vez que trágica en sus consecuencias, suele adjudicarse el origen de la muerte, cuando no a la mujer. Y aun cabe preguntarse si no ha de interpretarse en un sentido análogo la presencia del *joker* en los juegos de cartas, que no pertenece a ninguno de los palos y que entra en las combinaciones de una manera libre y loca, por así decir, para embarullarlas y completarlas a un tiempo. ¿Hay ahí una

<sup>7</sup> "Die Märchen von klugen Rätsellösern", *Folklore Fellows Communications* No. 73, Helsinki, 1928.

<sup>8</sup> *Mythes et Dicux des Germains*, París, 1939, pp. 68-72.

simple coincidencia? ¿O se trata de una supervivencia bastardeada? Poco nos importa. Lo esencial es que el material mitológico sobre este tema es rico y sugestivo; más que en el *potlach*, del que saca un gran partido, tenía ahí el autor una ocasión privilegiada para mostrar cómo un elemento francamente lúdico halla lugar en el dominio de lo sagrado. Es interesante por demás que le volvamos a encontrar una y otra vez en las leyendas que explican cómo el hombre se hace mortal.

SE verá que yo soy el primero en reconocer las conexiones que puedan establecerse entre lo lúdico y lo sagrado. Más aún, que de buen grado yo mismo llevo agua al molino de Huizinga. Pero me aparto de él en un punto decisivo. No creo que las formas de los juegos y de los cultos, por el hecho de que tomen igual cuidado en separarse del curso ordinario de la existencia, ocupen en relación con ésta una situación equivalente, ni que encierren, por esta razón, un contenido idéntico.

Claro que esto salta a la vista, y alguien podrá decirme que trato de derribar puertas abiertas. Creo, sin embargo, que conviene precisar. El debate vale la pena, aun si se reduce a marcar tendencias. El juego, nadie habrá que lo contradiga, es forma pura, actividad que encuentra su fin en sí misma, reglas que se respetan solamente por estar establecidas. Huizinga subraya él mismo que el contenido es secundario.<sup>9</sup> No es éste el caso de lo sagrado, que es, por el contrario, contenido puro, fuerza indivisible, equívoca, fugitiva, eficaz. Los ritos sirven para captarla, para domesticarla, para administrarla como se pueda. Porque ante ella, los esfuerzos del hombre son precarios e inseguros: tan sobrehumana es por definición. El hombre no sabría, en ningún caso, manejarla a su antojo, confinar su poder en límites establecidos de antemano. Así hay que rendirla reverencia, temblar ante ella, supli-

<sup>9</sup> Huizinga, *op. cit.*, p. 165: "Lo que tenga que realizarse y lo que con ello se gana son cuestiones que sólo en segundo orden se plantean dentro del juego". Esto se aplica bien al juego, pero no a las actividades que el autor asimila a éste.

carla con humildad. Por esto se ha definido lo sagrado como *tremendum*, como *fascinans*. Por esto se ha hecho de la oración la actitud religiosa fundamental, por oposición a la actitud impía del hechicero que trata de sojuzgar las fuerzas que emplea.

Por lo sagrado, fuente de la omnipotencia, el fiel se siente desbordado. Se encuentra desarmado y a su completa merced. En el juego ocurre lo contrario: todo es humano, está inventado por el hombre creador. Esta es la razón por la que el juego, el recreo, descansa, relaja, distrae de la vida y hace olvidar peligros, preocupaciones y trabajos. Por el contrario, lo sagrado es el dominio de una tensión interior junto a la cual precisamente la existencia profana es el relajamiento, reposo y distracción. Se ha invertido la situación.

En el juego, el hombre se aparta de lo real. Va en busca de una actividad libre y que no lo sujeta sino en la medida en que de antemano ha convenido. Limita, en primer lugar, las consecuencias de sus actos; fija él mismo su puesta. Y todo el cuidado que se toma en separar el campo de juego (liza, pista, ring, escena o tablero) no es sino para poner bien de manifiesto que se trata de un espacio privilegiado, donde rigen convenciones especiales y donde los actos no tienen sentido más que de acuerdo con éstas. Fuera de este recinto, lo mismo que antes y después de la partida, nadie se ocupa ya de estas reglas. Lo exterior, esto es, la vida, resulta en comparación una especie de selva, en la que mil peligros nos acechan. Para mí, la alegría, el abandono, la sensación de libertad que se advierte en la actividad lúdica derivan de esta seguridad. Sabemos que aquí las cosas no tienen más importancia que la que nosotros les damos, que no tendremos más compromiso que el que hayamos adquirido antes, y que siempre se nos dará permiso para retirarnos, en cuanto ello nos venga en gana. ¡Qué diferencia con la vida! En ésta muy rara vez se nos permite retirar nuestro alfiler del *juego*, como suele decirse. Tenemos que afrontar dificultades, tormentas, reveses que no esperábamos y a los que no nos hubiésemos expuesto de haber podido evitarlo. Nos vemos arrastrados a cada rato mucho más allá de lo que

pudiéramos haber previsto. Y por todas partes anda la deslealtad; parece tonto respetar reglas y convenciones, pues no se trata ya de un juego, sino de la lucha por la existencia.

En la vida ordinaria, cada cual es responsable de sus actos. Las faltas, los errores, las negligencias cuestan a veces muy caras. Siempre, pues, debe uno cuidar lo que dice o hace. Puede resultar una catástrofe. Es bien sabido, por lo demás, que quien siembra el viento recoge la tempestad. Hay que contar, en fin, con la fatalidad, los accidentes, las injusticias y tantas otras desgracias inmediatas que pueden precipitarse sobre el inocente. El juego es no sólo el lugar de una "perfección" limitada y provisional: constituye una especie de puerto, a cuyo abrigo uno es dueño de su destino. Uno mismo escoge sus riesgos, que, determinados por adelantado, no pueden exceder a lo que justamente está uno dispuesto a jugarse. Tales condiciones valen hasta para los juegos de azar. Claro que el jugador se abandona a la suerte, pero, en última instancia, él mismo es quien decide hasta qué punto. Por ello goza de más libertad e independencia en el juego que en la vida, y en un sentido queda menos expuesto a la mala suerte. Si en una jugada arriesga todo cuanto tiene, y nadie le ha obligado a ello, a nadie más que a su pasión habrá de reprochársele, en caso de que pierda.

¿A quién llamamos buen perdedor? A alguien que se da cuenta de que no tiene derecho a quejarse de su mala suerte ni afligirse por una desgracia cuya eventualidad ha aceptado, si no buscado expresamente. Buen jugador, en una palabra, es aquél que posee bastante ecuanimidad para no confundir los dominios del juego y de la vida; aquél que muestra, aun cuando pierde, que para él el juego sigue siendo juego, esto es, una distracción a la que no concede una importancia indigna de un corazón bien puesto, y ante cuyos embates no sería decente venirse abajo.

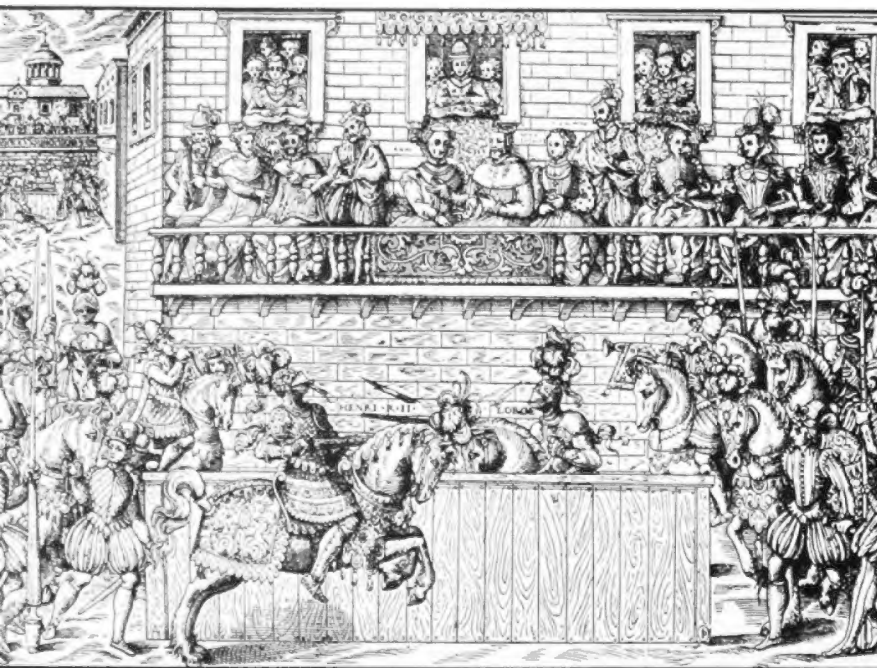
Así se nos lleva a definir el juego como una actividad libre en la que el hombre se encuentra desembarazado de toda aprensión por lo que hace a sus movimientos. El mismo define el alcance que ha de tener. Establece las





EL JUEGO DEL REY

Portada de un tratado de ajedrez, Ulm. 1664.



Le Tournoy ou le Roy Henry II. fut blecé a mort le dernier le Juin. 1559.

condiciones y el fin. De ahí la comodidad de su postura, su sangre fría, su buen humor, que no sólo son naturales, sino obligados, pues hay como un punto de honra en no manifestar que se toma el juego demasiado en serio, aun en caso de ruina o de derrota.

¿Será necesario recordar ahora que lo sagrado conoce leyes absolutamente opuestas? Su dominio queda no menos escrupulosamente separado de la vida profana, pero es con objeto de preservar a ésta de sus terribles daños, y no porque, frágil convención, el choque con lo real hubiera de destruirlo en seguida. Sin duda, el manejo de las energías de lo sagrado no está abandonado al capricho; para amansar fuerzas tan de temer, se necesitan precauciones meticulosas. Sólo una técnica sabia puede conseguirlo. Hacen falta recetas ya experimentadas, sortilegios, claves autorizadas y enseñadas por el dios mismo. Se ejecutan, se pronuncian a imitación suya, y de él reciben su eficacia. En efecto, se recurre a lo sagrado para influir en la vida real, para asegurarse la victoria, la prosperidad, todos los efectos deseables del favor divino. El poder de lo sagrado trasciende a la existencia corriente. Saliendo del templo o del sacrificio, el hombre vuelve a la libertad, a un medio en el que los actos, ejecutados sin temor ni temblor no entrañan tan fatalmente consecuencias inexpiables.

En suma, uno se siente tan aliviado al pasar de la actividad sagrada a la vida profana como cuando se pasa de las preocupaciones y vicisitudes de ésta al clima del juego. En ambos casos, la conducta gana un nuevo grado de libertad; y ya se sabe que las ideas de libre y de profano se expresan con una misma palabra en muchas lenguas.<sup>10</sup> En este sentido, lo lúdico, actividad libre por excelencia, es lo profano puro: no tiene contenido, no lleva a otros planos ningún efecto que no haya sido posible evitar. No es sino placer y diversión en relación con la vida. Y, por el contrario, la vida es lo que es vanidad y diversión en relación con lo sagrado. De ahí puede determinarse una jerarquía *sagrado-profano-lúdica* que debe equilibrar la construcción de Huizinga. Sagrado y lúdico se asemejan en la medida

<sup>10</sup> Así la palabra polinésica *noa*, que se opone a *tabú*.

en que ambos se oponen a la vida práctica, pero ocupan en relación con ella posiciones simétricas. El juego debe temerla; ella le rompe o le disipa al primer envite. Y, a la inversa, la vida está suspendida —tal creemos— al poder soberano de lo sagrado.

El autor extiende de tal modo la definición de lo lúdico que toda forma reglamentada, convencional, gratuita, acaba por caer dentro de su ámbito. No es de sorprender, así, que descubra en lo sagrado manifestaciones del mismo instinto cuya variada aportación a la elaboración de la cultura analizó tan brillantemente. He indicado ya que éste es camino fecundo, y en el que aún pueden hacerse descubrimientos sorprendentes. Ni deja de ser cierto que si las formas son comparables, los contenidos difieren en cada uso: el arte militar no explica la guerra, ni la métrica la poesía, ni el derecho la necesidad de justicia. Lo mismo sucede con lo sagrado: hartos se me alcanza que el hombre está ahí separado del mundo habitual, que todos los movimientos están reglamentados y son simbólicos, que el sacerdote lleva un vestido ceremonial y representa un papel; también que la liturgia tiene algo de juego; pero si consideramos, no ya las formas, sino la actitud íntima del oficiante y los devotos, creo también que se trata de sacrificio y de comunión, que se está por entero dentro de lo sagrado y tan lejos de lo lúdico, como cabe imaginar.

AÑADIRÉ aún unas palabras. *Homo ludens* concluye con un capítulo amargo sobre la decadencia del espíritu lúdico en nuestros tiempos. Quizá no ha de verse ahí sino la ilusión óptica de un *laudator temporis acti*. Desconfiemos. Paralelamente al menos, en mi libro *El hombre y lo sagrado*, cuya traducción española, por azar y por honor excesivo, sigue a la obra de Huizinga en la colección que esta última inaugura, señalaba yo, por mi parte, al fin del volumen, la regresión alarmante de lo sagrado y de las fiestas en las sociedades modernas. Mundo sin sagrado, sin fiestas, sin juegos y, por consiguiente, sin jaulones fijos, sin principio de devoción y sin vuelo creador; mundo donde el interés inmediato, el cinismo y la nega-

ción de toda norma no sólo existen, sino que están por dueños absolutos en el lugar de las reglas que suponen todo juego, toda actividad noble y competencia honorable: nadie se extraña si son pocas las cosas que se encuentran en él que no conduzcan rápidamente a la guerra; y, por voluntad de aquellos precisamente que rechazan todo código como convención y traba, no a la guerra-torneo, sino a la guerra-violencia; no a aquélla en que los fuertes miden su valentía y su destreza, sino a aquélla en que los más numerosos y mejor armados aplastan y asesinan a los débiles. Porque aun en la guerra y en el corazón mismo del combate hay cultura, hasta tanto que la pérdida o el rechazo del elemento lúdico no lleve todo a la pura y simple barbarie. No hay civilización sin juego y sin juego limpio, sin convención establecida conscientemente y libremente respetada; no hay cultura allí donde no se quiere o no se sabe ya ganar o perder lealmente, sin segundas intenciones, con dominio sobre sí en la victoria y sin rencor en la derrota: como *buen jugador*. No hay moralidad, en fin, si más allá del provecho del individuo o del grupo no subsiste un principio sagrado que quede por encima de ellos, que nadie ponga en discusión y respecto al cual parezca valer la pena sacrificarlo todo, aun la vida del individuo, aun la existencia de la colectividad.

Y no se olvide que hay algo peor que el tramposo: es el que no quiere o desdena jugar, ridiculizando las reglas o haciendo resaltar su vanidad —como aquel Shah de Persia del que habla Huizinga, que, invitado en Inglaterra a asistir a las carreras, se disculpó de ir alegando que ya sabía él que siempre un caballo corre más que otro. Lo mismo puede decirse de lo sagrado. Nada más destructor para la cultura que esos “aguafiestas” que son escépticos o alardean de serlo; al menos mientras no señalen ellos a su vez las reglas de un juego nuevo, más divertido o más grave.

## AMERICA, OBRA DEL PUEBLO\*

Por Germán ARCINIEGAS

### OLVIDO Y EXCELENCIAS DE LA HISTORIA VULGAR

LOS LIBROS que suelen publicarse como libros generales de historia, y que en realidad se limitan a relatar la historia política, lo que hicieron ciertos gobernantes o guerreros, resultan libros peligrosos, porque son de lectura entretenida. Nada más agradable que conocer las vidas de los grandes hombres, porque o están llenas de páginas novelescas y fabulosas o, si la historia es la "pequeña historia" que llaman los franceses, creemos estar mirando por el ojo de la cerradura, entrando a saco en la vida privada, y derivamos el imperecedero placer que dan los enredos de comadres y el chisme de alta escuela. Sin embargo, es muy sensible que la historia tenga estos atractivos. Muy pocas veces la vida de todo un pueblo se retrata en la de un solo caballero a quien el azar, la audacia o la habilidad han encumbrado hasta las alturas del poder. Hay que acercarse al hombre de la calle, a la criatura vulgar que forma parte de la caudalosa muchedumbre de las ciudades o al campesino que se pierde en la pampa o la montaña, para convencerse de que sus preocupaciones son enteramente distintas de las de quienes hacen la política. Y, sin embargo, usted y yo—mi querido y anónimo lector—, el hombre de la calle y el hombre de campo, somos la nación. Quizás, de pronto, el gobernante y su pueblo se identifiquen de tal suerte que sean como dos espejos enfrentados. Esto será un milagro. Pero el lector habrá de convenir conmigo en que la generalización de este milagro

---

\* Del libro que con el mismo título publicará en breve el Fondo de Cultura Económica en su colección *Tierra Firme*.

a todos los instantes de nuestra vida es imposible. Para que la historia fuera una pintura fiel de lo que han sido la vida, costumbres, ilusiones, fracasos y triunfos de los argentinos, de los mexicanos, de los colombianos, de los peruanos, tendría que sumergirse en el mundo vulgar que nosotros vivimos, echar a rodar por las calles, treparse a los tranvías, democratizarse.

Lo que hoy ocurre en la historia es que ella invierte los términos de la vida social. Quienes la escriben olvidan al hombre común, de usted y de mí, para concentrar la atención en torno al héroe, a la figura que hace más farol, hacen pinturas de príncipes, reyes, generales o caudillos civiles, pero esto es superponer unas biografías a lo que en realidad es el alma de una nación. Es así como el lector incauto y desprevenido ha llegado a pensar que en ciertos años de la vida de Francia, Francia era una levita gris y un sombrero de fuelle: la levita y el sombrero de Napoleón, o a creer que la conquista de México no fué sino el romance heroico y sentimental de Cortés. De semejante trastrueque en los conceptos ha surgido la pasión de quienes se debaten como fieras, los unos diciendo que la levita tenía botones de cuero y los otros que de oro; o de quienes se consumen limpiando de malezas árboles genealógicos; o de otros que arruinan sus juventudes y ancianidades tratando de saber cuál es el auténtico retrato de Quesada o si las cenizas de Colón están en la orilla este o en la oeste del Atlántico.

Hoy, el problema esencial de la historia consiste en buscar el otro término que han dejado intacto los narradores de vidas heroicas, para caer en ese plano miserable donde se mueve la gente común. Mientras el gran capitán hacía brillar la punta de su espada, debemos indagar qué era del artesano desconocido, del labriego olvidado, del señor anónimo que tenía un negocio de paños o del pescador que remendaba velas en el puerto sin nombre. La plebe, la burguesía, los que son mayoría en la nación deben tener también su historia. Una historia pobre, vulgar, como es la de todos nosotros, pero del fondo de la cual surgen las direcciones esenciales de la vida en sociedad.

Con la llegada del cristianismo, la cronología se dividió en dos mitades, y a la nueva era entonces iniciada se le llamó y se la sigue llamando "era vulgar" o "era común". Para la historia no parece haber llegado esta era. Los historiadores se refugian en un círculo aristocrático. Y apenas se inicia cierta reacción a través de quienes se atreven a hacer historias de las costumbres o historias de la vida popular.

Para reducir todo lo que vengo diciendo a términos un tanto simples, pero gráficos, diría yo que hasta ahora ha venido escribiéndose la *historia política* de los pueblos: no su *historia natural*. En cierta manera esta es la lucha planteada hoy entre la sociología y la historia, que empieza a variar el curso tradicional de los textos de enseñanza, y aún el de los libros de simple entretenimiento. Como es notorio, nuestra aspiración no puede ser más modesta: pedir que se escriba algo natural. Y en esta forma, aun podría hacerse la historia natural de la política: y mostrar en qué forma engrana con la realidad y con la vida de todos esa manifestación, a veces tan monstruosa, de nuestra existencia. Quizás un estudio semejante contribuyera a restablecer el valor superior del pueblo, de la nación, sobre la política. Aspiración ésta de la democracia, contra la cual conspira el escritor cuando oscurece la vida de todos hinchando la de los caudillos, como si fueran la perra de Cervantes.

Naturalmente, el fondo de la vida de todos nosotros es contradictorio, parece arbitrario, está lleno de sorpresas. De su turbia entraña salen de cuando en cuando grandes conductores, que muestran las grandezas y miserias de la masa que los puso a flote. Si hubiera menos engrعيمiento en quienes hacen la crónica del mundo y se hundieran sus ojos en lo que piensa y siente la corriente de los nadies, quizás se explicarían muchas cosas de las que suelen tenerse por diabólicas, providenciales o imprevisibles. Es curioso ver cómo, por ejemplo, cierto hijo de un zapatero —Stalin—, otro de un herrero —Mussolini—, y un tercero que lo fué de una sirvienta y un oficial de aduanas —Hitler—, han tenido entre sus manos la suerte de Europa en horas de prueba nunca antes soñadas para el mun-



do occidental. Qué extraño sería que un historiador tratara algún día de reconstruir lo que fué la vida del común europeo a principios de este siglo, la historia dramática, callada, oscura de los zapateros, herreros, sirvientes y empleados públicos, y al llegar a un capítulo final dijera: He aquí que hubo un momento en que éste dejó la lezna, el otro los martillos y el de más allá la casa de la sirvienta con la pretensión de dirigir el mundo. Y que luego agregase: cosa que todos lograron. . . . .

En el caso de América, no hay capítulo adonde llegue nuestra imaginación, a todo lo largo de los tiempos pasados, en donde la contraposición entre la figura heroica y la estampa del pueblo no estén presentes. En la época de la conquista, fueron tan avasalladores en su personalidad los conquistadores, que al historiador se le han perdido de vista el alarife, el herrero, el carpintero, el panadero, que venían en las carabelas revueltos con cerdos y gallinas. Es cierto que esos peones de la conquista hicieron por la colonia, por afirmar la colonia, algo más de lo que se supone, pero la historia quedó suspensa del mascarón de proa.

Desde luego, hay algo muy curioso. De ese rezago humano que venía desempeñando los oficios menores en las expediciones surgieron los grandes hombres de la conquista. Ningún Cortés, ningún Pizarro salió de Cádiz como cabeza de nada. Quienes venían a América con títulos ganados a fuerza de intrigas o dinero en la corte, se quemaron todos en las llamas del trópico, se los tragó la selva, los achicó el mundo que iba a conquistar. Pero de la peonada surgieron conquistadores. De los nadies, que al embarcarse no tenían ni apellido, hizo la aventura capitanes y gobernadores. Busque el lector curioso los títulos que recibieron al embarcarse por primera vez para América no sólo Cortés y Pizarro: Belalcázar, Heredia o Balboa, y verá que apenas si se les nombra entre los del montón. Ellos son los del pueblo que surgirán empujados por ese mismo ideal confuso y turbio que murmura en los ratos de ocio y que endurece el alma en los trabajos.

Quesada, como Belalcázar, nace cuando se alza con sus tropas; Balboa cuando salta del barril en que viajaba escondido y se presenta de sorpresa ante los que luego se-

rán "sus" soldados; Pizarro cuando enciende la hoguera de su ambición en Panamá. Todos son como hijos de América y de la plebe. Pero no desemboquemos en estas vidas que por haber sentido el acicate de la gloria y la codicia han pasado a ser los figurones de la leyenda. Detengámonos sencillamente en los que entraron en la aventura por la aventura misma, por sólo ver la tierra nueva y experimentar las emociones de la empresa. Cuya substancia activa se fué por las corrientes subterráneas y quedó circulando en la obscuridad de donde nace el mundo. El que viene de peón, y sigue siendo peón; el que no abandona su sitio de carpintero; el que se contenta con ver encumbrarse a Cortés, su compañero, mientras clava tablones para darle cuerpo a una nave o realiza el milagro de reparar, con nada, una montura.

Esa formidable base humana en que se apoyaron los capitanes construía en cualquier lugar de la costa de Florida o en el Pacífico, naves tan recias como las que salían de los astilleros de Cádiz. Penetraba hasta el corazón de Los Andes y enderezaba ciudades sobre el plano elemental que ideaba el adelantado. Y mientras los grandes se movían de sur a norte y de este a oeste enloquecidos por la fiebre del Dorado, los humildes iban aquietándose, fundiéndose con el mundo americano.

Cuando la historia se mira desde abajo, y se humaniza, el mundo se ve más ancho y se hace más comprensible que desde el alocado mirador de las biografías. Lo que pierde en colores lo gana en emoción humana. Es claro que un rey de terciopelo, o un pequeño acorazado como era el caballero de armadura reluciente, o un general de plumas, son más decorativos que una muchedumbre. Cuando la colonia americana se mira a través de las galerías de virreyes parece como que se hubiera superpuesto una sota de bastos, de aquellas pintorescas sotas de los naipes españoles, al formidable caos en donde se elaboraba la substancia futura de América.

Como es obvio, el intelectual deslumbrado y amigo de la épica, no toma del puchero del mundo sino la rubia espuma, y deja para otros o para nadie la substancia que hierve en el fondo de la caldera. De esta suerte la historia que

él describe no ha sido una pintura cabal de la realidad humana. Muchas veces ha preferido, en la vida de las naciones, lo caricaturesco a lo sencillo y corriente. Nada ha deformado tanto la visión del pasado como esa rama de las ciencias morales que justamente tiene por objeto estudiarlo y descubrirlo, y que hace alarde de búsquedas eruditas y de escrupulosa prolijidad. Por eso, no estaría mal invertir los términos de esta costumbre en la manera de escribir sobre los hechos pasados, y hacer una historia de América vista desde abajo.

#### PRELUDIO DEL SIGLO XX

**A**MÉRICA recobra su dimensión continental en el siglo xx. Ya no pueden seguir viviendo Bolivia, Guatemala y el Paraguay como islas amuralladas, a donde no podía llegar ningún viajero, ningún libro, ninguna idea de fuera. El avión deja libres los caminos que cerró la selva. Las carreteras que durante el siglo xix apenas alcanzaban a unir ciudades vecinas, hoy se extienden como cintas brillantes que unen países, que van apretando entre sus lazos a todo el continente. Un dictador no puede obrar impunemente dentro de sus fronteras, porque la radio, el cable, los periódicos publican sus indecencias, y a la vergüenza continental en que se le puede poner, llegará algún día la sanción pública internacional. Otra vez, como en los tiempos de Bolívar y San Martín, las ideas pueden moverse a lo largo de todo el continente, con sólo la diferencia de que lo que antes se caminaba años, ahora se vuela en segundos. Si el siglo xix fué el siglo de la independencia; el siglo xx es el de la interdependencia. Al criterio libérrimo de soberanía sucede el condicionado de la responsabilidad.

El continente que aislado, sin caminos, sin más ciencia que la empírica, permaneció inexplorado, inexplorado, pobre, atado a su ineludible inmovilidad, va explorándose, revelándose, descubriéndose a sí mismo, sacando riquezas de las selvas que eran vírgenes, de los antiguos desiertos. En potencia, esto es tan rico como una Rusia, como una California, como un Canadá. Hasta ayer, la ocupación del

pueblo no era, en su mayor parte, sino la de ver multiplicarse el rebaño y esperar en el rancho a que creciese la papa o granase la espiga de trigo o de maíz. Hoy, la mayoría de las gentes trabaja en las industrias. Los pies empiezan a calzarse. La lectura se extiende como un sexto sentido a todos los hombres. Es otro mundo, aun en potencia, lo repito, pero en potencia inmediata. Ahora, ya todos saben lo que de aquí puede surgir. Todavía, en esta guerra mundial, hemos sido espectadores. Estamos al borde, estamos ya en la raya misma del límite. Un paso más, y seremos actores. Ya la mano de la historia se alarga para dar una vuelta al reloj de arena. En seguida, empezará a contarse nuestra hora. ¿Quién va a dirigir esta nueva América, y quién saldrá ganancioso de estas nuevas riquezas?

**E**DUARDO MALLEA ha visto, en una novela, a las dos Américas que están coexistiendo en nosotros; la América visible y la América invisible. Los observadores superficiales sólo ven la cáscara en que aparecen los figurones, los oradores, los que gritan, los que tienen representación y uniforme. En las entrañas, en la carne y en el alma, estamos los demás: los zapateros y los estudiantes, las señoras que van al cine y los señores que andan por la calle, los poetas y los peones, usted —mi querido lector— y yo. Los oradores hablan parados sobre un volcán. Dicen que saben a dónde van —sin saberlo—, porque hay que decir algo y hacer ruido. Porque hay que hacer gestos, mostrar la máscara, asistir a la asamblea internacional. Los de abajo tampoco saben a dónde irán. (Tampoco lo sabemos). Sólo una cosa les favorece: el saber de dónde vienen. (De dónde venimos). La América invisible es una turbia nebulosa que va aclarándose a fuerza de equivocaciones, de luchar por salir a flote, de sufrir el contacto con una realidad contradictoria. Pero cuando usted y yo, y el zapatero y la mujer de usted y la mujer mía, y el estudiante llegamos a la convicción de que el orador que grita parado en los cajones ni está diciendo nada en verdad, ni está parado sino en los físicos cajones, nos acercamos al momento en que la América invisible empieza a tener conciencia de

sí, empieza a ver. Cualquier día empezará a hablar y se equivocará menos.

Hoy, quienes se mueven sobre la superficie de la vida americana, unos hablan de democracia y otros de contener al comunismo. De otro modo, hay demagogos y nazistas.

Con los demagogos se repite la historia del siglo XIX. El orador de turno y oportunidad sabe que, como a principios del siglo pasado, hay que contar con las masas. Si hace cien años el pueblo era un torrente desbordado que sacaba a flote a los caudillos, hoy el pueblo tiene un poder electoral y un poder, otra vez, multitudinario. El orador reclama su concurso, le halaga, le adula, para alcanzar el poder. América está sembrada de dictadores que han llegado al poder por este camino, y que hacen política social y literaria de masas para mantenerse arriba y hacer sus negocios. La democracia burlada ha sido y sigue siendo la figura política más común en nuestra América.

Los reaccionarios han visto este punto débil de nuestras costumbres políticas. Se complacen en poner al desnudo las flaquezas y vicios de los demagogos. Encuentran en el funcionamiento de los congresos abundosa fuente de inspiraciones para burlarse de estas asambleas de políticos que muestran una propensión irresistible a buscar los niveles inferiores. Señalan los desórdenes administrativos como un ejemplo de lo que son los funestos sistemas liberales. En los periódicos hacen ardientes campañas sarcásticas para burlarse de la inocultable desorientación, o cuando menos del desorden y los tanteos en que se resuelven los movimientos populares al acercarse al poder. De todo esto, concluyen que los sistemas liberales y democráticos no son los que convienen a la república. Mañosamente mueven la opinión hacia las soluciones que idearon en Europa Hitler o Mussolini, cuya versión castellana ha corrido en España y América por cuenta del general Francisco Franco y sus seguidores y voceros.

Con la transformación de América en un continente abierto, donde las noticias se mueven con la celeridad del radio, donde es posible volar en horas de México a Buenos Aires, donde se descubren riquezas no sospechadas y susceptibles de inmediato aprovechamiento, los países sal-

vajes que no merecieron ninguna atención en el siglo XIX pasan a ser ficha de importancia para la lucha por venir entre la democracia y sus contrarios. Los partidos de la reacción nazifascista que se han visto derrotados en el viejo mundo, conciben la esperanza de reiniciar sus labores en el nuevo. Aprovechan en sus propagandas la historia antigua del imperialismo yanqui, y la moderna de los capitanes de industria del norte, para establecer un divorcio inicial entre estas dos mitades de nuestro hemisferio. Suministran una copiosa literatura para que se publiquen todos los días los peligros de la libertad, las torpezas de la democracia, las excelencias de un "nuevo orden". Y encuentran en los partidos reaccionarios el instrumento adecuado para adelantar en sus propósitos.

EL momento, en realidad, es de profundo desconcierto. Si el pueblo mira hacia atrás, si alcanza a ver lo que viene buscando desde que empezó a amalgamarse en el subsuelo de la vida americana, hace cuatro siglos, tendrá que preguntarse si lo que le pintan hoy como democracia corresponde, en efecto, a su auténtico ideal. ¿Es democracia el paraíso literario de los demagogos? ¿Es eso de que hablan los dictadores antes de tomar el poder? ¿Es esa indecencia que caricaturizan los reaccionarios? ¿Es ese congreso de los políticos aventureros? ¿Irán los humildes, una vez más, enderezando sus pasos hacia un ideal burlado? ¿Ese decir, todos los días, de democracia, en los discursos, no estará convirtiéndose en un lugar común, en un sofisma de distracción?

Democracia, según el real diccionario, es "una doctrina favorable a la intervención del pueblo en el gobierno". Es lógico que así pensasen los señores de la academia del rey que sólo verían eso: que el pueblo se venía a disputar lo que, según la tradición de la casa, era de derecho divino del rey. Al decir democracia, se les representaban a los académicos las turbas de los comuneros que corrían pisándole los talones a Carlos I, mientras Carlos iba de corte en corte proclamando acatamiento para su soberanía. Pero eso no es sino el fantasma de la democracia que

nace. Ese el ideal vago, que apenas se insinúa como una amenaza. La democracia realizada es otra cosa. Quizás quien la ha descrito mejor ha sido el hijo de unos leñadores, nacido en una cabaña miserable, a quien tocó en suerte recorrer, desde la cabaña de sus bosques hasta la Casa Blanca de Washington, esa larga distancia que existe entre el sueño de una fantasía y el ejercicio del gobierno en una gran república. Abraham Lincoln terminó su discurso del cementerio de Gettysburg diciendo cómo, bajo el signo de Dios, su patria había tenido un renacimiento de libertad. De ahora en adelante agregó, "el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perecerá sobre la faz de la tierra". Con esas palabras dió la definición que no trae el diccionario de la Academia del rey de España, trazó el triángulo perfecto en que se apoya la idea de la democracia, en que descansa en el más delicado y perfecto equilibrio político.

Dice Ortega y Gasset en su libro sobre la rebelión de las masas: "Con los pueblos de Centro y Sudamérica tiene España un pasado común, raza común, lenguaje común, y, sin embargo, no forma con ellos una nación. ¿Por qué? Falta sólo una cosa que, por lo visto, es la esencial: el futuro común. España no supo inventar un programa de porvenir colectivo que atrajese a esos grupos zoológicamente afines. . ." Ortega y Gasset habla como los académicos. Para él, estos rebaños de animales sólo tienen parecidas las orejas. El no mira al pueblo—ni al suyo, ni al nuestro—, sino como un fantasma amenazante. Lo que él encuentra de común entre España y Centro y Sur América, es precisamente lo que no es común. Ni la raza, ni el lenguaje siquiera, son comunes entre nosotros, ni entre nosotros y ellos. En España se hablan el catalán y el castellano que son tan diferentes como el italiano y el francés. En América el pueblo del Paraguay habla en guaraní, y no por eso deja de ser una parte de nuestra América. Aquí hay naciones—usando para esta palabra el sentido que en buen romance le dieron los cronistas— que hablan aymarará, maya o quechúa, tan diversos del castellano como lo es de éste el éuscaro. No tenemos una lengua común, aunque, como otra vez lo he

insinuado, en muchas lenguas distintas hablemos un mismo idioma en América: el idioma de la democracia. Ni tenemos la misma raza en el interior del Paraguay y en la capital de la Argentina, en Cuba y en Chile. Ni somos ya de la misma sangre españoles y suramericanos. Eso de la raza común y la lengua común, fueron lugares comunes con que se hizo una literatura hueca, artificial y charlatana hace cincuenta años, y que reanudan ahora los señoritos de la Hispanidad, en la corte de Franco, y, en sus clubes, las señoras de Suramérica. Pero, en cambio, hay una cosa común, que fué la que no pudieron ver los reyes de España, ni alcanzará a columbrar Ortega y Gasset; el alma del pueblo, del pueblo español y del americano, que viene buscando libertad, justicia, democracia, desde hace cuatro siglos y más. Por eso, formamos la nación que no distingue el elegante autor de "La Rebelión de las Masas".

Así se explica la anécdota del gitano, que con tanta gracia repite Ortega y Gasset, y en cuyos dos extremos hay que colocar, de un lado a él mismo, y del otro al gitano. Ortega y Gasset ve con escalofrío que las normas tradicionales de la jerarquía en el viejo mundo periclitán, y el gitano apunta con malicia, en su fuero interno, que algo nuevo se anuncia, y Dios sabe lo que traerá. "El gitano se fué a confesar; pero el cura, precavido, comenzó por preguntarle si sabía los mandamientos de la ley de Dios. A lo que el gitano respondió: "Misté, padre: yo loh iba a aprendé; pero he oído un runrrún de que loh iban a quitá. . ."

**E**L problema está, me parece, en que democracia cumplida, realizada, aun no existe. No sirven los ejemplos de Dinamarca o de Suecia, porque esos son experimentos de huerta, de jardín de la victoria, como dirían en los Estados Unidos. Los Estados Unidos son una democracia porque anima a sus dirigentes más puros, a la masa del país, una ilusión de democracia: porque el país busca la democracia como una futura solución de equilibrio nacional: porque los norteamericanos han venido luchando por lo-



grarla, lo mismo que nosotros, los del sur. Para asombro de Ortega y Gasset, en ese punto venimos a unirnos no sólo los españoles del pueblo y nosotros los del pueblo en la América del Sur, sino ellos y nosotros con los del pueblo en la América del Norte. Cosa original en el mundo, porque parece que esos tres grupos humanos tenemos el privilegio de soñar con repúblicas en donde la democracia no sea la fantasma que presenta el real diccionario, sino la ilusión del presidente que nació en una cabaña de Kentucky.

Lo que la democracia tiene de activo, de operante, de vital en América es justamente, el no haberse realizado. El seguir siendo un ideal por cuya realización habrá que luchar aún durante muchos decenios, quizás mientras América haya de tener alguna significación en el mundo. Tan simplista, arbitrario e indecente como nuestros dictadores de Suramérica, fué no hace muchos años Huey Long —King Fish—, cuando tuvo el control del Estado de Louisiana. Los cuatro grandes que sacaron de su primitivo estado a California, y que Oscar Lewis describe en un libro estupendo "The Big Four" son personajes de ayer, que parecen una versión inglesa de los inescrupulosos hombres de acción y de poder político que han existido y aún existen en nuestra desacreditada América del Sur. En el libro que ha descrito Joseph Kinsey Howard "Montana High, Wide and Handsome", sobre el estado más joven de la Unión Americana, donde no se mueve una paja sin que la compañía minera de la "Anaconda" dé el soplo, Montana se descubre ante nuestras miradas como la Bolivia del norte.

No: la democracia no es un hecho cumplido en la América del Norte. La democracia no ha llegado a un mismo desarrollo en los Estados blancos de la Unión, como Wisconsin o Michigan, que en los negros como los de las Carolinas, Georgia, o Mississipi. Cuando se ve que, por las restricciones impuestas al voto, en las elecciones de 1928 y 1932 el 87 por ciento de los hombres adultos no pudo votar en Carolina del Sur, y que en ese estado sólo un 2 por ciento de la población corresponde a americanos de raza blanca nacidos en el país de padres americanos, se com-

prende todo el trecho que allí falta por recorrer para que se realice la fórmula ideal de Lincoln.

Pero en el norte, como en el sur, la democracia sigue siendo el ideal y el estímulo.

UN siglo transcurrió en América del Sur para que se fusionaran la raza blanca y la cobriza, y dos o tres para que éstas se mezclasen con los negros, sin que podamos aún afirmar que el equilibrio se haya logrado. Las fórmulas políticas que se "inventan", como esas de que habla Ortega y Gasset, apenas sirven para acomodos transitorios. La única política perdurable es la que naturalmente va fluyendo de la vida, y si alguna vez logra atar a los pueblos es cuando sus fundamentos no son creaciones artificiales.

Todavía, dentro de las fórmulas monárquicas pudieron atarse y desatarse estados con la misma facilidad con que se pactaban matrimonios o se rompían compromisos de familia entre los cuatro círculos de caballeros busca-ruidos que mantuvieron por generaciones el poder en Europa. Pero dentro de la fórmula de libre juego de los pueblos, hacia la cual nos movemos, aunque no todos lo crean, el problema es más complejo.

De hecho, el pueblo ha tenido el poder en América muchas veces. El pueblo se adueñó de él cuando la conquista, en aquellos días en que el común elegía por su capitán a un Balboa, a un Cortés o a un Jiménez de Quesada, y con ellos iba a descubrir el Pacífico, o a conquistar a México, o a sacar de la nada el Nuevo Reino de Granada. Tuvo el pueblo poder en tiempos de Tupac Amaru, cuando con sus muchedumbres ahogó, así fuera por breve tiempo, la insolencia de los oficiales de la corona en el Perú. Lo tuvo otra vez cuando con un Bolívar por instrumento suyo desató la lengua y apretó los puños para poner en fuga al español. Y en seguida, cuando con un Juárez o un Rosas, que para el caso da lo mismo, llevó caudillos suyos para que hicieran cabeza de las repúblicas. Hasta los dictadores más oscuros fueron un día instrumentos de la voz del pueblo que seguramente no estaba iluminada como la voz de Dios. Hoy mismo, el pueblo tiene poder.

El problema está en que democracia no es, simplemente, esa intervención del pueblo en el gobierno de que habla el diccionario. Eso, en último análisis, puede conducir a volver el gobierno contra el pueblo. Por no haber habido democracia completa en las intervenciones del pueblo en el gobierno de otros siglos, y de nuestros propios días, la punta de la espada se ha vuelto contra la propia muchedumbre que la ha empuñado. La maravilla de la conquista, que hizo el pueblo con sus capitanes del siglo xvi, vino a parar en manos de un rey absoluto que al final cortó la cabeza de Balboa, como indicando que los de abajo no habrían de poner sus pensamientos más arriba del suelo en donde afirmasen sus botas los cortesanos. Las marchas de Tupac Amaru y las de los comuneros quedaron disueltas por las argucias de un visitador o de un arzobispo, que más habilidosos que el pueblo cándido, enderezaron de tal suerte las cosas que les fué fácil a los del gobierno del rey ahorcar a los del pueblo y descuartizarlos, según enseñan las leyes del derecho divino del monarca. Las jornadas del Libertador y de sus muchedumbres desembocaron, ganada la guerra de independencia, a una encrucijada en que se hallaban apostados los sargentos, que vistieron de generales y se alzaron con el mando. Los caudillos de la república se dieron maña para embaucar a las masas inexpertas e ignorantes que les ayudaron a subir al poder, y sojuzgarlas con calculada vileza. Ahora mismo, el presidente del sindicato o el demagogo esquilman el vellón de sus rebaños, sabe Dios para qué.

En resumen, una democracia siempre burlada, un ideal siempre escamoteado. Pero, en medio de todo, hay algo sostenido, que va en ascenso y camino de purificación. No es el poder lo que se busca simplemente, porque el poder ha sido el elemento burlador. Hasta el momento mismo en que se llega a la antesala del gobierno, los ideales se mantienen puros, y en el caso del pueblo americano han sido ideales de libertad, de justicia, de igualdad, de paz. La fórmula del poder "para" la realización de ideales, es la explicación de la lucha americana. Con esta advertencia indispensable: que estos ideales no han sido los mismos que

han movido a los pueblos de otros continentes. En Europa se ha luchado por otras causas y por otras cosas.

Una visión esquemática de la leyenda de nuestros siglos llevaría a estas conclusiones: que el xvi fué el siglo de los conquistadores, en que entró el pueblo de España con sus capitanes a cubrir con una sola bandera un continente de esperanzas; que el xvii fué el de los progenitores, en que se formó un pueblo nuevo para gozar de esa tierra; que el xviii fué el de los precursores, que anunciaron la libertad; que el xix fué el de los caudillos, que desprendieron de España al mundo americano y que enseñaron el poder de la muchedumbre puesta bajo sus banderas; siguiendo ese ritmo de la escala, cabe preguntar ahora: ¿será el xx, el siglo del pueblo?

Considerando así el caso de América aparece tan simple y elemental como todas las cosas en que se apoyan las profecías. Hoy, sin embargo, lo que podría ser un sencillo proceso de evolución interna se complica con el desarrollo simultáneo de enormes intereses industriales en Norte América y de un creciente poder militar en las repúblicas del sur. Viene la nueva penetración europea, más sutil, más inteligente y más ambiciosa y experimentada que la del siglo xvi. Se insinúa la polarización de intereses opuestos entre Rusia y los Estados Unidos e Inglaterra. El transcurso de estos años que seguirán a la guerra no se sabe si ha de ser para que gocen de la victoria los burgueses que quieren paz, o los de abajo que quieren justicia.

En fin, problemas, problemas, problemas... como siempre los ha tenido, como siempre los tendrá el mundo. En estos días, con un cambio de escala, que multiplica los interrogantes. Pero, volviendo al tema central de estas páginas, ¿cuál es el papel que va a jugar el hombre común? ¿Será otra vez el de un espectador desconocido? ¿O será el del espectador en quien logren sembrar los agitadores amargura, violencia, soberbia, o el desnudo rencor de la venganza? ¿O mantendrá él, en la alborada de un nuevo ciclo histórico, su fe segura, su afirmación tranquila en el viejo ideal suyo de levantar a los humildes para que haya libertad y justicia para todo el mundo?

## SOBRE LA TEORIA FUNCIONAL DEL CAPITALISMO

**M**E atrevo a pensar que a la *Teoría Funcional del Capitalismo* de Stuart Chase puede oponérsele ventajosamente—y para arribar a las mismas conclusiones—, la dialéctica hegeliano-marxista.

Mr. Chase basa su teoría en que del mismo modo que en Matemáticas la “función” de una cantidad está íntimamente vinculada a ella, así también en la dinámica histórica, y particularmente en una fase social, hay una relación funcional semejante. Y ofrece el ejemplo del standard de vida, como “función” de la oferta de productos alimenticios; la renta y la deuda, como “función” del Capitalismo, etc. Por ese camino desemboca brillantemente en un interrogante de fondo: ¿No son el Socialismo, el Comunismo y el Movimiento Obrero en general “funciones” del Capitalismo también?

Y aceptando afirmativamente esta gravísima pregunta, usa de nuevo el eufemismo de la interrogación para formular lo que en realidad en su tesis: *que la decadencia visible del Capitalismo*—sólo oculta a los ciegos, según dice—, *implica también la decadencia del Socialismo, del Comunismo y de la lucha de clases*. No es posible disentir en lo que el mundo va ya poniéndose de acuerdo: el renovado y financiero Capitalismo del siglo xx está en decadencia. Porque el otro, el Capitalismo “clásico” industrial del siglo xix que Adam Smith *fotografió* y Karl Marx *radiografió*, ya sabemos que ha terminado. Expandido, transformado, sometido a una velocidad económica que fué verdaderamente imprevisible hace 80 años, el Capitalismo tramonta su plenitud para hacerse imperialista y desplazarse. Después, parece saturado de sí mismo, y cae en los mismos canales que sus portavoces consideraron abismo de perdición para el sistema: *se socializa*. Pero la socialización moderna del Capitalismo no significa su caída y capitulación a los pies del enemigo invicto: el Proletariado. También éste, como “función” de aquél, pierde sus absolutas y tajantes separaciones respecto de las demás clases. Y, por el vertiginoso progreso científico del mundo, diluye un tanto sus agudos bordes de separación en otra clase social, cada día más pujante y

necesaria: *la del mánager técnico*, como le llama James Burham en *The Managerial Revolution*.

Pero Chase, citando a Drucker dice que los administradores y gerentes también están condenados a perecer porque no tienen *base legítima*. Los capitalistas del antiguo estilo perduraron porque tenían esa legitimidad en la propiedad privada tradicional cuyos derechos son respetados y aceptados por la colectividad. "Pero ahora el Estado va a ser heredero de los controles de los administradores y gerentes, a menos que surjan nuevas instituciones capaces de ejercer legítimamente el poder industrial" (Chase).

Es importante la explicación matemático-filosófica de Stuart Chase, pero pienso que resultaría mucho más accesible si ella se expresara por la interpretación dialéctica. El error de los marxistas ortodoxos y fanatizados radica en su afán de introducir al marxismo en un frigorífico marca "Dictador" y conservarlo ahí, por congelación, contra todo riesgo de cambio. Tal procedimiento, puede utilizarse con la carne muerta de una ros, por necesidad alimenticia, o, por devoción e idolatría tratándose de un cadáver prócer y reverenciado... Pero no con una doctrina. Porque lo esencial y eterno, lo cósmico y vital de la dialéctica es el permanente fluir y cambiar, el perenne negarse y continuar de *todas las cosas*. Y quien no entienda esto como norma de "todas las cosas", está fuera de la ley universal e inexorable de la Naturaleza. Hegel fué el egregio sistematizador de esta maravillosa concepción filosófica que con tanta frecuencia olvidan los marxistas que desdeñan suficientemente a Hegel, imaginando que se puede entender al marxismo sin conocer de verdad la filosofía hegeliana. Algunas veces, para refrescar la memoria de esos marxistas que han petrificado su pensamiento, les he recordado estas definitivas palabras de Lenin: "*No se puede comprender plenamente el Capital de Marx y particularmente su Capítulo 1, sin estudiar antes a fondo y comprender TODA la Lógica de Hegel*"<sup>1</sup> Y esta afirmación es tan exacta como la que hace Engels al subrayar que sin ciertas bases matemáticas superiores,—cálculo diferencial especialmente— el método dialéctico es muy difícil de abarcarse integralmente.

La filosofía del Aprismo toma del antecedente marxista esta dinámica de su dialéctica como motor vital de la Historia: Todo se niega, todo pasa, todo fluye y se transforma; pero nosotros creemos que *el marxismo mismo no es excepción de esta ley*. Vale decir, que

1 Cuadernos de Lenin, en "Historia de la Filosofía" bajo la dirección del profesor Av. V. Secheglov, de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S. Buenos Aires, Edit. "Problemas". 1942. p. 178.

así como el primer hombre que formuló el consciente veredicto de que "todo ser humano tiene que morir", *murió también*, así Hegel y Marx, descubridores de la dialéctica como sistematización esclarecedora de la Historia, no pueden escapar a sus negaciones. El marxismo negó el hegelianismo por continuidad dialéctica. Hoy, el marxismo es negado también, por las mismas motivaciones de dinámica histórica.

Estas negaciones, no son absolutas, simplistas. Están relativizadas. Y con esta palabra, a la que damos su contemporáneo y substancial significado científico-filosófico, incidimos en la relatividad que, elevada de la Física y la Cosmología a la Filosofía, adquiere el valor fundamental de un nuevo modo de ver la Historia.

Así llegamos a la concepción del *Espacio-Tiempo histórico* que ya ha sido anunciado en otras páginas. Ella nos ayuda a apreciar el acontecer social como uno o varios fenómenos inseparables de su escenario y su momento. Por esta dialéctica negación de los dogmatismos absolutos universales hemos alcanzado a discriminar y excepcionar algunos postulados que aparecían teóricamente inobjetables para todas las latitudes. Por ejemplo: "el Imperialismo es la *etapa final* del Capitalismo", —veredicto europeo o de continentes industriales, al que nosotros encaramos otro: "el imperialismo es la *primera etapa* del capitalismo", desde nuestro espacio-tiempo histórico de países de economía incipiente.

Por ese camino dialéctico, podríamos distinguir en la *Teoría Funcional* de Mr. Chase lo que hay de valor universal, perenne y básico, y lo que hay de relativo y negable desde el ángulo de visión de un Espacio-Tiempo histórico diferente del europeo o norteamericano. Porque, —permítase sea la digresión que esciatare—, así como en la Relatividad física hay incorporados ciertos valores absolutos y toda la concepción einsteniana parte de uno de ellos —la velocidad de la luz—, en la Relatividad histórica hay también ciertos valores universales con vigencia ecuménica de leyes humanas biológico-sociales.

Caso a señalar: la decadencia del capitalismo es un hecho social mundial perceptible, que, —repetimos con Mr. Chase—, sólo los ciegos no pueden ver. La relativización de este valor universal es *cómo se manifiesta* aquella decadencia en los diversos Espacio-tiempos del mundo actual. Y he ahí lo que fundamentalmente nos interesa. De igual manera otros hechos: la aparición del técnico como categoría mental y preeminente y como poderosa clase social, si Mr. Burham tuviera razón; la lucha por la Democracia y su transformación de

predominantemente política y clasista en económica y básica de una sociedad sin clases.

Decae el Capitalismo, y rápidamente, precipitado por una guerra que tiene más velocidad destructiva que creadora. La técnica, —estimulada por el Capitalismo, su determinante económico—, acelera esa velocidad destructiva. Y al descubrir nuevas y más perfeccionadas expresiones para darle mayor rapidez exterminadora, va abriendo insospechados caminos a la negación de los viejos sistemas de producción en general. Por la técnica, así refinada, el valor del trabajo rebasa el de su símbolo de cambio: el dinero. Y por la Guerra, que opera sobre éste y sobre aquél. Spengler escribía en su *Decadencia de Occidente*: "Por el dinero la Democracia se anula a sí misma, después que el dinero ha anulado el espíritu". Pero tal observación sólo corresponde a una etapa de este vertiginoso y estupendo proceso de transformación que ahora mismo estamos viviendo. La Democracia se transforma por un encadenamiento de negaciones dialécticas. Y el valor incesantemente inflado del dinero también, aunque en otra dirección. Así, el Capitalismo no sólo se socializa sino que se funde en una nueva forma técnico-económica, en la que la socialización misma se desplaza y adquiere insólitas modalidades de expresión.

Y ahí incide la conclusión sugerida por Mr. Chase. En un mundo económico-social tan radicalmente revolucionado, no caben ni los viejos moldes sociales *ni sus primeras formas de negación*. Tampoco las normas ideológicas que sirvieron de guía para la interpretación de un proceso ya superado. La evolución del mundo capitalista ha desembocado en su etapa revolucionaria. Esta, culmina con la Guerra. Y la Guerra marca la separación abismal de dos grandes etapas de la Historia.

Consecuentemente, con el mundo capitalista *de ayer* se va también la negación anti-capitalista *de ayer*, y avanzan dos formas o expresiones nuevas, aun en desarrollo de oposición de contrarios, que no son ya idénticos a ninguna de las anteriores.

Este es el fenómeno que Mr. Chase trata de explicar por la teoría de las "funciones" matemáticas; fenómeno que, acaso, resulta más claro y comprensible si aplicamos a su esclarecimiento la misma dialéctica que el marxismo utilizó para negar la etapa capitalista ahora superada y con aquella misma dialéctica negada.

Y estamos ya en lo que Hegel llamó "la negación de la negación". Que de ella hay mucho todavía por escribir en adelante.

Víctor Raúl HAYA DE LA TORRE.



## LOS CLASICOS DEL PENSAMIENTO CUBANO

EN diferentes ocasiones y lugares, entre ellos esta revista, he debido suscribir la afirmación de que la historia del pensamiento en los países de lengua española está aún por escribir, entre otras razones por la falta del material indispensable para escribirla, principalmente de ediciones de las fuentes, aunque estas ediciones, como el material todo, están creciendo considerablemente en los últimos tiempos. La más reciente aportación quizá sea la *Biblioteca de Autores Cubanos*, emprendida por la Universidad de la Habana: el primer volumen se terminó de imprimir en agosto del año pasado, o sea, no hace todavía un año. En todo caso, por el ritmo mantenido hasta ahora, seis volúmenes en menos de un año, por el contenido de estos volúmenes y hasta por su presentación, viene la colección cubana a dar con la iniciada hace unos años por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires perfecto ejemplo de lo que deben esforzarse por hacer también los demás países hispano-americanos.

Aunque el plan de la colección abarca todo género de autores, según se refleja en el título, los seis volúmenes publicados hasta ahora y los tres y dos anunciados como en prensa y en preparación, respectivamente, están dedicados a las *Obras* de José Agustín Caballero, de Félix Varela y Morales y de José de la Luz y Caballero, con el propósito de publicar las obras completas de estos tres primeros pensadores de Cuba en el orden del tiempo, en modo alguno los últimos en el orden del valer.

El tomo primero de la *Biblioteca* y de las *Obras* del Presbítero Caballero constituye la *editio princeps* de su *Philosophia Electiva*, con una introducción del editor y traductor del manuscrito, el distinguido archivero español D. Jenaro Artiles, un breve estudio de D. Francisco González del Valle, miembro de una familia ilustre en la historia de la filosofía en la isla, y otro estudio del Dr. Roberto Agramonte, Vicerrector de la Universidad de La Habana y Director de la *Biblioteca*, estudio en que se unen dos cosas que parecerían incompatibles: la extensión y la densidad. Todo ello presenta dignamente la obra con la que, según el último de los nombrados, "Si con el *Discurso de Método* entra la filosofía europea en la Edad

Moderna, ... se incorpora nuestro pensamiento filosófico al pensamiento moderno occidental e ingresa nuestra sociedad definitivamente, guiada por esas lucecillas que son las ideas, en la Edad Moderna".

Los otros cinco volúmenes publicados están ocupados por obras del Padre Varela: las *Observaciones sobre la Constitución de la Monarquía Española* "seguidas de otros trabajos políticos", con un prólogo de D. Rafael García Bárcena, Instructor de la Cátedra de Sociología y Filosofía Moral de la Universidad de La Habana; la *Miscelánea Filosófica* seguida de "tres estudios de la misma índole, publicados en Norteamérica en inglés por el Padre Varela", añadidos por el reeditor de la obra, el ya nombrado Dr. Agramonte, y precedida de un prólogo encomendado al Profesor Medardo Vitier, cuyas obras, coronadas por los dos volúmenes sobre *Las Ideas en Cuba*, hacen de él la más alta autoridad en la materia; *El Habanero*, "papel político, científico y literario", redactado y publicado por Varela durante los primeros años de expatriación en los Estados Unidos, 1824-26, con sendos estudios del Dr. Enrique Gay-Calbó, reeditor del "papel", y del Historiador de la Ciudad de la Habana, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring; y las *Cartas a Elpidio*, las "sobre la impiedad" en un primer tomo con prólogo del Dr. Humberto Piñera, actualmente Profesor de la Universidad de Panamá, conocido de los amigos de la filosofía en México por su traducción de la obra del Dr. Stern sobre la filosofía de los valores publicada hace poco por el Centro de Estudio Filosóficos de la Universidad Nacional, y las "sobre la superstición" en un segundo volumen, con epílogo del Sr. Raimundo Lazo, Profesor de Literatura Cubana en la Universidad de La Habana.

Los tres volúmenes en prensa y el primero de los dos en preparación darán obras de D. José de la Luz; uno de ellos, la famosa polémica filosófica de La Habana en 1838-39 sobre el eclecticismo, acerca de cuya significación tuve oportunidad de apuntar algo en esta misma revista. El segundo de los volúmenes en preparación vuelve a estar dedicado al Presbítero Caballero.

Las *Observaciones* de Varela, "quizá la primera obra de derecho constitucional escrita por un cubano", así como sus otros trabajos políticos y *El Habanero*, no tienen un mero interés histórico general, muy subido por lo demás, sino un verdadero interés para la historia del pensamiento de lengua española, pues sabido es cómo en los países de esta lengua no hay solución de continuidad entre la filosofía pura, la filosofía aplicada o lo que se llama en general

el "pensamiento" y la bella literatura. Los máximos pensadores de nuestra lengua son padres y maestros de sus pueblos, en obras a cuya perseguida finalidad y efectiva influencia no es nada inesencial la alta calidad estética que suelen revestir. Varela es uno de estos padres y maestros, y estos volúmenes la prueba. No dejan de iluminarlos en este sentido los estudios incluidos al principios o al fin de ellos, aunque tampoco deje de haber algún punto de discrepancia entre los de uno y otro autor.

Las *Cartas a Elpidio*, obra inconclusa de la madurez (1835-38) del autor (nacido en 1788, murió en 1853), pues parece que ni siquiera llegó a escribir las que debían versar "sobre el fanatismo", ocupan un puesto intermedio entre la filosofía y la sociología y política, y expresan frecuentemente ideas de original matiz o de interés todavía actual o francamente actual, aunque en conjunto representen una posición apretada entre la profesión de fe y el liberalismo político, como es lástima que no haya podido exponer más cabalmente el Profesor Piñeira, y que en definitiva hay que retrotraer históricamente a la de Caballero, a la que voy a referirme en seguida.

La *Miscelánea* es obra de filosofía pura. He aquí, en efecto, la división hecha del volumen por Agramonte: una Parte I de *Principios Lógicos* Por M. Destutt Conde de Tracy, extractos por Félix Varela; una Parte II de *Cuestiones Misceláneas*, "ideológicas" la mayor parte, psicológicas, estéticas y pedagógicas las restantes; una Parte III de *Apuntes Filosóficos sobre la Dirección del Espíritu Humano*; una IV en que se tratan *Dos Cuestiones Ideológicas*; una V formada por tres *Observaciones sobre el Escolasticismo*; una VI que reproduce un artículo sobre *Patriotismo* publicado por Varela en sus *Lecciones de Filosofía* e inserto por él mismo con ampliaciones en la *Miscelánea*; y una Parte VII compuesta con los estudios filosóficos añadidos según antes quedó indicado: *Ensayo sobre el Origen de Nuestras Ideas, Carta... sobre las Doctrinas de M. Lamennais* y *Ensayo sobre las Doctrinas de Kant*. Pues, de esta obra de filosofía pura ha estampado J. A. Portuondo en su sustancioso estudio *El Contenido Social de la Literatura Cubana*, publicado recientemente aquí, en México: que revela en el autor "el mejor ensayista de nuestra lengua hasta la aparición de don José Ortega y Gasset"; y aunque la afirmación se censura a sí misma de un tanto hiperbólica, al evocar otros nombres, incluso cubanos, que podrían pretender con fundamento ser equiparados, cuando menos, en este punto al de Varela, no por ello deja de ser la *Miscelánea* un modelo de ideación clara y elocución

precisa, las dos igualmente modernas. Aun en medio de un descarriamiento como el del ensayo sobre Kant se encuentra el pasaje contra los sistemas, que hay que poner en relación con algo de lo que voy a decir y más en general con el carácter asistemático del pensamiento de lengua española y la conciencia que este pensamiento llega a tener de este su carácter.

Pero no me es posible en esta nota, so pena de convertirla en algo más, sino llamar la atención como acabo de hacerlo sobre los volúmenes de la benemérita *Biblioteca* cubana, porque me parece más útil que cualquier otra cosa aprovechar el resto de ella, de la nota, para adelantar algunas indicaciones sobre la *Philosophia Electiva* de Caballero que me propongo ampliar debida y próximamente en lugar más adecuado.

Tanto la introducción de Artilles como el estudio de Agramonte están centrados en torno al que para ambos es el gran problema de insertar justamente la obra del padre de la filosofía cubana en la historia universal de la filosofía, siguiendo la indicación que les parece hacer el adjetivo de *electiva* apuesto al sustantivo *filosofía*. Artilles conjetura filológica y "paleográficamente" una significación *lectiva* o *selectiva*, porque piensa que *electiva* no puede significar *eclectica*; e histórico-filosóficamente, por tanto, llega a lo sumo a poner la obra de Caballero en una relación retroactiva, cabe decir, con la polémica de 1838-39, o a referirse en nota a otra explicación apuntada recientemente por el Dr. José I. Lasaga. Este y Agramonte, siguiendo a Caso y Vasconcelos, se acercan más a la solución histórico-filosófica: Caballero habría imitado al mexicano Gamarra. Por mi parte, puedo decir que los trabajos llevados a cabo en estos últimos años en el Seminario de Historia del Pensamiento en los Países de Lengua Española, de El Colegio de México, y singularmente el de la Srta. Victoria Junco, *Algunas aportaciones al estudio de Gamarra o el eclecticismo en México*, presentado va a hacer un año a la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de México como tesis para obtener el grado de Maestro y de próxima publicación por El Colegio de México, iluminan acabadamente un horizonte histórico dentro del cual se sitúa con justeza no menos cabal la obra de Caballero. Ya Diógenes Laercio explica (I, 21): "Y desde hace poco ha sido introducida una escuela ecléctica (*eklektiké*) por Potamón Alejandrino, eligiendo (*eklexaménoy*) entre las sentencias de cada una de las sectas". Las Historias de la Filosofía no suelen hablar más que de este eclecticismo antiguo y del eclecticismo francés del

siglo XIX; pero la verdad histórica es que hay un "segundo eclecticismo" que se extiende durante los siglos XVII y XVIII desde el centro de Europa hasta estos países hispano-americanos, entre un buen número de pensadores afanosos de conciliar la fe cristiana, a la que permanecían adheridos, si no la filosofía de las "escuelas", y la ciencia moderna, que se llamaba también "filosofía", "filosofía experimental", y cuyo pujante crecimiento no podían dejar de reconocer. Esta situación histórica reproducía, aunque en sentido inverso, la de los pensadores de la Antigüedad que se encontraban cogidos entre la espléndida cultura pagana y la nueva fe cristiana y para conciliar ambas adoptaron el eclecticismo, según las palabras de Clemente Alejandrino (*Estrómata*, I, 37, 6) recogidas quizá por todos los eclécticos del XVII y XVIII: "No llamo filosofía ni a la estoica, ni a la platónica, ni a la epicúrea, ni a la aristotélica, sino que a cuanto está bien dicho en cada una de estas sectas, por enseñar la justicia juntamente con la ciencia y la piedad, a todo esto elegido (*elektikón*) y junto digo filosofía". Estamos muy acostumbrados a estructurar e interpretar el pasado de la filosofía desde nuestra propia posición actual, pero ¿no sería cosa de tener en cuenta en esta posición la manera de estructurar e interpretar su pasado los pensadores de otros tiempos desde su propia posición? Los eclécticos de los siglos XVII y XVIII consideraban ecléctica toda la filosofía moderna —y en efecto, importantes estudios histórico-filosóficos de nuestros días consideran por lo menos los dos grandes movimientos metafísicos de la edad moderna, el del cartesianismo y el del idealismo alemán, como intentos de restauración de la *christiana philosophia* por conciliación con la nueva e incontrastable potencia que era la ciencia moderna. Esta situación resultaba de singular agudeza en los países sometidos a la corona de España, debido a la actitud asumida por esta última ante la religión cristiana por una parte y ante la modernidad en general por otra. Es lo que da un interés igualmente singular a los pensadores de los cuales es Caballero uno de los últimos en el tiempo, aunque no por ello en modo alguno insignificante ni ininteresante. En todo caso, pudieron estos pensadores traducir sin dificultad *ek-lektiké* por *e-lectiva*, palabras de la misma raíz, etimología y significado (*ek* o *e* y *lego*). Las relaciones de este eclecticismo con los orígenes de la Historia de la Filosofía en los tiempos modernos habían sido percibidas ya, por ejemplo, por Bréhier y rozadas por Francisco Romero en su estudio sobre estos orígenes; pero son susceptibles de considerable ampliación y ahonda-

miento por cuanto el segundo término no son los orígenes simplemente de la Historia de la Filosofía, sino del *historicismo*. Algunos de los pensadores de la misma posición prefirieron decirse *escépticos*: el escepticismo en punto a los *sistemas metafísicos* les parecía facilitar la conciliación entre la *fe*, por una parte, y la *filosofía experimental*, por otra, entregando a ésta lo natural y a aquélla lo sobrenatural; así Feijóo, no menos maestro que de España de esta América española, el cual viene con ello a situarse en una línea que se extiende desde los franciscanos ingleses cuyo fideísmo se relaciona con su contribución a los orígenes de la ciencia moderna hasta — Hume!

He aquí, pues, para concluir, un caso bien instructivo del interés e importancia de la investigación de la historia del pensamiento en los países de lengua española: él permite descubrir hechos de la historia de la cultura universal que a pesar de haber tenido efectiva importancia y hasta gran volumen material en su tiempo, se habían oscurecido completamente; se trata, por tanto, de algo más que de las influencias del pensamiento ajeno en el propio o de las aportaciones de éste a aquél, con ser ya esto mucho.

José GAOS.

# *Presencia del Pasado*





# ARQUEOLOGIA MAYA: TRAYECTORIA Y META

Por *Alberto RUZ LHUILLIER*

**H**ARTO difundido es el criterio de que la arqueología no pasa de ser una distracción costosa de maniáticos, entre pedante e infantil, sin utilidad práctica ni seriedad científica. Ese modo despectivo de juzgar las investigaciones arqueológicas no es exclusivo de los ignorantes. Es frecuente escuchar, de personas cultas, propósitos de idéntica tendencia, que muestran en quienes los manifiestan la convicción de que todos los conocimientos referentes a los pueblos que no nos legaron historia escrita, carecen de veracidad y pertenecen al dominio nebuloso de la leyenda, de la fábula y de los cuentos para niños.

Si tales conceptos suelen encontrarse en espíritus cultivados, es en parte por una razón bien sencilla: la arqueología como ciencia apenas acaba de salir del cascarón. Hasta hace poco tiempo no se diferenciaba claramente de la elucubración fantástica que pretendía ofrecer como realidad una mixtura de testimonios objetivos e interpretaciones subjetivas en las que la imaginación calenturienta de los aficionados se desbordaba en incontenibles raudales.

Cuando leemos ahora los relatos de los exploradores del México antiguo, los Humboldt, Dupaix, Le Plongeon, Stephens, Waldeck, Brasseur de Bourbourg, Morelet, Charnay y otros ilustres viajeros del siglo XIX, en su mayoría europeos, no podemos llamar "arqueología" a sus descripciones y teorías. Unos buscaban antigüedades, otros temas pictóricos o literarios, ambientes exóticos o leyendas misteriosas, todos ellos animados por el incentivo de la aventura.

Sin embargo, a pesar de la ausencia absoluta de contenido científico, sus obras tuvieron el mérito de dar a

conocer, o mejor dicho, de recordar a un mundo ansioso de ampliar su saber, la existencia en tierras lejanas de los vestigios imponentes de remotas civilizaciones.

El descubrimiento del Nuevo Mundo había revelado que una vida diferente a la conocida hasta entonces venía desenvolviéndose, independiente y extraña, en esos parajes ignorados. Algunos libros eruditos y documentados, las crónicas de la conquista y de las misiones católicas, llevaron al conocimiento de pocos ilustrados la descripción de las gentes y las cosas de la Nueva España. Pero al cabo de varias generaciones, el mundo científico sólo recordaba que unos Indios de origen desconocido, probables descendientes de las tribus perdidas de Israel o de otros pueblos de la protohistoria occidental, poblaban el continente americano, parcialmente integrados en la nueva vida instituida por los descubridores.

Los relatos de los viajeros, escritores, pintores, anticuarios o simples aventureros del siglo pasado, constituyeron pues un nuevo descubrimiento de América, la resurrección de un mundo asesinado por el hombre blanco y sepultado por los siglos y la selva.

El fin del siglo XIX y el principio del actual, fueron testigos de un cambio decisivo en el modo de considerar las antigüedades americanas y en particular las mexicanas. Un núcleo de brillantes estudiosos encauzó las actividades arqueológicas hacia rumbo seguro. Bancroft, Brinton, Gamio, Gordon, Holmes, Lumholtz, Maler, Maudslay, Nuttall, Sapper, Saville, Seler, Spinden, Starr, Strebel, para citar sólo los más destacados, inauguraron la era de la investigación sistemática, presentando hechos precisos, estudiando concienzudamente los rasgos culturales, esbozando tras el análisis minucioso la síntesis prudente. Quedó relegada para siempre la pseudoarqueología de los buscadores de tesoros, de leyendas, de descubrimientos espectaculares, con su curiosidad de occidentales hacia lo exótico, su afán de asombrar al mundo, su pretenciosa ignorancia, su testaruda obstinación de explicar América en términos de Egipto, de Babilonia o de la India, su literatura infantilmente novelesca.

Los últimos treinta años han visto surgir, después de

los pioneros científicos, una legión de investigadores, celosos de afirmar la arqueología sobre cimientos firmes. Limitándonos a la zona maya, que es la que motiva este estudio, citaremos algunos de los que han dedicado, total o parcialmente, sus energías y sus inquietudes científicas a dicha zona: Andrews, Barrera Vásquez, Blom, Brainerd, Fernández, Gann, Joyce, Kidder, Lizardi Ramos, Lothrop, Means, Merwin, Morley, Morris, Palacios, Pollock, Ricketson, Ruppert, Satterthwaite, A. L. Smith, R. E. Smith, Spinden, Thompson, Tozzer, Vaillant y Wauchope. Para quienes conocen los trabajos realizados por estos investigadores, es imposible dejar de reconocer que la arqueología ya no es del dominio de la fantasía y de las elucubraciones, sino que se encuentra sólidamente fincada en los terrenos firmes de la búsqueda científica.

En lo que toca al estudio de la cultura maya, otro cambio notable se ha efectuado en los últimos lustros. Hasta entonces el centro de gravedad de las investigaciones lo constituía la epigrafía y su complemento directo, la cronología. Era la época en que decir "arqueología maya", era casi sinónimo de descubrimiento de estelas y desciframiento de jeroglíficos. Es cierto que sobre los brillantes resultados obtenidos por Pío Pérez, Carrillo y Ancona, Orozco y Berra, Paso y Troncoso, Selser, Goodman, Bowditch, Spinden, Martínez Hernández, Morley, Teeple, Escalona Ramos y Thompson, pudieron edificarse las diferentes correlaciones mediante las cuales se ha intentado sincronizar los calendarios maya y cristiano. Pero la dedicación a los asuntos cronológicos casi llegó a excluir durante largo tiempo toda otra clase de investigaciones. Las metas alcanzadas, por notables que sean, justifican sólo parcialmente tal derroche de esfuerzos. En efecto, de todos los jeroglíficos encontrados, apenas la tercera parte ha sido descifrada y todos ellos representan signos calendáricos o astronómicos en combinación con numerales; el resto permanece aún ininteligible.

Cualquiera inscripción maya, que hallamos grabada, sea en el dintel o la jamba de la entrada de un edificio, sea sobre la superficie de una lápida conmemorativa, sea también sobre un objeto de piedra o de barro, no nos dice por ahora más que una fecha, expresada en períodos ma-

yas de tiempo y datos complementarios sobre la posición de la luna en dicha fecha. Tal información cronológica no forma sino una parte de la inscripción y podríamos suponer que los signos no descifrados encierran lo que más nos interesaría saber: algún acontecimiento histórico, el nacimiento o la muerte de un personaje ilustre, una victoria importante, la terminación de una obra grande, como lo vemos hacer en nuestros días mediante la erección de un monumento o un edificio que lleva grabados sobre una placa los hechos que se pretende conmemorar y eternizar. Sin embargo, los jeroglíficos todavía en espera de traducción no parecen poseer un contenido histórico. Siendo muchos de ellos los mismos en numerosas inscripciones, asociados con fechas distantes entre sí, es poco probable que refieran hechos humanos. Más bien se piensa que se relacionan con observaciones más complicadas de los astrónomos. La astronomía era entonces la ciencia por excelencia y la mayor preocupación de los sabios mayas era fijar para la eternidad los resultados de sus cálculos sobre las interrelaciones que habían comprobado existir de la tierra, el sol, la luna, Venus y probablemente otros astros.

Sabemos hasta qué grado de precisión lograron perfeccionar sus cálculos, pero la realidad actual es que su calendario, con toda su precisión y exactitud, no ha podido definitivamente y con absoluta seguridad quedar ajustado al nuestro. Son varias las correlaciones propuestas, unas con mayores probabilidades de ser correctas que las otras, pero ninguna debe considerarse establecida de un modo irrefutable. La estupenda maquinaria para medir el tiempo —que si no inventada por los mayas, sí considerablemente mejorada por ellos— gira en el vacío. Su engrane con la nuestra no lo hemos sabido resolver definitivamente.

Por otra parte, cuando encontramos en alguna ruina maya una fecha, y suponiendo que no se trata de un acontecimiento pasado o mítico, sino de algo sucedido realmente en aquella ciudad, adquirimos un dato seguro: el de que tal ciudad existía en un año preciso (año maya se entiende, ya que el año cristiano correspondiente sería discutible). Si son varias las fechas leídas en el mismo sitio,

deducimos que durante un equis lapso estuvo poblado. Pero esas fechas no nos proporcionan el período completo del tiempo que duró la ocupación, ya que, y es lo que generalmente ocurrió, pudo la ocupación principiar antes de que se grabaran inscripciones cronológicas, y prolongarse hasta una época en que tal costumbre hubiera desaparecido. El dato cronológico en sí, y nuestro propósito no es menoscabar su valor, tiene por lo tanto una importancia limitada y su traducción en valores nuestros no es aceptable sin reserva.

El cambio de rumbo en los estudios mayistas a que hemos aludido, consistió en reconsiderar el conjunto de los vestigios de aquella gran cultura de la América Media, fijándonos ya no tanto en las inscripciones, sino en otros elementos menos espectaculares que los jeroglíficos, pero que nos hablan abundantemente de la civilización alcanzada por sus creadores.

La tendencia actual de las investigaciones apunta pues a acumular todos los datos, grandes y chicos, que puedan encerrar una significación cultural. Se preocupa por reconstruir "in mente" y hasta donde se hace posible sobre el terreno, la forma de los edificios, su distribución en el conjunto urbano, la técnica empleada en su construcción, los diferentes elementos arquitectónicos de que se componían; se interesa por todas las manifestaciones artísticas e industriales: escultura, modelado, pintura, cerámica y metalurgia cuando la hay; analiza detalladamente los restos humanos sacados de las sepulturas, buscando sus caracteres antropológicos, las deformaciones que ciertas costumbres generalizaron, las huellas de enfermedades o de heridas que sus huesos conservaron, las pruebas de la habilidad de primitivos dentistas y cirujanos.

Al mencionar la cerámica entre los productos de la industria que atraen la atención del arqueólogo, debemos precisar que no nos limitamos a pensar en las hermosas vasijas, de formas llamativas por elegantes o extrañas, a veces artísticamente pintadas o grabadas, que solemos hallar como ofrendas a los dioses o a los muertos, sino que nos referimos más especialmente a la vulgar tiestería que ya-

ce sobre la superficie del suelo y brota de la tierra cuando se excava, a esos millares de fragmentos humildes con los que no se puede siquiera completar una vasija entera. Esos "tepalcates", empleando la voz mexicana algo corrompida, representan para el investigador los elementos más preciosos, indispensables en su tentativa de reconstruir el pasado de los pueblos desaparecidos. Proceden de los desechos dejados por quienes habitaron un sitio dado; de sus platos, cazuelas, ollas y vasos, rotos por accidente o por el uso diario, y luego abandonados en el lugar donde se quebraron, en el rincón de algún patio o al pie de un muro. Pocos hallazgos son de mayor interés para el arqueólogo como el de un "basurero". Allí encuentra, amontonados a través de siglos, los restos de objetos inutilizables, dejados por los diferentes moradores.

El orden en que se han superpuesto los tuestos está íntimamente ligado al proceso natural que rige la formación de los sedimentos. La tierra que el aire desplaza bajo forma de polvo, o que el agua transporta en suspensión, se deposita incesantemente, como en miniatura lo observamos con el polvo que de una día para otro cubre los muebles de nuestras casas. A través del lento transcurso del tiempo van formándose nuevas capas de tierra, y como paralelamente a este proceso fluye con su ritmo propio la vida humana en sus sucesivas generaciones, los restos de las industrias de los hombres se depositan, unos encima de los otros, envueltos en la tierra que aquellos pisaron.

Si abrimos una excavación en un sitio antiguamente ocupado, encontramos sobre la superficie actual del terreno pedazos de botellas de cerveza o latas de sardinas, posibles huellas de un día de campo de contemporáneos nuestros. Un poco más abajo, descubrimos fragmentos de lozas de los tiempos coloniales, si es que el sitio estuvo habitado entonces; si no ocurrió así, son tepalcates prehispánicos los que aparecen, vestigios de los últimos pobladores que allí vivieron antes de la conquista. Bajando más observamos que las vasijas son de formas diferentes o decoradas de un modo distinto, que nos sugieren pueblos de otra cultura o estilos extraños imitados.



JAINA, Camp.—Figurilla modelada del primer periodo maya.



EDZNÁ, Camp.—Pirámide del Templo Mayor antes de las exploraciones.

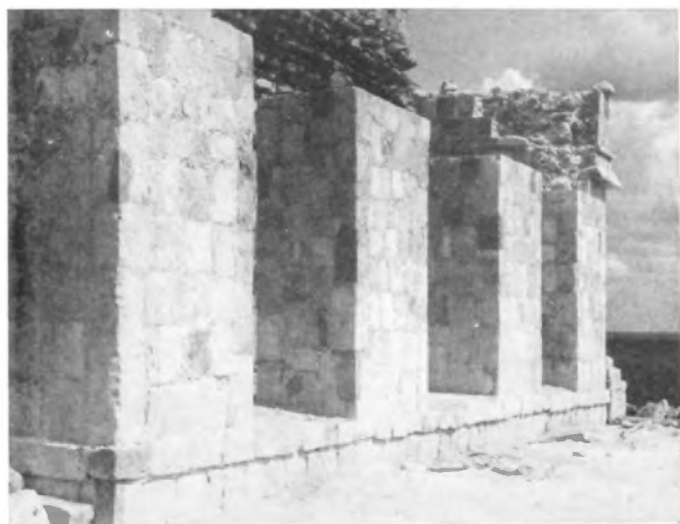


EDZNÁ.—Pirámide del Templo Mayor después de la primera temporada de exploraciones.





EDZNÁ.—Crujía de la fachada del Templo Mayor antes de las exploraciones.



EDZNÁ.—Crujía de la fachada del Templo Mayor parcialmente reconstruida.



EDZNÁ.  
Estela 18.  
(9. 12. 0. 0. 0)  
10 Ahau.  
8 Yaxkin).



EDZNÁ.  
Estela 19.  
(9. 13. 0. 0. 0  
8 Ahau,  
8 Uo).



CHAMPOTON, Camp.—Cabeza de barro que formaba parte de un incensario.



CHAMPOTON.—Extraño perfil de un incensario antropomorfo.



Figurilla moldeada del segundo período maya.



JAINA, Camp.—Vaso grabado de barro gris.

Y así sucesivamente hasta llegar a la roca virgen o a la tierra estéril, a una profundidad variable según las regiones y donde yacen los útiles de los primeros habitantes.

La presencia de restos de cerámica no implica que todos los objetos usados por los antiguos pueblos fuesen de barro, sino que ese material de duración casi eterna es el que, junto con la piedra, han respetado el tiempo y la intemperie, desapareciendo los útiles y muebles de madera, las canastas y otros objetos de mimbre, carrizo o bejuco tejido, las sandalias y cinturones de cuero, los vestidos de algodón u otras fibras, los tocados de plumas, etc.

El papel que para nosotros representan los tepalcates enterrados en las capas que marcan la duración de la vida humana en un sitio dado, es el mismo que para los paleontólogos juegan los fósiles en los estratos geológicos.

La estratigrafía—como se llama esa técnica de investigación—no sólo permite conocer la secuencia de los diferentes tipos de cerámica hallados en un lugar definido; mediante la comparación con el material de otras ciudades y regiones, también hace surgir espontáneamente las conexiones culturales que en épocas determinadas existieron entre diversos pueblos.

Como en los tiempos actuales, la moda debe haber existido siempre desde que el primer hombre dió a un instrumento o a la piel de fiera con la que se vistió, una forma particular. Cada pueblo, en todos los ámbitos de la tierra, ha añadido a sus cosas un elemento externo independiente de su funcionalismo. Un objeto creado para un fin preciso reviste, según las épocas y las latitudes, un aspecto variado. Lo que cada pueblo agrega “caprichosamente” como elemento no indispensable para el uso de un objeto, es un “algo” muy íntimo y personal, un sello propio, esencia emanada del impulso creador, multiforme, universal y eterno del Arte.

Y es así cómo al comparar cerámicas de diferentes lugares, observamos en sitios que pueden estar muy distantes unos de otros y pertenecer a zonas culturales bien diferenciadas, la presencia de formas idénticas o parecidas, de estilos decorativos similares, de detalles fielmente

reproducidos, todo lo cual no puede explicarse sino por la contemporaneidad y la existencia de lazos humanos entre unos y otros pueblos: influencias mutuas debidas a la cercanía geográfica, a la unión política, al parentesco étnico, a la comunidad lingüística, al comercio; influencias irradiadas de un centro más culto o impuestas por la fuerza; influencias indirectamente transmitidas por pueblos en contacto con diferentes culturas y que hacen oficio de agentes portadores; sin contar con la supervivencia de rasgos que perduran a través de varias generaciones.

Los mudos, y sin embargo para nosotros elocuentísimos testimonios de la vida doméstica y ritual que son los pedazos de alfarería, transformados en otros tantos documentos anónimos de la Historia, son nuestra mayor ayuda para desenredar los pocos hilos enmarañados que nos quedan de la gran trama del pasado. Lentamente, con tropiezos, dudas, afirmaciones y rectificaciones, vamos atando cabos, rellenando huecos, apretando el tejido, dando forma, consistencia y colorido a la obra interminable.

La aplicación de todas las técnicas de que dispone la arqueología moderna ha alterado notablemente nuestra visión de la historia maya. Con la epigrafía como método casi exclusivo de investigación, se edificó la teoría que dividía en dos períodos la historia de los Mayas: "Viejo Imperio" localizado en las montañas de Chiapas y Guatemala, en el Departamento de Petén y en el valle del Usumacinta, en Honduras y en El Salvador, áreas plétóricas de ruinas grandiosas y de inscripciones calendáricas, en donde súbitamente, al final del siglo IX, desaparecieron las fechas de los monumentos, por lo que se supuso que había llegado a su ocaso el Viejo Imperio Maya. Abandonando sus hogares los habitantes de aquel imperio, se dirigieron hacia el norte de Yucatán, despoblado hasta entonces y donde no tardarían en llegar otros pueblos procedentes del centro de México, con los que iban a crear un Renacimiento Maya-Tolteca, el "Nuevo Imperio", del que las majestuosas ruinas de Chichén Itzá son el mejor exponente. La ausencia de fechas posteriores al siglo IX en las regiones meridionales consideradas como sede del Viejo Imperio y la existencia de grandes metró-

polis con fechas recientes en el norte de Yucatán, cuna del Nuevo Imperio, justificaban la verosimilitud de los dos imperios, geográfica y cronológicamente delimitados.

En la actualidad, ese esquema de la historia maya se ha vuelto insostenible. Su más brillante animador, el Dr. Morley, ha tenido que reformarlo de acuerdo con nuevos hechos. Sólo sigue en vigor en los textos escolares de Historia Patria, los que por muchos motivos claman por substitutos más apegados a la verdad. La conjunción de los trabajos epigráficos, stratigráficos, arquitectónicos, estilísticos, paleográficos e históricos, ha permitido trazar un nuevo cuadro, todavía incompleto pero más exacto, de la civilización maya.

Se ha comprobado en los últimos años que durante los tres primeros siglos de nuestra era y quizás en un período anterior, existió tanto en la zona atribuida al Viejo Imperio como en la península yucateca, una cultura pre-maya, asociada en antigüedad y por sus características al "Arcaico" del centro de México, a la cultura llamada de La Venta y Olmeca de Veracruz y Tabasco, al período más antiguo de Monte Albán en la región Zapoteca, y Monte Negro en la Mixteca, siendo las fases más remotas de Uaxactun, San José y Miraflores, las manifestaciones mejor conocidas de aquel primer horizonte cultural de Meso América, en lo que después se vuelve asiento de los Mayas.

Luego siguió un período maya por excelencia, que vio el gran desarrollo de las inscripciones denominadas "Serics Iniciales" y que no quedó restringido a las ciudades del supuesto Viejo Imperio como lo demuestran los hallazgos en la península de Yucatán de fechas que se remontan a los siglos v (Oxkintok), vi (Tulum), vii (Cobá, Jaina, Edzná), viii (Edzná, Santa Rosa Xtampak, Xcalumkin), ix (Chichén Itzá). Además, objetos de cerámica o de piedra procedentes de las regiones del sur o copiados de sus estilos, se encontraron en el norte llevados por el comercio u otros contactos culturales. Es cierto que las ruinas de Yucatán y de Campeche se diferencian notablemente de las del Petén y del Usumacinta, pero debemos recordar que la civilización maya, por

su estructura económica y política fragmentada, nunca constituyó una entidad administrativa con poder centralizado que ejerciera una presión económica, política, militar, religiosa, técnica y artística, sobre pueblos vasallos. Alejados del foco de mayor cultura (y parece indudable que éste estuviera en el norte de Guatemala), los pueblos de Campeche y Yucatán desarrollaron sobre el molde general propio de los Mayas, sus conceptos particulares, su visión personal en la arquitectura, la cerámica, las artes y probablemente también en las costumbres. Este segundo período que se calcula haber durado desde el siglo cuarto hasta el décimo, parece terminar en cuanto a las grandes ciudades del sur, por un abandono repentino de las viejas metrópolis cuya causa —no sabida a ciencia cierta— puede, sin embargo, ser atribuida a un desequilibrio entre un creciente exceso de población y la producción agrícola limitada por el poco desarrollo técnico y expuesta, sin ninguna defensa, a catástrofes producidas por fenómenos climáticos o plagas incontenibles e irremediables, que aún en nuestro días, azotan frecuentemente aquellas regiones surorientales.

El norte de Yucatán, por su parte, recibió en una época no del todo precisada —siglo x según algunos, siglo XII según otros, o en ambos siglos según otros más— las fuertes influencias y las invasiones de pueblos radicados en el centro de México. Tuvo entonces lugar el apogeo de Chichén Itzá con sus nuevos y grandiosos edificios, en los que los elementos mayas y toltecas se combinaron armoniosamente. Durante este tercer período, cuya extensión se estima en dos o cuatro siglos de acuerdo con diferentes criterios, el ambiente pacífico de la vida maya se alteró básicamente. La llegada al poder de los belicosos nahuas introdujo cruentos sacrificios humanos, modificó los conceptos religiosos e inició un reinado de rivalidades políticas, ligas, traiciones y guerras internas que dieron al traste con los siglos de paz, progreso y esplendor.

Un último período, que terminó con la llegada de los españoles, marcó el ocaso definitivo de la civilización maya. Los conquistadores se encontraron con cacicaz-



gos independientes y muchas veces enemigos entre sí, los que vegetaban pobremente en pequeños pueblos o en las ruinas de las que fueron grandes ciudades, vigorosos aún como retoños de un árbol que había sido extraordinariamente fuerte, pero desorientados, rota la armazón material y espiritual que sus antepasados habían creado y desarrollado.

En 1943, merced a la generosa iniciativa del entonces gobernador, Dr. Héctor Pérez Martínez, y en colaboración con el Instituto Nacional de Antropología e Historia—colaboración que ha seguido perdurando con el actual mandatario del Estado, Lic. Eduardo J. Lavalle Urbina—, se efectuaron en la costa de Campeche y en Edzná unas exploraciones arqueológicas que dirigió el autor con la eficiente ayuda del Sr. Raúl Pavón Abreu, director del Museo Arqueológico de aquella entidad. Esas exploraciones han venido a reforzar la tesis de una antigua ocupación de la península de Yucatán y de su participación ininterrumpida en el desarrollo de la alta cultura meso-americana desde su aparición en México.

En efecto, las excavaciones suministraron un material cerámico íntimamente asociado con el horizonte más antiguo de México y Centro América, denominado según los lugares: arcaico, pre-maya, olmeca, etc. En Campeche está representado por vasijas de borde volteado y ondulado, casi siempre grabado o acanalado, tales como las que se encuentran en la fase Chicanel de Uaxactun I, San José I, Monte Albán I, Monte Negro y Zacatenco primitivo. En Edzná apareció también la fase Mamom que precede a Chicanel en Uaxactun.

La cerámica propiamente maya caracterizada en el Petén por las fases Tzakol y Tepeu, también está representada en Campeche por la decoración tri y policromada, las vasijas con moldura o ángulo basal, los vasos negros trípodes vagamente teotihuacanoïdes, los vasos grises de barro fino emparentados con Monte Albán III, y las figurillas de Jaina de las cuales las modeladas—verdaderas esculturas realistas de maravilloso estilo— parecen preceder en el tiempo a los innumerables idollillos (silbatos y sonajas) hechos en molde y que reproducen hasta la saciedad las

mismas figuras estáticas —mujeres sobre todo—, con una ejecución carente de personalidad. Una cerámica indudablemente conectada con el mismo período y exenta aún de influencias “mexicanas” aparece muy abundante en la costa campechana: el anaranjado fino “Z” como lo denominó G. Brainerd, quien lo encontró en la región del Puuc (Uxmal, Kabah, Labná, etc.), anterior en tiempo al subtipo anaranjado fino “X”, propio de la fase tolteca de Chichén y generalmente asociado, este último, a la cerámica de reflejos metálicos (plumbate). El anaranjado fino “Z” lleva con frecuencia una decoración grabada del más puro estilo maya y nunca se encontró en Campeche junto con “plumbate”.

En niveles superiores o en sitios más recientes, se encontró el anaranjado fino “X” o variantes de menor calidad. Un solo fragmento de cerámica “plumbate” apareció superficialmente entre millares de tepalcates. Del mismo período, ya influído por los pueblos procedentes de la altiplanicie mexicana, vía costa del Golfo, datan las vasijas con soportes antropo y zoomorfos, y los braseros con figuras humanas cuyo estilo acusa una concepción artística totalmente diferente de la maya.

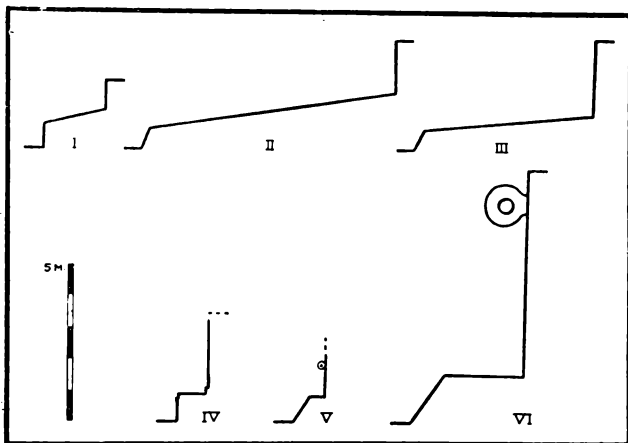
Al llegar a las capas superficiales se nota la desaparición de las vasijas decoradas; fuera de las piezas de uso doméstico sólo quedan toscos braseros de barro grueso mal cocido, pobremente adornados con técnica de pastillaje, elocuentes testimonios de un período de completa decadencia.

La arquitectura nos confirma la presencia de Campeche en el escenario histórico desde los tiempos más remotos de que tenemos referencia. Las estructuras antiguas de Edzná muestran su parentesco con las viejas ciudades de Chiapas y Guatemala; las construcciones posteriores anuncian el peculiar estilo arquitectónico del Puuc y de los primeros edificios de Chichén Itzá.

En Edzná se utilizaron simultáneamente técnicas constructivas que son comúnmente consideradas como típicas de regiones y épocas netamente separadas: la bóveda de lajas saledizas (Antiguo Imperio del Sur) y la bóveda de piedras especialmente cortadas para determinar por

simple superposición un techo inclinado (Nuevo Imperio de Yucatán). Es más, no solamente coexisten ambas técnicas en un mismo edificio, sino que en varios casos la técnica estimada como más reciente se empleó en una construcción que, posteriormente, fué cubierta por otra en la que se usó el patrón antiguo. Este hecho demuestra que las dos maneras de levantar un techo de bóveda no corresponden a épocas diferentes. En Uaxactún se ha encontrado ocasionalmente la bóveda de piedras especializadas, y parece evidente que los albañiles mayas conocían los dos métodos, y que los empleaban a veces indiferentemente. Contemporáneos en alguna época deben, sin embargo, haberse originado en distintas zonas.

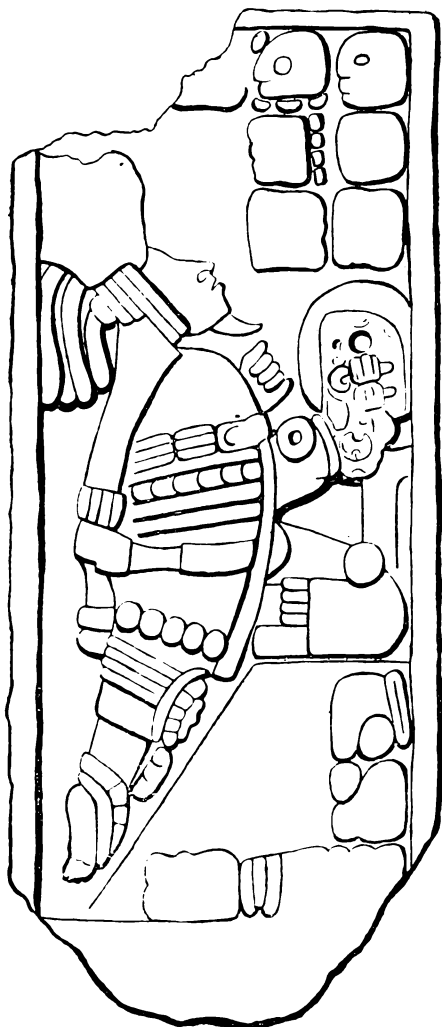
También se descubrió en Edzná un Juego de Pelota que altera los conceptos de una hipotética evolución desde un tipo con muros en talud a otro de muros verticales, sugerida alguna vez por Jorge Acosta. Se suponía que el primer tipo caracterizaba las viejas ciudades mayas y zapotecas, mientras que el de Chichén Itzá, con sus altos muros verticales provistos de anillos, era la culminación de un proceso evolutivo y que su introducción en Yucatán se debía a los toltecas. El Juego de Edzná tiene una banqueta angosta y el paramento vertical, sin que se sepa hasta la fecha si tuvo o no anillos. Quedaría incluido en el tipo "C" de Acosta como el de Chichén. Sin embargo este Juego de Edzná ni es reciente ni puede ser atribuido a los toltecas o a sus influencias, como lo prueban los fragmentos de cerámica policromada estilo Tepeu de Uaxactún, hallados sobre su piso, cerámica maya por excelencia y anterior en dos o tres siglos por lo menos al período tolteca de Chichén. El muro vertical de los Juegos de pelota de Chichén, Edzná y Uxmal, no debe ser considerado como elemento tolteca, sino como un rasgo esencialmente maya, el que se encuentra también en sitios antiguos de Guatemala (Guaytan en el valle de Montagua, Kaminaljuyú, Copán y Piedras Negras), asociado en estos lugares a un talud más o menos tendido en vez de la banqueta horizontal y quizá con la misma función que ésta en el desarrollo del juego. El "tlachtli" de Tula, y de una manera general el tipo "B" según la clasificación de Acosta, parece origi-



CORTES TRANSVERSALES DE JUEGOS DE PELOTA:

- Tipo B*— I. Guaytan, valle de Motagua, Guatemala.  
 II. Piedras Negras, Guatemala.  
 III. Tula, Hidalgo.
- Tipo C*—IV. Edzná, Campeche.  
 V. Estela del Jugador de Pelota de Edzná.  
 VI. Chichén Itzá, Yucatán.

nario de las ciudades mayas del sur, más antiguas que Tula; mientras que el Juego de Chichén representa probablemente una variante peninsular del juego maya. Por si subsistiera alguna duda sobre la antigüedad del Juego estilo Chichén y su filiación propiamente maya, ofrecemos el croquis de una estela muy deteriorada hallada en Edzná hace varios años y exhibida actualmente en el Museo de Campeche. La lápida representa a un jugador de pelota, fácilmente identificable por su peculiar atavío (rodilleras y grueso cinturón), y cuya silueta fué adaptada, con mucha habilidad de composición por parte del escultor, al corte transversal de un juego de pelota. El marco de la estela forma el paramento vertical en el que está empujado el anillo; el jugador, en actitud evocadora ejecutada con elegante ritmo, asienta una pierna sobre la banque-



EDZNÁ.—Estela del Jugador de Pelota. El personaje aparece apoyado sobre la banqueta de un Juego de Pelota visto de perfil.

ta estrecha de muro en talud. Tanto en la parte superior como en la inferior de la estela, se destacan unos jeroglíficos que no pueden ser más que mayas aunque estén sumamente borrados. Por el estilo de la figura, la forma de los glifos y el tipo del relieve, puede suponerse que esta lápida es contemporánea de la mayor parte de las demás estelas de Edzná, es decir, que haya sido esculpida entre las fechas mayas 9.12.0.0.0 y 9.18.0.0.0. (672 a 790), confirmando este dato lo que sugiere la cerámica asociada al Juego de pelota de Edzná: que el Juego de paredes verticales, banqueta estrecha y anillos, se conocía en Yucatán 200 ó 300 años antes de la llegada de los toltecas.

Es interesante hacer notar además que en varias ciudades de Guatemala se encontraron cabezas de serpiente esculpidas en piedra y dispersas generalmente por pares en el interior del Juego, habiéndose hallado también en Edzná un par de cabezas similares, al pie de un montículo que forma parte del grupo de edificios que limitan el Juego.

Otras esculturas, típicas de las más viejas ciudades mayas, surgieron entre el escombros de las ruinas de Edzná: fragmentos de cuerpos, caras y mascarones de estuco, así como dos nuevas estelas espléndidamente labradas, cuyas fechas, de acuerdo con la correlación "B", son respectivamente, 18 de julio de 672 D. C. (9.12.0.0.0. - 10 Ahau, 8 Yaxkin) y 18 de marzo de 692 D. C. (9.13.0.0.0 8 Ahau, 8 Uo). Sin embargo, a corta distancia de las estelas, cerca de una cabeza de tigre esculpida en un bloque de piedra de regular tamaño, yacían dos cascabeles de cobre, testimonios de una ocupación reciente.

Sin haber querido entrar en la discusión de algunos de los problemas fundamentales de la arqueología maya, hemos enumerado varios hechos nuevos que entrañan, previa adquisición de un mayor cúmulo de datos, la revisión indispensable de ciertas teorías que ya carecen de base de sustentación.

Mucho nos falta saber para reconstruir por completo y en detalles la historia de los Mayas, pero vislumbramos mejor su panorama global. Sin dejar de buscar inscripciones, descifrarlas y esforzarnos en penetrar el misterio de los jeroglíficos aun desconocidos, estudiando con ahin-

co su arquitectura, su cerámica, sus artes y demás productos de su industria, sus costumbres funerarias y rituales cuyos vestigios logramos descubrir, internándonos en la selva intrincada de los pocos libros pintados que se salvaron del fanatismo católico—los tres códices mayas—, hurgando bajo el velo poético y esotérico de las crónicas sagradas de sus profetas, los Chilam Balam, rescataremos de la noche y del silencio del pasado, por el mágico poder de la investigación científica, todo lo que un día fué vida, sabiduría y cultura.

## INVITACION AL ESTUDIO DE FR. JERONIMO DE MENDIETA\*

Por Ramón IGLESIA

EL año 1554, el príncipe Don Felipe, hijo del emperador Carlos I de España y V de Alemania, hace una de las más audaces jugadas de la complicadísima política dinástica de aquellos días: se casa con María Tudor, reina de Inglaterra, para lograr así la unión de las dos coronas. Don Felipe es joven —tiene veintisiete años cuando se embarca; ya es viudo. Y nada nos hace pensar que su viaje a Inglaterra lo inundara de gozo; pero, gustárale la boda o no al príncipe, el viaje tenía que hacerse con gran pompa, pues no en vano se trataba del heredero de uno de los imperios más grandes que habían visto los siglos.

Debido, sin duda, a la gran cantidad de barcos que acompañaron al príncipe a Inglaterra, aquel año de 1554 pasaron poquísimos a Indias: tres nada más, el número más bajo registrado en mucho tiempo.

En uno de los tres únicos barcos que llegan a las Indias en 1554 va un grupo de treinta religiosos franciscanos. O, mejor dicho, parece que treinta son los que llegan, pues algunos han muerto en el camino. El viaje es deplorable, cosa habitual entonces. Cuatro meses dura, “cuatro meses, sin faltar un día”, según nos dirá uno de los religiosos que soportan la prueba, Fr. Jerónimo de Mendieta.

Debían de ser de calidad muy mezclada aquellas remesas de frailes que pasaban a Indias. Después de todo, a nadie le extrañaba entonces que una persona tomara el hábito para ganarse la vida, y no soy yo quien lo dice, sino autor tan grave como el franciscano Francisco de Osuna, quien recomienda esta salida a los jóvenes desprovistos de

---

\* Anticipo de una investigación realizada bajo los auspicios de la Fundación Guggenheim.



recursos. Habría, pues, frailes que pasaban a Indias por lo mismo que pasaban muchos seglares: para ganarse el pan con poco esfuerzo; pero había también entre ellos varones excelentes, hombres de excepción, animados de celo apostólico por la obra de la conversión de los indios. Entre estos últimos ocupa lugar señero nuestro franciscano, Fr. Jerónimo de Mendieta.

Fr. Jerónimo es vasco, de Vitoria. Nace en 1525, dos años antes que el rey Felipe II, su señor. Aún no ha cumplido, pues, los treinta años cuando llega a la Nueva España. Poco es lo que sabemos de su vida antes del momento de su llegada, y, posiblemente, lo poco que sabemos no sea del todo cierto, pues la exactitud del P. Juan de Torquemada como biógrafo puede ponerse muy bien en tela de juicio. No era defecto exclusivamente suyo. Las semblanzas de los varones notables por su religión han padecido siempre por el deseo de sus autores de hacerlas tan ejemplares que no vemos bien el perfil de la persona que nos describen.

Pero, en fin, exacto o no, el cap. LXXIII del libro XX de los *Veinte i un libros rituales y Monarchía Indiana* —“Vida del muy religioso P. Fr. Gerónimo de Mendieta”— es el nacedero de donde arrancan todos los escritos posteriores que tratan de nuestro franciscano, incluso los de García Icazbalceta, que lo ha completado con algún dato valioso.

Era de buena cepa Fr. Jerónimo, si hemos de creer a Torquemada. “Tuvo este religioso treinta y nueve hermanos, y con él se cerró el número de cuarenta, todos habidos de su padre, de legítimo matrimonio, en tres mujeres que tuvo, una sucesiva de otra, y él fué el menor de todos; cosa que causa admiración, por ser tan rara, y como tal traía pintada esta multiplicación, señalados los hijos que de cada una de las tres tuvo, y la dexó en algunos conventos pintada”.

Mendieta fué digno hijo de padre tan vigoroso, aunque su energía marchara por otros cauces. Mal puedo creer que su carácter fuera, tal como nos lo describen sus biógrafos, “muy sufrido”. Buenas muestras tenemos de lo contrario en sus escritos. Retengamos de su vida ante-

rior a su llegada a México los breves párrafos que él mismo le dedica: “Yo soy un fraile natural de Vitoria, donde al presente estoy —escribe durante una visita a España—. Tomé el hábito y hice profesión y estudié mi curso de Artes y Teología en esta provincia de Cantabria, y siendo leído por predicador, luego pasé a las Indias, con deseo de servir a Nuestro Señor, ayudando a la conversión y doctrina de los naturales de aquellas partes”.

Es también Mendieta quien nos dice que era hombre sumamente delgado —“sobre ser yo y estar ya demasadamente flaco”—. Era tardo de lengua y largo de pluma —“por ser algo tardo de lengua como otro Moisés no predicaba a españoles” (Torquemada)—. A pesar de sus continuas declamaciones —muy franciscanas— contra la cultura y los letrados bien se nota que era amigo de los libros. “Cuando no tenía que hacer (después de los ratos de su oración y devociones) —nos dice Torquemada— se ocupaba en rotular los libros de la librería y convento”. El virrey D. Martín Enríquez reconvendrá a Mendieta por el poco caso que le hace, diciéndole: “Mas V. R., si no es con su rincón y sus papeles, no tiene amor con nadie”.

Amor a su rincón y a sus papeles, sí; pero nada de torre de marfil. Y sentemos desde ahora que no es Mendieta de los autores que dejan amplio margen para las especulaciones a quien los estudia. Siempre sale a nuestro encuentro; y le cederemos con frecuencia la palabra, porque sabe decir las cosas con tanta precisión, que no resulta fácil superarlo. No es hombre de torre de marfil, indicaba yo: “Fuí derechamente a la Nueva España, a la provincia del Santo Evangelio, en la cual he estado diecisiete años —escribe en 1571— entendiendo en la obra de dicha doctrina, porque en muy breve tiempo fué el Señor servido darme la lengua vulgar de aquellos indios, y demás de predicarles y confesarlos y administrarles todos los sacramentos, y ser guardián en sus pueblos los diez años, he trabajado en hacer edificar iglesias y monasterios, y en fundar de nuevo pueblos ordenados y concertados de los mismos indios, que solían estar derramados por lugares desiertos, fuera de toda policía humana, y muy necesitados de doctrina; y ansimesmo he procurado de favorecerlos en sus

agravios y vejaciones que reciben, escribiendo muchas veces al rey D. Felipe, nuestro señor, y a su Real Consejo de Indias, y a otras personas a cuyo cargo estaba el remedio, manifestándoles las necesidades de aquella destituta gente, y a veces me he ocupado en aprovechar y leer lo poco que sé a los frailes mancebos de aquella Provincia y en acompañar a los provinciales della, ayudándoles fielmente en sus oficios”.

LA historia de la Nueva España en el siglo XVI se me presenta cada vez con rasgos más acusadamente medievales. Tiene grandes analogías con la España anterior a los Reyes Católicos. Las fuerzas dispersas y antagónicas que habían sacudido allí el siglo XV, iban encauzándose gracias al robustecimiento de la autoridad real; pero en el imperio, la ausencia del monarca se dejaba sentir con efectos parecidos a la debilidad de los monarcas anteriores a los Reyes Católicos.

Ya los contemporáneos mismos de la conquista se dan cuenta del peligro, de que mal puede subsistir una sociedad monárquica sin la presencia del soberano, y así encontramos en Fr. Toribio Motolinía una idea que suele creerse muy posterior, de los inquietos días precursores de la Independencia: “Lo que esta tierra ruega a Dios es que dé mucha vida a su rey, y muchos hijos, para que le dé un infante que la señoree y ennoblezca y prospere, así en lo espiritual como en lo temporal, porque en esto le va la vida; porque una tierra tan grande, y tan remota y apartada no se puede tan lejos bien gobernar, ni una cosa tan divisa de Castilla y tan apartada no puede perseverar sin padecer grande desolación y muchos trabajos, e ir cada día de caída, por no tener consigo a su príncipe, cabeza y rey que la gobierne y mantenga en justicia y perpetua paz, y haga merced a los buenos y leales vasallos, castigando a los rebeldes y tiranos que quieren usurpar los bienes del patrimonio real”.

De nada sirvió la advertencia de Motolinía. No se encauzaron las cosas, sino todo lo contrario. La Nueva España presenta en el siglo XVI un aspecto de conjunto que nos hace recordar la venta de Maritornes. Virreyes contra au-

diencias y arzobispos; órdenes religiosas contra virreyes, audiencias, obispos y clérigos; frailes contra encomenderos; españoles contra criollos y mestizos. . . ¿No se pueden aplicar a este mundo revuelto las palabras que Karl Mannheim consagra al fin de la Edad Media? "Todo estaba en conflicto con todo. En el mundo de los nobles, de los patricios, de los burgueses, de los jornaleros, de los mercenarios, todos peleaban contra todos". Con la ventaja, a favor de la Nueva España, de que los principales contendientes eran españoles, y españoles del XVI, de vitalidad incontenible. Iba surgiendo un cúmulo de problemas nuevos que no podrían resolverse sin tremendas fricciones. La cosa no podía ser de otro modo; pero conviene recordarla para contrarrestar idealizaciones fáciles y fáciles añoranzas de quienes pretenden ofrecer a un presente agitado el espejismo de la quietud perfecta y la armonía envidiable de otras épocas.

Hay una página notabilísima en las instrucciones que deja el virrey Mendoza a su sucesor, D. Luis de Velasco, que nos da idea cabal del estado de cosas en la Nueva España con que Mendieta se encuentra a su llegada:

En la Nueva España son los hombres muy amigos de entender en los oficios ajenos más que en los suyos propios, y esto es en todo estado de gentes; y en el que principalmente se ocupan es en el gobierno de la tierra, especial en enmendar y en juzgar todo lo que se hace en ella, y esto conforme a su propósito y a lo que se les fantasea; y como por la mayor parte cada uno es de su lugar, y hay tantos de diversas provincias e naciones que quieren encaminar el gobierno a la costumbre de su tierra, y son tantas las opiniones y pareceres tan diversos que no se puede creer; y si por malos de sus pecados, el que gobierna los quiere poner en razón y los contradice, luego le levantan que es capitoso, y que no toma parecer de nadie, y amigo de su opinión, y que ha de dar con todo en tierra; y hacen juntas y escriben cartas conforme a sus fantasías.

Para evitar algo desto, yo he oído a todos los que vienen, y no los contradigo, porque sería nunca acabar, sino respondo que me parece muy bien, y que es todo muy bueno, que terné cuidado de hacerlo [y] así me libro. Resulta desto que dicen que ten-



**HYSTORIA EC**  
 cleſiastica yndiana conuicta por el  
 S<sup>to</sup> fray gregorio de mendiccia p<sup>ro</sup>cedi.  
 de la orden de n<sup>ro</sup> se<sup>ñ</sup>or S<sup>to</sup> fran.  
 natural de la ciudad de vi<sup>ta</sup> y no  
 tador en la p<sup>ro</sup>u<sup>in</sup> del ſancto congre  
 lio en las yndias. ¶  
 Con algunas aduertencias de S<sup>to</sup>  
 fray joan de domayagua p<sup>ro</sup>cedi.  
 y guardian de ſan fran. de la di<sup>st</sup>  
 uidad de vi<sup>ta</sup>. ſacador de carnas y  
 otros borradores del auctor. ¶  
 Dirigida a n<sup>ro</sup> S<sup>to</sup> fray antonio  
 de t<sup>er</sup>ce<sup>ro</sup> lector juuillado y conſe  
 general de todas las yndias. ¶

Portada y dibujo del manuscrito *Historia Eclesiástica Indiana* conservado en la biblioteca de la Universidad de Texas. Estas y las siguientes ilustraciones se atribuyen al P. Mendieta y las debemos a una cortesía del Instituto de Investigaciones Estéticas y de su colaborador D. Francisco de la Maza.





Alegoría de la orden franciscana en la Nueva España. En primera fila figuran, entre otros, Fr. Martín de Valencia, Fr. Juan de Zumárraga y Fr. Diego de Landa.

go mediano juicio para entender, mas que no proveo ni ejecuto; y en verdad que si hobiese de hacer lo que se aconseja, que ya la tierra estuviera trastornada de abajo arriba veinte veces. Y con ser mi principal intento no mudar nada, no puedo asegar los españoles; y en lo de los indios, son tantas las mudanzas, que algunas veces he dicho que los hemos de volver locos con tantos ensayos.

En dieciséis años anda que vine a esta tierra, y todos los he gastado en mirar y proveer de entenderla, e podría jurar que me hallo más nuevo y más confuso en el gobierno della que a los principios, porque demuestran inconvenientes que antes no veía ni entendía. Yo he hallado muchos que me aconsejen y me enmienden, y pocos que me ayuden cuando los negocios no se hacen a su propósito; y puedo decir que el que gobierna es solo y mire por sí; y si quiere no errar, haga poco y muy despacio, porque los más de los negocios dan lugar a ello; y con esto no se engañará ni le engañarán.

MENDIETA llega a la Nueva España treinta años después de "los doce", el primer grupo de franciscanos destinado a la tarea de evangelizar a los indios. A los doce les han seguido más franciscanos, y luego dominicos y agustinos. Estos nuevos conquistadores espirituales tienen la misma tendencia que los seculares a hacerse dueños absolutos de la situación. Ordenes autónomas, les cuesta trabajo tascar el freno que quieren imponerles los obispos. Los superiores y los simples frailes, las tres órdenes juntas o por separado, escriben de continuo a España, invocando casi siempre la defensa de los indios, y tratando, en realidad, de cuestiones de gobierno, de pleitos de jurisdicción. Ambas cosas eran inseparables, pues los religiosos pensaban que no había mejor manera de gobernar a los indios que dejarlos enteramente a su cuidado; pero no conviene anticipar, ni exagerar tampoco, pues no todos los religiosos plantean la cuestión en forma tan tajante. Mendieta sí lo hace.

No tarda mucho en orientarse en este río revuelto de la Nueva España del XVI, como no tarda en tomar partido con vehemencia. Ha aprendido con tanta rapidez "la lengua vulgar" de los indios, el náhuatl, que ha podido hablarse de que hubo en ello milagro, favor sobrenatural. Y no só-

lo es la lengua de los indios lo que ha aprendido pronto. "Así como Nuestro Señor fué servido de me dar, recién venido a esta tierra, un poquito de noticia de la lengua de los naturales della para entenderme con ellos, así me la dió también luego para entender algún tanto de su ser y quilates, y sentir sus faltas y necesidades, y el modo que se podría tener para remedio de ellas".

Las órdenes saben apreciar debidamente las dotes de nuestro franciscano, pues ya en 1557, tres años después de su llegada, tenemos un escrito en nombre de las tres que es de mano de Mendieta. Por cierto que en él personaliza, como siempre ha de hacerlo, y dice cosas como "no *creo* que se cumplirá con la intención del papa ni con el deseo de V. M." y "los religiosos de *nuestra* orden".

Esto nos da un indicio de la vehemencia de Mendieta, de lo a pechos que tomaba todo lo que escribía, aunque no lo hiciera en nombre propio. Prosigue en su labor de portavoz el resto de su vida, larga vida, pues pasa en la Nueva España más de cincuenta años —con la sola excepción de un viaje a España— y conoce la administración de ocho virreyes y de tres audiencias.

Ancho campo para dejar correr la pluma en nombre propio, en el de su orden, en el de las tres mendicantes, e incluso en nombre de los caciques indios, algunas de cuyas cartas tienen un parecido realmente notable con las de Mendieta. "Las más veces que se escribía a España, al rey, al Consejo y a la Orden, en cuerpo de comunidad, a él le encomendaban las cartas; y lo mismo era por acá a los virreyes y otros personajes graves, porque había puesto Dios en su decir mucha eficacia", nos indica Torquemada.

Gracias a que Mendieta era hombre ordenado y sacaba copia de sus escritos —además de que tenía un tantico de satisfacción en ellos y los enviaba repetidas veces a diversos personajes— conservamos una buena parte, que reunió en un libro "en que recopiló muchos avisos y constituciones para esta Provincia, y para la reforma de la vida, y muchas cartas de grande erudición, escritas a diferentes propósitos; el cual libro tengo en mi poder" —dice Torquemada.



Estos escritos son los que publicó García Icazbalceta en cuatro de los tomos de su *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, si bien no sacó todo el partido posible de ellos, fiel a la convicción que se había formado "de que más se sirve a nuestra historia colonial con publicar documentos inéditos o muy raros que con escribir obras originales, casi nunca exentas de deficiencias y de errores". Con deficiencias y con errores, hoy tenemos que lanzarnos a la interpretación de los valiosos materiales que Icazbalceta sacó del olvido.

QUIENES no se han dedicado mucho a estas cuestiones suelen pensar en una sola figura, la del P. Las Casas, como defensor de los indios, especie de excepción dichosa que compensara a los españoles de las muchas crueldades y abusos que cometieron en América. La realidad es que llegó a estar tan extendida la costumbre de escribir a España hablando de los problemas de las Indias y apuntando soluciones para ellos que la corona tuvo que poner coto a este aluvión epistolar.

Las propias órdenes religiosas se quejaron de esta manía de escribir a España con cualquier pretexto, como lo vemos en carta de Fr. Francisco de Bustamante, comisario general de los franciscanos en 1562, año en que Mendieta hace sus primeras armas en este terreno: "Porque muchas veces cae el escribir las cosas de la tierra en uno que ha pocos días que vino de España, que ni tiene las cosas de ella conferidas ni entendidas, sino que guía la pluma una simpleza santa o una santidad y celo simple, y aun plega a Dios que ésta se halle en todos. Cosa brava es que cada religioso, aunque sea de poca autoridad y letras, amenace con que ha de escribir a V. M. o a su Consejo. . ."

Mendieta sabe que entra a formar parte de una gran corriente. "Me vino en espíritu, como a otros ha venido. . . de escribir a S. M.", dice en el comienzo de su primera carta, fechada en 1562, el más valioso de sus escritos sueltos.

Precisemos algo sobre el ambiente de la Nueva España en aquellos momentos en que Mendieta toma por vez primera la pluma en nombre propio.

El aumento de poderío de los religiosos no se ha producido sin contradicciones ni cortapisas. Se ha promulgado una real cédula que prohíbe a los frailes castigar a los indios, pues habían llegado a administrar justicia por su cuenta y a tener en sus conventos calabozos, cepos, y toda una serie de instrumentos de tortura.

En una carta, toda ella sumamente interesante, del Dr. Luis de Anguis, fechada en 1561, se hace constar: "Asimismo es ocasión de competencia que los frailes juzguen y sentencien, y que hagan audiencias públicas, en que azotan, encorozan y castigan a los pobres indios, muchas veces tan cruelmente que no parecen serles padres, como parece que les son, sino enemigos, sin caridad ni piedad, muchas veces por cosas levísimas".

Es achaque normal que en historia tendamos a generalizar los ejemplos particulares que llegan a nuestra noticia. No sabemos hasta qué punto serían frecuentes estos malos tratos a los indios por parte de algunos frailes; pero lo cierto es que la corona creyó de su deber intervenir, y lo hizo a rajatabla.

En esta limitación de su autoridad, los frailes ven un grave inconveniente para su labor de adoctrinamiento de los naturales. Y ponen, como siempre solían hacerlo, el grito en el cielo. "Porque los frailes de todas órdenes se ayudan de manera que no es parte nadie para castigarles, y por uno se ofrece toda la orden a la muerte y a decir que perderán la vida sobre ello", sigue diciendo el Dr. Anguis.

La llamada a administrar justicia era la Real Audiencia, y no los frailes. De aquí la tremenda arremetida que hace contra ella Mendieta en su carta, como vamos a ver muy pronto; pero también los señores magistrados parece que tendían a salirse fuera del dominio judicial, cosa que molesta muchísimo al virrey D. Luis de Velasco, quien se queja al monarca de que la Audiencia se mete en su terreno, "porque de cada cosa que proveo en casos de buena gobernación, apelan de mí para el Audiencia, y las más veces no viene en efecto lo proveído".

Este buen virrey D. Luis de Velasco a mí se me antoja hombre de poca energía, continuamente desbordado por los problemas que se le plantean, no demasiado amigo de los

indios, como puede verse por sus cartas, y partidario de ciertas resoluciones descabelladas, como cuando propone que se envíe a España a todos los mestizos que fuere posible, "porque son muy perjudiciales para los indios".

Conviene hacer notar esto, porque como fué muy amigo de los frailes, lo convirtieron ellos en una gran figura, de la talla de su antecesor D. Antonio de Mendoza, lo cual va muy lejos de la verdad.

La carta de Mendieta de 1562 es una defensa cerrada del virrey y de los religiosos. Todos los pleitos de la Nueva España tienen fácil remedio: "El cómo ello debiera ser, para bien ser y para ser la Nueva España la más quieta república del orbe (espiritualmente hablando) estáse de molde, que es con tener por maestrescuelas de estos niños a los religiosos. . . y por padre supremo de todos ellos a su visorrey, para que favoreciera y sustentara en todo lo bueno el trabajo de los religiosos".

Esta visión paternalista ha de mantenerse en todos los escritos de Mendieta. Para él no son los indios dechados de bondad, como para Las Casas; pero sí materia moldeable, cera blanda, en la que puede grabarse todo lo que se quiera, bueno o malo. De aquí que no conciba que el rey les quite autoridad a los religiosos para corregir y castigar a los indios, "por ser esta gente tan mísera y baja que si con ellos no se tiene toda autoridad, no se tiene ninguna". No es que Mendieta sea partidario de la crueldad; pero la necesidad del castigo físico formaba parte de las ideas pedagógicas de aquel tiempo. Los frailes deben de conducirse con los indios "en la forma y manera y licencia que los padres y maestros tienen por derecho natural, divino y humano, para criar, enseñar y corregir a sus hijos y discípulos".

Por no hacerse esto, la Nueva España es "caliginosa niebla" y "confuso caos", según Mendieta. La culpa principal de todo "no la echo sino a quien la tiene, que es el demonio maldito". La causa principal es el demonio; pero Mendieta sabe ver bien las causas más inmediatas de los males de la Nueva España; y la que hace figurar en primer término es "la desordenada y vieja codicia de los españoles". La codicia es el pecado capital por excelencia para

Mendieta; franciscano ortodoxo, ningún otro pecado es tan grave para él; y ninguno ha pesado tanto en la actitud de los españoles en América.

A los españoles seglares —y no sólo a los seglares— les mueve exclusivamente el interés, el deseo de riquezas, y de aquí que su conducta sea radicalmente mala. De continuo encontramos en Mendieta magníficas descripciones de este español del siglo xvi, dispuesto a jugarse la vida a una carta para enriquecerse de golpe, lleno de sacrosanto horror al trabajo. “Y como pasada la mar a esta parte, se tenga por tan bueno el más ruin de España como el mejor caballero, y como traigan todos muy decorado que han de ser servidos de los indios por sus ojos bellidos, no hay hombre de ellos, por villano que sea, que eche mano a un azadón o a un arado, porque hacen cuenta que a doquier que entraren entre indios no les ha de faltar (mal de su grado) la comida del huésped, y así huelgan más de andarse hechos vagabundos, a la flor del berro, y transformados en indios, que no servir ni afanar, como lo hicieran en sus tierras, para vivir de su sudor y trabajo”.

Bien sabe Mendieta, y bien nos lo dirá, que éste no es defecto exclusivo de los españoles seglares que pasan a Indias. Peores que los seglares son los eclesiásticos “aseglarados”, como él les llama, los clérigos y los malos frailes que ponen su interés en las cosas del mundo. Y en esta primera carta ya plantea Mendieta la oposición irreductible, que cada vez ha de ir perfilando más, entre las dos ciudades, las dos repúblicas, como él las llama, de los esclavos del demonio y del mundo, y de los siervos de Dios, que, renunciando al mundo, ganan su salvación y ayudan a salvar a los demás.

La orden de S. Francisco es el modelo, la difícil pauta: “Porque nuestro vestuario es un poco de sayal áspero; en nuestras mesas no se usan manteles, ni en nuestras camas colchones, nuestra comida es la que nos dan, y aquélla bien poca, y tan curiosamente guisada, que los huéspedes no la dejan de tener por espesa; pues si andamos fuera por visitas, y que haya una gallina, que es todo lo que en esta tierra se puede dar, por haber sobra de ellas, ha de ser tan dura como un garrote, por ser recién muerta y rellena de

todo lo que Dios le dió desde su nacimiento. Nuestro andar es en la mula de S. Francisco, con más rigor que en otra parte del mundo; porque en España, y adonde quiera úsase andar los predicadores franciscanos, y aun muchos que no lo son, a caballo. . . mas en la Nueva España, no sólo los súbditos en general, con andar comúnmente predicando y visitando a los indios por sierras y barrancas y tierras calientes y llenas de mosquitos y otras mil sabandijas, mas aun el pobre del Provincial y el Comisario General, que lo andan todo, cercan y rodean este nuevo mundo a puro talón, con sólo un compañero”.

Difícil pauta, puerta estrecha, la que Mendieta propone. Y de aquí su insatisfacción radical con todo y con todos, con oidores y encomenderos, con obispos y clérigos, con todos aquellos cuyo interés es de este mundo y no de Dios.

Cabría pensar que hombre tan despreciador del mundo fuera un insatisfecho con la estructura social de su tiempo; pero no hay tal. En Mendieta van juntos, en forma que a nosotros podría parecernos extraña, la negación del mundo y el respeto y la defensa cerrados de la estructura jerárquica de la sociedad en que vive. Hay personas nacidas para mandar y para obedecer, nobles y vasallos, y cualquier confusión que se produzca entre los distintos órdenes es funesta para la sociedad.

La Nueva España sufre porque el virrey carece de atribuciones suficientes. En ausencia del soberano, ausencia que Mendieta deplora a cada paso, ha de ser el virrey quien ejerza el poder absoluto. El virrey, “el cual se presume y entiende que tiene de ser persona de tanto ser y valor, así en linaje y estado como en prudencia y experiencia y en toda virtud, que si menester fuere se le pueda confiar el gobierno de medio mundo, como de hecho poco menos se le confía”. ¿Cómo puede atrevérsele al virrey “un pobre licenciado, porque estudió dos maravedís de leyes en Salamanca”? Mendieta comparte plenamente las ideas de Cortés y los conquistadores sobre los juristas. “Cuanto más que no sé qué motivo se pudo tener para que el virrey de esta tierra esté en todo sujeto y atado a tres o cuatro oidores, por ser letrados en el derecho civil; porque es ver-

dad que es de tan poca importancia y necesidad para el gobierno de estos reinos, que pluguiera a Dios que ni Código ni Digesto, ni hombre que había de regir a indios por ellos pasara a estas partes; porque ni Justiniano hizo leyes, ni Bártulo ni Baldo las expusieron para este nuevo mundo y su gente”.

Gran defensa hace Mendieta en esta carta de 1562 de las atribuciones del virrey; pero ¿cuál será su actitud si el virrey no es tan dócil con los frailes como lo era D. Luis de Velasco? ¿Y si la corona presta apoyo, precisamente, a quienes procuran recortarles las alas a los religiosos?

**L**A correspondencia del virrey D. Luis de Velasco es tan llorona y quejumbrosa como la de cualquier conquistador, o hijo de conquistador, o nieto de conquistador. Su continuo lamentarse de falta de dinero y su continuo importunar al rey para que le haga mercedes, nos recuerdan el tono a que nos tiene habituados Bernal Díaz, el gran pediguño: “Si la necesidad no me forzase, no importunaría a V. M. suplicando me haga merced con que mejor le pueda servir; pero es cierto que el salario que V. M. me manda dar, que son quince mil ducados, no basta a suplir la costa que con el cargo tengo, por la gran carestía que hay en todas las cosas necesarias, así de lo que se trae de España como de la cosecha de la tierra. De mi salario se sustentan muchos españoles, indios, negros y caballos, y todo es necesario para la seguridad y acompañamiento desta Audiencia Real y ejecución de la justicia y seguridad de la tierra. Si V. M. fuere servido de hacerme merced, suplico humildemente no se dilate, porque la edad y la necesidad están en el tercio postrero”.

He aquí cosas que no eran gratas a los oídos de Su Majestad ni de los señores de su Real Consejo de Indias. Y había algo peor: las continuas alusiones que hace el virrey a la seguridad de la tierra, que está amenazada según él; el temor perpetuo que demuestra ante todo, ante españoles y mestizos, ante los pleitos de religiosos y obispos, ante la actitud de la Real Audiencia, “dando a entender algunos de los oidores por la ciudad que yo solo soy causa del daño que a ella se sigue. . .”



Representación de un sacrificio humano con escenas de la vida indígena.



Evangelización de niños indígenas por un fraile franciscano.



Mal tono para un representante del rey D. Felipe. Razon tenía Mendieta cuando hablaba del pobre del virrey y de que siempre había estado acobardado. Lo decía en defensa suya, atacando a la Audiencia; pero otra cosa debieron de pensar en España, puesto que enviaron a México un visitador con plenos poderes.

“En esta flota vino el licenciado Valderrama, del Consejo de V. M. —dice D. Luis en febrero de 1564— por visitador de esta Real Audiencia y Nueva España; besamos a V. M. las manos munchas veces por querer ser informado y saber cómo hemos usado los cargos y administrado la justicia, y enviado para ello persona de tanta calidad, letras y conciencia. Tiénese entendido que en todo mirará lo que convenga al servicio de V. M. y bien destes reinos”.

¡Vaya si miró! “Será necesario que yo vea y entienda todas las provisiones, mandamientos, autos y otras cualesquier cosas que se despacharen en lo tocante a la gobernación y hacienda”, le comunica al secretario de la Audiencia en noviembre de 1563, dos meses después de su llegada a México. Al rogarle el secretario que sea más explícito, ordena “que no se den mandamientos para hacer monasterios sin darles traza humilde y moderada, ni sin averiguarse que el lugar donde se han de hacer, dista seis leguas de otro monasterio”; “que no se den estancias, caballerías ni molinos a conventos de frailes, porque no es contento dello Su Majestad”; y otras cosas por el estilo, que indican por dónde se va a formar la tormenta. Todas ellas en nombre de Su Majestad y de acuerdo con las instrucciones que Valderrama traía.

Hay que precisar esto, porque desde Mendieta en adelante se ha ido forjando la leyenda de un Valderrama atrabiliario y mezquino “que parece que vino en contra de los indios y de los religiosos que los doctrinan” —Mendieta—; “afligidor de los indios” —Mendieta y Torquemada—; empeñado en aumentar los tributos a los indios “con lo cual creía hacer méritos ante su augusto soberano” —Cuevas—.

No es que creía hacer méritos; es que venía a encauzar la hacienda y la gobernación de la Nueva España, cosa nada fácil, por cierto. Y quienes más sufrieron de resultas

de su actuación fueron precisamente aquéllos que Mendieta defendía en su carta de 1562: el virrey y los frailes.

No se trata, claro está, de que Valderrama fuera enemigo de los religiosos como tales, sino de que se salieran del terreno de su jurisdicción. Es grande el provecho que han logrado en la doctrina, nos dice; pero, a cambio de esto, "han gobernado y ejercitado jurisdicción más que los ministros de V. M. Han mandado en lo espiritual más que los obispos y hecho lo que se les ha antojado absolutísimamente. Han llevado y gozado de la hacienda más que V. M. Mucho de ello han gastado en iglesias y monasterios, y plata y ornamentos en excesivo grado; mucho en parientes y parientas; mucho en enviar a Castilla".

Quienes primero escandalizan a Valderrama con su deservoltura son los dominicos, algunos de los cuales dicen que el rey debe devolver la tierra a los naturales, mientras otros ocultan a los indios para que no se les pueda tasar como es debido, y todos se consideran señores absolutos, insolentándose con el visitador. "Todas estas cosas juntas hacen consonancia de comunidad, y Dios me es testigo que si hubiese en la tierra sujeto para ella, que no faltase quien la predicase de tan buena gana como predicaron de esta orden la que en ese reino hubo".

No sé si exagerará Valderrama en sus acusaciones; pero no es el único en denunciar la autoridad excesiva de los frailes, que utilizan a los indios según bien les parece y los recompensan también a su antojo, habiendo contribuido a crear grupos de gentes nada recomendables en torno a los monasterios. "Hase consentido mucho servicio de indios en gran exceso para tañer y cantar en los monasterios, con muchos géneros de músicas, y para otros servicios de la iglesia y de la casa, en lo cual, demás del inconveniente de ocupar tanta gente que no trabaje, son los más malos hombres que hay en esta tierra los que se crían en los monasterios, porque como son holgazanes, y son ladinos, y favorecidos de los frailes, ándanse de casa en casa con sus flautillas, haciendo grandes ofensas a Dios y daño en los pueblos, y aliende de esto los esentan de los tributos".

Grave acusación era ésta, pues la hacienda de Su Majestad no tenía nada de próspera. Valderrama no cree que

los frailes procedan por maldad deliberada, sino, muchas veces, por imprudencia. "Muy buenos hombres hay entre ellos, pero poco doctos, y aun de poca prudencia humana. Envían de Castilla de ordinario el desecho de las casas y, como en viniendo de allá se ven en poderío tan absoluto, desvanécense; y júntase con esto la doctrina que mamaron del obispo de Chiapa. Y así se pasa con ellos gran trabajo".

Es digno de notar que aquí haga precisamente Valderrama, dirigiéndolo a los frailes, el mismo reproche que éstos hacían siempre a los conquistadores seculares: que de España venía lo peor de cada casa. Pero, en último término, la culpa no es de los frailes, sino del virrey que ha tolerado que las cosas llegaran a este extremo. "En esta tierra no hay más querer ni voluntad, ni la ha habido en el virrey, de lo que frailes quieren".

A cada momento son más frecuentes y más graves las acusaciones de Valderrama contra Velasco. Los fondos de la caja real se los llevan "los criados y médicos y barberos del virrey, y de su hijo y hermano, y otros oficiales". Utiliza los servicios de los indios sin pagarles—"y servían treinta indios de traer agua y veinte de barrer, sin les dar de comer ni otra paga". No se explica el visitador en qué se invierte el dinero, pues la ciudad de México está mal provista de agua; las calles no están empedradas, y sí llenas de inmundicias; "no hay alhóndiga, ni matadero, ni entiendo en qué obras públicas se ocupaban los barrios de México y Santiago para que por eso dexasen de tributar, como a V. M. lo escribieron virrey y oidores". Como remate, Valderrama escribe en junio de 1564: "Conviene, si cuando ésta llegare no estuviere hecho, que V. M. le mande dejar este oficio y provea otro en él".

No fué Felipe II, sino la muerte, quien se encargó de complacer a Valderrama, llevándose a D. Luis de Velasco. Torquemada nos describe con lujo de detalles el sentimiento producido por la muerte del virrey y tan amigo de los religiosos: "Cuya muerte fué llorada de todos, sentida de los más extraños, acompañando su cuerpo no sólo los sacerdotes de simple sacerdocio, sino también seis obispos, que a la sazón se hallaron presentes en esta ciudad en un sínodo provincial que se hacía, de los cuales los cua-

tro le llevaron en hombros, siguiendo su ataúd visitador y audiencia, antecediendo los cabildos eclesiástico y secular, acompañado como capitán general de más de seiscientos soldados que en aquella sazón se habían alistado, por orden del mismo difunto, para la jornada de la Especería; los reyes de armas iban delante; las caxas y atambores destemplados y roncós; caballos enlutados, despalmados y coxos. Fué grande el concurso de la gente noble, y no menos el de la común, todos vestidos de luto. . .”

Quien más de luto estaba era nuestro Mendieta, que con esa tendencia tan humana a pensar que cualquier tiempo pasado fué mejor, marcó en la muerte del virrey Velasco y en la venida del visitador Valderrama el fin de la edad de oro de la Nueva España. Había de insistir en esta idea desde el año mismo de 1564 hasta que unos treinta años después acababa de componer su *Historia Eclesiástica Indiana*, en la que nos dice: “Don Luis de Velasco el viejo, en cuya muerte comenzó a caer de su estado el tiempo dorado y flor de la Nueva España. . . . abierto un portillo de esta cerca con la llegada de un visitador que venía a acrecentar tributos y a apellidar dinero y más dinero, entró tan de rota batida por la viña adelante el puerco montés y la bestia fiera de la desenfrenada codicia, que creciendo en aumento más y más cada día, de tal manera ha ido cundiendo y enseñoreándose de la viña, que derrocada la cerca y dado lugar para que éntre todo género de animales nocivos a paecerla, no sólo los frutos de su cristiandad y los pámpanos de la temporal prosperidad se han desaparecido cuasi del todo, mas aun las mismas cepas (las pocas que han quedado) están ya enfermas, como resequidas y cocosas, estériles y sin provecho, y la viña vuelta un eriazó, bosque o matorral”.

Notable ejemplo de fijación deformadora, pues es el propio Mendieta quien nos había dicho en su carta de 1562 que las cosas no andaban bien en México. La edad dorada de la Nueva España sólo existió en la imaginación de nuestro franciscano, en la imaginación, que parece ser el único lugar donde todas las edades doradas existen y han existido siempre.

# "SUPUESTA APORTACION ESPAÑOLA A LA CULTURA ROMANA

Por *Rafael ALTAMIRA Y CREVEA*

- 1. No CABE duda que, desde el punto de vista de la civilización española, la pregunta esencial es la de cómo y en qué medida aprovechó a los españoles su romanización. La respuesta a esa pregunta no puede ser completa, dado que carecemos de documentos relativos al alcance que obtuvieron concretamente, en los distintos sectores de la población indígena, el ejemplo, y la lección política que representaban las costumbres romanas y el gobierno provincial. Desde la posición exteriormente pasiva de sufrir y resignarse al cambio, hasta el juicio de reconocer en él una ventaja y apetecer su difusión lo más intensamente posible, hay una gran distancia y varios grados de imitación y asimilación de que, muy verosímilmente, fueron participando las diferentes razas y tribus, más o menos pronto y en desigual medida.

Sin duda, también, hubo algunos órdenes de actividad social y de práctica intelectual, en que los indígenas españoles carecían de tradición y acervo de cosas capaces de ser opuestas a las que constituían la cultura romana. Por lo menos, ignoramos si las hubo, pues no han llegado a nosotros textos literarios, jurídicos, etc., escritos en idiomas indígenas (el ibero y cualquier otro que entonces se hablase); y, por otra parte, los historiadores y geógrafos griegos y latinos no nos informan de esos aspectos de civilización más que en términos muy generales, de que Estrabón ofrece el mejor ejemplo.

---

\* El presente trabajo es un capítulo de mi todavía inédita *Historia de la civilización española* en tres volúmenes. Tomo I del *Relato histórico*, Parte segunda: *La romanización de la Península*.

En el Capítulo de la Parte Primera vimos ya que este autor se limita a consignar la existencia de varias literaturas en la España indígena (entre ellas la tartesia, que parece haber sido la más desarrollada en este orden de cosas); pero no indica si se refiere a la época en que él escribió su gran *Geografía*, o sea en la contemporánea de la dominación romana, o a tiempos anteriores a ésta. En todo caso, esas literaturas fueron, muy verosímelmente, eclipsadas por las obras escritas en latín (lengua que se iba difundiendo e imponiéndose cada vez más), y no se volvió a hablar de ellas. Por de contado, las clases inferiores del pueblo (tanto el indígena como el procedente de Italia), no usó el mismo latín que los literatos; con lo cual, se constituyeron prácticamente (fenómeno común a todas las dominaciones del tipo romano) dos idiomas: el culto y el popular o rústico (*sermo rustico*). En este último, las palabras eran pronunciadas en forma incorrecta o consistían en neologismos espontáneos y (según el concepto romano) "bárbaros"; mientras la sintaxis se apartaba mucho de las formas clásicas y genuinas del lenguaje latino propio de los literatos. Parece sin duda que se produjeron también, en ese lenguaje popular, variantes de pronunciación. Pero de esto no sabemos nada en concreto. Ningún autor contemporáneo de la romanización habla de textos escritos en el *sermo rustico*, que pudieran atribuirse a gentes indígenas; ni tampoco mencionan, al historiar la romanización de la Península, nombres de estirpe hispana autóctona representativos de casos de asimilación que hubiesen producido creaciones de tipo romano o, por lo menos, de tipo indígena influido por el estilo culto y la ideología propia de los conquistadores. Por todo lo cual, y salvo los datos que arroja la arqueología en cuanto a producciones de arte y de otras técnicas en que se advierte la continuación, por algún tiempo, de las maneras indígenas o la penetración de influencias latinas, nada sabemos en concreto de la cultura hispánica del Siglo I y siguientes.

Y sin embargo de todos esos hechos, desde hace siglos a partir del Renacimiento de las literaturas clásicas, se viene calificando de españoles a varios escritores latinos de co-

mienzo del Imperio romano, imputándoles, además, ciertas notas particulares de índole literaria decadente, como adquiridas por ellos en su roce con el ambiente social y aun el clima indígena de las provincias de Hispania. Es cierto que testimonios contemporáneos de esos escritores citan con la misma calificación los nombres de aquéllos, a los cuales añaden los de algunos hombres de ciencia, políticos y militares; pero siempre a base del hecho de haber nacido en España. Lo que ninguno de esos contemporáneos dijo concretamente, es si el adjetivo "español" significó entonces algo más que el hecho, a veces fortuito, de ese nacimiento.

2.—Lo mismo han seguido haciendo los escritores modernos, latinistas o no. Tomemos por ejemplo uno de los diccionarios latinos más recientes: la nueva edición del latino-francés de Benoist y Goelzer, donde tanto la voz *Hispanicus* como su equivalente *Hispanus*, se traducen muy semejantemente y en términos muy generales que expresan una misma y única acepción: "De España, hispánico" (*D'Espagne, hispanique*) apoyándose en Suetonio; y "De España, español" (*D'Espagne, espagnol*), tomando por autoridades a Livio, Quintiliano y Plinio.—Por su parte, el Diccionario de la Lengua Española (última edición: 1936 - 1939) admite dos acepciones en lo que toca a personas: 1ª Natural de España (o sea nacido en territorio español); 2ª Pertenciente a esta nación (es decir, ciudadano o naturalizado en España); con lo que se pone al unísono con la doble significación que conviene tener en cuenta para el caso que nos interesa ahora, dentro de la cuestión capital de los dos sentidos que es preciso distinguir para determinar exactamente el alcance que, de hecho, debemos conceder a la calificación de "español": a saber, no sólo como persona nacida en España, con abstracción completa de su origen familiar y de su ciudadanía, sino también como perteneciente, étnicamente, al pueblo español. Esa doble acepción es la que, en uso corriente damos, desde hace tiempo, a la palabra "americano", y muy justificadamente. Esta palabra lo mismo puede indicar a la persona nacida en América, cualquiera que sea su nacionalidad, que al español que emigra a nuestras antiguas colonias indianas y vuelve a la patria, ya para vi-

sitarla temporalmente, ya para establecerse en ella de nuevo; y, por lo tanto, sin que signifique forzosamente que la persona aludida haya nacido en aquellos territorios; aunque también damos a la dicha palabra el valor de expresar el caso en que, quien vuelve a la patria, haya nacido en América, de padre o madre españoles. El ya citado léxico de la lengua española, contiene esa acepción, si bien como exclusiva de dos regiones peninsulares (Asturias y Galicia) que son, precisamente, como todos sabemos, las más abundantes en emigración. Lo cual no quiere decir que en el resto de la Península no se use corrientemente la significación nacida, al parecer, en el noroeste español. Al aceptarla la Academia, la califica de equivalente a *Indiano*, pero únicamente para designar el "que vuelve rico de América". Prácticamente, el pueblo español emplea indiferentemente ambas palabras ("americano" e "indiano") sin detenerse a comprobar si éste es rico o no.

Ahora bien, ¿por qué razón hemos de excluir que los romanos no pudieron emplear la voz "Hispanicus" y la de "Hispaniensis" para designar también a los itálicos, colonos o funcionarios de la administración colonial en Hispania, y no sólo a los indígenas de la Península? En todo caso, aunque nos faltaran pruebas para arriesgar esa hipótesis, nosotros podemos legítimamente alegar que, racional y prácticamente, cabe sostener la existencia de esa acepción diferencial. Es imposible afirmar rotundamente que los romanos no percibieran la diferencia entre un español de raza y un latino que, por causas diferentes y bien conocidas, vivió más o menos tiempo en tierra española. En consecuencia, y aunque usaron las mismas palabras para mencionar a unos y otros, este hecho no implica, en todos sus casos, la equivalencia con la voz "indígena". Así lo comprueba la significación de "Hispaniensis": "que tiene relación con España" o que "ocurre en España" (Cicerón, Velleius, Tácito y otros). Ver también las investigaciones expuestas en los párrafos siguientes.

Pero antes de comenzarlas, quiero advertir al lector que no me guían en el presente estudio, ni la pasión, ni la vanidad patrioteras. Barrocos o no, decadentes o sim-





Séneca.—*Bronce.* Herculano.



El acueducto romano de Segovia.

plemente originales, ya quisiéramos todos los españoles que Séneca, Lucano, Quintiliano y hasta (en parte) Marcial y los otros que se citan, fuesen verdaderos compatriotas nuestros y no romanos; o que, en el caso de no ser hispanos de raza o derivados directos de gentes hispánicas, hubiesen recibido, tan intensamente como dicen sus modernos biógrafos, la influencia del medio geográfico y de la espiritualidad de turdetanos, celtíberos, gallegos, etc. . . , hasta el punto de crear una escuela divergente, en más o en menos, de la genuina índole y tradición literaria latinas. Me guía tan sólo aquí la averiguación de la verdad histórica correspondiente a una opinión que, hasta hace poco, yo mismo he seguido, sin discutirla;<sup>1</sup> y por esto, tanto como pongo en estado crítico las afirmaciones ajenas, pongo también la mía y confieso mi culpa.

3.—Empecemos por lo que los biógrafos modernos dicen del nacimiento y el origen familiar de todos y cada uno de los escritores aludidos.

Las noticias referentes a Séneca son pocas y vagas. Unos dicen que su padre era “un caballero rico, quizá funcionario del fisco”, y su madre, Helvia, “inteligente, bastante culta y de alta moralidad”. Otros, más sobrios, se contentan con escribir<sup>2</sup> que “descendía de una familia de caballeros”; que su padre “afectaba seguir las costumbres de los antiguos romanos” y que su madre era “de mediana cultura”. Esto último parece confirmado por el mismo Séneca en la *Consolación que dedicó a Helvia* No. XVII), atribuyendo las deficiencias de sus conocimientos a la “severidad anticuada” del padre (*patris mei antiquus rigor*). En todo caso, se desprende bien de todos esos informes que Séneca pertenecía a una familia romana (itálica, por lo menos) y no turdetana o de otro origen indígena.<sup>3</sup>

Lucano era nacido en Córdoba, como Séneca, de la misma familia que éste, en cuyo ambiente se educó y en

<sup>1</sup> En las ediciones anteriores al presente texto.

<sup>2</sup> A. BOUGERY. Tomo I de los *Diálogos* en la edición de la “Sociedad Guillaume Bude” (1922).

<sup>3</sup> La breve poesía que Séneca escribió, durante su destierro, en

la que "el amor de las letras se unía *a todo el fuego de la imaginación española*". El autor que esto dice no explica cómo se *españolizaron* aquellos latinos. El padre de Lucano (escribe el mismo biógrafo) era "caballero romano". Una hija de Lucano fué abuela del emperador Marco Aurelio, entroncado así con los Anneos de Córdoba.

Columela, "el más sabio de los agrónomos de la anti-güedad", nació en Cádiz. Nada se dice de su familia; pero sí que era "un gran propietario de tierras" y que se estableció en Roma donde escribió sus obras hacia el año 40 del siglo I. También eran de Cádiz los dos Balbos (Lucio Cornelio y su tío), a quienes Pompeyo hizo otorgar el "derecho de ciudadanía romana". ¿Quiere esto decir que eran indígenas españoles o, simplemente, colonos italianos que durante algún tiempo sólo gozaron de los derechos limitados que caracterizaban la situación jurídica de *latinos*? De su familia se dice que era ilustre, sin precisar por qué, ni su procedencia. En cambio, se ha dicho de Lucio Cornelio que fué "el primer *extranjero* que recibió los honores triunfales en Roma".

Pomponio Mela, de quien se ha supuesto (pero no parece exacto) que pertenecía a la familia de Séneca, se declaró, él mismo, nacido en España; pero no se sabe exactamente en qué ciudad, porque el nombre de ésta se halla escrito de varias maneras diferentes en los textos antiguos.

Respecto de Quintiliano, el famoso retórico, se ha discutido si nació en España: en Calagurris Nassica y en el año 35, dicen muchos biógrafos; pero otros creen que en Roma. Es significativo que Marcial no lo incluya en su grupo de compatriotas, que luego veremos, y que le llame "Gloria Romanae".<sup>4</sup> Fué hijo de un retórico mediocre que se supone enseñó en Roma.

---

loor de su ciudad natal (número IX de la edición moderna de la casa Garnier) no proporciona ninguna noticia que aclare este asunto. El texto se limita a decir, en su pasaje más personal:

"Ille tuus quendam magnus, tua gloria civis  
Infiger scopulo".

<sup>4</sup> Libro I de los *Epigramas*, No. 90 *Ad Quintilianum*. El editor de Marcial, Pierre Richard (Paris, 1931), dice, no obstante, en su nota 429 relativa a ese epigrama, que Quintiliano "era español como Marcial".

4.—He dejado para lo último a Marcial por darse en él, juntamente con noticias escasas y algunas discutidas por los humanistas, el caso único de ser él mismo quien nos da repetidamente una contestación categórica respecto de su condición étnica, que nadie hasta ahora (que yo sepa) ha utilizado con relación al problema que discuto.

De Marcial dice uno de los editores modernos de textos latinos, que "el nombre, origen y estado de sus padres, nos son desconocidos". Otro afirma, pero sin indicar la fuente en que se apoya, que se sabe el nombre de los padres: Fronto y Flaccilla; mientras que el profesor H. J. Izaak, autor de una edición reciente y muy elogiada, de los *Epigramas*,<sup>5</sup> se limita a decir que "*probablemente* los padres de Marcial se llamaron Fronto y Flaccilla" y que "debieron ser acomodados puesto que pudieron dar una buena educación a su hijo". Nos quedamos pues reducidos, en lo que toca a las fuentes biográficas de que trato ahora, a saber que Marcial nació en una ciudad llamada entonces Bilbilis (Calatayud u otra cercana a este pueblo moderno) y en el año 40 de C., y que demostró amor a su patria, dado que, habiendo vivido en Roma 35 años, regresó a Bilbilis en el 98 (ó el 99) del siglo I y que allí murió entre el año 100 y 103. Izaak añade por su cuenta, que el regreso de Marcial a la patria (supuesta), de donde ya no volvió a salir, estuvo influido por la viuda Marcela, admiradora y protectora del poeta. A lo que puede unirse el dato de que Marcial no olvidó nunca su vida en Roma y la añoró explícitamente en escritos suyos.

Felizmente, como anticipo renglones arriba, Marcial se encargó de suministrarnos en sus *Epigramas* muchos datos interesantes para poder determinar, tal vez, si era simplemente un romano nacido en tierras españolas, o un indígena, si no de ableno (porque de este particular nada dice), de espíritu.

Por de pronto, es él quien nos informa que, efectivamente, sus padres se llamaban Fronto y Flaccilla;<sup>6</sup> pero

<sup>5</sup> Edición de la Sociedad Budé. París, 1930.

<sup>6</sup> Epitafio de Erotii: No. 34 del Libro V de los *Epigramas*, "Hanc tibi, Fronto pater, genitrix Flaccilla . . ." Lo escribió con motivo de la muerte de su hija Eroti (de seis años de edad) y la enco-

no dice más de ellos. En cambio, repetidas veces se llama *celta*, *ibero* o *celtíbero*, y a la comarca en que nació y vivió más de 20 años, *Celtiberia*. Aparece esta afirmación en varias poesías del tomo I y con motivo de hablar de otro escritor amigo y compatriota suyo, de quien luego trataré particularmente.

La poesía número 50 invita a ese amigo para gozar de las dulzuras campestres en España, y le dice: "Tú, de quien las gentes celtíberas no podrán ocultar el nombre; tú, honor de España, Liciniano, vas a ver la empinada Bilbilis célebre por sus aguas y sus armas. . .". La número 62, también dedicada a Liciniano, y cuyo asunto es la patria de algunos escritores de la época, dice: "Córdoba habla de los dos Sénecas y de Lucano el único. Bilbilis, patria de nosotros dos, glorifica tu nombre, Liciniano, y no callará el mío".

En el N° 55 del libro IV consta ya la denominación de *celtíbero*: "Nos Celtis genitos et ex Iberis—Nostrae nomina duriora terrae—Grato non pudeat referre versu"; y sigue una larga enumeración de ciudades indígenas, de que volveré a tratar más adelante.

Nueva afirmación celtíbera en la poesía 52 del Libro VIII que habla de un gobernador romano y dice de él: "Ille meas gentes et Celtas rexit Iberos".

El número 20 del Libro X vuelve a mencionar la ciudad en que nació: "Si el Salón de Celtiberia me conduce a las márgenes portadoras de oro; si tengo ganas de ver nuevamente los altos techos de mi patria, es a causa de tí. . ."—El 65 se dirige a Carmenio y delinea un retrato físico y moral del poeta: "Puesto que te vanaglorias, Carmenio, de ser ciudadano de Corinto, cosa que nadie te discute ¿por qué me llamas "hermano", a mí, que soy hijo de la Celtiberia y ciudadano del Tajo? ¿Acaso se parecen nuestras caras? Tu cabellera brillante ondea y flota; yo poseo la crin rebelde de un español. Tú tienes la piel limpia por una diaria depilación. Yo tengo las piernas y las

---

mienda a sus abuelos: "Inter tam veteres ludat lasciva patronos—Et nomem blaeso gladiat ore meum". El lector debe saber que los versos de M. que iré citando en el texto, no son los únicos en que el poeta habla de su patria de nacimiento y del Tajo y del Jalón.

mejillas hirsutas. Tu boca balbucea, tu lengua es débil; una leona no hablaría más recio que yo. No difieren menos el águila de la paloma y el gamo temeroso del terrible león". —El 78 habla a Macer, quien se dispone a partir para Dalmacia, y expresa su sentimiento porque se ausente "del país de los Celtas y de los hoscos Iberos". El, Marcial, en cada página que escriba "en las márgenes del Tajo abundante en peces", citará a Maner. —El 96 nos informa de la doble atracción que agita su vida: "Te asombras, Avito, de oírme hablar a menudo de pueblos lejanos, yo que he envejecido en Roma, y de satisfacer mi sed con el agua del Tajo aurífero; te asombras (también) de mi nostalgia cuando pienso en mi pobre campiña y en la cabaña en que nada me falta. Es que amo a una tierra donde, con poco, basta para que yo sea feliz y donde el lujo consiste en una modesta fortuna. Aquí [en el Lacio] hay que nutrir a la tierra; allí es ésta quien nos nutre. Aquí una escasa llama apenas si calienta el hogar; allí brilla una inmensa llamarada. Aquí, el hambre cuesta cara, el mercado arruina al comprador; allí mi mesa abunda en las riquezas de sus propias tierras. Aquí se gastan en el verano cuatro togas y aún más; allí con una sola tengo bastante para cuatro otoños". A la luz de esa confesión que muestra juntamente las miserias que sufrió en Roma y la tendencia comodona, pero modesta, de su vida, así como los dos motivos que le atrajeron a Bilbilis años después, se comprende mejor la poesía 47 del citado libro II, flor rara en la obra de Marcial, que expresa su relativo estoicismo y recuerda, pero con mayor modestia, la *aurea mediocritas* de Horacio. —La nostalgia de Bilbilis vuelve a expresarse en el número 103 del mismo libro, donde se dirige a los "municipes suos bilbilitanos": "Convecinos [o conciudadanos] nacidos en la escarpada montaña de la angosta Bilbilis (augusta... quios Bilbilis acri-Monte creat), rodeada por las aguas rápidas del Salón ¿no sentís goce por la gloria de vuestro poeta? ... Hace ya treinta y cuatro estíos que ofrecéis, sin mí, vuestros rústicos pasteles a Ceres".

Pero todas esas ventajas de su vida en la Celtiberia no le impiden reconocer los defectos de ella. Así lo demuestra

en el prefacio del Libro XII, escrito ya en España. Echa de menos la excitación del ambiente intelectual romano y añade a esto "el espíritu estrecho de un pueblecito provinciano, de malas lenguas; la envidia que toma la apariencia de juicio crítico; la existencia de uno o dos malhumorados (lo que es bastante en un rincón pequeño) frente a los cuales es difícil tener buen humor todos los días". Aun más interesante para el objeto de estos análisis, es la terminación de ese prefacio, en que Marcial amenaza a un amigo suyo con enviar a Roma, si no le corrige sinceramente sus versos, "un libro, no sólo *escrito en España, sino Español* (non Hispaniensem librum mittamus, sed *Hispanum*)". ¿Qué alcance tuvo esa distinción en la mente de Marcial? ¿Quiso decir, cómo induce a primera vista, un libro de poesías de estilo y pensamiento provinciano español o indígena, correspondiente a la cultura y a las costumbres de aquel lugar celtíbero? El lector espera que lo explique en el epigrama 18 del mismo libro XII, dedicado a Juvenal, en que pinta el género de vida en Bilbilis, su "patria que lo ha llamado y ha hecho de él un campesino". Pero esa poesía no es más que una repetición, variada en su forma, de lo que dijo en el número 96 del Libro X. Lo único que subraya en punto a sus sentimientos, se halla al final del epigrama y dice: "He ahí cómo me gusta vivir y como deseo morir" (*Sic me vivere, sit iuvat perire*).

Con respecto a su protectora Marcela, parece que intenta señalar la diferencia psicológica de los dos pueblos: el vencido y el vencedor, el romano y el celtíbero; pero como se verá, no puntualiza nada. "¿Quién creería (dice), Marcela, que habitas las rudas márgenes del Salón y aun más, que has nacido en este país nuestro? ¡Poseer un gusto tan raro y fino! Que te oigan una sola vez en el Palatino y dirán que tú eres de allí. No hay hija que al nacer haya sonreído a una madre extranjera, que merezca más que tú ser una nueva romana". Esa "madre extranjera" ¿es la de Marcela? Y si eso es lo que quiso decir Marcial, ¿la extranjería fué de ser romana casada con un indígena español, o al revés? ¿O bien se trata simplemente de un ejemplo de romanización intensa representado por



Marcela misma? A no ser, todo ello, una lisonja de protegido.

La conclusión general que todos esos textos motivan es la de que Marcial se sentía muy hijo espiritual de su patria española; pero, desgraciadamente, no nos permite precisar en qué guió ese espíritu su creación poética. Si consideramos el conjunto de sus epigramas, veremos que el 95% de ellos se refiere a costumbres y vicios romanos que no podían tener su raíz de inspiración en la psicología celtíbera. Dos números del Libro XI, el 15 y el 20, ratifican este hecho. En el 20 se excusa ante un lector, persona grave, de la licencia de muchos de sus versos y expresa su creencia de que le absolverá de "hablar con esta crudeza *tan romana*". En el 15 se justifica diciendo que las poesías de aquel Libro XI "son Saturnales<sup>7</sup> y que yo tengo otras costumbres que las del libro" (*Mores non habet hic meos libellus*). Y en el número 3 del Libro VIII, dice a su Musa: "En cuanto a tí, continúa sazonando *con sal romana* tus libros alegres. Que en ellos se reconozca *tu siglo* y en ellos lea *sus propias costumbres*".<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Las fiestas decembrinas, bastante licenciosas, que se celebraban en Roma en recuerdo y honor de la igualdad entre los hombres que reinaba en tiempo de Saturno (la Edad de oro).

<sup>8</sup> Es interesante saber que, con referencia a Marcial (el único *español*, evidentemente, de todos los literatos del grupo que examino aquí), Izaak ha escrito en el tomo I de su edición las siguientes palabras: es "verdaderamente clásico"; "la mayoría de sus obras . . . son joyas maravillosamente cinceladas"; "ni retórica, ni hinchazón, ni relleno (de palabras inútiles)"; "era un amante del latín antiguo cuya fuerte savia supo apreciar, así como su viveza original [que se advierte] aún en su rusticidad primitiva"; es exquisito en el gusto, en el juicio, en la medida y en la oportunidad" (de su decir). He completado el texto francés con palabras que explican, para los lectores españoles, el sentido de la expresión francesa, demasiado sobria para nosotros. Confrontar con estos juicios de Izaak, lo que más adelante copio de Michaud. Estas opiniones vienen a liquidar el pleito antiguo de la degeneración del latín por obra de los escritores *españoles*. Bois-sier, en su *Tácito* (pág. 287), ha dicho también de Marcial que es "uno de los escritores más simples y más naturales". Recuerde el lector la valiosa cita que Michaud hizo añadiendo a los *degenerantes* españoles, los nombres de Plinio y Tácito, romanos indiscutibles del siglo I.

Una última observación interesante en punto al emplazamiento de la patria de Marcial. Dos hechos la señalan: Bilbilis estaba construída en lo alto de un áspero cerro (*acri monte*: Epigrama 102 del Libro X) y a éste rodeaba el río Jalón, probablemente del modo con que el Tajo rodea a Toledo y el Durantón a la Sepúlveda segoviana. Calatayud no está edificada sobre un cerro y no puede ser, por tanto, la Bilbilis de Marcial. Esta villa hay que buscarla en otro sitio de aquella comarca, cuya determinación no he visto más que en el citado libro de Izaak, pero sin prueba de su certeza. Izaak dice que la patria de Marcial fué Bambola, cerca de Calatayud.

Pero con esto no queda resuelta la duda. Marcial habla muy a menudo del río Tajo en términos que exceden de una referencia a comarca próxima a Bilbilis y a donde se acude para pescar y divertirse. En el número 88 del Libro VII le llama, pero equívocamente, "el Tajo, ese río de mi patria"; donde *patria* puede decir *España*, la patria grande y no la pequeña. En el 65 del Libro X, que cité antes con otro motivo, Marcial se dice "hijo de la Celtiberia y ciudadano del Tajo". Puede pasar la afirmación de que el Tajo corre por la Celtiberia, en parte; pero no se comprende bien esa "ciudadanía" de Marcial, ya que el Tajo tiene otra cuenca que la del Jalón, afluente del Ebro. Por otra parte, entre el Jalón y el Tajo hay una regular distancia; sobre todo, si se mide desde Calatayud, bajando oblicuamente al S.O., para encontrar el Tajo hacia donde éste recibe el Gallo y traza una curva que, muy pronto, gira hacia el Sur para entrar en la provincia de Guadalajara; y más al Sur todavía, para alcanzar la de Madrid.—Nueva alusión (en el número 96 del mismo Libro X) al Tajo, cuyas aguas bebe Marcial; pero con una distinción clara entre ambos ríos (Tajo y Jalón), puesto que sólo cita al primero en punto a su agua apaciguadora de la sed y al segundo le llama "el río de mi patria". En el número 55 del Libro IV, Marcial se limita a calificar, al primero, de "nuestro Tajo"; calificativo que seguramente corresponde a la misma generalización con que en otros lugares ha evocado la gran patria peninsular *Hispania*.

A pesar de estas incertidumbres, los datos que anteceden inclinan el ánimo a suponer que Bilbilis o Bambola debió estar situada más al Suroeste que Calatayud; es decir, más cerca del Tajo superior. Pero esto no es más que una hipótesis verosímil.

5.—Hasta aquí por lo que toca a los escritores (literatos y científicos) comúnmente citados; si es que se puede calificar de este modo a los dos Balbos y principalmente a Lucio Cornelio, cuya profesión fué política y militar, y de quien sólo conocemos un rasgo que demuestra amor a su terruño, aunque no sabemos si en calidad romana de provinciano o en la de turdetano: la de construir a su costa y para sus compatriotas, una ciudad próxima a Cádiz pero mayor que ésta, y un arsenal para la marina (dato consignado por Estrabón).

En cuanto a los emperadores romanos nacidos en España, he aquí lo que sabemos: De Trajano (nacido el año 52 en Itálica) se dice que “su familia, originaria de esa ciudad”, era muy antigua, pero iliterata (“sin ilustración”). ¿Significa esto que era indígena, o bien que procedía de los primeros trasplantes romanos a la Bética, en el siglo II o a comienzos del III a. de C.? Los biógrafos no se detienen a descifrar este problema. Como Marcial, debió Trajano amar a su patria chica, puesto que hacia el año 9, y estando allí, fué llamado para mandar las legiones de la Baja Germania. —Adriano o Hadriano, era de familia *originaria* de Itálica; y tampoco explican, quienes esto dicen, el significado exacto de la palabra subrayada. Los historiadores latinos divergieron en cuanto a su nacimiento. Eutropio (siglo IV) escribe que era italicense, mientras que Spartiano (del mismo siglo) afirma que nació en Roma el año 76. La madre de Trajano, Domitia Paulina (nombres bien latinos) se dice proceder de una “ilustre familia de Cádiz”; pero aquella categoría social lo mismo puede aplicarse a romanos o latinos que a indígenas españoles, aunque es más probable que fuera a los primeros. Teodosio I nació en Conca (Galicia) en el año 346; es decir, seis siglos después de comenzar la dominación romana en España. Su padre era general. El emperador Graciano lo hizo decapitar; y por esto, Teodosio, que vivía

entonces en Roma, se retiró (año 376) a Conca donde estuvo hasta que Graciano, tal vez arrepentido de la muerte dada al padre de aquél, lo llamó para que mandase las tropas que iban a combatir a los "bárbaros" (germanos) en el Este de Europa. Poco después (en 379), el mismo Graciano nombró a Teodosio emperador de las posesiones romanas levantinas, dividiendo así en dos partes el antiguo Imperio.

La conclusión a que conducen las precedentes noticias es que, en general, nos dejan en la incertidumbre de la condición étnica de las familias en que nacieron los pretendidos *españoles*; y en algunos casos, dejan indeciso el mismo hecho del nacimiento.

6.—Vengamos ahora a la segunda fase del problema. Supongamos que la población indígena (por lo menos, la culta) era ya capaz, en el siglo I de C., de producir influencias literarias o de cultura general sobre los colonos romanos. ¿Qué posibilidades hay para poder afirmar que los escritores citados anteriormente pudieran recibir esas influencias hasta el punto de caracterizar con ellas su estilo y las calidades de su inspiración?

Ninguno de los biógrafos de Séneca precisa la edad en que éste fué trasladado a Roma. "Legado tempranamente a Roma", dice Picavet en la *Grande Encyclopédie* de comienzos del siglo actual; los hermanos Richard escriben que el *adolescente* Séneca, para complacer a su padre, sufrió el formalismo del *gramático* que le enseñaba (un romano, sin género de duda), "en espera que el traslado a Roma de toda la familia le permitiese practicar con el retórico (su padre) los ejercicios oratorios"; y no precisan más. Los otros biógrafos, aún dicen menos. En todo caso, parece bien que Séneca abandonó la provincia muy joven, en su adolescencia. ¿Puede aventurarse que la influencia cordobesa la recibiese de su padre o de su madre? Pero ¿cuánto tiempo permanecieron éstos en territorio bético y qué extensión o intensidad de contacto pudieron tener con la sociedad indígena? Nada sabemos de esto.

De Lucano hay menos noticias relativas a este asunto. Los biógrafos dicen que pasó a Roma en tiempo de Nerón,

cuando ya su tío era preceptor del futuro emperador romano.

De Marcial hemos visto que durante sus primeros 25 años vivió en el ambiente de Bilbilis y que lo volvió a sentir hacia el final de su vida. Cuál fuese ese ambiente, lo ignoramos. A Marcial no parece haberle satisfecho mucho, después que regresó a él. Y no debe olvidarse que envejeció en Roma (Epigrama 96 del Libro X).

De Columela es de suponer (pero faltan datos precisos) que se estableció en Roma siendo ya adulto. ¿Con qué elementos se formó su espíritu científico en Cádiz?

De los Balbos, cualquiera que fuese su aportación literaria o científica, tampoco sabemos gran cosa. Lo mismo pasa con Pomponio Mela; y de Quintiliano, ya hemos visto la duda que existe en punto a su nacimiento. Lo cierto es que pasó lo más de su vida en Roma y que no se sabe por qué regresó a España por poco tiempo; pero volvió a la capital romana en el año 69.

Tampoco precisan los biógrafos el tiempo de juventud, o de edad madura, en que pudieron recibir la influencia indígena Trajano y Teodosio.

Imposible, pues, decir algo preciso en cuanto al problema que ahora me ocupa.

7.—Veamos, en fin, la última fase de él, ahondando en la cuestión de las influencias.

El supuesto de que parto aquí es el de que, efectivamente, los indígenas españoles pudiesen ejercer cierta influencia espiritual sobre los colonos y funcionarios romanos de los provincias hispanas. Preguntémosnos en qué orden de materias sería verosímil recelar que las ejercieron.

La primera y más fácil es la del idioma mismo. Dijimos ya que, en las provincias, el latín sufrió impurezas grandes a través de los siglos de dominación y que esas impurezas, además de ofrecer variantes en los diversos países, debieron ser dobles y distintas dentro de cada uno; a saber, mucho mayores y más graves en la masa latina e indígena incultas, que en la minoría educada por maestros latinos. La edición francesa moderna de las obras filosóficas de Séneca, dirigida por los hermanos Richard, ofrece en su Introducción ejemplos de variantes léxicas provincianas; pero, a

la vez, son esos mismos críticos quienes dicen que Séneca no fué *un revolucionario* en esta materia y que "su frase no es deliberadamente torturada como la de Tácito", de quien no se pretende que fuese español. Discretamente, Michaud ya advirtió, como dije, que "la afectación" fué propia de la escuela hispano-latina, pero que en ésta figuraron, no sólo los dos Sénecas, Lucano y Marcial, sino también, "a pesar de la diferencia de origen, Plinio y Tácito".

Nótese que las cualidades que los partidarios del origen español de la decadencia literaria latina señalan como típicas (fuera del idioma mismo), son de orden psicológico: el heroísmo paradójico, la vehemencia enfática, etc. Pero es dudoso que si esas cualidades fueron genuinas del carácter indígena, pudiesen influir entonces sin la existencia de una literatura también indígena, que nadie ha probado, y a la que ningún contemporáneo latino alude con relación a Séneca y demás autores a quienes se acusa. Aunque aventurásemos la hipótesis de que esa literatura existió efectivamente, tal vez de tipo popular, es muy extraño que ningún retórico o historiador latino la invoque para explicar las novedades traídas por los escritores del siglo I de C.

No queda como posible más que otro supuesto al que nadie, que yo sepa, ha hecho todavía alusión, aunque pudiera hallarse implícito en algunas frases de los humanistas modernos, no obstante su principal y naturalísima preocupación del aspecto lingüístico y literario. Aludo a la posibilidad de un contagio de las maneras de hablar y aun de proceder, de los indígenas españoles, en la conversación vulgar, en sus discusiones, arengas, etc., que los colonos y funcionarios latinos debieron presenciar y escuchar repetidamente. Tal vez fué ese el origen del celtiberismo de Marcial, más aún que su estirpe indígena, si es que la tuvo. Pero esto es uno de los hechos históricos que, por lo común, se desvanecen y no dejan rastros asequibles al historiador. Hasta donde yo sé, creo que ninguno de los que escribieron sobre España en el siglo I y sus inmediatos, ha dicho nada sobre esa especial influencia

indígena; pero tampoco afirmo que una investigación intensa sea incapaz de aducir algún testimonio de este género.

Nos encontramos, pues, ante un problema imposible de resolver con sólo los datos que suministran los biógrafos latinos antiguos y los humanistas modernos, cuyas lógicas conclusiones ya expuse. Al lado de éstas, el buen sentido parece que más bien se inclina a la discreta frase de Izaak en su biografía de Marcial: "con los dos Sénecas, Lucano, Quintiliano y otros, él [Marcial] representa ese esqueje de la literatura latina que el siglo I vió injertarse en el tronco ibérico". Es decir, que fuimos los influídos y no los influyentes. Por eso, tal vez, hay tanta doctrina senequista en nuestra psicología y en nuestra literatura (desde que empezamos a tenerla), y no porque Séneca la aprendiera de nosotros o la hallase dentro de su espíritu por razón étnica, en vez de por asimilación y reelaboración del estoicismo griego y su adaptación latina. Lo mismo podría decirse del baturrismo que, no sin cierto fundamento, encuentran algunos españoles en muchos de los epigramas de Marcial; porque el problema histórico que ese supuesto plantea, consiste en saber si los escribió su autor por ser de Bilbilis y haber vivido allí mucho (al parecer en un medio popular) o, por el contrario, son los baturros modernos quienes lo aprendieron de él: posible perduración, en la masa, de la influencia satírica, graciosa y picante de un poeta que debió leerse mucho allí en la época romana y cuyas crudezas y burlas pudieron muy bien divulgarse de igual modo que se divulgaron y conservaron, hasta tiempos bien modernos, las que se atribuyeron a Quevedo. Si científicamente no podemos hoy afirmar que así ocurrió, no es menos cierto que nadie puede rechazar de plano que no sea tan posible o más, esa hipótesis, que la contraria.

Creo que el verdadero punto de vista desde el cual interesan a la Historia de nuestra civilización los autores latinos nacidos en tierra española, es, provisionalmente, el de Izaak. Otra cosa hubiera sido de nacer en el siglo XV, el XVI o el XVII, de cuya altura, densidad de creación y fuerza espiritual expansiva, nos hallábamos enormemente distantes en el siglo I. Una posición sustancialmente

igual a la de Izaak es la que, sobre esta misma cuestión, guarda el profesor Augusto Dupouy (también francés) en su interesante libro *Rome et les Lettres Latines*, publicado en 1924. Creo útil citar algunas de sus frases y de las noticias con que apoya su opinión, en el capítulo titulado "Síntomas de una enfermedad literaria".

"Si hubo decadencia en Roma, vino a compensarla la divulgación de la cultura romana en las Provincias. Propaganda rápida. Algo de corrupción, mucho de benevolencia y una amplitud espiritual, concurrieron en la realización de ese hecho. . . El idioma . . . vino a ser el verdadero cimiento romano del Imperio. . . Una misma literatura, una misma educación ligaba todos los particularismos. . . y eso es lo que convirtió aquel enorme cuerpo lleno de diferencias, en una patria común. Si en la historia de la literatura latina cabe distinguir un período italiano, otro galo, no sería excesivo decir que, bajo la dinastía juliana, existió un período español, si tomamos en cuenta los numerosos y eminentes escritores que entonces *vinieron de España*: Porcio Latron; tras él, la familia de los Anneos, originaria de Córdoba, Séneca, el padre, Séneca el filósofo, Gallion, Pomponio Mela, Lucano, Quintiliano, de Calahorra, Marcial, de Bilbilis, Columela, de Gades. No está prohibido encontrar entre ellos un cierto aire de parentela. Pero lo que más llama la atención es la *unidad interprovincial* que testifica la fuerza del [común] lazo latino. Debería uno aplicar a todos ellos lo que el napolitano Stacio dijo a Septimio Severo, africano de Leptis, abuelo del emperador y orador de fama:

"¿Púnico tu lenguaje y tu aire? ¿Extranjero tu espíritu?"

De ningún modo: son italianos ¡italianos!" (Silv. IV, 5).

"Esos provincianos vinieron a Roma con la esperanza de hacer fortuna —nótese bien— merced a su talento literario exclusivamente, a invitación de Virgilio, de Tito Livio y de Horacio. Fué en Roma y no en Atenas o en Rodas donde perfeccionaron su educación gracias a la atmósfera de las bibliotecas públicas, de las escuelas acreditadas, de las casas acogedoras. . . Pero, a la inversa, el



romano siembra. "Qué colonias (escribió Séneca) envía este pueblo a todas las provincias. En todos los lugares que ha conquistado, allí habita" (*Consolación a Helvia*). Cada una de esas colonias fueron núcleos de latinización. Las expresiones favoritas de los poetas que prometen alcanzar la gloria o se la prometen a sí mismos... no son pues hipérbolos carentes de sentido; todo el Imperio se convierte en público de aquellos que Roma ha ensalzado. Hubo una lengua latina, una literatura latina, un pensamiento latino que dieron la vuelta por toda la Europa occidental y, en concurrencia con el helenismo, también por la cuenca del Mediterráneo".

Pero, no obstante todo lo dicho, estoy dispuesto a rectificar si se me demuestra lo contrario.

8.—En todo caso, el hecho general de la cooperación a la vida culta romana, de latinos criollos o, tal vez en algunos casos, de españoles de estirpe, tuvo mayor volumen del que se desprende de la lista clásica que ha servido de base a las precedentes consideraciones. Dadas las circunstancias en que escribo este libro, sin poder recurrir a muchas fuentes de conocimiento que aquí faltan, no me es posible enfrascarme en esta nueva investigación. Quédese para otros más felices en esto o más jóvenes que yo. Pero sí diré lo que he llegado a saber.

Comienzo la lista con la mención de Julio Higino, que fué director de la Biblioteca palatina en tiempo de Augusto, y el escultor Cayo Autelio Aulino, nacido en Mérida y que ya cité en la edición italiana de esta *Historia*.<sup>9</sup> Por su parte, Marcial nos proporciona, en varios de sus *Epigramas*, los nombres de otros (escritores en su mayor parte) y de algunos de los cuales afirma ser compatriotas suyos. El lector habrá ya encontrado en el número 4 el nombre de Liciniano, de quien no tengo más noticias que las dichas allí. En el segundo de sus poemitas que menciona a ese Luciano (I, 62) y que lleva el significativo epígrafe de "sobre la patria de algunos escritores", Marcial cita a Canio, de Gades y a su "querido Deciano, de Emérita". En el N° 55 del Libro IV,

<sup>9</sup> Esta edición es de 1935. El texto actual fué escrito entre 1941 y 1942.

se dirige a Lucio diciéndole: "Tú que no permites que ni la antigua Graicun ni nuestro Tajo cedan (en punto a elocuencia) a la elocuente Arpi "...". Los editores de Marcial ya citados (los hermanos Richard) nos hacen saber que Lucio fué un poeta lírico, desconocido hoy, "español como Marcial" y que Graicun era "el hombre antiguo del río que dió su nombre a Gravii, pueblo de las orillas del Tajo en la España citerior". Marcial parece decir que Lucio era indígena, puesto que escribe, creo que en plural y refiriéndose a sí mismo y a su amigo, "Nos coltis genitos et ex Iberia". Al final casi del N° 55 en cuestión, cita a un "Manlio que labra las tierras de Vativesca con sus vigorosos toros". Los editores dudan si Manlio es nombre de un amigo de Marcial, o de una población. Ocurre preguntar qué significa *Vativesca* de la que nada dicen.<sup>10</sup> En el número 64 del Libro IV, describe la propiedad que posee Julio Martial en el Janiculo de Roma. Ese Julio era pariente y amigo del poeta; pero éste no le califica de nacido en Bilbilis u otra población indígena. ¿Será esto indicio de la raíz romana de la familia?. El número 78 del Libro X está dedicado a Macer, magistrado romano que debió ejercer su profesión en territorios de "los Celtas y los hoscós Iberos"; pero Marcial no dice nada de su origen ni de que ese hecho influyera en él. Un caso semejante ofrece la cita de Materno, que se halla en tres de las poesías de Marcial: la 97, I; la 74, II y la 37, X. En la primera, el autor pide que se le haga cierta pregunta a Materno (*Nostro, rogamus, pauca verba Materno*); en la segunda, es el mismo Marcial quien pregunta a su amigo si ve el grupo de togados que preceden y siguen a un cierto personaje, Sanfeius; y en la tercera, nos entera de que Materno era un cultivador escrupuloso de las leyes, dominador del foro latino y compatriota suyo ("*Municipe, Materne*"). El editor ratifica este dato al decir que Materno era un "abogado y paisano de Marcial"; y añade que tal vez se trata del "poeta y orador que juega un papel importante en el *Diálogo de los oradores*, de Tácito-

<sup>10</sup> Por su parte, los epigramas de Marcial abundan en nombres de poblaciones indígenas, pero bien pocas veces dan su emplazamiento particular.

to'. Ya hemos visto usar a Marcial, en otro de sus poemitas, la palabra *municipes* en su acepción (que garantizan Cicerón y Plinio) de conciudadano, compatriota o convecino (número 103, Libro II). Es posible que Juvenal, Plinio y otros escritores contemporáneos de Marcial, pudieran añadir algunos nombres más a esta breve lista.

A guisa de epílogo, por lo que se refiere a Marcial, voy a transcribir algunas noticias que encuentro en la edición inglesa de los *Epigramas*, de que es autor Walter C. A. Ker y que se publicó en 1925, incluida en la prestigiosa colección *The Loeb Classical Library*. Ker dice que no se puede fijar exactamente cuándo nació Marcial. Tal vez "entre el 38 y el 41 A. D." Nada se sabe de su vida entre el 84 (u 85), fecha del Libro I de los *Epigramas*; pero en el 85 ya afirma el mismo Marcial (I, 1) que era un gran poeta "toto notus in orbe". Marcial debió llegar a Roma el 63 o el 64 (es decir a los 23 o los 25 años de edad). De aquí se deduce (añado yo) que su formación literaria se produjo en Roma, durante los años transcurridos entre el 63 ó 64 y el 84 u 85.—En Roma escribió y se publicaron todos sus libros, excepto el III, que lo fué en la Galia Cisalpina.—Tito le concedió el *jus trium liberorum* y el *tribunatus semestris*, especie de la categoría tribunicia que suponía el título de "caballero" (III, XCV, 9 y 10).—Desengañado de su vida en Roma, pensó en volver a su patria de nacimiento. Plinio le pagó el viaje. El libro XII fué enviado a la metrópoli el año 103.—No se sabe la fecha en que murió Marcial; lo más tarde parece ser el 104.—Dato curioso es que Marcial mismo dijo que para construir bien un libro, lo mejor es mezclar lo bueno con lo malo y lo indiferente (I, 16 y VII, 72); y que añadió: "el libro [siempre] igual, es el peor de todos".

## MARTÍ EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

**M**EDIO siglo acaba de cumplirse del bizarro desplome de José Martí. El laurel del héroe y la aureola del consagrado circundan su nombre. Posee ya sitio propio en el paraninfo de los inmortales. Su palabra vela, fortifica, junta, perfuma, ilumina. Cuba puede sentirse orgullosa de este hijo suyo que la historia ha hecho padre.

No faltarán, sin embargo, los que se duelen por dentro de que no se haya escrito aún el libro que fije, definitivamente, su figura y su obra. Discrepo de esa actitud. Un Martí *acabado* sería la propia negación de su espíritu proteico. Lo mismo acontecería con Goethe. Ningún hombre genial ha podido jamás estereotiparse sin sufrir merma o menoscabo de su auténtica individualidad. No se agota nunca lo que se hace y deshace, ininterrumpidamente, en el flujo del tiempo. El que llega a ser clásico vive en perpetua primavera.

El inusitado interés que está concitando Martí tiene su raíz, precisamente, en esa como lozanía en renuevo que exhala su figura y su obra. La razón del misterio no es otra que la ofrecida para explicar el eterno atractivo de Grecia. Martí, como Sócrates, nace cada mañana. Y, como Sócrates también, al dictar su lección, se nos escapa siempre con traviesa ironía. Su fragancia es distinta sin que su naturaleza se altere.

Tiene ya Martí intérpretes, catecúmenos y legionarios en todo el hemisferio. Incluso hay toda una categoría de gente letrada que lo ha convertido en tema cardinal de sus escritos. En Cuba constituye casi una cofradía. Ahora, que la dimensión ecuménica de Martí está culminando en el acatamiento inapelable, me parece oportuno precisar, rápidamente, cómo ese proceso se ha operado en nuestra patria. Es, además, el antecedente indispensable del tópico que motiva este artículo.

Al advenir la república, Martí era un insigne desconocido. Sólo se sabía de él que había muerto heroicamente en Dos Ríos. "Dos veces —afirmó Rubén Darío al comentar su caída— ha intentado el genio aparecer en América: una en un hombre ilustre de la Argentina y otra en el cubano José Martí". Pocos parecían percatados

de ello. El trazo escultórico de Enrique José Varona y el perfil arrebatado de Manuel Sanguily —dos piezas antológicas en las que palpita Martí de cuerpo entero— yacían olvidados. La gran deuda contraída se juzó hartó pagada con citas convencionales y un pisapapel flatulento en el corazón de La Habana.

Brotaron luego los sinsontes y tomeguines de la literatura maritiana, correlato perfecto de la estatuilla retórica erigida en el Parque Central. La vital cuestión de si Martí vivía en las entrañas de su pueblo como anheló y quiso vivir, como símbolo y guía, jamás hizo vibrar de angustia sus edulcorados arpegios. Los dichos y los hechos de Martí se diluyeron, durante largo tiempo, en un atmósfera deliquescente y retribuída. Muchos de estos parásitos parleros tuvieron la audacia de vestir, como propias, las sedas encendidas del prócer. Casi ninguno ajustó su existencia a la doctrina de la conducta civil predicada por Martí. Los genuinos y escasos discípulos lo leían conmovidos en la soledad de su gabinete y pugnaban, desesperadamente, por salvaguardar su conciencia de los requerimientos subalternos del medio. Lo único que de esa época queda es la colección de las obras de Martí editada por Gonzalo de Quesada y alguno que otro atisbo esclarecedor, amén de la alharaca irresponsable en torno a su nombre.

La madurez política y la insurgencia de nuevas generaciones, ávidas de coronar su obra trunca, imprimieron a la evocación maritiana un nuevo sentido. Martí fué redescubierto y reconquistado. Julio Antonio Mella inició la carga con ímpetu juvenil. Surgieron, ensayos, folletos y libros revelando aspectos diversos de su pensamiento y de su sensibilidad. Martí tuvo sus primeros biógrafos. En esta nueva fase, todavía en desarrollo, no es oro todo lo que reluce. Ni faltan los patidifusos, ni los escribanos, ni los inverecundos; pero es indiscutible que a estos biógrafos y comentaristas se debe el enervorizado entusiasmo que hoy despierta Martí y la revaloración emprendida de su obra política y literaria.

Como movidas por análogo impulso, de todas partes de América se han levantado voces exaltando a Martí. México dió el alerta y sigue al frente. En todas partes se empieza a rendirle culto vivo. Su estatura se agiganta por momentos. Ya se le sitúa entre los primeros americanos. No tardará en reverberar señeramente. Es su destino. Ningún otro americano reúne sus calidades egregias. Ninguno puede aparejarse con él en vuelo lírico ni en sustancia humana. La apologetica alucinada de Manuel Gutiérrez Nájera, el asombro precursor de Sarmiento, el clamor wagneriano del panida nicara-

güense y los arrobos maternos de Gabriela Mistral han retoñado pródicamente.

También en New York, donde viviera los años estelares de su cruzada revolucionaria, se conoce, estudia y reverencia a Martí. En la Casa de las Españas, instituto adscrito a la Universidad de Colombia, tiene un templo abierto y un infatigable difusor de su genio y de su gloria en el profesor español Federico de Onís, director de ese alto centro. Resulta ineludible subrayarlo: un español, Miguel de Unamuno, proyectó luz nueva en la poética martiana; otro español, Fernando de los Ríos, descubrió batientes inéditos de su pensamiento y el subsuelo ideal de su ética; este español le rinde cotidiano tributo en su cátedra. Y los tres, en pareja medida, encarecen ardentemente al mambí.

No se trata, pues, de una liturgia de circunstancias, confinada a lo puramente literario. Martí advirtió, antes que nadie, la coexistencia de dos Españas. En nombre de la que sufrió en carne propia los crímenes y las sombras de la otra, —la misma que sufrió el pueblo cubano cuatro siglos cuajados de horrores— estos españoles admiran en Martí las esencias más puras y creadoras del alma hispana en América y suscriben su apostolado emancipador sin reservas ni tibiezas. Pertenecen a los "buenos españoles". Y esos son los únicos que pueden interesarnos a los que, en este trozo del planeta, nos liberamos del yugo colonial de los "malos". Estos, los que nos niegan la sal y el agua, los que sueñan todavía con el imperio perdido, los que contraponen Hernán Cortés a Simón Bolívar y nos miran con desdén de encomenderos, constituyen hoy el pedestal de la España incivil, reaccionaria y ensangrentada que tiene por punta de lanza la Falange y por cabeza visible a Francisco Franco.

En los cursos de literatura hispanoamericana que se desenvuelven en la Casa de las Españas de la Universidad de Columbia, se le asigna a Martí la atención que merece y la jerarquía que le corresponde. Suele confiarse a profesores oriundos de nuestras tierras su presentación a los alumnos norteamericanos. Se organizan ciclos de conferencias donde se expone y valora su poliédrica personalidad. Ni el natalicio ni el deceso del hombre que amó la patria de Lincoln pasan inadvertidos. Ni se oculta ni mixtifica su acerada crítica a la patria de Cutting. Pronto empezará a trabajarse en una traducción inglesa de sus versos.

En ocasión del reciente cincuentenario de su muerte, se celebró una velada conmemorativa en la que tuvo una magistral intervención

el profesor mexicano Andrés Iduarte, que ocupa ahora la cátedra que otrora desempeñara Jorge Mañach. El aporte de Iduarte al conocimiento y divulgación de la figura y de la obra de Martí es, sin duda, el de más peso y cuantía. Acaba de publicar, editado por *Cuadernos Americanos* de México, un libro sobre Martí escritor que hará mucho ruido. Verdadera obra maestra la ha calificado Juan Larrea. Fué presentada como tesis para optar al grado de Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de Columbia; pero se aparta, por su valentía, hondura, trascendencia y vivacidad, de los empeños de este género. De un lado, el autor "intenta revisar algunos de los costados literarios y políticos" de Martí; del otro, ofrecer una nueva visión del revolucionario y del héroe. Y logra ambos objetivos sin caer en la deificación ni en la garrulería.

Ningún hispanoamericano ha ensalzado las grandezas de los Estados Unidos con la buidez, la simpatía y el decoro de Martí. Ninguno tampoco señaló sus miserias con tanta acuidad y entereza. La Universidad de Columbia no ha vacilado en reconocerlo. Martí se estudia y venera en sus aulas en paridad legítima con Jefferson.

Raúl ROA.





# *Dimensión Imaginaria*



# EL HIJO DE LA SANGRE

Por *Otto D'SOLA*

## 1

**Y**A TENEMOS EL HIJO. Nuestra sangre, en el hijo,  
es la sangre de América la indígena y salvaje:  
él siente, en esta sangre, puñales, danzas, fuegos,  
asambleas de abalorios, avispas bravas, sombras  
de legionarios, sombras, y esqueletos de leones  
lamiendo las espaldas de los Conquistadores:  
él siente en esta sangre, él siente cómo bajan  
las astros a las flores que han nacido en el agua,  
cómo sueña el mendigo en su casa de estrellas,  
cómo pasa una tropa de jaguares rugiendo.  
Su sangre está muy llena de seres que han oído  
las primeras palabras de la sombra ancestral.  
Ya tenemos el hijo. Nuestra sangre, en el hijo,  
es la sangre de un pueblo de minas donde el oro  
aun está mojado con la sangre valiente  
de difuntos guerreros, un pueblo que ha torcido  
cabezas de serpientes, un pueblo que ha librado  
hombres y muchas patrias, un pueblo que sacude  
las ramas de sus bosques cuando escucha a lo lejos,  
en sus costas inmensas, los latidos del mar.  
Ya tenemos el hijo: la luz de su alma crece,  
sube, aléjase y vuelve sobre conchas marinas,  
entre pájaros, nubes, sobre arenas bermejas  
que han manchado los gallos en oscuras peleas.

Cuántos golpes han dado en mi puerta los vientos,  
los vientos que preguntan si el hijo que tenemos  
es un recién salido de la selva o del mar,  
si trae en sus cabellos una rosa de espuma,  
o si él es, en la noche de las selvas, el fuego,  
las rojizas hogueras, la entraña ecuatorial,  
los dientes vegetales, la diabólica baba,  
dientes de zorro, buches o lenguas en el aire  
cazando mariposas, combatiendo alacranes  
o hablando de murallas o de ceibos profundos  
que dan sombra a la Muerte, que detienen el Mal.

## 2

**Y**A TENEMOS EL HIJO. Nuestra sangre, en el hijo,  
pregunta por las Madres y América responde:  
“Todas están besando, besando nuestras vidas,  
los sueños, el futuro, la angustia y el desvelo  
de esa ola que baña la costa de los muertos”.  
Estas Madres no cesan de estar en el madero:  
todas nos dan sus hijos, ennoblecen la tierra,  
no pierden, estas Madres, el salvaje reflejo  
del agua o del maíz, nunca dejan ni olvidan  
la sombra de los hijos, la pluma del abuelo  
Cacique, ya en descanso, con vieja calavera  
quebrada y carcomida por el hueco sin sol.  
Ya tenemos el hijo: la luz de su alma crece,  
penetra por las hojas y toca la mañana:  
allí donde encontramos mercados y legumbres,  
gallinas soñolientas, escamas, pescadores,  
allí donde comienza a seguirnos el viento  
con veloces zapatos, con redes estrelladas,  
azotando la altura, los mástiles altivos,

bebiendo en esos vasos de míseras bodegas  
paradas frente al hombre en la luz de los puertos,  
con torcidas cucharas que esperan al mendigo  
salitroso y errante y triste y sin pecados  
capitales que acusen su ropa destrozada.  
Pregunta por las Madres el hijo que tenemos  
y América responde: “¡Vedlas: allí trabajan!  
Sus manos temblorosas socavan en el viento  
buscando para el hijo la luz de las estrellas,  
socavan y obtienen, además de esas luces,  
la más vieja y helada sortija de la Muerte”.  
Estas Madres no cesan de estar en el madero:  
todas nos dan sus hijos, alumbran nuestra tierra,  
secretos y cascadas y alas y misterios  
de hojas que se cierran cuando pasa la noche  
su boca por las bocas del abismo insondable.

## 3

**Y**A TENEMOS EL HIJO. Nuestra sangre, en el hijo  
es la sangre de América la indígena y salvaje.  
Démosle fe a este hijo, la fe de nuestras vidas:  
fe de no caer, fe de seguir, fe de encontrar  
los abismos y el cielo, la vida, el huracán,  
el huracán que mata, que destruye, que hiere,  
que lanza cien caballos al infierno y después  
busca, como los barcos, su tumba bajo el mar.  
Ya tenemos el hijo. Nuestra sangre ya corre  
sobre otras montañas. Ni la soga del indio  
enlazando los toros, ni la fiebre y la noche  
con su “Anima Sola”, nunca podrán, ya nunca  
detener esa vida del hijo que tenemos,  
esa vida de piedra lanzada hacia los astros,

ese ruido de tigre escuchado entre dioses,  
esa ancla sin mojarse, eternamente en viaje,  
mientras el Tiempo hunde su mano entre las olas  
y saca de repente el corazón del mar.  
Ya tenemos el hijo. Nuestra sangre, en el hijo,  
vuelve a decir: "yo vengo como un potro jadeante,  
perseguido y golpeado por ocultas mareas,  
yo vengo entre leyendas a vivir en la tierra  
del cardón y la luna, a escuchar mil rumores,  
a romper la indolencia de las vacas dormidas,  
las negras latitudes, las muertas sementeras".  
Y la pólvora, el cuarzo, y el azufre, y el viento  
de las cumbres, el viento, nunca podrán, ya nunca  
detener esa vida del hijo que tenemos,  
esa vida que canta, que sube, que ilumina,  
la que vuelve a decir: ya tengo, como angustia,  
arriba, muy arriba, las distantes estrellas;  
preparo mis dos brazos: tomo el agua con ellos.  
con ellos busco el pan; preparo mis sentidos:  
tengo el mundo y su amor, su anillo y su guitarra,  
su Mañana y su Noche, y su lámpara azul.

# EN TORNO A HOMERO

(PROLOGO A BERARD)

Por *Alfonso REYES*

## I

**L**A LITERATURA griega, y por consecuencia la europea, comienza con Homero. Homero es ya poeta maduro y exquisito. ¿Quiénes lo preceden y preparan? Sigue siendo un enigma, desde los días de Grecia hasta nuestros días. Sobre la poesía anterior de Grecia, sólo poseemos atisbos:

1) Los cantos populares que, en héroes de juventud y belleza —Lino, Hilas, Yalermo, Jacinto o Adonis—, encarnan la tragedia de las estaciones del año, el morir y el resucitar que preocupó siempre a los cultos mediterráneos, ya procedan de la tradición siríaca, ya del común fondo indoeuropeo que, como en los Himnos Védicos, exalta y diviniza las fuerzas de la naturaleza.

2) Los primitivos bardos, legendarios y fabulosos, en cuya progenie pretenden orgullosamente acomodarse los primeros poetas de carne y hueso; ora pertenezcan a la familia tracia, encargada de transportar el culto de las Musas, diosas de la buena memoria, desde las costas septentrionales del Egeo, por la tésala Pieria, hasta el beocio Helicón y el focence Parnaso —Orfeo y su discípulo Museo—, o bien al grupo de los místicos de Deméter —Eumolpo en Eleusis, Panfos en Atica, Filamón en Delfos, y aun su hijo Tamiris, que todavía llevará la inspiración pieria desde Delfos hasta Mesenia—; ora pertenezcan al culto de Apolo que, sollamado de inspiraciones asiáticas, llega hasta la "Grecia continua", que dice Eforo, a través del tembloroso Archipiélago: así Olen, famoso en Delfos, y así Crisotemis de Creta.

3) Aquella vetusta poesía de índole varia, que adivinamos por entre las alusiones homéricas; ya sea la narración de Demódoco, las "altas proezas humanas" que prefiguraban la épica; ya los salmos en honor de Apolo, los hipoquerma o coros danzantes, los cantos nupciales que los aqueos entonaban.

Apolo y las Musas se mezclan a los cultos ctónicos y arrebatados, expresándose en himnos sacros. El himno al dios da el modelo para el encomio del héroe, que muy pronto ha de aparecer. El acompañamiento musical sustenta el progreso de la métrica. De Apolo es la cítara, y de Olen se dice que inventó el hexámetro. Demódoco se acompañaba con la lira. Ya en tiempos de Hesíodo, y acaso un poco antes, en los de Homero, la poesía narrativa no se cantaba, sino que se la recitaba al compás de la batuta.<sup>1</sup>

## II

TRAS estos embriones, de que sólo alcanzamos vagas noticias, canciones que más bien parecen ráfagas de viento y poetas que se nos confunden con las divinidades, he aquí a Homero que trae consigo una poesía refinada, maliciosa y hasta arqueológica.

La Antigüedad le atribuyó varias obras. Calino le asigna una *Tcbaida*; Herodoto duda si poner también a su nombre los *Epígonos*; Tucídides cuenta entre los poemas homéricos el himno a Apolo Delio; Aristóteles, el *Margites*; también pasaba por homérica la *Batracomiomaquia*, parodia que acaso data de 490 a. C.; y finalmente, los dieciséis cortos *Epigramas* en hexámetros. A partir de la crítica alejandrina, y sobre todo de Aristarco, sólo se consideran como auténticas obras de Homero la *Iliada* y la *Odissea*. Se admite que, en conjunto, la composición de aquélla precedió a ésta.

La *Iliada* (15,693 versos) funda su unidad poemática, no sólo en la persona del héroe Aquiles, sino también en el tema de su cólera. Puede dividirse en tres porcio-

<sup>1</sup> L. WHIBLEY, *A Companion to Greek Studies*, §§ 128 y ss.



nes: 1) Libro I-IX: Ofendido por Agamemnon, Aquiles abandona el combate y se encierra en su tienda, ante el desconcierto de los griegos, que en vano solicitaban su ayuda. 2) Libros X-XVIII: Tras de pelear con varia fortuna, los griegos pasan horas difíciles. Patroclo, amigo de Aquiles, decide salir al campo revistiendo las armas de éste; y aunque logra rechazar a los troyanos, que ya daban sobre las naves griegas, muere a manos de Héctor. Acude al dolor de Aquiles su madre Tetis, diosa marina, y a ruegos de ella, Hefáistos, dios del fuego, forja nuevas armas para el héroe. 3) Libros XIX-XXIV: Depuesto su agravio contra Agamemnon, Aquiles vuelve al combate, persigue a los troyanos, obligándolos a encerrarse nuevamente en su fortaleza, y da muerte a Héctor. El padre de éste, el anciano rey Príamo, guiado por el dios Hermes, rescata el cadáver y lo lleva a Troya para consagrarle los funerales debidos. Ni la caída de Troya ni la muerte de Aquiles forman parte de la *Iliada* que la Antigüedad nos ha legado.

*La Odisea* (12,110 versos) funda su unidad en la persona del héroe Odiseo, uno de los guerreros de la *Iliada*, cuyas peripecias en el viaje de regreso a su patria alternan con las de su hijo Telémaco, que ha salido por el mundo a buscarlo. Sin que obste la repartición en tres poemas que propone Bérard, la obra puede dividirse en seis porciones: 1) Libros I-IV: Aventuras de Telémaco. 2) Libros V-VIII: Aventuras de Odiseo desde la isla de Calipso hasta la isla Feacia. 3) Libros IX-XII; Aventuras anteriores de Odiseo, que éste narra al rey Alcínoo. 4) Libros XIII-XVI: Odiseo en la cabaña de Eumeo, isla de Ítaca. 5) Libros XVII-XX: Odiseo vuelve a su palacio. 6) Libros XXI-XXIV: matanza de los pretendientes y reintegración de Odiseo en su reinado. Tales son las seis porciones, de cuatro cantos cada una, que los críticos alejandrinos establecieron como distribución práctica de la obra, según las veinticuatro letras del alfabeto griego. Ni los ulteriores viajes de Odiseo ni su muerte forman parte de la *Odisea* que la Antigüedad nos ha legado.

## III

LA leyenda de Troya, asunto de los poemas homéricos, produjo también otras epopeyas, que ya sirven de prólogo o ya de continuación a la *Ilíada* y a la *Odisea*. Este conjunto, llamado Ciclo Epico, fué fijado así por el gramático Proclo, allá para el año 140 de nuestra Era, según el orden cronológico de los sucesos:

1) *Cipria*. Orígenes de la guerra troyana a partir de los Titanes, y primeros episodios bélicos. Obra en once libros, de que sólo quedan 49 versos. Es atribuída a Estasio de Chipre o a un tal Hegesías, fines del siglo VIII a. C.

2) *Ilíada*, de Homero.

3) *Etiópicas*. Las Amazonas en Troya, hazañas y muerte de Memnón de Etiopía, muerte de Aquiles y disputa por la posesión de sus armas. Obra en cinco libros, de que nada queda. Es atribuída a Arctino de Mileto, fines del siglo VIII a. C.

4) *Pequeña Ilíada*. Desde la disputa por las armas de Aquiles hasta la captura definitiva de Troya. Obra en cuatro libros, de que sólo quedan 21 versos. Es dudosamente atribuída a Lesques de Mitilene, hacia el siglo VII a. C.

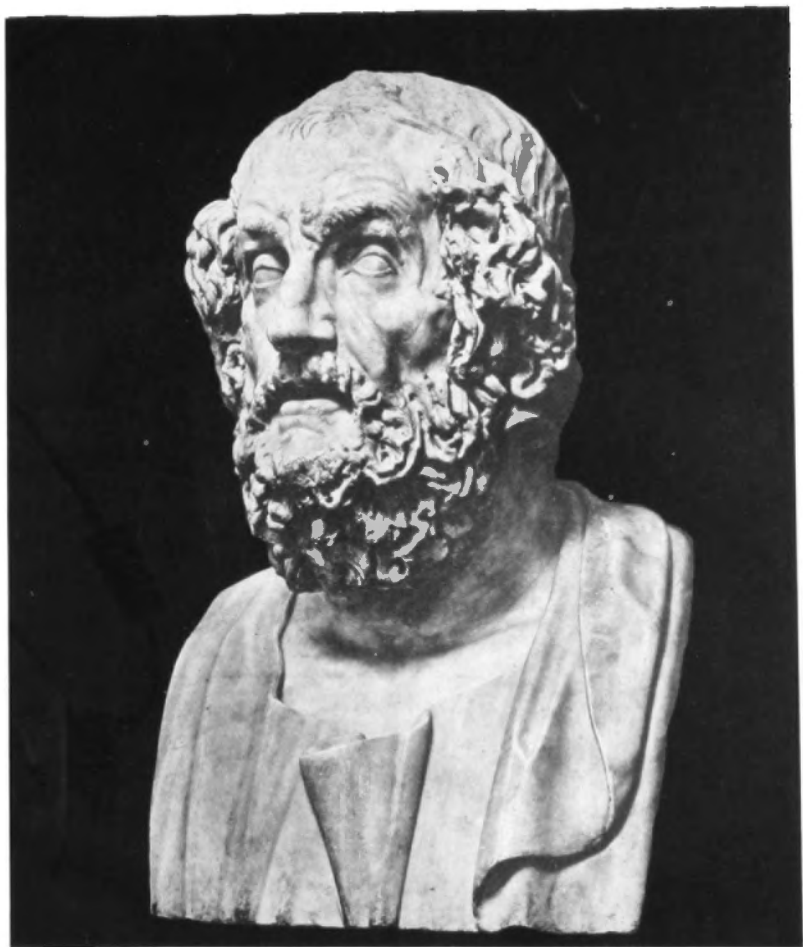
5) *Iliúpersis*. Incidentes de la caída de Troya: historia de Laoconte, retiro de Eneas al Ida. Obra en dos libros, de que sólo quedan 12 versos. Es atribuída, como las *Etiópicas*, a Arctino de Mileto.

6) *Nóstoi* o Retornos. Aventuras de los héroes que regresan de Troya: Menelao en Egipto, muerte de Agamemnón en Micenas. Obra en cinco libros, de que sólo quedan 3 versos. Es atribuída a Hagías o Augías de Trezena, hacia el siglo VII a. C.

7) *Odisea*, de Homero.

8) *Telegonía*. Muerte de Odiseo en Itaca, a manos de Telégono—su hijo habido en Circe—y sucesos ulteriores. Obra en dos libros, de que nada queda. Es atribuída a Eugamón de Cirene, hacia mediados del siglo VI a. C.

Como se ve, el irónico destino, que convierte en sombras a los predecesores de Homero, apenas deja en despojos a sus sucesores inmediatos.



Homero.



TURNER. Ulises huyendo de Polifemo.

## IV

HOMERO ofrece muchos problemas que, en todo tiempo, han dado lugar a las más variadas hipótesis:

1) Desde luego, la persona misma del poeta. Ya se lo niega, considerando entonces su obra como un misterioso producto colectivo, onda "wolfiana" que se organiza por sí sola en el aire "a manera de tempestad divina", según decía Sainte-Beuve; o considerándola como una precipitación azarosa de varias composiciones, artificial y tardíamente zurcidas en los días de Pisístrato. Ya, por el contrario, se acepta la existencia del poeta y se lo tiene por único autor de los dos grandes poemas. Ya se supone, partiéndolo en dos según lo hacían en la era alejandrina los llamados "corizontes", que uno es el autor de la *Iliada* y otro el de la *Odisea*. Entre todos estos extremos, hay transacciones y componendas. Unos lo entienden como encarnación simbólica del murmullo de la plaza pública. Otros lo imaginan como un anciano ciego que anda apoyándose en el bordón. Para éstos, es un prisionero aqueo, retenido entre los rehenes (pues dicen que "Homero" significa "rehén") y encargado de solazar los ocios de los nuevos señores con esa su poesía cortesana y deportiva, que tanto contrasta con el grave acento de Hesíodo, el menesteroso labriego de Ascra. Para aquéllos, "Homero" más bien significa "acompañante"; y tal fué el apodo que se dió al poeta, de niño llamado Melesígenes, hijo de Critéis, cuando, a los diez años, difundió la voz de que se acercaban los eolios de Cumas para apoderarse de la ciudad y, al ver que los meonios huían, echó a gritar diciendo que él también quería "acompañarlos". No de otro modo se asegura que Eumolpo es nombre forjado de los "eumolpoi" o cantores eleusinos. Unos, pues, lo tienen, como a Moisés, por hijo de un río, el río Meles, en Esmirna; otros, por hijo de un genio del coro de las Musas. La fórmula que emplea el maestro Bérard —"La resurrección de Homero"— no debe tomarse al pie de la letra. El mismo acepta la existencia de varios autores. En la *Odisea*, por ejemplo, distingue tres diferentes poemas: el *Viaje de Telémaco*, las *Narraciones en casa de Alcínoo*, y la *Vengan-*

za de *Odiseo*, obras respectivamente de tres poetas, que, según nos explica, bien pudieran compararse con Racine, Regnard y Voltaire.

2) Con el extremo anterior se relaciona el relativo a la cuna del poeta. Como todos saben, se la disputaban siete ciudades, a menos que se trate de una influencia más del famoso ritmo setenario, característica de la poesía hebrea a que Bérard se refiere. Los antiguos aseguraban que el oráculo de Delfos había dicho a Homero: "Tú no tienes patria, sino patria, y ésta es la isla de Ios". Hoy se acepta que, en todo caso, la epopeya homérica parece redactada en Quíos, y que su lengua, mezcla de jonio y eolio, es una composición poética artificial, fundida en el crisol del hexámetro.

3) También la fecha de la obra homérica ha sido materia de discusiones, y también este punto, como los anteriores, trasciende sobre la estimación y la crítica de la obra. Los dos términos o polos de la disputa van desde aquéllos que creían ver en Homero el candor de la poesía primitiva, y le atribuían una antigüedad fabulosa, hasta los que, de Bréal acá, han reconocido que se trata de un arte complejo y dueño ya de todos los secretos de la técnica y la invención. Aun cuando la erudición no puede jalonar con precisión la obra homérica, a la que se concede un ancho margen que va de los años 1000 a los 800 a. C., hoy se vuelve a la postura de Herodoto: "Homero—dice éste hacia 450—vivió cuatro siglos antes que yo".

4) Como lo hemos dicho, la misma madurez artística de los poemas hace inaceptable el que Homero represente el primer intento de la épica. El caso de un comienzo en plena perfección no se ha dado en las literaturas. El *Bellum Punic*, de Nevio, o el británico *Beowulf* son obras hispidas e hinchadas, hijas de un genio sin escuela. La poesía latina se ve adelantar laboriosamente a partir de fórmulas de encantamiento y magia. La griega ¿pudo, acaso, comenzar su vida en plena adultez? Por desgracia hemos perdido las anteriores etapas. La *Iliada* y la *Odisea* son las finas flores de un arbusto educado. Allí no hay titubeo en las palabras, ni violencia en la adaptación métrica, ni el metro parece laboriosamente trasladado de

algunos otros usos extraños para servir al oficio a que se lo aplica, ni se siente el rastro de arcaicas rutinas en el empleo de aliteraciones y asonancias, ni aquella verbosidad de balbuceo propia de los estilos orales y populares. Economía que a la vez acusa el adiestramiento del poeta y la impaciencia de los auditorios ya avezados. Lo cierto es que ni los antiguos ni nosotros poseemos elementos para esta dilucidación. Sin duda los materiales homéricos vienen de muy lejos y proceden de una larga elaboración, así como la guerra troyana precedió al poeta en varios siglos: imagínese, en nuestros días, una epopeya sobre Cortés y Cuauhtémoc; o piénsese en el escriba anglonormando que compone sobre "Carlos el Imperante" a trescientos años de distancia. También el *Poema del Cid* dista un siglo de su historia. Y es propio de todos los héroes épicos el ganar batallas después de muertos. Y todavía es notable que, mientras los poetas germánicos se entregan a la fantasía, plantan a Teodorico en el anfiteatro de Verona y confunden en una misma guerra varias generaciones lejanas, el poeta griego —si bien no llega a la ascética sobriedad del castellano— gobierna su vuelo con cierta notoria disciplina: armas como las de Aquiles no habrán existido nunca, pero recuerdan la factura de las encontradas en las tumbas micenias. El maestro Bérard, siempre inclinado a buscar orígenes orientales —en general, semíticos— consagra algunas investigaciones a la Biblia y al folklore egipcio, y en cierto capítulo resume sus pesquisas sobre "los fenicios y la *Odisea*". Y el paso del desorden oriental al dibujo griego puede precisamente apreciarse por la transformación de aquella serpiente hospitalaria del cuento egipcio en esta princesa lavandera, Náusica, ante la cual se postra el náufrago, lleno de respeto y de asombro. Nuevos descubrimientos arqueológicos, y una comparación más cabal con la materia épica de otros pueblos, acaso nos traigan nuevas luces. A las indagaciones de Bérard conviene hoy añadir las de C. M. Bowra, *Tradition and Design in the "Iliad"* y W. J. Woodhouse, *The Composition of the "Odyssey"*.

5) Las evidentes incoherencias entre las distintas partes de los poemas, a pesar de su reconocida unidad, dejan

siempre vivo el problema de las interpolaciones, intervención de varias manos, corrupciones, pérdidas, etc., Gilbert Murray, en su libro monumental, *The Rise of the Greek Epic*, nos hace ver las vicisitudes de una obra comunicada por tradición, que en cierto modo representa un tesoro público, donde se van acumulando aluviones sobre un suelo fundamental y donde cada uno añade algún nuevo rasgo. En Homero, como en Hesíodo, hay a veces verdaderos catálogos que tentaban a completarlos, y las Musas no distinguían bien entre un manual o guía y un poema. El texto que de aquí resulte quedará naturalmente expuesto siempre a sospechas. Los pacientes críticos alejandrinos procuraron establecer todas las "sospechas homéricas" mediante una serie de signos, alfabeto convencional de la duda: obelo, asterisco, keraúion, anti-sigma, etc. Así Renan, al emprender su *Historia del Pueblo de Israel*, suspiraba por un sistema tipográfico que permitiese establecer los matices de verosimilitud, probabilidad y certeza.

## V

**T**ODOS los extremos anteriores describen a grandes rasgos la llamada "cuestión homérica", tan antigua como el humanismo occidental y no liquidada todavía. Con estas nociones a la vista, entre el lector por su cuenta en las páginas del maestro Bérard, felizmente vertidas a nuestra lengua por cuidado de don Alfonso Alamán, con quien contrae una deuda nuestra cultura.

En estas páginas, apreciamos la fascinadora recurrencia de ritmos y movimientos humanos a lo largo de siglos. El Mediterráneo, a través de sucesivas talasocracias —cretense, fenicia, aquea, propiamente griega, romana, árabe, veneciana y genovesa, turcoberberisca, "franca", británica— ve reproducirse o continuarse el mismo drama de amor y aventura, de codicia y de idealidad. La fábula resucita y se instala en la geografía real, la que tenemos delante de los ojos. Odiseo explora los horizontes y, gracias a los testimonios egipcios y bíblicos, creemos des-



cubrir en las playas las pisadas del héroe. No podemos todavía hacer otro tanto para Aquiles. Bérard espera que algún día nos lo permitan los descubrimientos en Siria, Mesopotamia y Caldea.

Las tesis de Bérard, siempre seductoras y brillantes, no siempre aceptadas en un todo por las autoridades contemporáneas, son el resultado de una vida: cuarenta años consagrados a perseguir las imágenes etéreas de los antiguos semidioses. Si tales tesis deleitan en la lectura, nada puede igualar al deleite con que las oíamos de viva voz, en una de las cátedras más bellas de que tenemos recuerdo, y que hoy evocamos entre melancolías y esperanzas.

## VI

EN aquel entonces, creímos poder resumir así las tesis de Bérard,<sup>2</sup> que expondremos con la mayor objetividad y sin pretender entrar en distingos que aquí no nos competen:

La *Iliada* y la *Odisea* habían sido consideradas generalmente como obras literarias conscientes, al igual de todas las grandes obras poéticas, fruto de un poeta las dos, o, al menos, cada una de un poeta distinto. (Excepciones: Vico, y sobre todo el abate d'Aubignac en el siglo xvii, a quien Wolf siguió demasiado de cerca en sus célebres *Prolegómenos*, 1795).

Pero he aquí que, a mediados del siglo xviii, se inicia un movimiento que ha de culminar durante el siglo xix, y cuyo resultado queda resumido en esta fórmula: la muerte de Homero.

Habían comenzado a cundir las teorías de la superioridad del estado primitivo sobre el estado de civilización, y estas teorías se reflejaban en el campo del arte. El arte, decían, se renueva por las invenciones populares; más aún: nace del pueblo. Hay, pues que creer que las grandes obras literarias son creaciones del pueblo. Y mientras más primitivos sean los pueblos, mejor.

<sup>2</sup> Véase también *La Resurrección de Homero*, Cap. VII. Párrafo final.

Los poemas gaélicos de Ossian (1758-1761) —falsificación ingeniosa de Macpherson, que durante mucho tiempo pasó por obra legítima— aparecen entonces como un ejemplo de lo que puede producir un pueblo primitivo. Comienzan las comparaciones entre Homero y Ossian (como en el *Werther* puede apreciarse), y cada vez las opiniones se deciden más por Ossian. Homero acaba por ser un buen poeta, sólo hasta el punto en que se parece a Ossian.

El descubrimiento de Tahití (1768-1771) y su sociedad primitiva da nuevo impulso a las teorías del "primitivismo". Así debe de ser el paraíso en que brotan las fuentes de la poesía. (Recuérdense las teorías de Diderot). La obra homérica, puesto que se acepta que es excelente, tiene que ser obra primitiva.

Un día Villoison (1779-1787) descubre cierto manuscrito de la *Iliada* (*Venetus A.*), que data del siglo X o XI de nuestra Era, el cual presenta la peculiaridad de estar lleno de variantes y notas en las márgenes. No hacía falta más: aquél era el cuerpo del delito, la demostración de que la obra homérica era obra de transmisión oral, primitiva, popular, y que los eruditos alejandrinos la habían reducido a conjunto, mediante concordancias y correcciones caprichosas.

Cuando, más tarde, Fauriel (1824) estudia las canciones populares de Grecia, parece que se ha completado ya la teoría de la formación colectiva de los poemas homéricos. No son éstos más —dice la crítica— que una suma de cantinelas o canciones breves del pueblo, como las que ha coleccionado Fauriel.

Así se llega poco a poco a las conclusiones de que la epopeya homérica es de origen popular y bárbaro, y de transmisión oral (Teorías de Lachmann, 1839-1841). Este era, en 1890, el estado de la cuestión.

Pero en esta época comienza a iniciarse una reacción que tiende a volver el problema al estado en que lo habían conocido los contemporáneos de Voltaire. Y Homero resucita en el siglo XX.

Se descubre toda una civilización anterior a la Grecia clásica —la civilización de Micenas o micenia, para no

hablar del capítulo anterior cretense o "minoano"—, y se logra demostrar que esta civilización mantenía contacto con la antigüedad levantina, con los caldeos y egipcios; que para entonces los hombres micenios conocían ya la escritura, y más aún, la escritura alfabética (Larfeld, en su *Tratado de epigrafía griega*, da al descubrimiento del alfabeto la fecha de 1100 a. C.). Ahora bien: esta civilización tan intensa y compleja es la civilización homérica. Homero no marca, pues, una era primitiva, sino el comienzo de los tiempos modernos, y representa para la era alfabética lo que representan para la era de la imprenta los poetas del Renacimiento.

Por otra parte, se descubren papiros de doscientos cincuenta años a. C. que contienen la obra homérica. Son anteriores al apogeo de Alejandría, y con todo, salvo menudencias, dan un texto que coincide con el texto ya conocido de Homero. Luego caía por tierra la teoría de que la unidad y forma actual de los poemas homéricos es fruto tardío de los eruditos alejandrinos.

Por último, se descubre la epopeya servia; la epopeya castellana, de cuya existencia había podido dudar no menor persona que Gaston Paris, el abuelo de los romanistas—a pesar de los admirables esfuerzos de Tomás Antonio Sánchez, en el siglo XVIII—, adquiere importancia en los libros de Milá y Fontanals y de sus continuadores cercanos o lejanos (Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal); el estudio de la Edad Media francesa se renueva (Bédier y *Las leyendas épicas*). Y entonces se comprueba que las epopeyas han podido producirse en pueblos que distaban mucho del estado paradisíaco de Tahití.

La obra de Homero tiene, en efecto, la unidad, la gradación patética de las obras de los poetas. Considérense, por ejemplo, en la *Odisea*, las tentaciones acumuladas al paso de Odiseo, como para impedirle que vuelva a los brazos de Penélope: primero, la encantadora Circe, que lo seduce por la atracción de los sentidos, y que lo retiene un año; después, la inmortal Calipso, que le ofrece darle una carrera, un bello porvenir, en suma (¡la inmortalidad, nada menos!), y logra retenerlo siete años; finalmente, Náusica, la virgen de los brazos cándidos, hija del rey de

los feacios, la doncella en la flor de su edad, cuya gracia debió de ejercer tan profunda impresión en los ojos y en el corazón de un cuádragenario.

Si, por otra parte, se investiga la realidad geográfica que pueden tener las aventuras de Odiseo (el que fueran pura o parcialmente fantásticas no importaría nada contra la teoría "unitaria"), se ve que todas ellas corresponden a los estrechos del Mediterráneo (porque, como el héroe mismo nos advierte, su propósito es "explorar los pasos del mar"), donde los nombres de lugares y otros documentos acusan la presencia de los navegantes fenicios. Pero los relatos homéricos, más que corresponder siempre de una manera absoluta a la realidad geográfica, a veces sólo corresponden de una manera aproximada, como si el poeta hubiera conocido algunos lugares, ya no por sí mismo, sino a través de documentos ajenos.

Y ¿cuáles pueden ser estos documentos si no los "periplos" o relatos de navegaciones fenicias —de que conservamos algún ejemplo y que ya Estrabón indica como fuentes de Homero—, puesto que, por otra parte, resulta que en todos los lugares donde es dable rastrear la huella de Odiseo, hay también huella de una antigua colonización fenicia? Así, la *Odisea* viene a ser como una elaboración poética, donde se aprovecha la literatura de viajes fenicios por el Mediterráneo, a la vez que se aprovecha la literatura épica de los caldeos y la literatura novelística de los egipcios.

He aquí, en resumen, los puntos principales del derrotero de Odiseo, según cree poder fijarlos Bérard: Odiseo parte de Troya, es decir, del estrecho de los Dardanelos. Sus primeras aventuras acontecen en mares griegos, pero la tempestad lo arroja fuera de estos mares, sorprendiéndolo en el estrecho del cabo Malea y la isla de Citeres. Y va a dar al país de los Lotófagos, es decir, los comedores de fruta (dátiles), en el estrecho formado por la isla de Gelbes o Yerbá, y aquella parte de la costa de Túnez, cuyo nombre significa precisamente "el país de los dátiles", y que Odiseo conoció, así, unos dos mil quinientos años antes de Carlos el Emperador.

De allí pasa Odiseo al país de los Ojos Redondos (Cíclopes), que menos parecen hombres que montañas boscosas; estos hombres-montañas rugen, vomitan, se enfurecen y arrojan piedras: son los volcanes del golfo de Nápoles, y la gruta de Polifemo se encuentra en el estrecho que hay entre Nísida y el Pausilipo. Las sirenas velan sobre el estrecho de Sorrento y Capria. Caribdis y Escila defienden el estrecho de Mesina. Las piedras rojas, azotadas por el fuego devastador, aparecen en el estrecho de Vulcanello y Lípari. Y los Lestrigones, que pescan a los hombres como atunes, ocupan, junto al cabo Urso o del Oso y la roca de la Paloma, las almadras del estrecho de Bonifacio. Finalmente, Calipso vivía en el estrecho de Gibraltar (isla del Perejil); los feacios, en Corfú, y el país de Odiseo dominaba el estrecho de Itaca y Cefalonia.

Los homeristas, en general, se resisten a aceptar las identificaciones geográficas anteriores y, singularmente, cuanto se refiere a los mares occidentales.

Si el lector traslada este derrotero sobre un mapa, conviene que tenga presente —para que no le desconcierte el brusco zig-zag— que se trata de los viajes de un naufrago, y que Odiseo, para que haya poema, tiene que volver a su patria por el camino más largo.

Y Bérard hacía resaltar en sus explicaciones que la amorosa Calipso, puede considerarse —simbólicamente— como la primera española. Celos y ardor no le faltaban.

# ANITA GARIBALDI

Por *Newton FREITAS*

*ANA, ANINHA, ANITA...*

MÁS O MENOS por el año 1815, una nueva familia brasileña se fija en Santa Catalina siguiendo el típico impulso colonizador de la época. Los paulistanos, en especial modo, bajaban de sus tierras para ir a habitar la fertilísima zona casi salvaje que se extendía más al norte de la provincia de San Pedro, del Rio Grande del Sur. La provincia de Santa Catalina acogía a los paulistanos, bahianos, mineragenses y a los rubios extranjeros que llegaban seducidos por el clima frío de la fertilísima planicie.

Bento Ribeiro da Silva, luego de casarse en San Paulo con María Antonio de Jesús, llega a Morrinho (Tubarão) a intentar nueva vida. Con él vienen sus tres hijitos, Manuela, Felicidad y Francisco. Mas, a pesar de su robusta complexión que justificaba el aumentativo de "Bentón", su familia no consigue prosperar, llevando una vida si no atribulada por lo menos precaria.

En Morrinho, hoy llamado "Anita Garibaldi" en honor de su más amada hija, nacieron otros tres vástagos: Ana, Salvador y Bernardo. La familia no se torna por ello más numerosa porque mueren los tres varoncitos: Francisco, Salvador y Bernardo—estos dos últimos en muy tierna edad. La casa de Bentón queda entonces como la Casa de las tres Niñas, con Manuela, Felicidad y Anita que sería, años más tarde, la compañera de Giuseppe Garibaldi.

El padre vivió muy poco en el nuevo ambiente; murió dejando a su esposa en la mayor pobreza con tres hijas menores. Desde la más pequeña hasta la mayor todas las hijas de María Bento trabajan para ayudar a sustentar el

hogar. Una pobreza apenas disimulada encubre las vicisitudes de la familia, sin varones, tal vez indicando simbólicamente un signo de fuerza y de lucha para la digna esposa del gran Garibaldi. Ana, Aninha, como la llamaban en la intimidad, creció solitaria en medio de la ingloriosa lucha de tener que trabajar para comer; no estudió, ni se educó sino al contacto con la gente del lugar, poco ilustrada y bastante reducida en número en aquellos años en que el siglo XIX empezaba para el sur del Brasil.

El carácter orgulloso y dominante de Anita se reveló tempranamente con actos de arrojo y de infantil resolución, creciendo con savia exuberante a igual que sus dos hermanas que enmaridaron muy mozas trasladándose la mayor a Rio de Janeiro. Varios incidentes, según relata la tradición, pusieron en evidencia el áspero carácter de la joven y, a fin de evitar un choque entre ella y un carretero, doña María Bento resuelve mudarse de Morrinhos para Laguna, futuro escenario de las luchas de la escuadra "farroupilha"<sup>1</sup> al mando de Garibaldi y de sus amores con la hija de Bentón.

Anita tendría tal vez unos catorce o quince años cuando llegó a Laguna luciendo su fuerte belleza y dejando tras de sí una fama de áspera e indomable criatura: con el chicote había cruzado la cara de un carretero que se había negado a apartar una yunta de bueyes de su camino cuando la niña-moza volvía de la iglesia donde asistiera a la santa misa. . .

La madre y la hermana, naturalmente solidarias con la actitud de Anita castigando la insolencia de un hombre que, por colmo de ridiculez habíase quejado a la policía del ultraje sufrido, consideraron como única solución mudar de lugar y de vecinos. Y así fué como las tres mujeres, sin poseer otro sostén que lo que podían producir sus brazos, llegaron a Laguna y allí se instalaron para vivir.

Aninha no tardó en despertar interés entre los mozos del lugar porque si bien no era una mujer de fortuna, poseía una belleza excepcional: de rostro alargado, rebeldes

<sup>1</sup> De "Farrapos" nombre dado por los imperialistas a las fuerzas insurgentes durante la guerra civil del Rio Grande del Sur. (N. del T.)

y negros cabellos, ojos vivaces, inquietos y activos, tez morena y cuerpo ágil.

Poseía tal vez el tipo de las antiguas mujeres-bandeirantes, aquellas intrépidas compañeras de las audaces aventuras de los paulistanos del siglo XVI; tal vez copiase inconscientemente el tipo de alguna lejana abuela que ni la tradición ni la fortuna le permitieron conocer. Hasta hoy día no se ha perdido en su familia la tradición de aquella belleza. Era una mujer en todo semejante a las matronas que permanecían de chicote en puño dirigiendo las "casas-grandes" desiertas de hombres cuando partían las "bandeiras"<sup>2</sup> rumbo al sertón.

Aninha con sus quince años "en edad de casarse" según la madre, se enamora de un zapatero del lugar, seriate, de modales suaves, que cayó en gracia a la viuda; reunía lo esencial para un casamiento normal, sin grandes brillos pero con lo suficiente para vivir. Se llamaba Manuel Duarte y era natural de Desterro en la misma provincia de Santa Catalina.

Siendo ya prometida de Duarte surge otro partido para la muchacha: el sargento de las Milicias Juan Gonçalves Padilha con quien, años más tarde, Anita ya en plena aventura garibaldina volvería a encontrarse en una dolorosa peripecia. El sargento a pesar de su envidiable posición de militar, perdió la partida, y Aninha se casa, a los quince años, con el zapatero Duarte en la iglesia de la Parroquia. Empieza entonces para ella una etapa suave de su vida: la subsistencia asegurada por el marido, sus días desfilan en la calma provinciana, entre tareas domésticas y un invencible tedio sin que ningún acontecimiento llegue a conmover la vida del matrimonio. Sin hijos a quienes cuidar, las horas se deslizaban unas tras otras sin inquietudes ni zozobras. Corría el año 1833.

<sup>2</sup> Bandeiras, Banderas, expediciones hechas por los paulistanos desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII con el propósito inicial de arrebatar esclavos, mas luego, atraídos por el misterio de la inmensa y desconocida floresta, fuéronse internando por todo el país cruzándolo de norte a sur, desde el Plata al Amazonas y desde Goyaz a Matto Grosso obstaculizando la expansión castellana y ampliando enormemente sus propias fronteras. (N. del T.)



En 1835 la vecina Provincia de Rio Grande del Sur se levanta contra el poder Central organizándose en República independiente. Los héroes de la Revolución "farroupilha" dejaban tras de sí una estela de leyendas heroicas y de brillantes fábulas. Rio Grande en armas, confederado bajo la bandera de los republicanos, contaminaba a las jóvenes e inquietas mentalidades del resto del Brasil. Santa Catalina, en modo especial, sufría el influjo de las nuevas ideas, y las aspiraciones de la República rio-grandense fueron ganando poco a poco a los catarinenses que también sentían pesar sobre sus hombros el riguroso centralismo del Imperio. De ello al establecimiento de la "República Juliana", eslabón de la cadena revolucionaria que ganara las lomadas y pampas sureñas fué sólo un paso.

Al arrimo de los fogones familiares, a orillas del mar, en los embarcaderos, en los mercados, ferias, estancias y campos catarinenses, corría la fama de los "farroupilhas" y, naturalmente, sus ecos también llegaron a los atentos oídos de Aninha con los vívidos relatos del gran pueblo que se levantaba en una vibrante protesta que duró años, diez años. . . La legión italiana y el nombre de Garibaldi vibraba al lado de los de Bento Gonçalves, Canabarro, Zambecari y Rossetti.

Los hombres y las mujeres catarinenses conocían de memoria las hazañas de los héroes de la tierra vecina, relatados por marineros, carreteros, troperos y emisarios revolucionarios. Aninha tomó parte del fervor general y, como era de esperar de su instintiva rebeldía, se volvió a favor de los "farroupilhas" mientras su pacato marido se declaraba partidario de los "legalistas". La latente desavenencia del matrimonio no se reveló con actitudes violentas sino por una sorda y paciente animosidad: Aninha guardó en lo más hondo de sí misma la rabia de su impotencia política circunscripta por la familia y por su posición social de mujer casada, de participar, como era su deseo, en las luchas sureñas. De Garibaldi, naturalmente, recibió la más profunda impresión. Corría de boca en boca el más reciente episodio de la lucha farroupilha: el transporte de los lanchones a través de cincuenta millas (episodio que recuerda, según el historiador Lindolfo Co-

llor, la "historia de Antonio después de la batalla de Actium". Y, en época menos remota, en el siglo xv, al sultán Mohamed II haciendo transportar sus naves de Corregia al Bósforo sobre una extensión de 10 millas a través de los valles de Delma Bagdgê). Realmente la hazaña llevada a cabo por Garibaldi tenía algo de legendario, transportando por tierra a dos naves: el "Farroupilha" y el "Seival" de 18 y 12 toneladas respectivamente, con una tripulación de 70 hombres a más de las armas y cañones de bronce, sobre tarimas arrastradas por doscientos bueyes desde la barra del Capivari hasta la laguna de Tamanday.

El folklore se enriquecía con versos que cantaban las glorias y proezas del gran italiano y Aninha escuchaba en todas las casas el rumor de las hazañas de aquél que cruzara los mares para construir la libertad en tierra ajena, en su tierra.

Ahora, cuando florecen sus veinte años, la flota de Garibaldi arriba frente al Morro da Barra entre la desembocadura de la laguna y la villa en que ella mora. El "Itaparica", el "Lagunense", el "Seival", el "Santa Ana", el "Gaçapava" y el "Libertadora" son los navíos que descansan en Laguna después de las últimas luchas con la escuadra legalista. La revolución farroupilha finalmente había conseguido extender sus redes hasta Santa Catalina en donde implantara la "República Juliana". A bordo del "Libertadora", Garibaldi se repone de las heridas, recobra fuerzas, repara el buque y espera órdenes para volver a la lucha. El descanso forzoso le permite pasar horas enteras contemplando los cerros de Santa Catalina, la cambiante laguna, las aguas estancadas. Tan cerca está de la villa que puede divisar los perfiles de los carros, los colores de los trajes, las torres de la iglesia. El paisaje es triste pero perfecto en sus líneas esenciales y la curiosidad del pueblo teje coplas al "carbonero" que allí cerca descansa de las hazañas de la guerra sureña. Aninha también se llega para mirar, observar y admirar a distancia al gran aventurero.

Solitaria, entregada al cuidado de personas amigas, pues el marido había partido llamado a las filas legales,

teje sus sueños y compara exaltada la diferencia que separa el pacífico marido que embarcara para cumplir un deber que ella no comprende, pasivo y fiel a la palabra del Gobierno, al *otro*, a aquél que no tiene patria porque cree en esa gran familia que es la humanidad, al que se abandonara al azar a fin de defender el ideal de liberación de los pueblos oprimidos por la tiranía. Aquél en quien el pueblo columbraba a un pirata, un héroe, un santo o un mártir. ¡Garibaldi! Los grabados reproducidos por manos inexpertas y las descripciones balbuceadas por los soldados y por las mujeres, le decían que Garibaldi era bello como sólo pueden serlo los que se entregan en cuerpo y alma a las aventuras del mar. Marinero de todos los mares, finalmente había llegado a orillas de su río, mísero río comparado con los mares orientales por donde pasara en su infancia, mares asiáticos, mares europeos; ríos de peregrinas bellezas entrevistas en sueños. Garibaldi, como si contestara a su llamado, como si quisiera golpear a su puerta, arribaba frente a su río, frente al cerro donde estaba su casa, frente a la calle donde moraba, calle que, por simbólica coincidencia, se llamaba "de la Pasión".

Aninha con la imaginación exaltada, pasaba los días y las noches soñando el encuentro, ahora inevitable, que le armara el destino.

A bordo del "Libertadora" también Garibaldi soñaba. Los pocos días de reposo que tenía le permitían meditar retrospectivamente sobre su vida aventurera llena de altibajos pero firme en su línea continua de combatividad y heroísmo por un ideal humanitario. Su último romance con una niña brasileña había dejado una profunda huella en su corazón y aún no se había repuesto del todo de su truncado idilio de Camaquan. En esos días escribe a doña Ana, tía de la dulce amada, cartas llenas de patetismo; está siempre presente el recuerdo de aquella que murió soltera, "la novia de Garibaldi", como la distinguía el pueblo, la dulce Manuela que en el combate de Xarqueada lloraba lágrimas de desesperación por el novio de sus sueños, la misma que Bento Gonçalves destinaba para su hijo, que ella rechazó como a todos, permaneciendo fiel a su primer amor.

Para Garibaldi había sido un rudo golpe el tener que renunciar a Manuela, a la "bellísima figlia del continente, io ero felice de appartenerti comunque fosse" y llena cartas y cartas hablando de la tristeza de su renunciación, de la amargura de la última derrota en la cual perdió a sus amigos más fieles: "¡Ah! Señora mía, la desgracia de una existencia de apostolado me había endurecido contra las calamidades. Pero ¡esta última! ¡Esta última!... está grabada en mi corazón con caracteres indelebles".

Garibaldi está atravesando un período de atroz soledad espiritual, sufre "d'un modo inspettatto ed orribile", y se va formando un clima psicológico propicio a la próxima aventura, la definitiva de su vida, en la cual intervendría la brasileña, la catarinense, la lagunense, Ana, Aninha, Anita Garibaldi.

ANITA Y GARIBALDI

#### ANITA Y GARIBALDI

ARRIMADO a la borda del barco, Garibaldi observa la ciudad a través del binóculo, contemplando los delicados contornos de los cerros, el verde de los árboles; de pronto asoma una figura de mujer en la ventana de una de las casuchas trepadas en el cerro de la Barra. Garibaldi mira y siente a través de la distancia la presión de la mirada de Aninha, que otra no era la mujer que también observa a lo lejos. Baja corriendo por la escalera del buque y llega a tierra pero ya había desaparecido la visión y Garibaldi no consigue volverla a ver. Retorna al barco, y día tras día, se repite la escena; por el vidrio de largo alcance empieza el enamoramiento, sin presencia, de Garibaldi y la moza que lo mira románticamente y le sonríe asomada a la ventana. Apenas unos minutos de mutua comprensión y otra vez desaparece la joven tras los muros de su morada. "¡Una donna! ¡Sí una donna!" exclamara el primer día como eligiéndola entre millares para soñar.

Finalmente, una tarde Garibaldi es presentado a Aninha entre la indiferente conversación de amigos comunes; cuando se despide tiene la certeza que ella comprende perfectamente su secreto, su soledad y, apretando entre

las suyas sus manos en un exagerado saludo, le murmura al oído:

—Tu deve essere mía!

Nada más que esta frase pudo decir en este primer encuentro, pero fué suficiente para que Aninha aceptase, tácitamente, la fatalidad de su sino que hablaba por boca de un hombre por todos cantado como el más bello, más perfecto, más puro. Y entre los dos se tendió un puente que ya nadie podrá destruir.

Estaba Anita en sus veinte años y dice la tradición que era más bella que el común de las mujeres. Su cabellera era negra y tupida, poseía bellos y expresivos ojos, cara lisa y morena. Su cuerpo era flexible y su espíritu fuerte. Garibaldi andaba por la treintena, en pleno esplendor de su belleza casi evangélica por lo rubia y lo fuerte. Una bella barba rojiza encuadraba su mentón y los cabellos se desparramaban por sus hombros a la nazarrena. Sus ojos eran dulces y claros. Poseía una cabeza perfecta y un cuerpo atlético y bien proporcionado como el de los hombres acostumbrados a la áspera vida del mar.

Esa situación entre los jóvenes duró cierto tiempo a pesar que Garibaldi principiara a cortejarla abiertamente sin tomar en cuenta la reprobación que encontraba en cada mirada. Anita no se definía, vacilando en abandonarse enteramente al azar de aquella aventura que le prometía una vida activa, útil y romántica, en contraste con su monótona y amodorrada vida matrimonial. Un día, bajando por el camino de la Pasión que desembocaba al mar, de vuelta de la fuente, con su cántaro sobre la cabeza, se decide íntimamente por Garibaldi. El amor tiene ahora el paisaje de los idilios bucólicos entre la moza de carnes morenas que trae el agua en cántaro de barro y el rubio marinero de rostro curtido por los vientos del mar que baja al puerto en busca de amor. La entrevista dura poco pero en ese instante se decide su suerte. Dos días después a altas horas de la noche y mientras la ciudad dormía, Aninha recoge unas pocas prendas y baja rumbo a la playa en busca de su amante, lejano y presente, que todo lo puede y contra quien poco pueden sus débiles fuerzas de mujer enamorada. . .

Ya a bordo, se sueltan las amarras y las velas empiezan a hincharse al viento, chirrían las cadenas del "Río Pardo" que arrastra a la catarinense y a Garibaldi hacia la más fascinante historia de amor y de aventura que jamás se conoció. El barco pasa la barra y deja atrás definitivamente, olvidada en la estrechez de ciudad muerta, toda una vida no vivida. Entra con pasos seguros en la Inmortalidad, porque desde ese momento será la Bien Amada, la mujer que Garibaldi cantará en sus sueños y de quien tendrá, entre lances, entreveros y gritos de carga, cuatro hijos que también inmortalizarán sus amores.

Los primeros días del idilio fueron tempestuosos: Garibaldi debía esquivar la escuadra legalista, nuevamente reorganizada y reforzada, capitaneada por Leal Ferreira. El único pensamiento de Aninha es corresponder a la confianza que en ella deposita Garibaldi, servirlo, no como mujer sino como compañera, como aliada, ser un soldado más de su legión, un marinero más de su escuadra. Quiere ser, en todo y por todo, la mujer que haga olvidar a Garibaldi la errónea idea que un revolucionario no puede tener familia; ella será una amante singular que no le estorbará en los días de lucha, que no llorará sobre sus heridas y no impedirá con sus flaquezas femeninas su acción revolucionaria. Por el contrario, tendrá hijos pero pensando en ellos como futuros soldados y sus dulces hombros femeninos serán empleados para afirmar un fusil o para enrollar las velas del barco de guerra.

El aprendizaje de la nueva compañera se hace apresuradamente, rápidamente, a bordo del "Río Pardo"; aprende a tirar al blanco y luego al vuelo, a curar heridas, a izar velas, a conocer la disciplina de a bordo y de los días de lucha. Acompaña con decisión e interés los pormenores de la vida del mar y en pocos días se transforma en un marinero más que Garibaldi incorpora a su legión. Deja tras de sí hasta el nombre familiar de Aninha y, bautizada por el propio Garibaldi, pasa a llamarse Anita: Io ti chiameró Anita!

Durante las acciones, la joven debe demostrar su vigor y destreza porque casi inmediatamente la escuadra de Garibaldi es perseguida por los legalistas y las dos huestes

se traban en un feroz combate cerca de la isla Cananeia. Garibaldi se adueña de un cargamento que iba rumbo a Rio y prosigue su viaje tratando de despistar a la escuadra legalista. En Imbituba sus buques son descubiertos por la escuadra imperial.

El desenlace de aquella expectante situación es uno de los más feroces combates que tuvo Garibaldi y el bautismo de sangre de Anita. La cubierta de su nave se cubre de cadáveres porque el fuego de la escuadra legalista está dirigido, principalmente, sobre su buque. Espérase de minuto en minuto el dramático instante del abordaje porque la aplastante superioridad del enemigo así lo hace prever. Garibaldi dispone todo para una desesperada resistencia final: "erevano pronti a tutto, meno a cedere". Llega un momento en que siente que la resistencia de sus marineros flaquea a pesar de dar ejemplo de serenidad dando órdenes a pecho descubierto sobre el puente de la nave. Anita permanece como él en su puesto de combate entre dos marineros tirando sin descanso sobre el enemigo. De pronto, un tiro de artillería enemiga destruye la amurada destrozando a los hombres. Anita es proyectada a algunos metros de distancia, se levanta y cubierta de sangre pasa entre los cuerpos mutilados y grita a Garibaldi que le pide se refugie en las cámaras para estar al cubierto de las balas:

—¡Sí, voy a bajar pero para arrancar de allí a los cobardes que se han escondido!

De este modo la joven mujer consigue estimular a los hombres a la lucha, sacando de las cámaras a los que no estaban heridos a fin de sostener la heroica resistencia. Solamente el caer de la tarde disminuye el fuego de los legalistas y la inesperada victoria hace gritar de alegría a Garibaldi. El resto de la tarde y toda la noche fueron dedicados a curar a los heridos y dar sepultura a los muertos en el fondo de las aguas. La vida de Garibaldi y de Anita prosigue su curso después de aquella lluvia de sangre que bautizara sus primeros días de unión.

Mientras tanto empieza a tambalear la República Juliana, esto es: la República instituída en Santa Catalina bajo el signo de los riograndenses "farroupilhas". La dis-

gregación interna se refleja en los menores actos de la vida pública y, corroída por las intrigas y cansada de desastres políticos, no tardará en volver al antiguo régimen imperial. Garibaldi columbra el fin de esa república que tenía a sus ojos un singular interés porque de ella había surgido Anita, su Anita. Entre tanto recibe órdenes de obstaculizar la salida de los legalistas cerrando el canal de la barra de Laguna. La realización del plan le es confiada y consistía éste en efectuar el paso de las tropas republicanas hacia el otro lado, bloqueando el puerto e impidiendo de ese modo la salida de los legalistas imperiales.

Los preparativos de la retirada empiezan bajo su directa vigilancia y cuando estaba casi a término el transporte de las tropas, bagajes y armamentos, Garibaldi, apostado sobre el cerro de la ciudad, divisa la aproximación de 22 barcos legalistas: "Yo descendí de la montaña —dice en su autobiografía— y fui aceleradamente a ocupar mi puesto a bordo del "Rio Pardo"; llegué cuando ya mi incomparable Anita, con su acostumbrada intrepidez, había disparado el primer cañonazo apuntado por ella misma y animaba con sus voces aquella chusma espantada".

La lucha que se trabó entonces entre las dos fuerzas, como siempre desiguales en número, fué feroz. Finalmente Garibaldi viendo próximo el desastre resolvió pedir auxilio a Canabarro. "Encargué de la misión a Anita, diciéndole que no volviera a bordo, pero no quiso mandar a nadie y vino ella misma a traer la respuesta; a la admirable sangre fría de la joven heroína debimos la salvación de las municiones de guerra". "Veinte veces atravesó el canal bajo el fuego del enemigo; todos se resguardaban para evitar las balas pero Anita, de pie en la popa del buque era una verdadera imagen guerrera". La única solución posible era la quemazón de los barcos y Garibaldi sufre horriblemente viendo arder los despojos de los compañeros muertos en la gran hoguera que ilumina la ciudad. Cuando cayó la noche sobre Laguna, Garibaldi y Anita reunieron los sobrevivientes de la gran batalla naval y marcharon a la retaguardia de la división rumbo a Rio Grande por el mismo camino que, meses antes, habían recorrido triun-



falmente. “Marchaba yo a caballo —cuenta Garibaldi— al lado de la mujer de mi corazón, digna de la admiración universal, y me lanzaba a una carrera que tenía para mí aún más atractivos que la del mar”. “Mi tesoro —sigue diciendo— era Anita, que no abrigaba menos entusiasmo que yo por la sacrosanta causa del pueblo y por la vida aventurera. Había tomado las batallas como una diversión y las incomodidades de la vida del campo como pasatiempo...”. Así era la grande compañera brasileña del gran pirata romántico del siglo XIX.

La retirada de Laguna si bien pudo evitar la persecución por mar de la escuadra legalista se vió cortada en tierra por las tropas al mando del general Acunha. Esta fuerza expedicionaria que venía de San Pablo por las sierras, se traba en violento combate con las fuerzas comandadas por Garibaldi; en esa batalla muere el general Acunha a orillas del río Pelotas y la mayoría de la tropa legalista cae prisionera. Bajo las órdenes de Garibaldi los “farroupilhas” conquistan entonces Lage, Vacaría y Cima da Serra. De victoria en victoria las fuerzas revolucionarias pasan desde Lage hasta el Cuartel de las fuerzas republicanas a doce millas de Porto Alegre donde, finalmente, se juntan con el caudillo gaucho Bento Gonçalves Presidente de la República riograndense y general en jefe de los ejércitos republicanos.

Durante esta marcha victoriosa, dura en sus aspectos guerreros, Anita da a luz su primer hijo, Menotti. “En aquel tiempo —cuenta Garibaldi— mi Anita tuvo su primer hijo, Menotti, cuya existencia era un verdadero milagro porque en el curso del embarazo mi intrépida mujer había asistido a muchas batallas, soportando muchas privaciones y peligros y hasta una caída del caballo por lo cual el niño nació con un aplanamiento en la cabeza. Anita parió en la casa de un habitante de la campiña, próxima a un pequeño pueblo llamado “Mustarda”, recibiendo todos los cuidados imaginables de aquella generosísima familia que se apellidaba Costa”.

Los incidentes de esa marcha y de los sucesivos combates trabados por la columna de Garibaldi y de Anita son verdaderos episodios de una novelesca aventura. Garibaldi

con su infantería se aparta de Anita a la altura de Melo dejándola al cuidado de algunos soldados. Avanza todo lo que puede a marchas forzadas y después de intentar un desesperado esfuerzo para derrotar a los grupos aislados de los legalistas, vuelve en busca de su compañera. Vano esfuerzo: Anita había desaparecido.

Lleno de desesperación, hace transportar como puede a los heridos y con infinitas precauciones se mueve en dirección a Lages en días y noches de ininterrumpidas fatigas, de hambre, sed, desesperación de sus compañeros e íntima rebelión de los menos fuertes. Garibaldi no se amilana a pesar de haber dejado atrás, quién sabe en que condiciones, a su Anita.

Esta, viendo que los escuadrones de Texeira no abandonan la persecución de los "farroupilhas" resuelve avanzar por su cuenta protegida por su guardia. Es sorprendida en ello por un destacamento enemigo, y a pesar de lanzarse a la carga a "punta de lanza" para ver si podía conseguir romper el cerco de aquellos que le intimaban la rendición de lanza en puño, se niega desafiando. Una bala le perfora el sombrero y se arma un "entrevero" que termina por derribar la montura de la guerrillera. Finalmente, caída por tierra, es hecha prisionera.

La suerte no le era propicia en esa campaña: Padilha, el antiguo pretendiente, es ahora el jefe legalista a quien ella tiene que someterse en juicio de guerra. Un sólo pensamiento la domina: saber donde está Garibaldi y cómo encontrarlo. Los relatos de aquel tiempo guardan el recuerdo de la extraordinaria altanería de Anita en aquella oportunidad en que todo le fué prometido en trueque de su traición: ni el cuerpo, ni el alma vendió a los legalistas manteniéndose altanera y sarcástica frente al antiguo pretendiente convertido ahora en juez. Con su actitud conquistista la admiración de todos: —"estábamos orgullosos que ella fuera una catarinense. . .", "una compatriota que daba al mundo tan sublime prueba de valor e intrepidez". El comandante le prometió el gobierno del campamento y su restitución a Garibaldi en la primera oportunidad.

Toda su obsesión estaba dirigida en encontrar a su compañero y, finalmente, entre ruegos e instancias, ob-

tuvo el permiso de revisar los campos donde yacían inseultos centenares de cadáveres, para ver si entre ellos se encontraba el cuerpo de su Amado.

Empieza la moza su triste tarea, pacientemente, heroicamente, escudriñando, uno por uno, todos esos cuerpos que ya empiezan a descomponerse. Revolvió la tierra, los campos, las montañas, los valles y las riberas de los ríos. Garibaldi no estaba allí ¡entonces no había muerto! Una nueva alegría parecía dar esperanzas a su vida y, una noche, arrastrándose entre el pasto consigue evadirse del campamento. Exhausta, llena de arañazos, manchada aún por la sangre de los últimos combates, Anita prosigue su marcha penosa por los desiertos caminos, a veces patrollados por soldados legalistas. Duermen los centinelas cuando pasa frente a ellos arrastrándose y después de búsquedas incesantes finalmente da con el blanco "poncho pala" de Garibaldi colgado a un árbol. Deja allí su ropa y su chal y viste el poncho de su amado. Evitando los raros pobladores lleva a Passo das Canoas en poder de las fuerzas del Imperio. Vestida de blanco sobre un caballo de largas crines asusta a los centinelas que creen ver pasar a un fantasma y, aprovechando el terror de los soldados, cruza a nado las heladas aguas del río ganando la otra margen en los alrededores de Lages.

Completamente exhausta procura pernoctar en la humilde casa de unas mujeres que se niegan a hospedarla creyéndola un hombre: Anita entonces abre su poncho y muestra los senos a las mujeres que apiadándose de ella, la acogen y la auxilian. De madrugada, reinicia su marcha.

Garibaldi, que seguía haciendo desesperadas búsquedas a fin de encontrarla, exulta cuando la ve surgir envuelta en su blanco poncho sucio de sangre, como una aparición entre los árboles cubiertos de rocío. ¡Estaban juntos otra vez!

#### EN EL URUGUAY

LA revolución "farroupilha" se va debilitando cada día más; los problemas internos empiezan a degenerar en graves escisiones y la política imperial, ahora orientada

por el futuro duque de Caixias, parece prever el fin de la república independiente. Garibaldi, entonces, cae en franca nostalgia. Anita está a su lado y en los momentos de desesperación le hace tiernas confidencias sobre su dolor por la muerte de sus amigos, sobre su lejana patria y su separación de la familia. "Seis años de una vida de sufrimientos y privaciones, separado de mis antiguas amistades y de mis parientes. . . lejos del mar".

Encerrado como estaba por la pampa, las pequeñas lagunas, las montañas y sierras, su mayor nostalgia tal vez provenía de la ausencia del mar. Recuerda a los viejos camaradas de ideales, Zambecari, Rosetti, muertos por la causa riograndense, y en centenares de otros italianos que con él se integraran a la nueva república, piensa en la madre que dejara en Italia, en los hermanos que jamás volvió a ver. . . y, para olvidar, sólo le resta la acción. Montevideo se abre, ahora, como un campo de actividades que está a la espera del alma inquieta de Garibaldi.

Sitiada por las tropas de Oribe, es una plaza de guerra sobre la cual converge la atención del mundo. La "Nueva Troya" merece artículos de las mejores plumas europeas, de Dumas, el viejo Dumas que más tarde escribirá las Memorias del propio Garibaldi, la de los poetas románticos y la de los políticos del tipo de Thiers.

Garibaldi resuelve entonces pasarse definitivamente a la Banda Oriental con su mujer y sus hijos; en Rio Grande ya hay bien poco que hacer y Montevideo parece abrirse como el principio de una gran estela. . . "me decidí entonces —dice él— a pasar, por una temporada, a Montevideo; pedí licencia al presidente que me la concedió y, obtenido el permiso de viaje, formé un pequeño rebaño de vacas para poder hacer frente a los gastos. . .". De este modo el gran revolucionario se ve convertido en "trouppiere", en boyero.

Perdida para los republicanos "farroupilhas" la Barra de Rio Grande, Garibaldi nada tenía que hacer allí. Era mejor transformarse, transitoriamente, en tropero, en comerciante, y procurar salir de aquel círculo vicioso que al final del "año terrible" era, prácticamente, el epílogo de la revolución riograndense.

Luego de peripecias imprevistas consigue llegar, finalmente, a la Banda Oriental con su "famigliola". Helo otra vez a orillas del mar, de su inolvidable mar. . .

Las primeras semanas son vividas en casa del compatriota Castellini y en breve se unen a ellos nuevos amigos italianos, los Cúneos, los hermanos Antonini, integrando el grupo inquieto y ardiente que todo discute y todo resuelve en nombre de la Libertad y de la Justicia.

Anita procura adaptarse a las nuevas condiciones de vida doméstica pues ahora sólo tiene que dedicarse al cuidado de sus hijos. La situación legal de ambos se resuelve rápidamente ya que, estando aún en Rio Grande, habíase enterado del fallecimiento de su esposo el zapatero Duarte. Nada impedía ya que Garibaldi y ella se casaran.

A la iglesia van los dos, y frente al altar de San Francisco, dócilmente sacramentan su unión el ateo, el revolucionario, al anticlerical por excelencia, el que había tomado parte en cien combates y herido mortalmente a tantos, y la catarinense que renunciara a la vida doméstica y trocara la tranquilidad matrimonial por la arriesgada y aventurera vida al lado de un enemigo de la sociedad.

Sus testigos, Paulo Semidei y doña Feliciano García Villagrán, también participan de la misma libertad de principios de los cónyuges pero, así es la época y así son sus personajes: todos sienten un recóndito respeto por el sacramento cristiano. Y de este modo Anita y Giuseppe se tornaron frente a Dios, frente a los hombres y a la sociedad, Marido y Mujer, los Esposos, que tiempo después en Roma, estarían frente a frente fundidos en duro bronce tal como los famosos amantes D. Pedro y Doña Inés en Portugal.

Garibaldi no demora en rehacer sus fuerzas militares; consigue reclutar para su legión a 700 hombres dispuestos a todo por la defensa de Montevideo. Es una verdadera escuadra la que comanda ahora y los enemigos que debe enfrentar son de renombre internacional.

Entre sus hazañas marítimas de la época cuéntase el encuentro que tuvo, frente a la isla de Martín García, con la escuadra de Rosas capitaneada por el almirante inglés Brown durante el cual logra salvar milagrosamente a

sus tres barcos protegido por la neblina. Garibaldi consigue despistar a Brown y toma la dirección del Paraná, dejando al almirante en la convicción de que había salido rumbo al Uruguay. Sube al Paraná salvando de este modo a la escuadra uruguaya de aquel que era "la prima celebrítá marítima dell'América Meridionale ed a giusto título".

Después de la derrota de las tropas uruguayas en Arroyo Grande, después del fracaso de todas las tentativas de mediación entre los republicanos riograndenses y los orientales, después de ser ya imposible cualquier aproximación americana a causa de la hábil diplomacia imperial de Sinimbu y del duque de Caixias, la República Farrroupilha entra en franca disgregación al mismo tiempo que el cerco de Montevideo marcha hacia su fin con los inesperados refuerzos que llegan del Brasil.

El propio Garibaldi confiesa que después del combate del 20 de mayo de 1846 nada de importancia sucede en la campaña del Uruguay. Pacificado el Rio Grande y pacificado el Uruguay ¿qué hará él? ¿Adaptarse a la vida tranquila? ¿Aceptar los honores que llegaban a raudales de todos lados? ¿Dormir sobre los conquistados laureles y tornarse, en vida, un héroe muerto? No. Inmediatamente decidió trasladarse a Italia donde su acción revolucionaria aún tenía mucho que hacer.

"Desde nuestro regreso del Uruguay y la partida para Italia, medió un período de pocos acontecimientos —diría más tarde Garibaldi—. Se ocupa principalmente de la marina y de las labores del mar y ostenta con orgullo el título máximo conferido a un extranjero, el de Comandante del Ejército de la República Uruguaya.

Mientras tanto enfermaba de tedio y de cansancio ante la inesperada tranquilidad de su vida. Pobre de una pobreza que causaba irritación hasta a la propia Anita, vivían los dos en una miserable casucha en Portones, después de ver morir a su segunda hija, Rosita, que no pudo resistir a las continuas privaciones. Su pobreza está atestiguada por cuantos los visitaban: Lainé, el comandante de las fuerzas navales francesas, cuenta que no había ni una miserable vela para iluminar sus entrevistas con Garibaldi. . .

En la tranquilidad aparente del nuevo hogar, Anita da a luz a otros dos hijos, Teresita y Ricciotti, y procura hacer verdaderos milagros de economía para dar de comer a cinco bocas, tres de ellas de hambrientas criaturas, con la diaria ración que les pasa el Gobierno.

A veces se irritaba por el estado de extrema pobreza en el cual voluntariamente se mantenía su compañero. Cuéntase que cierta vez, regaló a un amigo más necesitado que él la única camisa que poseía. . .

Las noticias del resurgimiento político en Italia, llenan a Garibaldi de un extraordinario entusiasmo. Las cartas que llegan de la lejana patria son leídas y discutidas febrilmente por él y sus compañeros de la Legión. Mazzini y Cavour —el viejo y el joven— son actualmente los ejes de la política italiana y ambos conocen el poder y el prestigio de Garibaldi. Resuelven entonces escribirle y pedir su apoyo al reagrupamiento de fuerzas que tiende a unificar Italia y expulsar, definitivamente, a los extranjeros —antiguo sueño por el cual Garibaldi fuera condenado a muerte—.

Decidido el retorno, Anita deberá partir primero con sus hijos a fin de sondear el ambiente y ver las condiciones con que será aceptado en su patria el gran caudillo. Fáltales, empero, lo principal. ¿Cómo obtener el dinero necesario para el viaje? La idea de pedirlo al Gobernador repugna a Garibaldi, prefiere apelar a los amigos. Escribe a Cúneo comunicándole la resolución de mandar adelante a la familia y pidiéndole dinero para el viaje. Este llega de inmediato y Anita con sus hijos, recomendada al ministro inglés Ausenley y al ministro francés Lainé, parte para Italia en donde le espera una gran sorpresa.

A pesar de la conciencia que tenía de la fuerza y prestigios de Garibaldi no puede dejar de sorprenderse por la calurosa recepción que su nombre despierta en toda Italia. Escribe a Stéfano Antonini, amigo de su esposo, una carta que es todo un documento. Dice así:

“Tengo el agrado de dar a V. S. noticias de mi llegada a Génova después de un feliz viaje de cerca de dos meses. Fuí muy agasajada por el pueblo genovés. Más de tres mil personas se reunieron bajo las ventanas de la casa gritando

¡Viva Garibaldi! ¡Viva Garibaldi!, y me ofrecieron una bandera con los colores de Italia, diciéndome que la entregara a mi esposo en cuanto llegara a su patria para que sea él el primero en plantarla en suelo lombardo. ¡Si supiera cómo es querido y deseado Garibaldi en toda Italia y principalmente aquí en Génova! Cada buque que llega de Montevideo pienso que pudiera ser el que me lo trae. Si así fuera, creo que las fiestas serían sin fin. Las cosas, en Italia, están bantante bien encaminadas. En Nápoles, en la Toscana y en Piamonte, ha sido promulgada la Constitución y Roma dentro de poco tiempo también la tendrá. La guardia nacional ha sido establecida en todas partes. Esos países ya obtuvieron muchísimos beneficios. Los jesuitas y sus familiares han sido expulsados de Génova y de todo el Estado. Por todas partes sólo se habla de unificar a Italia mediante una liga política y aduanera y libertar a los hermanos lombardos del dominio extranjero.

“Recibí mil atenciones de los hermanos Antonini. Antes de ayer asistí a una función en la Opera y ayer fuí a la Comedia. Visité los más notables lugares de la ciudad y de sus alrededores y mañana parto en vapor para Niza. Pídele el favor de, caso mi esposo no haya partido aún, apurarlo a que lo haga y decirle que los últimos acontecimientos de Italia deben inducirlo a apresurar su partida”.

Las noticias enviadas por Anita se cruzaron con las que le mandaba el marido más o menos en la misma fecha:

“Mi querida Anita: Algunos incidentes desagradables retardan nuestro viaje por unos días. Auzani está atacado por su antigua dolencia en modo violento, Sacchi fué herido en una rodilla y poco faltó para que perdiera la pierna: ambos, empero, están mejorando y espero que no pasaremos el mes de marzo en Montevideo. El buque que nos llevará se llamaba “Bifronte” cuando viajaba bajo la bandera de Cerdeña y se llamará “Esperanza” al servicio de la bandera oriental. Esta carta te llegará en Niza o en Génova o en cualquier lugar, junto con mi madre. Cuida de mi pobre viejita por cariño a mí; hazle olvidar las preocupaciones que le ocasiona la vejez. ¡Fué siempre tan



buena mi madre! Si ésta te encuentra en Niza, deseo vivamente que te sientas contenta. Deseo que goces del bello rincón de tierra que me vió nacer, que te sea caro como lo ha sido siempre para mi corazón. Conoces a mi idolatrada Italia y, Niza, es ciertamente uno de los más espléndidos lugares de mi infeliz patria que yo tanto quiero.

“Tú también debes quererla, Anita mía, y yo te agradeceré ese amor. Cuando pasees por los lugares que me vieron niño, piensa en el compañero de tus andanzas que tanto te quiere y salúdalos en mi nombre. Deseo que conozcas a mi hermano Felicien para que puedas juzgar por ti misma que aún me queda un hermano bueno y digno de mí. Mis parientes, Gustavinin y Garibaldi, sin dudas te recibirán bien así como mi hermano Pepín, Giaume y todos mis otros amigos. Estaré eternamente agradecido a ellos por todo lo que hagan por ti. Abraza por mí a Menotti, Tita y Ricciotti y a mi querida madre y piensa siempre en tu fiel Garibaldi”.

Esta carta deja transparentar el temperamento apasionado y lírico de Garibaldi y su gran amor por Anita, igual al de los primeros tiempos a pesar de los hijos, de las revoluciones, de las miserias y las glorias. . . Anita era siempre la misma Anita del sangriento noviazgo, aquella que le diera a beber agua en la fuente en que desemboca el “Camino de la Pasión”.

Después de la partida de Anita para Italia, toda la actividad de Garibaldi es la de reunir recursos y hombres para luchar junto a las fuerzas libertadoras y unificadoras. Sesenta y tres hombres sobrevivían de la famosa “Legión Garibaldina” y eran sesenta y tres hombres los que abandonaban el Uruguay para acompañar al jefe a Italia. “Sessantatré lasciammo le sponde del Plata per recarci sulla terra italiana a combattere la guerra di redenzione”.

Catorce años habían pasado desde que Garibaldi, condenado a muerte, abandonara Italia. Volvía ahora como el héroe de dos mundos alrededor del cual se tejían leyendas, se entonaban cantos, himnos, loas y consignas. Era el mismo del cual dijera Carducci que “sublevara repúblicas, abatiera tiranías” y, “cuando los tiempos fueran

plenos y Teseo se transformara en Hércules, Italia llamaría de nuevo”.

Para los dos compañeros de amor y de ideas iba a comenzar una larga y agitada carrera a través de Italia en la cual Garibaldi subiría a la cumbre de su propia gloria y Anita bajaría a la tierra para regar con su sangre generosa el suelo de la Patria de aquellos que, por centenares, lo habían vertido combatiendo por la suya.

### EN ITALIA

CUANDO Garibaldi al frente de su Legión vuelve de tierras americanas, Italia está pasando por uno de los momentos más tempestuosos de su vida política. Pío IX había abandonado Roma y, Carlos Alberto, después de ser derrotado en la batalla de Novara, abdica en favor de su hijo Víctor Emanuel.

Cavour y Mazzini son los nuevos líderes que buscan llevar al país a una situación de unificación total sin abandonar ninguno de los elementos capaces de mejorar la acción revolucionaria. Garibaldi, lanzado de lleno en plena Revolución combate en Luino, “donde Anita, a su lado, maravilla a los soldados por su heroísmo. Cuando Garibaldi dirigía una segunda carga al puente, las balas de los austríacos atrincherados en una casa de hospedaje abaten la montura de Anita. En medio de la carga, la amazona salta sobre el caballo de Garibaldi que, echándola frente a sí, de espada en puño se abre camino entre los enemigos”.

Esta es la primera hazaña de Anita en tierras italianas. Luego los acontecimientos se precipitan en tal forma que Garibaldi es solicitado, simultáneamente, por la Toscana, Sicilia y Roma. Se decide finalmente por la ciudad que ahora hace frente a las tropas francesas compuestas de seis mil hombres. Rechazadas las tropas francesas, el presidente de la República, Luis Napoleón, envía a la República de Mazzini a un delegado para tratar un acuerdo y éste era nada menos que el republicano Ferdinand Lesseps. Mientras se estaban realizando las negociaciones entre las

dos repúblicas, tropas austríacas y napolitanas invaden la ciudad de Roma. Garibaldi marcha entonces contra los napolitanos, siempre seguido por la infatigable Anita que empieza a sentir flaquear sus fuerzas de mujer y cae enferma sin abandonar sus actividades junto al marido.

Es en la defensa de Roma que cae Anita para siempre, enferma, postrada, sin auxilios médicos y en plena lucha. Era el día de San Pedro y las tropas de Garibaldi baten en retirada luego de una resistencia heroica. Poco antes, aún en pleno combate, el general recibe la última esquila de Anita que será, por fatalidad, su despedida: "En la hora del combate no pienses en mí, ni en nuestros hijos, sólo debes pensar en la Patria". Esta simbólica despedida merecería estar grabada en el pedestal de su estatua de bronce, por la extraordinaria valentía de que da prueba esa mujer, gravemente enferma, conservando aún suficiente conciencia política como para abandonar todo sentimentalismo familiar e incitar al compañero a la lucha por la libertad de su Patria.

Veis como el propio Garibaldi relata el último capítulo de su vida con la catarinense: "Mi buena Anita, a pesar de mis recomendaciones para que se quedara, había decidido acompañarme. Las observaciones que yo la hice de tener que afrontar una vida tremenda de privaciones en medio de tantos enemigos, sirvieron de estímulo a mi valerosa compañera, y en vano le hice observar que se hallaba en estado interesante".

Vanos fueron los ruegos y las advertencias. Anita quiere seguir el destino que eligiera y no se adapta a las contingencias femeninas de su estado: "se llegó a una casa cercana, pidió a una mujer que le cortara el cabello y vistiéndose de hombre montó a caballo". Otra vez corría la amazona al lado de su héroe.

El desastre de San Marino obliga la retirada de Garibaldi y la marcha desordenada de su tropa es trágicamente penosa. Anita parecía querer ser la última en abandonar el fusil: "mi valiente Anita hacía toda clase de esfuerzos para detener a los fugitivos. Aquella incomparable mujer, incapaz de sentir miedo, tenía la indignación pintada en el rostro".

La marcha se torna cada vez más penosa, dura y áspera, según van subiendo los Apeninos. Los fríos de las alturas y el cerco tenaz que mantenían los austríacos a los grupos aislados de los garibaldinos exacerban aún más la magullada sensibilidad de los soldados en retirada. . . Anita venía en la retaguardia cuando un destacamento de dragones de húsares comandado por el coronel Hoffes-tetter sale a su encuentro. El embate es impresionante y, de tal forma luchó la compañera de Garibaldi, chicote en puño, incitando a los soldados a resistir que, el austríaco cuenta más tarde en sus memorias: "la heroica amazona era un ejemplo de indómito valor". Después, advirtiendo su estado, agrega preludiando el fin: "esa noche apareció a sus admiradores como si estuviera gravemente enferma; el ángel de la muerte la había tocado; empero, la sublime heroína no se abatió, su grande alma luchó hasta el fin, sin un instante de debilidad, sin una queja por el sacrificio de su propia vida en favor de la patria de su bien amado héroe, Italia, su patria de adopción".

Efectivamente, Anita, después de ese encuentro parece declinar a ojos vistas mientras Garibaldi indignado por la indecorosa propuesta de rendición hecha por los austríacos, llama a reunión a los oficiales para un reagrupamiento de fuerzas. Necesita abandonar a la enferma pero ella se empecina en acompañarlo. "Un carísimo y bien doloroso estorbo era mi Anita que se encontraba embarazada y enferma; la supliqué que se quedara en aquella tierra hospitalaria (se refiere a la Republichetta de San Marino) donde podía creerse asegurado, por lo menos para ella, un asilo y donde los habitantes la hubieran cuidado con mucho cariño. ¡En vano! Aquel corazón viril y generoso desdeñaba mis amonestaciones sobre tal asunto y me imponía silencio con las palabras, "¡Tú quieres dejarme!".

El relato hecho por Garibaldi en los últimos momentos de Anita es muy interesante porque refleja la curiosa personalidad de esa inteligentísima mujer que no pudo librarse de las flaquezas de su condición femenina. La falta de sentido común o ¿quién sabe? el deseo de morir luchando impidieron a Anita dejar partir solo a Garibaldi.

Desde los primeros tiempos de su unión, sólo habían habido fugaces y obligatorias separaciones. Anita estuvo siempre al lado de Garibaldi, en las victorias, en las derrotas, en los exaltados combates navales, en las emboscadas, en los "entreveros", por los anegados caminos del sur, en los mares, en los ríos, en las pampas. Junto a él había atravesado una inmensa extensión de tierra, cuando, al frente de una boyada, iban hacia el Estado Oriental. Junto a él estuvo en la paz del hogar montevideano, y la campaña de Italia la habían iniciado juntos. Tal vez presentía sus últimos momentos e intentaba escribir una página que fuera digna del compañero que eligiera. Era su última página y nadie le podía impedir escribirla con bravura y sacrificio. Así se hizo; la retirada prosiguió con Anita, muriendo poco a poco, pero procurando siempre mantenerse firme en su valor.

Garibaldi dirá más tarde: "Si no me hubiera hallado pesaroso por la situación de mi Anita que se encontraba en un estado deplorable y sufría mucho, podría decirse que, vencidas tantas dificultades y en vía de salvación, la posición nuestra era muy afortunada, pero los padecimientos de mi querida compañera eran muy grandes y mayor aún mi disgusto de no poder aliviarla".

La sed era el mayor tormento: "La falta principal era la del agua y mi sufrida mujer tenía una sed devoradora, indicio seguro de su mal interior. También yo tenía sed, rendido por la fatiga, y el agua era muy escasa. Seguimos todo aquel día la costa del Adriático mareando a cierta distancia y con viento favorable".

Garibaldi se decide a hacer un desembarco, jugándose entero en esa arribanza pues Anita no podía continuar en aquel suplicio de sed y fiebre.

En la ensenada de Garo desembarca Garibaldi y viéndose cercado inmediatamente por los austríacos toma a Anita en sus brazos y se interna por los palúdicos caminos cubiertos de juncos, procurando, en vano, un descanso para la cabeza de su compañera moribunda. Anita empeora cada vez más.

Finalmente Garibaldi consigue albergue en la cabaña de unos labradores de la región. Estos reciben a Anita

agonizante y la acuestan con cuidado sobre una cama hecha de paja y cañas. La enferma delira y sueña en voz alta.

“Yo me detuve —cuenta Garibaldi— en las inmediaciones del mar, en un campo de maíz, con mi Anita y el Teniente Leggiere, inseparable compañero mío que había estado también en Luiza el año anterior, después del hecho de Morrazzone”.

A la mañana siguiente se dispone el traslado de la moribunda a la estancia del marqués Guicciolli en San Alberto, después que un amigo estableciera los necesarios enlaces y sondeara las intermediaciones. Empero cuando llegó un médico, Anita ya había expirado.

“Las últimas palabras de la mujer de mi corazón fueron para sus hijos que presentía no volver a ver” —escribe Garibaldi que asiste a esa muerte cuya agonía durara meses, sin tener conciencia de que aquello era el fin. Corría el año 1849 y Anita sólo tenía treinta y pocos años.

En vano procuran apartar a Garibaldi del cuerpo de su amada muerta, que él besa loco de desesperación. Debía partir, debía seguir su camino en busca de la Justicia para su tierra sacrificada. Los amigos procuran alejarlo del lugar. Pero antes, quiere al menos asistir al entierro, ver bajar el cuerpo a la tierra, a su tierra. Pero ni aun este último consuelo le es concedido, los amigos le instan para que parta cuanto antes y él, después de besar a Anita, se apresta a enfrentar, solo, el mayor drama de su vida de revolucionario.

El terror impera en la región y el cuerpo de Anita, por carecer de la necesaria autorización, es enterrado a flor de tierra, sin una referencia, sin un mojón, sin una cruz. Su cuerpo se pierde en el más dramático momento de la campaña de Italia y en el más bello marco que se pueda desear. En Ravena, a orillas del mar.

Muchos años más tarde las generaciones se enorgullecían de ese cuerpo perdido en la raíz de la tierra, integrado al alma milenaria de los campos, al alma vagabunda de la anónima multitud de combatientes, y escribirán sobre el bronce estas patéticas palabras:

“Aquí, donde yació ocultamente sepultado el cuerpo de Anita Garibaldi, del 4 al 10 de agosto de 1849, quiso el municipio de Ravena erigir este marco, en señal de que esta leyenda debe ser considerada sacra en los fastos del patrio resurgimiento”.

Años más tarde, el cuerpo de Anita resurgirá, con todo su vigor guerrero, en la estatua que está frente a la de Garibaldi en Roma, erigidas para conmemorar las gestas de los dos héroes. Anita debió esperar muchos años para unir su nombre al de su compañero, porque la estela que él extendió por sobre Italia se amplía cada vez más, salpicada de luces. Garibaldi no es un héroe que pueda morir antes de haber logrado su trazado ideal: Sicilia, Milán, Nápoles, el Tirol, Francia... diez años ininterrumpidos de luchas y glorias.

Cuando, ya encanecido, por fin descansa, es sólo para pensar con nostalgia en los amigos muertos y para despreciar, hasta el fin, los honores y las riquezas. Se aísla, a pesar de la fama, a pesar de la embestida de los hombres y de las mujeres más cultas y más célebres de su tiempo. Se aísla y no se deja corromper por la falsa gloria. Su aureola es auténtica y él procura conservarla y preservarla de oropeles. Escribirá sus memorias y buscará dar a cada uno de sus queridos muertos el lugar que le compete en las páginas de la historia. Sobre Anita, siempre dirá las más dulces y exaltadas palabras: “Io piansi amaramente la perdita della mia Anita, di quella che mi fu compagna inseparabile nelle più aventurese ore della mia vita”.

## FECHAS Y FICHAS DE UN POBRE DIABLO

Por José Rubén ROMERO

UN biógrafo amigo —Gastón Lafarga— asegura que desde la infancia comencé a hacer versos y se basa para decirlo en unos viejos papeles que mi madre le entregó y de los que arrancó unas estrofas chabacanas que publicó en *La Evolución Literaria de Rubén Romero*.

He aquí algunas de las gracias chocantes de un niño precoz:

    Mi borreguito tiene lana,  
    plumas de oro el colibrí,  
    rayos brillantes la mañana  
    y yo, mamá, te tengo a ti.

Quizás posteriores a esta estrofa hayan sido las siguientes:

    Tengo soldados de plomo,  
    un tren que corre ligero,  
    una yegua y un palomo  
    y hasta un pantalón de cuero.  
    ¡Pudiera ser altanero!  
    Mas si preguntan qué quiero,  
    respondo sin vacilar:  
    a mis padres y mi hogar.

    Mi padre, justamente alarmado, recomendó a mi madre que me quitara de hacer versos porque los poetas, según él, eran seres muy desgraciados.

    Comenzaron en casa a corregirme la manía de versificar, en el mismo tono en que me decían que no me llevara el cuchillo a la boca o que no me hurgara las fosas nasales con los dedos. Debo confesar, sin embargo, que mi padre



erró en su aseveración, pues las pocas desgracias que he padecido no me las acarrearón los sonetos ni las elegías. En cambio, ¡desgracia y bien grande, ha sido la de mis lectores, y la de aquellas novias provincianas que recibieron promesa de matrimonio en ripios que el viento se llevó! Pero a fuer de caballero honrado debo decir que una vez, una sola, mis versos me trajeron desdicha: el cese en un empleo de Gobierno por haber contestado una nota de mis superiores con dísticos altisonantes, y como no todos los hombres saben apreciar lo que cuesta buscar consonantes para las palabras que se usan en la curia, mis jefes determinaron separarme de mi puesto, dejándome la oportunidad de que mis relaciones con las musas se estrecharan.

Vivía yo en Sahuayo, Michoacán, allá por el año de 1908, con mis 17 años a cuestras, plenos de melancolías y de suspiros a la luna, sin otro trabajo que atender, que el de encontrarle consonante a la palabra *indio*.

Por las noches solía sentarme en un banco de la plaza y aislarme de las gentes, soñando con los ojos abiertos, en cosas nunca vistas. Hasta mis oídos llegaba el manso ruido de un regato, tan débilmente, que parecía un enfermo haciendo gárgaras. Ampliando dentro de la imaginación el chorro cristalino del agua, elaboré mi primer libro —FANTASÍAS— compuesto de sonetos endecasílabos y sonetillos de ocho sílabas, en los que cantaba al mar, narrando todas sus bellezas. ¡Sus bellezas, que no conocía!

Así amasé, en revuelto consorcio, lobos marinos fumando su pipa, velas latinas, fenicias, romanas, y gaviotas, muchas gaviotas, rima obligada de playas remotas.

Se imprimió este libro en la Imprenta de don Estanislao Amezcua, en papel ministro rayado, por no haber en el pueblo de otro tipo, y el único ejemplar que poseo, duerme, quizás mareado aún con el vaivén del oleaje, en la vieja bolsa de terciopelo en donde mi madre guardaba sus documentos más preciados.

LA MUSA HEROICA.—(1912. Tacámbaro. Imprenta Carrasco). Colección de poemas patrióticos en donde se apura hasta el último consonante en Hidalgo y en Morelos. Y como la fuerza de él obliga —me refiero al con-

sonante—hago correr al enemigo como un *galgo* para que rime con el apellido del padre de nuestra independencia.

¡Cómo recuerdo aquel bullicioso 16 de septiembre, en el teatrillo "Salgado" de la ciudad de Tacámbaro, en donde las manos finas de una bella dama pusieron sobre mi frente una corona de oropel, digno galardón a mis octavas patrióticas!

LA MUSA LOCA (Morelia, 1917) ya fué un libro serio. En su prólogo mi respetado amigo don Agustín Aragón, comparábame con Roa Bárcena por aquello de haber sido ambos comerciantes al par que poetas. "Rubén escribe sus versos —dice el maestro Aragón— mientras despacha la manteca y los frijoles". No es de extrañarse, pues, que mi poesía de aquella época resultara tan sustanciosa y, quizás por esto, la edición se agotó, aquella edición hecha en los Talleres Gráficos de la Escuela Industrial de Morelia, e ilustrada con un retrato mío, en medio perfil, bigote incipiente y muy lucidor de una mata de pelo, "que se fué para no volver", como dice el verso de una rumba clásica.

En LA MUSA LOCA toqué todos los instrumentos, desde la "siringa agreste" de Darío, hasta la Trompeta del Juicio Final. Y si no convencí con mis versos, no fué precisamente por falta de estrofas, pues poema hay en este libro que tiene tantos rengloncillos cortos como *La Araucana*. LA MUSA LOCA dióme cartel como bardo de provincia, y menudearon los pedidos, a tal grado, que en la *Antología de Poetas Michoacanos*, Jesús Romero Flores me recomienda que deje de hacer discursos en verso para bodas, bautizos y defunciones.

Mi *Brindis de Covadonga*, que aparece en este libro, valióme una buena medalla de oro que tuve que vender a un prestamista judío por cincuenta pesos. Si el amor se subasta, ¿por qué no se ha de traficar con la gloria? . . .

La edición de LA MUSA LOCA se vendió totalmente, con gran sorpresa del autor, en la Librería de Gassió. Por ello, mi vanidad tuvo un ras y sus olas salpicaron a toda mi familia; pero con el transcurso de los años descubrí el secreto de aquel éxito literario. Una mujer que me amaba

compró todos los libros, uno a uno, desde la sombra discreta de su modestia, y cuando ella murió, hallaron los ejemplares polvorientos y tristes escondidos dentro de un cajón, que fué para mis versos como un féretro hecho a la medida.

A instancias de un amigo generoso —Pascual Ortiz Rubio— publiqué *SENTIMENTAL* y él pagó la edición que se hizo en los Talleres Gráficos de Herrero Hermanos, en el año de 1919. Limpié los cajones de mi escritorio para forjar un libro de saldos literarios, que ilustró Barrón con retratos de personas aludidas en los versos y con paisajes evocados tan románticamente que se adivina la presencia del bardo de melena y de corbata de mariposa.

Ninguno de mis libros ha sido esperado por mí con mayor entusiasmo que *SENTIMENTAL*. Yo no sabía de la imprenta mirando con paternal ternura tirar los pliegos, doblarlos y coserlos. Busqué por todos los rincones de México las letras más vistosas y las pieles más finas para envolver al niño recién nacido; gratifiqué a los operarios a fin de que se apresuraran a entregarme los primeros ejemplares y con ellos muy cerca del corazón, corrí presuroso a encerrarme en mi cuarto para palparlos a mis anchas, para oler su tinta, fresca aún, como si se tratase del perfume más delicado y para acostarme leyendo una vez más mis versos, con el recogimiento de un sacerdote que repasa las hojas de su breviario. Todos los periódicos recibieron el regalo de un ejemplar; pero ninguno publicó una crítica. Durante largo tiempo compré diarios y revistas, buscando afanosamente mi nombre, sin encontrarlo por ninguna parte. Sonríe ahora mi desencanto de entonces y pienso con simpatía en esos jóvenes ruborosos que van a las redacciones con su primer librito de versos debajo del brazo, que nadie leerá y que está condenado a ser vendido, como José, por sus hermanos, en un puesto de libros viejos. De tales hospicios he rescatado algunos ejemplares de *SENTIMENTAL*, que ahora se ocultan humildemente detrás de mis otros libros más afortunados.

TACÁMBARO.—1922.—El peregrino ingenio de José Juan Tablada impuso en México la moda del “hai-kai”.

Alguna vez he referido la historia de este pequeño libro hilvanado de prisa, pero copioso de sinceridad. En su prólogo hízome decir Genaro Estrada que yo seguía las huellas de Jules Renard. Ahora voy a hacer, delante de ustedes una rectificación: por aquel entonces no había leído a Jules Renard, pero no quise confesarlo porque me pareció un crimen de lesa cultura. Con TACÁMBARO obtuve un éxito literario y otro político. Por primera vez las revistas de México se refirieron a mí; alcancé la sonrisa protectora de algunos críticos; me escribieron Gabriela Mistral y Díez-Canedo, y después Gutiérrez Cruz me llamó su "maestro". El éxito político consistió en que un Presidente de la República —Alvaro Obregón— aprendiera mi libro de memoria, parodiando mis versos ingeniosamente. Lástima que tales parodias no puedan repetirse aquí porque barrenarían los oídos de los lectores, que supongo castos. Contaré, además, para confirmar nuestra ingenuidad pueblerina, que un primo mío, después de leer una estrofa que dice:

Buscando huevos de gallina  
por los rincones del granero,  
hallé los senos de mi prima,

escribíome indignado, preguntándome a cuál de sus hermanas me refería.

Sobre el éxito pasajero de prensa, a pesar de la burlona sonrisa de los críticos, y por encima del Presidente que bajó de su pedestal para sentirse un momento poeta, ha de vibrar con su verdad eterna, una de mis estrofas, y en la boca de los pobres será grito de rebeldía, y en mi pecho será siempre bandera revolucionaria:

Pasan las ovejas cubiertas de lana;  
el pastor las sigue, desgarrado y mudo.  
A ellas, Dios las viste;  
al pastor el amo lo deja desnudo.

1932.—Mi primer libro en prosa fué APUNTES DE UN LUGAREÑO, que dicté en Barcelona, ausente de la patria, recordándola a toda hora. De los desvanes oscuros de mi memoria fuí extrayendo recuerdos de mi infancia, ro-

pas raídas por la miseria, prendas inútiles, retratos cubiertos de polvo, miniaturas de mujeres rotas por el olvido y paisajes arañados por la mano cruel del tiempo. Al evocar estos años de mi vida, tan lejos de mi pueblo, emocionábame profundamente, pero no me interesaba describirlos. Quería pasar por ellos de prisa, para llegar a los capítulos de las ingraticudes políticas y desahogar la amargura de mi destierro. Entonces, de un soplo apagué las lámparas que ardían en el altar de mis más caros afectos y que, sin merecerlo, iluminaban los retratos de algunos amigos desleales.

1934. México.—DESBANDADA es una sucesión de cuadros que conservé en la memoria fidelísimamente, como un recuerdo de los cinco años que viví en Tacámbaro, generosa y dulce tierra de promisión. Mi vida allí fué buena. Amáronme los pobres y yo aprendí, desentrañando su dolor, a compadecerlos y odiar a todo aquel que esgrima un látigo, ya sea dentro del cuartel, dentro de la fábrica o en la obscuridad del curato. Paseé gallardamente por todas las calles del pueblo con mi guayabera de dril; conversé tanto con los peones de las fincas cercanas, que los amos les prohibieron hablar conmigo; fui corruptor de disciplinas, predicador de libertades, y como premio grande y generoso a estos actos de "hombre de bien", abriéronse a mi paso todas las puertas de las casas humildes y todas las manos tuvieron para mí la miel de una fruta y el aroma exquisito de una flor.

Tacámbaro engendró dentro de mi corazón todas las páginas de DESBANDADA, y en mi corazón durmieron muchos años, hasta que salieron espontáneamente y sin que las obligase a dar un paso fuera de mi pecho.

1935. México.—EL PUEBLO INOCENTE es, quizás, de mis libros, el que tiene mayor material autobiográfico. Yo fuí ese Daniel alegre y juguetón, aunque ahora, calvo y ventrudo, ya no lo parezca. En cuanto a don Vicente, existió de carne y hueso, su boca desdentada dióme profundas lecciones para bien vivir, y siempre me regaló con las picantes golosinas de su ingenio.

Recuerdo que una vez me condujo hasta el corral de mi casa y allí me dijo:

—Oye, niño, este recitado:

El corazón de una dama  
dicen que lo tengo. . . y no.  
El corazón sin lo otro  
¿para qué lo quiero yo?

1936. Barcelona.—MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE es un libro cuyo título parece un inventario, pero no lo es. Es la historia triste de un hombre apresado por todas las amarguras quien, como dice José María González de Mendoza, por no haber obtenido nada de la vida, todo lo envidió.

Hay también en este libro páginas autobiográficas; perseguido por un gobierno, lloré y velé la muerte de un pequeño hijo mío desde la angustiosa penumbra de un terrado; y así se fué de este mundo aquel gordinfloncillo querubín, sin que mis manos pudieran acariciarlo, ni acomodarlo suavemente dentro de su cajita blanca.

Don Federico Gamboa, en cierta ocasión, hizo la crítica de MI CABALLO, MI PERRO Y MI RIFLE, diciéndome:

—Cayó usted en un tema poco original, en el de hacer hablar en su libro a los animales.

—Es verdad, reconozco que la idea es vieja, pero los hombres en la actualidad ya no hablan, se dedican a beber, a bailar y a jugar al "gin".

Los temas filosóficos ya no les interesan, hay que ponerlos, pues, en boca de los animales, que no siguen el ritmo de la vida moderna.

El mundo ha evolucionado hacia lo material y los pueblos que viven con más confort, quizás sean los que más se descuiden de ciertas materias abstractas.

Todos los pobres son catedráticos de filosofía, en esa asignatura cotidiana que se llama dolor humano.

El dinero nos lleva a especulaciones de tipo, alejadas de la metafísica.

1937. México.—VERSOS VIEJOS forman un volumen que ha servido solamente para agregar un tomo más en la

colección de mis obras. Muy pocas personas lo adquieren comprándolo, y yo rehuyo el obsequiarlo a mis amigos, para que no recuerden que en una época lejana hice versos.

Con el tiempo, los hombres nos avergonzamos de haber producido cierto tipo de poesía rimada; se necesita una gran vocación para llegar a viejo con la lira a cuestas. Todos hemos versificado en la juventud y al llegar a la madurez o a la culminación de una carrera universitaria, el camino se bifurca y del poeta surge el historiador, el ensayista, el novelista o el filósofo. ¡Qué pocos hombres han tenido el valor de renunciar a una profesión lucrativa para dedicarse por entero a los versos, mostrando el contraste entre una cabeza nevada por los años y un corazón lleno de trinos juveniles! En estos instantes recuerdo a Enrique González Martínez, el mejor poeta de México, quien prefirió ser siempre poeta que médico eminente.

En *VERSOS VIEJOS* hay algunas estrofas que, desentendiéndonos de su forma imperfecta, contienen cierto sentido profético. Al mediar el año de 1936, hice un viaje en el *Normandie*, el gran transatlántico francés, y la víspera de llegar a New York, me rogaron que yo dijera unas cuantas palabras en la cena que el capitán ofrecería a los pasajeros.

Sobre la carta de la comida escribí estos renglones, que leí ante la indiferencia de un público que, felizmente, no me comprendió:

“Normandie”, me maravilla  
tu fábrica hecha de primores  
en donde el oro, altivo, brilla  
y el mármol se deshace en flores.  
Pero en las parvas de Castilla  
han muerto todos los pastores. . .

Bajo tu clara luz feérica  
cantan y rien los marineros,  
baila una “Miss” su danza histérica  
y beben ahitos los viajeros.  
Pero en los montes de mi América  
se mueren de hambre mis rancheros. . .

Desde tu proa hasta tu popa  
 todo cautiva y nos divierte.  
 El mar semeja una ancha copa  
 donde el champán su espuma vierte.  
 Pero en las playas de tu Europa  
 aúllan los perros de la Muerte.

¡Huye, Palacio de Aladino,  
 mira que Dios está iracundo  
 al ver tu loco desatino,  
 y en este piélago profundo  
 van persiguiendo tu Destino  
 todas las lágrimas del mundo! . . .

Mis palabras cayeron como una maldición sobre el lujo insultante de aquella nave y sobre la paz equívoca de un continente que ahora se ve desgarrado por la furia de una guerra, de la que, ilusos, pretendemos ver el horizonte.

Salté a la Academia de la Lengua por una ventana que me abrió EL PUEBLO INOCENTE, e imaginándome que mi estilo no encuadraba con tan respetable institución, me dediqué a la tarea de hurgar en los diccionarios, para escribir palabrejas pegadas con mastique, de esas que no llevan ninguna emoción interna, ni responden a ningún sentimiento, ni vibran con ninguna inquietud.

En todos los idiomas hay vocablos muertos y vocablos vivos; palabras alegres y palabras tristes, palabras soberbias y palabras humildes, ásperas y suaves, aristocráticas y plebeyas. Es alegre, por ejemplo, la palabra COLOR, que sugiere la visión de las cosas con vida. Es triste la palabra ROMANCE, que nos hace pensar, no sé porqué, en la ausencia; es áspera la palabra NUNCA, parece que se interpone como una muralla entre nosotros y nuestro destino. Humilde es la palabra GRATITUD y con oírla se despierta nuestra confianza. Es plebeya la palabra AHITO y, sin embargo, está en contradicción con el pueblo que sólo vive harto de penas. La palabra SILUETA nos inspira ideas elegantes, finas; cruzan por nuestra mente mujeres rubias, que envuelven en gasas sutiles su carne de porcelana.

Hay palabras que tienen un alma y otras que no pasan de ser simples trazos de caligrafía. Pronunciamos, por



ejemplo, la palabra LIBERTAD y se nos llena la boca, como si con el hecho de decirla nos esforzáramos lo suficiente para defenderla o para conquistarla.

¿Por qué, pues, algunos académicos emplearán palabras complicadas para decir las cosas más simples?

Estas disquisiciones vienen a cuento de que, como ya dije, una vez me sentí académico y preparé con suma paciencia un libro pesado y confuso.

Vivía yo en Río de Janeiro y frecuentaba el trato de Hernández Catá, entonces Ministro de Cuba, a quien cierto día, después de un copioso almuerzo, le leí una páginas inéditas. El gran Alfonso comenzó a escucharme sonriente y acabó dormido bajo la obscura arquería de mi prosa de piedra. Esa noche rompí el original sin el menor remordimiento y volví a ser yo, el mal pensado de siempre, el mal hablado, el refranero, el zafio, ¡pero yo!, con mi prosa que quizás huela a establo, pero que hace reír y llorar a los pastores y a los mesoneros.

Y para situarme en el corazón de mi parroquia y corresponder al favor de mis viejos lectores, me puse a hilvanar de prisa, en unas cuantas noches de velada, LA VIDA INÚTIL DE PITO PÉREZ, ese personaje medio real, medio ficción, que he clavado en mi sementera como un espantapájaros para que no vengan otros gorriones a comerse el poco trigo de mi fantasía.

Pito Pérez existió. Aun se descubren por los caminos de Michoacán las huellas de sus zapatos; aun vibran en las calles de Morelia las campanas que pregonaron su triunfo y su derrota. En mi libro, las travesuras regocijadas fueron de él; la tristeza de su vida es toda mía. De él, los donaires y el ingenio; de mí, la rebeldía y la audacia de llamar a las cosas por su nombre y de dar a los hombres su intrínseco valor.

Pito Pérez se ha servido de mí, y yo he abusado de Pito Pérez. El, desde la eternidad, me dió su vida para que yo la contara como un divertimento agradable. ¿Y qué hice con tan inocente legado? Servirme de Pito Pérez para gritar por su boca mis propios sentimientos, para llamarle ladrón al rico, déspota al gobernante, avieso al cura, tornadizas a las mujeres y noble y generoso a nuestro señor

el Diablo. Cierro los ojos y veo pasar a Pito Pérez, como una sombra melancólica. Va envuelto en sus mismos harapos y mueve la cabeza con pesadumbre, como si me dijese:

“—¿Y qué he ganado yo con tus blasfemias y el mundo con tus rebeldías?? Los ricos ultrajan como siempre al pobre, y éste, como una paradoja increíble, para poder vivir, sigue dejándose matar por cosas que no le incumben ni le interesarán nunca. Y una interminable procesión de Pitos Pérez viene detrás de mí, cargando con el alma muerta y llevando a rastras la carroña del cuerpo, como un barco desarbolado. ¡Tú pretendiste hacer mi vida inútil, y lo que has hecho es inútil mi muerte!”.

Pito Pérez está en lo justo y yo me avergüenzo de haber prolongado su vida para irrisión de las gentes, en un libro que el tiempo se encargará de matar. . .

ALGUNAS COSILLAS DE PITO PÉREZ QUE SE ME QUEDARON EN EL TINTERO, no son sino amargas variaciones sobre el mismo tema. Cada vez que me acosa una pena, o me siento solo, o me hiere un desdén, me acojo a Pito Pérez, al Pito Pérez que no ha acabado de morir dentro de mi cerebro y lo azuzo para que muerda a los merodeadores. “Guarden, que es podenco”, diría yo, como el loco de quien nos habla Cervantes, y recuerden que contra la mordedura de la maledicencia no hay inyecciones anti-rábicas.

1939. México.—ANTICIPACIÓN A LA MUERTE es un viaje a ultratumba con billete de ida y vuelta, porque de otra manera no hubiera yo podido contar lo que vi detrás de esos prados azules en donde pacen las estrellas.

Un deleite morboso indújome a escribir estas páginas, como espectador de mí mismo, en el proceso de descomposición de mi carne. Y sentí el tránsito plenamente, desde la repugnancia por los gusanos que invadían mi cuerpo, hasta la desesperación angustiada de dejar a los míos. Sin embargo, pude corroborar que la Muerte no es tan temible y que así como podemos ir a ella con sólo quererlo, también podemos regresar de ella, como yo lo hice.

El libro tiene una honda sinceridad y, al escribirlo, sentí realmente el frío de lo ignoto, y la presencia augusta de mis muertos que calentaron mi espíritu aterido, con la brasa de su eterno amor.

Confieso que me faltó el aliento divino de Dante para subir al cielo o bajar al infierno, y el libro, muy a mi pesar, tuvo que acabar allí, en la tumba. Me faltó el atrevimiento de situarme entre los elegidos o el valor de condenarme con los réprobos, porque a pesar de los años, todavía no puedo discernir lo que soy y sigo definiéndome con la estrofa final de mi TACÁMBARO:

“¿Soy bueno? ¿Soy malo? Yo no me lo explico,  
amo a Don Quijote y sigo a Sancho Panza;  
la virtud invoco cuando el mal practico,  
pero a veces siento que me purifico  
en la propia hoguera de mi destemplanza.

Después de haber publicado ANTICIPACIÓN A LA MUERTE, yo ya soy, para los locos, otro loco; para los teósofos, otro teósofo; para los contumaces, otro contumaz; para los muertos, otro muerto y, por lo tanto, hiedo.

UNA VEZ FUÍ RICO.—1942.—La primera edición se imprimió en La Habana, en un papel holandés finísimo, pero sacó tal número de erratas que decidí quemar todos los ejemplares, auto de fe que se llevó sigilosamente a cabo en una manigua cercana al mar, como si cumpliéramos con un rito ñáñigo. Creo que hubiera sido más acertado incinerar el original del libro, porque según los críticos, es el más defectuoso de cuantos hasta ahora han salido de mi mano. Quizás con el tiempo, en plena decadencia, logre yo producir alguna cosa peor, que ustedes podrán sin escándalo arrojar a la basura, pues nadie está obligado a leerme por decreto constitucional y a cargar con mis libros como si fueran biblias. En lo que no estoy conforme es en que los críticos tilden UNA VEZ FUÍ RICO como un libro falso, irreal, incubado por mi calenturienta fantasía. En este libro no me aparto un ápice de la verdad y narro hechos que me sucedieron, aunque parezcan trolas. Dentro de una caja fuerte que aun prestigia con su presencia

mi despacho, a pesar de estar vacía, encontré una fortuna en sonantes monedas de oro, que dilapidé rápida y tontamente, y como de dicha tontera no me he curado, sólo lamento no volver a tener los tejos del áureo metal para tirarlos nuevamente. Así como guardo la caja fuerte vacía, tengo muy cerca de mí a la hija que me nació sobre unos cajones, por falta de cama para recibirla, en horas de angustiosa miseria, y este es un tesoro de amor, real y positivo, que no pienso dilapidar.

Por esas calles de Dios, que ni Dios mismo reconoce, según lo que ha cambiado su fisonomía arquitectónica y su población, que parece un queso de bola, hecho de todas leches, suelo encontrarme a algunas de mis amigas de aquellos tiempos, cincuentonas, obesas, marchitas, corroborando el refrán que dice que por servir todo se acaba. Ellas me ven con los mismos asombrados ojos con que yo las veo a ellas y me preguntan por mi gota, por mi lumbago y por la arritmia de mi corazón, piadosa forma de decirme que ya no sirvo para nada. Delante de ellas suelo agravar mis achaques para no verme en el caso de invitarlas a officiar en un oficio que, como a los malos operarios, practicándolo tan de tarde en tarde, se nos ha olvidado . . .

Con el mismo patrón de UNA VEZ FUÍ RICO pudiera yo escribir otros libros intrascendentes: "Una vez fuí Embajador", "Una vez fuí Académico", "Una vez fuí Rector", pero de las páginas de todos ellos saldría una afirmación categórica, esta: *Lo único que he sido es un pobre diablo.*

Entre libro y libro, he fastidiado a los públicos más heterogéneos con discursos de conmemoración —¡Discursos, digo!— hablando de las cosas y de los seres más disímolos: de la música de Agustín Lara, de las batallas de Bolívar, del carácter de Washington, del brazo trunco de Obregón, de la generosidad de Miguel Silva y de la vida humilde de mi madre, ya muerta, a quien todas las noches saludo con las místicas palabras que sirven para rezarle a María:

Torre de David,  
Arca de la Alianza

Puerta del Cielo,  
Estrella de la Mañana. . .

Y como, por pereza, no indago nada en los papeles de la Historia, todos mis discursos —¡Discursos, digo!— se parecen unos a los otros en su técnica lírica, de manera de que, cuando me refiero a Obregón, parece que hablo de Bolívar, y cuando cuento las grandezas de Washington, se puede suponer que estoy haciendo el panegírico de mi tía Josefa.

Como no soy un orador fácil tengo que apuntar las cosas en un papel, y a pesar de ésto, he sufrido mis buenos chascos leyendo un documento por otro.

En el sepelio de un amigo trastorné los papeles y en lugar de la elegía, declamé los versos que pensaba dedicar a una novia:

Sueño que tienes un lunar oculto  
como una marca entre tus senos presa. . .

¡Todavía no me perdonan la equivocación las hermanas del muerto!

Una vez, conversando con Jesús Urueta, el magnífico tribuno mexicano, le rogué que me diera un consejo para adquirir dotes oratorias, y él me respondió: hágase usted cómico, consejo que no he podido aprovechar porque no tengo aptitudes para dedicarme a la escena. Mi artificio no llega a tanto. Yo no encontraría deleite escuchándome a mí mismo y ensayando una mímica falsa, delante de un espejo. Esta elocuencia me parece de peluquería.

No puedo cantar mis cláusulas vestido con la túnica blanca de Berta Singerman, ni utilizar para que me dé el tono, al flautista de los Gracos. No puedo simular alegría o llanto que realmente no sienta en el alma, ni transmitir a la concurrencia ninguna emoción mientras leo, como un escolar temeroso, cuartillas llenas de tachaduras que reflejan a medias mi pensamiento.

Las tachaduras en un escrito comprueban lo inconstante de nuestro espíritu, insatisfecho siempre, y son como fuegos fatuos que se levantan sobre las cenizas de las palabras que hemos asesinado con la punta de un lápiz.

Si yo fuese un lector de mí mismo, hace tiempo que mis novelas hubieran desaparecido, tachadas por mi propia mano.

De mis apuros de diplomático ha quedado tan solo un cuadernillo intitulado *ALUSIONES A LA GUERRA*, a esta guerra que, según afirman, está a punto de terminar. Amén, por los nuestros que mueren en ella, sin recompensa y sin gloria.

El senador por San Antonio, Texas, J. Franklin Spears, declaró en el Senado Norteamericano, que 7 de cada 10 bajas que ocurren en la guerra son de los nuestros, y que, sin embargo, los soldados que regresan no pueden tomar una taza de café en los restaurantes del "buen vecino", porque no nos creen iguales a ellos, sino únicamente dignos de morir por ellos.

En *ALUSIONES A LA GUERRA* expongo lo que yo creo mi verdad; hablo de los peligros y de la amenaza que constituyen las naciones victoriosas para los pueblos débiles como el nuestro. Incrédulo de promesas y de manifiestos interesados —¡Oh, Carta del Atlántico, tan lejana ya de nosotros, como las de San Pablo a los corintios!— levanto mi voz impregnada de angustia para gritar una alerta que se pierde en el estruendo de los hurras y de los aplausos con que son acogidos los nuevos amos.

Adoro a mi patria sobre todas las cosas y me enloquece la idea de verla hundida en la esclavitud, hipotecada al oro extranjero, transformada en factoría con salarios de hambre, para abastecer otras zonas de allende nuestras fronteras, o convertida en campo de concentración de todos los desechos del mundo. En mi desesperanza, día a día, pongo mi espíritu de hinojos ante Dios, y le rezo, a mi modo y manera: "Señor, quiero ser yo el que se equivoque, arrostró el ridículo de haber sido un mal profeta; que me lapide mi pueblo, que me condene al ostracismo, que mi nombre se pierda para siempre en el olvido, pero que México se salve, aunque sea por obra y gracia de los gansos del Capitolio".

## NOTA SOBRE MANUEL BANDEIRA

**E**L POETA cuyo nombre encabeza estas líneas manifestó en cierta ocasión el deseo de

Morrer tão completamente  
Que um dia ao lere[m] o teu nome num papel  
Perguntem: Quem foi?...  
Morrer mais completamente ainda,  
—Sem deixar sequer esse nome.<sup>1</sup>

Fiel a tal decisión, el autor no consintió que su nombre figurara en el libro que él mismo dedica a la evolución de la poesía brasileña,\* oponiéndose así a la opinión literaria del Brasil, que sitúa el nombre de Manuel Bandeira en un momento decisivo de esa evolución.

Tras la malograda rebelión de los simbolistas contra el parnasianismo reinante, la poesía brasileña se liberó mediante un acto revolucionario: el "modernismo" rompió con la métrica tradicional y con la solemnidad académica, volviéndose hacia los aspectos trágicos y humorísticos de la vida cotidiana, hacia las realidades sociales y la geografía humana del Brasil, y proclamando la libre expresión de los sentimientos del hombre brasileño frente a la naturaleza americana y la crisis del mundo contemporáneo. Ese movimiento modernista abrió el camino a una pléyade de poetas, entre los cuales está Manuel Bandeira.

Bandeira nació en 1886; pertenece a una generación de simbolistas y parnasianos. Simbolistas son sus primeros versos. *A Cinza das Horas* (1917) revela el sentimentalismo innato, romántico, del poeta, mientras la adopción de las convenciones de expresión simbolistas es síntoma de una inhibición del sentimiento personal. Ya en *Carnaval* (1919), los ritmos danzan con cierta irregularidad, y la melancolía de "meu Carnaval sem nehum[a] alegria" va acompañada por los clamores, algo forzados, de un humorismo destructor: modernismo *avant la lettre*. Importancia histórica tiene el siguiente

\* MANUEL BANDEIRA: *La Poesía Brasileña*. (Lo publicará próximamente Fondo de Cultura Económica en su Colección Tierra Firme).

<sup>1</sup> Morir tan completamente | Que un día, al leer tu nombre en un papel, | Pregunten: ¿Quién fué?... | Morir más completamente aún, | Sin dejar siquiera ese nombre.

volumen, *Ritmo Dissoluto* (1924), cuyo título confiesa la intención destructora del:

Tuércelo el cuello al cisne de engañoso plumaje.

Hay un momento en que la situación histórica llamada modernismo y la situación personal del poeta Manuel Bandeira se identifican. El autor de *Libertinagem* (1930) es capaz de dar —en poemas como “*Evocação do Recife*”— un timbre íntimamente personal, de recuerdos infantiles, a los temas geográfico-pintorescos de la poesía modernista; es capaz de utilizar su humorismo semi-irónico, semi-diabólico, para analizar a fondo su sentimentalismo innato y transformar en elegía la desesperación agónica.

Desde entonces queda libre en Manuel Bandeira el poeta elegíaco. Los volúmenes *Estrela da Manhã* (1936) y *Lira dos Cinquent' Anos* (1940) revelan al *poète mineur*, en el sentido elevado de la palabra: la transfiguración sutilmente humorística de los tristes lugares comunes de la vida diaria corresponde a la visión de los destinos humanos *in nuce* de una recordación anecdótica:

To see a World in a grain of Sand  
An a Heaven in a Wild Flower,  
Hold Infinity in the palm of your hand,  
And Eternity in an hour.<sup>2</sup>

Esos versos de Blake podrían servir de epígrafe a la poesía definitiva de Bandeira. Cuando derribaron su vieja casa en el barrio sombrío de Lapa, en Rio de Janeiro, el poeta elegíaco escribió este poema, que aún no se ha recogido en libro:

#### *Ultima Canção do Beco*

Beco que cantei num dístico  
Cheio de elipses mentais,  
Beco das minhas tristezas,  
Das minhas perplexidades  
(Mas também dos meus amores,  
Dos meus beijos, dos meus sonhos),  
Adeus para nunca mais!

Vão demolir esta casa,  
Mas meu quarto vai ficar,  
Não como forma imperfeita  
Neste mundo de aparências:

<sup>2</sup> Ver un mundo en un grano de arena | Y un cielo en una flor silvestre, | Recoger lo infinito en la palma de tu mano, | Y la Eternidad en una hora.



Vai ficar na Eternidade,  
Com seus livros, com seus quadros,  
Intacto, suspenso no ar!

Beco de sarças de fogo,  
Das paixões sem amanhã,  
Quanta luz mediterrânea  
No esplendor de adolescência  
Não recolheu nestas pedras  
O orvalho das madrugadas,  
A pureza das manhãs!

Beco das minhas tristezas,  
Não me envergonhei de ti!  
Foste rua de mulheres?  
Todas são filhas de Deus!  
Dantes foram carmelitas. . .  
E eras só de pobres quando,  
Pobre, vim morar aqui.

Lapa —Lapa de Destêrro—,  
Lapa que tanto pecais!  
(Mas quando bate seis horas,  
Na primeira voz dos sinos,  
Como na voz que anunciava  
A conceição de Maria,  
Que graças angelicais!)

Nossa Senhora do Carmo,  
De lá cima do altar,  
Pede esmola para os pobres,  
Para mulheres tão tristes,  
Para mulheres tão negras,  
Que vêm nas portas do templo  
De noite se agasalhar.

Beco que naceste á sombra  
De paredes conventuais,  
Es como a vida, que é santa  
Pesar de tôdas as quedas.  
Por isso te amei constante,  
E canto para dizer-te  
Adeus para nunca mais!<sup>3</sup>

Creo que este poema responde a la definición wordsworthiana de la poesía: *emotion recollected in tranquillity*.

<sup>3</sup> *Ultima canción del callejón*. Callejón que canté en un dístico | Lleno de elipses mentales, | Callejón de mis tristezas, | Y de mis perplejidades | (Mas también de mis amores, | De mis besos, de mis sueños), | ¡Adiós para siempre jamás! || Van

Queda así determinado el lugar histórico que corresponde al poeta: mientras la poesía brasileña siguió fiel a las normas del parnaso, Manuel Bandeira, obedeciendo a las inspiraciones indeleblemente románticas de su temperamento, adoptó el simbolismo semi-romántico del poeta portugués Antonio Nobre, y ese simbolismo atenuado, que sufría las influencias de Guy-Charles Cros y de Apollinaire, facilitó la transición a la "poesía moderna" que los modernistas brasileños patrocinaban justamente entonces; de esta manera y en un momento decisivo, cruzóse con la evolución de la poesía brasileña el camino que condujo al poeta Manuel Bandeira a la realización expresiva de su experiencia personal.

Poesía—la definición indica la parte de lirismo que hay en todo arte— es el arte verbal de comunicar experiencias inefables. La experiencia de Manuel Bandeira era la gravísima enfermedad que destruyó su juventud y que él, sin embargo, consiguió dominar. La experiencia personal y la realización poética de Manuel Bandeira se hallan bajo el signo de las palabras del apóstol: *Ubi est, mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus?*

La adopción de formas convencionalmente simbolistas por el poeta de *A Cinza das Horas* corresponde a la desesperación de poder salir de su situación particular, concebida como anécdota cruelmente sentimental:

Eu faço versos como quem morre.<sup>4</sup>

El camino hacia abajo, bajémoslo todos, solos. La danza macabra de *Carnaval* simboliza la tentativa, desesperadamente exaltada, de salir de la soledad de la agonía. Mas sólo en *Ritmo Dissoluto* adivina el poeta la presencia de un símbolo de validez general en el de su existencia particular:

a derribar esa casa. | Pero mi cuarto va a quedar, | No como forma imperfecta, | En este mundo de apariencias; | Va a quedar en la Eternidad, | Con sus libros, con sus cuadros, | Intacto, suspenso en el aire! || Callejón de zagas de fuego, | de pasión siempre cultivada, | ¡Cuánta luz mediterránea, | en lumbre de adolescencia, | No recogió en estas piedras | el rocío de la aurora, | de las mañanas la pureza! || Callejón de mis tristezas, | ¡no me avergüenzo de ti! | ¿Fuiste calle de mujeres? | ¡Todas son hijas de Dios! | Antes fueron carmelitas... | Y eras sólo de los pobres cuando | vine, pobre, aquí a morar. || Lapa—Lapa del destierro—, | ¡Lapa que tanto pecaste! | (Pero cuando las piedras dan), | al primer son de las campanas, | Como en la voz que anunciaba | la concepción de María, | ¡qué gracias angelicales! || Nuestra Señora del Carmen, | en lo alto de su altar, | pide limosna para los pobres, | para las tristes mujeres, | esas mujeres tan negras, | que en los umbrales del templo, | se refugian por la noche. || Callejón nacido a la sombra | de muros conventuales, | eres cual la vida, santa, | pese a todas las caídas. | Por eso te amé constante, | Y canto para decirte, | ¡Adiós para siempre jamás!

4 Yo hago versos como quien muere...

A voz da noite. . .

(Não desta noite, mas de outra maior).<sup>5</sup>

La timidez parentética desaparece después, substituída por la libre expresión del volumen *Libertinagem*; por primera vez Bandeira da nombre a la realidad:

*Pneumo-Tórax*

Febre, hemoptise, dispnéia e suores noturnos.

A vida inteira que podia ter sido e que não foi.

Tosse, tosse, tosse.

Mandou chamar o médico:

—Diga trinta e três.

—Trinta e três. . . trinta e três. . . trinta e três. . .

—Respire.

.....

—O sr. tem uma excavação no pulmão esquerdo e o pulmão direito infiltrado.

—Então, doutor, não é possível tentar o pneumo-tórax?

—Não. A única coisa a fazer é tocar un tango argentino.<sup>6</sup>

El diabólico humor de este final es el medio de liberación que posibilita la sutilísima variación rítmica de los tres primeros versos: entre la marcha fúnebre del primero, que presenta la dura realidad, y los golpes en *staccato* desesperado del tercero, abátese en *legato* elegíaco el arco del segundo verso: "A Vida inteira que podia ter sido a que nao foi". He aquí las tres emociones fundamentales de Manuel Bandeira, a quien fué dado "recogerlas en tranquilidad".

Ahora encuentra metáforas definitivas para expresar, de manera más particular y más general a un tiempo, su desesperación:

A paixão dos suicidas que se matam sem explicação.<sup>7</sup>

Y ensaya, en *Evocação do Recife*, el realismo modernista que luego se le transfigura en nostalgia evocadora de la "vida que podía haber sido". Y la vida "que no fue" se le identifica con aquellas otras vidas que se fueron, y cuyo eco vibra profundamente en el alma del poeta.

5 La voz de la noche... (No de esta noche, sino de otra más grande).

6 *Pneumo-tórax*. "Febre, hemotisis, disnea y sudores nocturnos. | La vida entera que pudo haber sido y que no fué. | Tose, tose, tose. || Mandó llamar al médico: | Diga treinta y tres. | Treinta y tres... treinta y tres... treinta y tres... | Respire. | ... El señor tiene una excavación en el pulmón izquierdo y el pulmón derecho infiltrado. | Entonces, doctor, ¿no es posible intentar el pneumo-tórax? | No. Lo único que puede hacerse es tocar un tango argentino.

7 La pasión de los suicidas que se matan sin explicación.

*Profundamente*

Quando ontem adormeci  
 Na noite de São João  
 Havia alegria e rumor  
 Estrondos de bombas luzes de Bengala  
 Vozes cantigas e risos  
 Ao pé das fogueiras acesas.

No meio da noite despertei  
 Não ouvi mais vozes nem risos.  
 Apenas balões  
 Passavam errantes  
 Silenciosamente  
 Apenas de vez em quando  
 O ruído de um bonde  
 Cortava o silêncio  
 Como um túnel.

Onde estavam os que há pouco  
 Dançavam  
 Cantavam  
 E riam  
 Ao pé das fogueiras acesas?

Estavam todos dormindo  
 Estavam todos deitados  
 Dormindo  
 Profundamente

\* \* \*

Quando eu tinha seis anos  
 Não pude ver da festa de São João  
 Porque adormeci

Hoje não ouço mais as vozes daquele tempo  
 Minha avó  
 Meu avô  
 Totônio Rodriguez  
 Tomásia  
 Rosa  
 Onde estão todos eles?

Estão todos dormindo  
 Estão todos deitados  
 Dormindo  
 Profundamente.<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> *Profundamente.* Cuando una vez me adormeci | En la noche de San Juan | Había alegría y bullicio | estruendos de cohetes y luces | Voces, cánticos y risas | al

El símbolo del recuerdo personal sirve, al mismo tiempo, como símbolo de la experiencia general del género humano. La agonía se ha transformado en elegía.

En los últimos poemas de Manuel Bandeira la muerte está presente en todas partes. Pero se oculta, tras el símbolo de la despedida de un amigo, en los gerundios suspensos hasta lo infinito del *Rondó do Jockey Club*:

Os cavalinhos correndo  
E nós, cavalões, comendo...  
Alfonso Reyes partindo,  
E tanta gente ficando...<sup>9</sup>

O la muerte está en las agitaciones inútiles de la vida cotidiana, mientras el entierro se transforma en marcha triunfal, como en este

*Momento num Café*

Quando o enterro passou  
Os homens que se achavam no Café  
Tiraram o chapéu maquinalmente  
Saudavam o morto distraídos  
Estavam todos voltados para a vida  
Abiertos na vida  
Confiantes na vida.

Um no entanto se descobriu num gesto largo e demorado  
Olhando o esquife longamente  
Este sabia que a vida é uma agitação feroz e sem finalidade  
Que a vida é traição  
É saudava a matéria que passava  
Liberta para sempre da alma extinta.<sup>10</sup>

pie de las encendidas hogueras. || Desperté en medio de la noche | y ya no oí voces ni risas. | Apenas los globos | pasaban errantes | silenciosamente | Apenas de vez en cuando | el ruido de un tranvía | cortaba el silencio | como un túnel. || ¿Dónde estaban los que ha poco | Danzaban | Cantaban | Y reían | al pie de las encendidas hogueras? || Estaban todos durmiendo | Estaban todos acostados | Durmiendo | Profundamente. || Cuando yo tenía seis años | No pude ver el fin de la fiesta de San Juan | Porque me adormecí. || Hoy ya no oigo más las voces de aquel tiempo | Mi abuela | Mi abuelo | Toño Rodríguez | Tomasa | Rosa | ¿Dónde están todos ellos? || Están todos durmiendo | Están todos acostados | Durmiendo | Profundamente.

9 Los caballitos corriendo, | Y nosotros, caballeros, comiendo... | Alfonso Reyes partiendo, | Y tanta gente, quedándose...

10 *Momento en un Café.* Cuando pasó el entierro | Los hombres que se encontraban en el café | Se quitaron maquinalmente el sombrero | Saludaban al muerto distraídos | Estaban todos vueltos hacia la vida | Absortos en la vida | Confiando en la vida. || Pero uno se descubrió con gesto amplio y despacioso | Mirando largamente el ataúd | Este sabía que la vida es una agitación feroz y sin objeto | Que la vida es una traición | Y saludaba a la materia que pasaba | Libre para siempre del alma extinta.

También en el final de este poema, como en el de *Pneumo-Tórax*, la inversión "diabólica" sirve para lograr la liberación; mas no se trata ya de la transformación de una agonía desesperada en elegía personal, sino de la transformación del destino general de la carne en descanso "largo e demorado". Esta es, Muerte, tu victoria.

Manuel Bandeira es un poeta consciente: consciente de los medios técnicos de su arte, y consciente del resultado obtenido. Ya no hace versos "como quien muere". Ahora, puede decir:

O vento varria tudo!  
E a minha vida ficava  
Cada vez mais cheia  
De tudo.<sup>11</sup>

El poeta alcanzó la concentración de la "vida inteira que podia ter sido" en el momento en que realmente es él quien se expresa como momento de poesía. Es un punto fuera del tiempo, así como —*en Última Canção do Beco*— el cuarto derribado del poeta continúa siendo un punto fuera del espacio. Esas elegías cantan un mundo platónico de formas perfectas, mundo "íntacto, suspenso no ar", que "vai ficar na Eternidade"; quiere decir, mundo donde no existe la Muerte. *Ubi est, mors, victoria tua? ubi est, mors, stimulus tuus?*

La última poesía de Bandeira, transfigurando el sentimiento en símbolo, alcanza la definición wordswordhiana de la poesía: *emotion recollected in tranquillity*.

El poeta que deseaba "morrer completamente", que deseaba:

Morrer mais completamente ainda,  
Sem deixar sequer esse nome

deja una poesía, y dejará el nombre de Manuel Bandeira.

Otto-Maria CARPÉAUX.

---

<sup>11</sup> El viento le barría todo | Y mi vida se quedaba | Cada vez más llena | De todo.

## LA REBELION DE LOS PINTORES

CON este título acaba de publicar en México —Editorial Leyenda— un libro el pintor y crítico peruano Felipe Cossío del Pomar. Libro de los que a mí me gustan, porque acontece que casi a cada línea, constantemente, me mueve a polemizar, a disentir, a ponerle reparos y no menos a la aprobación calurosa y cordial. Libros de cuyo contenido no disiento, o disiento poco, suelen aburrirme más de la cuenta. No son para mí de los mejores. No es, pues, de mi peculiar dominio temperamental decir con reiteración amén a lo que leo y oigo. Más bien me inclino a un inconformismo decidido. De ahí que sirva tan poco —peligrosísimo defecto en la actualidad— para las horas en que aparecen en los campos históricos los grandes y terribles rebaños humanos, movidos mecánicamente por divisas tan pavorosas como idiotas. En fin, en este libro de Cossío del Pomar hallo anchuroso espacio para dejar correr mis gustos polémicos, si esta nota fuera campo apropiado para ello. A mi juicio es el mejor libro de su autor y uno de los mejores de crítica de arte que se hayan publicado recientemente en América por ningún autor de habla española. Está escrito vigorosamente y sentido con pasión. Me interesa particularmente, no tanto por lo que en él se puede leer sobre pintores europeos, sino, sobre todo, porque en parte está dedicado a exponer a grandes rasgos, pero característicos, significativos, entrañablemente analizados, el panorama del arte americano, con sus anhelos peculiares, con sus aspiraciones, sus realizaciones y sus fracasos; con lo que tiene de nuevo y fresco y juvenil y su parte de caducidad prematura por exceso de espíritu imitativo y una cierta tendencia a resolver los problemas que se le presentan por el método que los matemáticos llaman de reducción al absurdo.

Panorama excelente, amplio, abierto a todos los vientos el de este libro. Lo mismo que las grandes llanadas invitan a los potros de sangre a galopar libremente por su extensión, la crin tendida al aire, símbolo del movimiento alacre y vertiginoso, así puede mover este libre al crítico pura sangre a discurrir por sus páginas, seguro que ha de hallar allí un tesoro de alicientes, de temas, de preocupaciones, de problemas, en que insertar y alimentar su espíritu. Porque por las

trescientas ventiocho páginas de lectura de *La Rebelión de los Pintores* corren raudos, saltarines, fogosos, a veces echando chispas, casi siempre candentes, bien batidos sobre el yunque de la sensibilidad estética y social, los conceptos y temas más peleones, más apasionantes del arte actual. . . y también los del arte de todos los tiempos.

La preocupación central de su autor es América. Se advierte en el fluir seguro de su prosa que, a pesar de que dedica largas y buenas páginas al arte norteamericano —es excelente el ensayo en que analiza el arte de un Walt Disney, fabricante de belleza por el sistema de producción Taylor—, al de los rusos, a pintores franceses tales como Courbet, a quien creo que concede demasiado, bien que yo también le tenga por excelente y robusto pintor, a Luis David, a Honorato Daumier, eclipsado por el caricaturista, pero hoy reconocido como uno de los más grandes y profundos pintores del siglo XIX, a los españoles Goya, Solana y Picasso, genial mixtificador éste y raro inventor, el hombre que más ha especulado, salvo algunos políticos de trágica memoria, con la creciente y angustiosa estupidez del hombre moderno, al del truculento alemán Gorje Grosz, dibujante anti-nazi, cierto, pero que lleva en su sangre fatalmente la violencia sin tasa y sin escrúpulos de las razas germánicas. . . y todo su mal gusto; a pesar de que diserta atinadamente acerca del suprarrealismo, el último movimiento artístico que ha dado la vuelta al mundo, no sin gracia, acarreando consigo intuiciones nada vulgares, y cuyo contenido y doctrina a veces parecen reveladores místicos del estado de espíritu que iba finalmente a concitar la catástrofe de Europa; a pesar de todo esto, digo, lo que le preocupa hondamente a Cossio del Pomar, lo que le hace aguzar su sentido crítico, lo que más le mueve, le sacude y agita, no es en verdad ninguna de esas cosas dramáticas de Europa, que tan bien conoce, por experiencia directa; no es la expresión del terrible desasosiego, del dolor tremendo de la Europa del día —pues todavía existe Europa y existirá por largo tiempo y no dejará de ser el quebradero de cabeza del mundo—, sino América, y sobre todo, su América, que es la nuestra, la de habla española. No hay porque reprochársele, claro está. Lo reprochable sería lo contrario.

Pues bien; no hay ninguna razón para ocultar, creo que la cosa está bien clara, que a lo largo de todo el libro se advierte un cierto tono, un cierto matiz, un cierto sabor agridulce, no sé si estas expresiones son las justas, me temo que no, que expresan un vago reconcomio u hostilidad, en parte, hay que declararlo, justiciera, hacia Europa y también hacia España. Me temo que el escritor y pintor



peruano haya puesto en su libro, no sé si deliberadamente o sin quererlo, un si es no es de desvío hacia Europa y hacia España, y, dicho con toda franqueza, que no entiendo del todo. Claro que entiendo, no sólo el desvío, el recelo, sino la ira, la cólera, la indignación sagrada, contra ciertas cosas nada amables del otro continente. Pero en el mundo europeo y español hay más, mucho más. . . El caso es que yo no veo qué se puede hacer aquí ni en ninguna parte del mundo actual sin la colaboración intensa y extensa de la cultura, sin las invenciones de todas clases, estéticas, científicas, filosóficas de Europa. He de reconocer que ésta se ha convertido en la pesadilla del mundo. Su espíritu creador, su inventiva irrestañable, su índole terriblemente inquieta e insatisfecha, sin precedentes en la historia de una tan enorme inquietud, lo ha querido así. Es su destino. Parece como si, al envenenarse ella, haya envenenado a todo el mundo. . . sin excepción. Sin embargo, con todo y sus últimas y tremendas flaquezas, ¿cómo prescindir de ella? ¿Será, en efecto —los síntomas actuales no son para tranquilizarnos— que, como se repite tanto por estas latitudes, esté ya agotada, que sus terribles movimientos actuales son agónicos en el peor sentido de la expresión, que es como limón exprimido, ya sin zumo, ni aroma, ni virtud, pura cáscara arrugada, buena para el basurero? ¡Ay, señor, a pesar de todos los pesares, de tan descomunales locuras, de tantas y tantas criminales torpezas, de la crisis histórica en que vive Europa y de rechazo todo el mundo, es infinitamente duro, no ya el admitirlo, pero siquiera sospecharlo! Si se atiende a la energía que acierta a desplegar, la verdad es que no parece que esté en lo esencial tan agotada. En cuanto a su espíritu creador en todas las disciplinas de la cultura, de él estamos viviendo todos; y si en estos años infernales, ha podido sufrir un eclipse bastante duradero, y es probable que se prolongue, de eso a su desaparición, a su extinción, a la anulación de su poder, va gran trecho. Bien pudiera suceder que en medio de tantas calamidades y cruentos dolores Europa esté en estas horas alumbrando un mundo histórico o una conciencia nuevos. Si este anhelo —el deseo, dicen los ingleses, es padre del pensamiento— fuera pura quimera, y los malagoreros estuvieren en lo cierto, creo que se tardaría largo tiempo en buscarle sustituto al espíritu inventivo de Europa; sería espantoso, caso nada lisonjero para la civilización tal como hoy la entendemos. Se están viviendo en este punto horas de espejismo. No estaría de más ponerse en guardia frente a tantas mentidas ilusiones.

Bien sé yo que el americanismo que campa en la obra de Cossío del Pomar no es descomedido, y que no ha menester, para fundamentarse, de acudir, como hacen otros, nada menos que a la prehistoria. Está muy lejos de ser de aquellos que creen en la posibilidad de la resurrección de un remoto pasado americano. Piensa que agua tan pasada no mueve molino. Si triunfaran por uno de esos azares históricos —no veo cómo pudiera suceder tal cosa— las ideas de esos restauradores de imposibles, es probable que viéramos aparecer en el arte de América un extraño academicismo. Sabido es que el academicismo es un concepto artístico de muy variadas faces, pero cuya nota fundamental, lo que le caracteriza, es la tendencia irremediable al remedo mecánico y formulario. En el arte actual, en el que ha corrido en lo que va de siglo, tenemos v. gr., el academicismo del arte negro o del infantil. No crea el academicismo, imita tontamente. ¿Qué más da, en fin, para los efectos de la producción de un arte original y vivo, que se imite a los griegos, o a los romanos o renacentista, que a los mayas, a los tarascos o a los incas del Cuzco? La América actual está muy lejos de ser la de los aborígenes, porque, entre otras muchas cosas, la historia no fluye en vano, y hay ahora dentro del área americana otras sangres, otras culturas, y sobre todo un tiempo histórico bien diverso. Consecuencia fatal: que su arte moderno genuino, o no ha de existir, o ha de ser diverso también. América puede y debe tener —de hecho lo tiene ya— un arte que no sea remedo insustancial, calco, del europeo; pero tampoco por un exceso de querer afirmar artificialmente una personalidad, cuya evidencia no necesita el socorro de semejantes alegatos, ha de ponerse a resucitar un arte enteramente del pasado, que bien está en manos de los arqueólogos, sus vestales o hierofantes, y en los museos, pero que, o mucho me engaño, o hay que considerarlo demasiado lejos del mundo actual para que pueda ayudar a la expresión artística de la nueva, anhelante y dramática América. Las páginas que dedica Cossío del Pomar a estos temas me parece que abundan en este sentido.

No quiere decir esto que sea partidario de ninguna forma de arte colonial. No. Este también está muerto para él. Para él, y para todo el que sepa ver en el mundo contemporáneo. Satiriza aquel arte, mero calco del europeo, bien que hartamente deficiente, que corría no ha muchos años —y sigue corriendo bajo otras formas— por todos los territorios cultos de América. Mas, en esta hora en que América está dando de sí un arte que intenta expresarla en lo que tiene de más señero, cabría preguntarse: ¿será cierto que el arte americano

actual se haya independizado ya completamente de las corrientes e invenciones del arte europeo moderno y aun del antiguo? He aquí algo que sería instructivo y conveniente, si se quiere tener conceptos claros de la cosa, analizar con pulcritud intelectual, con entera objetividad, sin permitir que se entreviera en nuestros juicios y los desvirtúe, quitándoles eficacia y verdad, esa especie de vano y tullido patriotismo, tan largo en palabras como corto en obras, que anda suelto y haciendo de las suyas, según creo, por tantos países del nuevo continente. Nada más sagrado y necesario que la afirmación de la propia personalidad y más en los pueblos; pero nada más peligroso también, nada más contrario a esta gran fuerza espiritual y biológica, a los grandes impulsos sociales verdaderamente creadores, que cerrar los ojos a la realidad de las cosas, dando por hecho y cumplido lo que esté todavía comenzando o en todo caso, y en general, en vías de hacerse y cumplirse.

Nada más lejos de mi pensamiento, no es menester declararlo, que suponer que todavía no existe un arte americano propiamente tal, señero, inconfundible. Estoy convencido, por lo contrario, que existe —el grado de su desarrollo es otra cuestión—, del mismo modo que tengo la convicción, cada día más acentuada por mi experiencia, de que el hombre americano es diverso del europeo, aunque su espíritu esté modelado y sazonado por la misma cultura que, por ahora, es la única que tiene valor vital y efectivo para nosotros. Mas hay que reconocer pulcramente que, cuando se analiza con atención el arte moderno americano, se descubre que tiene tantas raíces europeas, en tantos casos más, que propiamente americanas.

Hay un pasaje en *Los Pintores Revolucionarios* que en modo alguno, en mi calidad de español, puedo pasar por alto, quiero decir, sin que intente poner, a ese propósito, bien que de pasada, los puntos sobre las íes. Escribe Cossío del Pomar en el excelente estudio que dedica a la pintura del español José Gutiérrez Solana, que es éste "el pintor del espíritu español del siglo xx", y añade que "con este retrato —el que, según nuestro autor, Solana hace de España— ayuda a la nación —la española— a identificarse con sus propias realidades y a encontrar un camino de rectificación". ¡Medrados andaríamos España y sus hijos si esto fuera exacto! No debe confundirse, amigo Cossío del Pomar, la basura que hay sin excepción en todos los pueblos de la tierra, aunque esté representada con cierto vigor artístico, con los pueblos mismos. Mucho ha caído repentinamente cuando parecía estar otra vez en pie España, pero no tanto. Si quiere Ud. hacer

justicia al espíritu español del siglo xx, y estoy seguro de ello, no invoque a Solana y sus obras, paralíticas y malolientes, pero vigorosamente pintadas, sino a Miguel de Unamuno, el gran español y gran americanista, y sus escritos. Miguel de Unamuno sí que representa de una manera profunda, intensa y extensa, brillante e inmarcesible, que seguramente ha de durar cuanto dure la lengua española, por él manejada y servida como nadie, el espíritu de España, y “con este retrato —el que Unamuno hizo de España— puede ayudarse la nación a identificarse con sus propias realidades y a encontrar un camino de rectificación”.

*Juan de la ENCINA.*

# Cuadernos Americanos

alternando con los números de la revista ha publicado los siguientes libros:

- 1.—*Ganarás la luz...*, por LEÓN-FELIPE.
- 2.—*Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra*, por ANTONIO CASTRO LEAL.
- 3.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. I.
- 4.—*Rendición de espíritu*, por JUAN LARREA, Vol. II.
- 5.—*Orígenes del hombre americano*, por PAUL RIVET.
- 6.—*Viaje por Suramérica*, por WALDO FRANK. (7 pesos).
- 7.—*El hombre del buho*, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.
- 8.—*Ensayos Interamericanos*, por EDUARDO VILLASEÑOR.
- 9.—*Martí escritor*, por ANDRÉS IDUARTE. (7 pesos).  
Homenaje al héroe en el cincuentenario de su muerte.

Precio por cada volumen (excepto los Nos. 6 y 9):

MEXICO. . . . .	5.00 pesos
OTROS PAISES . . . . .	1.20 dólares

## OTRAS PUBLICACIONES

- La revolución mexicana en crisis*, por JESÚS SILVA HERZOG. 1.00 peso.  
*El Surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo*, por JUAN LARREA. 3.00 pesos.

## REVISTA

SUSCRIPCION ANUAL PARA 1945:

(6 números)

MEXICO. . . . .	20.00 pesos
OTROS PAISES . . . . .	5.00 dólares

Precio del ejemplar:

México . . . . .	4 pesos
Otros países . . . . .	0.90 dóls.

## S U M A R I O

### N U E S T R O T I E M P O

- Mariano Ruiz-Funes* Elegía de la Paz.  
*Carmen R. L. de Gándara* Refugiados.  
*Miguel O. de Mendizábal* Los problemas indígenas y su más urgente tratamiento.

*Nota*, por José Medina Echavarría.

### AVENTURA DEL PENSAMIENTO

- Juan D. García Bacca* La filosofía de Husserl y el poema HÉRODIADÉ de Mallarmé.  
*Roger Caillois* Lo lúdico y lo sagrado.  
*Germán Arciniegas* América, obra del pueblo.

*Notas*, por Víctor Raúl Haya de la Torre y José Gaos.

### P R E S E N C I A D E L P A S A D O

- Alberto Ruz Lhuillier* Arqueología Maya: trayectoria y meta.  
*Ramón Iglesia* Invitación al estudio de Fr. Jerónimo Mendieta.  
*Rafael Altamira y Crevea* Supuesta aportación española a la cultura romana.

*Nota*, por Raúl Roa.

### D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

- Otto D'Sola* El hijo de la sangre.  
*Alfonso Reyes* En torno a Homero.  
*Newton Freitas* Anita Garibaldi.  
*José Rubén Romero* Fechas y fichas de un pobre diablo.

*Notas*, por Otto-María Carpéaux, y Juan de la Encina.